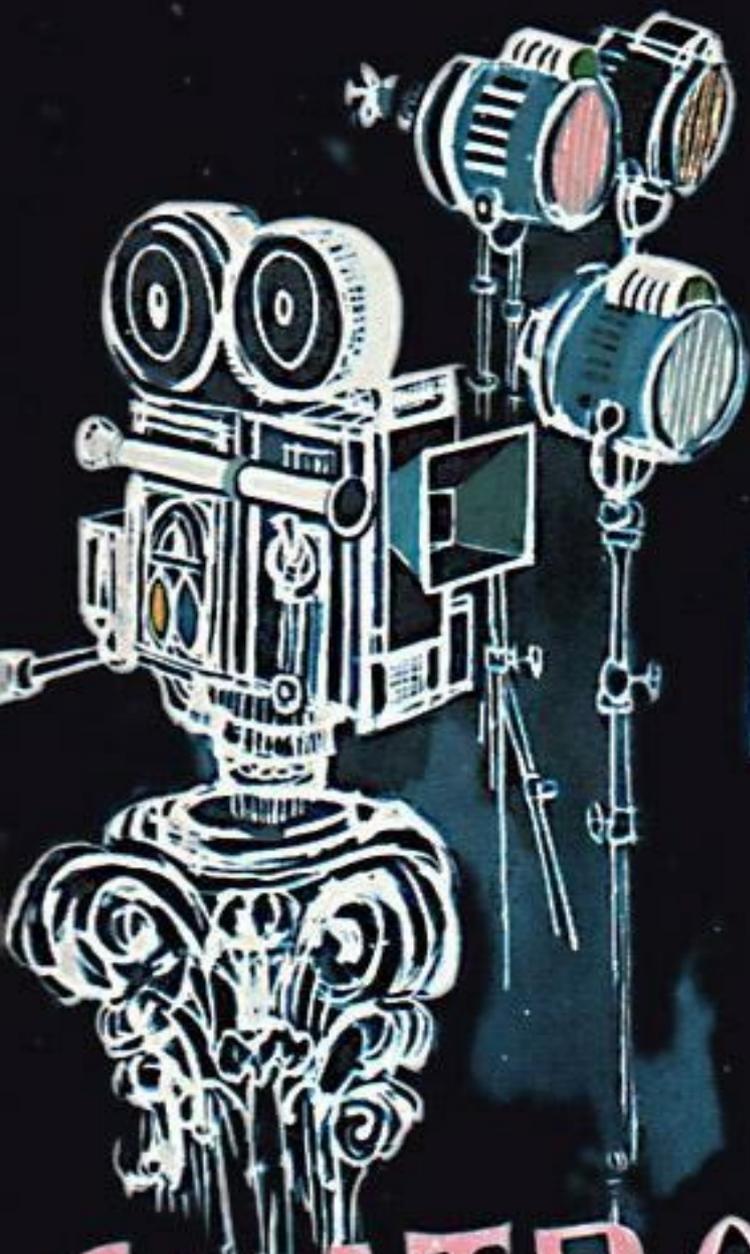


ÁLVARO DE LAIGLESIA



CUATRO PATAS PARA UN SUEÑO

Lectulandia

Por obra y gracia de Álvaro de Laiglesia, Mapi, intrépida fulana, reaparece dispuesta a divertirnos y a captar nuestra atención con sus nuevas andanzas con estilo ágil y llano nos cuenta las peripecias y aventuras en las que se ve envuelta, y que le sirven de telón de fondo para comentar con desenfado las situaciones anómalas que se producen en torno a algunos fenómenos característicos de la sociedad actual: el boom turístico, el autostop, el cine, etcétera.

Lectulandia

Álvaro de Laiglesia

Cuatro patas para un sueño

ePub r1.0

jandepora 25.03.14

Título original: *Cuatro patas para un sueño*

Álvaro de Laiglesia, 1965

Ilustración de portada: Abelenda

Editor digital: jandepora

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

CAMA: Cuadrúpedo mucho más rápido que el caballo, porque montados en él recorremos a velocidades increíbles las fabulosas regiones de los sueños.

ÁLVARO

COSTILLA: Hueso del hombre que Dios eligió para crear a la mujer, porque era el que estaba más cerca de su cartera.

MAPI

PEDAZO 1

¡AY, MADRE!

¡Cómo me tiembla el bolígrafo cuando lo agarro para escribir este montón de memorias! No sé si los garabatos que ponga en el papel resultarán legibles, pues hoy tengo la caligrafía más enrevesada que las cocineras y los médicos.

¡Hasta la «o», letra en la que siempre me luzco porque sale redondita como una rosquilla, me está saliendo hecha un churro!

Pues ¿y las «tes»? Tanto se me tuercen las varillas que sujetan su palitroque transversal, que todas juntas parecen antenas de televisión tumbadas por el viento en un tejado.

Más de uno se estará preguntando el motivo del tembleque cuya intensidad causa tales estropicios en mi escritura. ¿Miedo? ¿Disgusto? ¿Enfermedad?... Y yo respondo: ni esto, ni lo otro, ni lo de más allá.

El motivo, con ser tan gordo como cualquiera de esos tres que he citado como hipótesis, es de una gordura distinta. Creo que la palabra que mejor lo define es ésta: emoción. Eso es. Estoy intensamente emocionada por algo que me acaba de ocurrir, y que ahora mismo voy a contar.

Allá va:

Vivo desde hace algún tiempo en un pisito propio. Con esto de propio no quiero decir que sea mío, sino que el pisito resulta muy propio para vivir. Yo estaba ya hasta los bigudíes de vivir en todos los peldaños de la escala hotelera, que va desde el hotel de lujo a la pensión del tapujo.

(Por si algún turista busca esta última clasificación en una guía de hospedajes, le advierto que no se enfade si no la encuentra. Porque no la encontrará. «Pensión de tapujo» es un nombre que he puesto yo, con permiso del Ministerio de Información y Turismo, a la más ínfima de todas las pensiones: a las que alquilan sus camas por horas a las parejas clandestinas).

Después de dar muchas vueltas en toda clase de colchones, pude al fin realizar lo que siempre soñé: tener un colchón propio, en un piso que no fuera alquilado. Claro que mi sueño dorado, como todos los sueños dorados en general, se realizó perdiendo gran parte de su oro. Porque yo había soñado con cazar a un señor que me retirase a un piso de mi propiedad, y sólo encontré a un roñoso que me abonó la entrada y el primer plazo de un apartamento, pagadero en veinte años menos Banco.

Pero menos da una piedra. Y como yo soy de buen conformar, hice esta adaptación de un viejo refrán para consolarme:

—Más vale llave en mano que palacio soñando.

La verdad es que no puedo quejarme, porque el pisito, al fin y al cabo, será completamente mío dentro de diecinueve años y medio nada más. Un soplo si se tiene

en cuenta que el tiempo pasa volando. ¿Qué son diecinueve años y medio comparados con la eternidad? Nada. Menos que una meadita en el océano.

Por eso yo, pasándome por alto esos insignificantes cuatro lustros escasos que me faltan para obtener mi título de propietaria, hablo siempre de «mi piso». Y aunque parezca mentira, la boca se me llena con estas tres sílabas tan cortitas.

Mi amiga Nati, que se cachondea de todo bicho a poco viviente que esté, también se choteó de mí cuando la traje a visitar mis nuevos y nada vastos dominios.

—¿Qué te parece? —la pregunté estallando de orgullo.

—Muy mono, pero tiene el mismo defecto que todas las viviendas modernas.

—¿Cuál?

—Que la superficie del apartamento es igual a la del papel de la hipoteca que da el Banco para construirlo.

Y soltó una risita de coneja vieja.

Pero a mí no me hizo mella su ironía, porque Nati no tiene razón. Por grande que pueda ser ese papel, estoy segura de que el pisito es bastante mayor. Y allá va el plano, para que ustedes calculen.

Según se entra tiene un tabique, que conviene soslayar para no darse un mamporro. Torciendo a la derecha hay un dormitorio, donde cabe con holgura una cama con cuatro hermosas patas, un tocador ante el cual puedo tocarme todo lo que quiero, y una mesilla de noche con tapita para el orinal. Pero como ahora ese chisme ya no está de moda, no sé por qué —¡cómo si la gente no siguiera orinando, caramba! —, en el hueco que cubre la tapita tengo una radio de transistores. Encima de la mesilla me cabe una lámpara, por si algún señor de los que me visitan tiene esa rareza tan arraigada en algunos individuos de leer antes de dormir.

Junto al dormitorio, separado por la correspondiente pared, está lo que podríamos llamar el «policuarto». Y creo que podemos llamarle así por ser una habitación que desempeña al mismo tiempo las funciones de saloncito, comedor, cuarto de estar, sala de música, despacho y bar americano. El espacio del «policuarto», como puede leerse, está tan bien aprovechado como la cápsula de un cosmonauta.

Separando un poco la estantería con catorce libros, que yo llamo con cierta pompa «la biblioteca», puede abrirse la puerta que da a la terraza. Nati sostiene que soy una exagerada llamando terraza a lo que es, en realidad, un cachito de azotea. Pero yo sigo llamándola así, porque creo que se debe echar un poco de literatura a las cosas para embellecerlas.

—Si la gente llamara a todo por su nombre —razono a mi amiga—, ni tú ni yo podríamos andar por la calle sin que nos sacaran los colores a cada paso.

Y ella, ante la contundencia de mi razonamiento, tiene que callarse.

Además de la tenaza, en la que he puesto una cuerda de quita y pon para tender la ropa cuando se marchan las visitas, el piso tiene cuarto de baño con bidé, cocina con

fogón y cuarto de servicio con chacha. La chacha la traje yo, como es natural, porque no la tenía cuando me instalé. (Pese a todas las fórmulas de facilidades que las inmobiliarias han inventado para su negocio, aún no existe ninguna que junto al precio del piso añada: «menos Banco y más chacha». Pero todo se andará. Y si no, al tiempo).

La casa de la que mi piso es sólo una celdilla de un panal, está situada en la Quinta Ampliación del Barrio de los Líos. Quinta, sí; porque como Madrid no para de crecer, sus habitantes tampoco paran de liarse, Y esta barriada, que empezó siendo un bloque para albergar a un puñadito de entretenidas, va camino de convertirse en una «ciudad-satélite» tan gorda como la «capital-planeta» a cuyo alrededor se puso en órbita.

Lo único malo de esta ampliación en que vivo es que, por ser la quinta, está también en la quinta puñeta. Pero tiene en cambio la ventaja de ser muy sana, porque está muy cerca del campo. Tan cerca que en las aceras de mi calle, en las juntas de tierra que quedaron entre las losetas de piedra, crece hierba.

Y ahora que ya he trazado un croquis del panorama donde se desarrolla mi vida actual, pasaré a relatar lo que ha motivado que agarrara el bolígrafo con un pulso tan temblón. (Cuando escribo se me va tantas veces el santo al cielo, que ya he debido de mandar allí a varios regimientos de santos para reforzar el santoral).

PEDAZO 2

ESTA TARDE, a eso de las seis, estaba yo sentada en el «policuarto» cortando un vestido.

Dicho así puede parecer que yo misma me hago la ropa por haber estudiado corte y confección, pero nada más lejos de la realidad. Confieso que soy muy bruta en las habilidades modisteriles, y el verbo cortar lo empleo en su acepción más monda e incluso lironda: yo no estaba haciendo primores para embellecer mi guardarropa, sino pegándole unos tijeretazos a un traje viejísimo para convertirlo en trapos de uso doméstico. Hasta ahí, pero no más lejos, llega mi habilidad de cortadora.

Había conseguido cortar tres o cuatro trapos bastante cuadraditos, cuando de pronto sonó el timbre de la puerta principal. (En confianza diré que la llamo principal por darme un poco de pisto, pues en realidad el apartamento no dispone de ninguna otra secundaria para el servicio. La colmena sólo tiene una escalera, y cada celdilla una sola puerta).

«¿Quién puede ser a estas horas? —me dije, sorprendida al oír el timbrazo—. ¿Será don Lorenzo, al que yo llamo familiarmente «mi viejales», por ser él quien me pagó la entrada y el primer plazo del piso?»

Pero rechacé la idea, pues don Lorenzo es oriundo de Cataluña. Y como buen catalán, se pasa todo el tiempo yéndose a Barcelona. Gracias a lo cual yo puedo cultivar otras amistades, para seguir pagando los plazos siguientes del pisito.

«¿Será don Chemari Mendigorrieta? —seguí cavilando—. Siempre me hace una visita cuando viene de Baracaldo, donde tiene una fábrica de máquinas de coser. El aliciente de don Chemari es que en cada viaje me regala una pieza del modelo que fabrica, que yo voy guardando en un cajón. Y como el tío viene a Madrid cada dos por tres, creo que antes de que pase un año tendré la máquina de coser completa.

»Pero no debe de ser don Chemari —rectifiqué—, porque él nunca llama tan finamente. Don Chemari es un vascote, fuertote y virilote, que nunca usa el «rin-rín» del timbre por parecerle una mariconada: él se pone a aporrear la puerta hasta que le abro.

»Por el modo de llamar con un timbrazo tan tímido —seguí deduciendo—, quizá sea Gerardito Calasparra. Pero pensándolo bien tampoco puede ser él, porque no estamos a primeros de mes. Y Gerardito Calasparra, que estudia en Madrid, sólo puede permitirse el lujo de hacerme una visita cuando recibe el giro mensual que le mandan sus padres desde provincias. Su asignación no le permite amarme con más asiduidad, aunque cuando viene lo hace con mucha intensidad para sacarle el jugo a su dinero».

Cada vez más intrigada por aquel timbrazo intempestivo, continué repasando someramente la lista de posibles visitantes:

«¿Será Perico Sarasate, el borrachín de las manos temblorosas que conocí el verano pasado en la piscina “Los garbanzos en remojo”? ¿Será Casimiro Benítez, el diplomático sudamericano que al llegar a Madrid se enteró de que ya no era embajador, porque mientras él hacía el viaje para tomar posesión derribaron en su país al Presidente que le había dado el puesto? ¿Será el moreno que me trajo a casa la otra noche, cuando agarré aquella media trompa en el “tablao” flamenco y me empeñé en tirarle de las barbas a un escritor yanqui?»

Después de tantas cavilaciones, se me ocurrió que el método mejor para salir de dudas era ir a la puerta y abrirla para ver quién llamaba. Y así lo hice porque a Dora, mi chacha, le tocaba salir hoy y yo estaba sola en casa. Me da cierta rabia que mi chacha salga, pues eso me obliga a abrir personalmente cuando alguien llama. Y ya que tengo chacha, lujo que me cuesta un ojo, me gusta lucirla ante todas las visitas.

Pero prescindiendo de estos comentarios accesorios y volviendo a la cuestión fundamental, el caso es que abrí. Y al primer golpe de vista me llevé un solemne chasco.

¡Después de marearme con tantas conjeturas, resultó que quien había llamado era otra monja! Digo «otra» y no «una», porque aquélla era la tercera que se presentaba a pedir en el curso del día.

A veces tengo la impresión de que mi casa se construyó en un terreno por el que pasaba, si no el mismísimo camino de Santiago, si alguna otra ruta con tráfico intenso de elementos eclesiásticos. Sólo así puede tener explicación que diariamente pasen por mi puerta tantas monjas recaudadoras de donativos. Yo calculo, a bulto, monja más o menos, que salgo a una media diaria de cuatro visitantes pertenecientes a la orden de «Santa Colecta».

Al ver a la religiosa número tres de la jornada, lamenté no haber tenido la precaución de atisbar por la mirilla antes de abrir. Pude ahorrarme este nuevo sablazo permaneciendo calladita detrás de la puerta, y dando la impresión de que no había nadie en casa. Pero como la cosa ya no tenía remedio, decidí afrontar la petición procurando que me saliera lo más barata posible.

—Buenas tardes nos dé Dios —me saludó la monjita con dulzura.

—Buenas —correspondí secamente, pues sé por experiencia que sale más caro mostrarse amable y locuaz.

—Recurrimos a las almas misericordiosas para que socorran a nuestro Asilo de Niñas Pobres adquiriendo papeletas para una rifa que se celebrará Dios mediante en combinación con el próximo sorteo de la Lotería Nacional.

Lo dijo así, de un tirón, sin una sola coma que la permitiera recobrar el resuello. Pero tenía la retahíla bien medida y estudiada, pues aún le quedó un soplo de aire después de soltar la última palabra.

—Lo siento —me defendí—, pero creo que ya tengo papeletas para esa rifa.

—No puede tenerlas —me rebatió la monja con suave firmeza—, porque esta rifa la acabamos de inventar esta mañana. Y usted, con la ayuda de Dios, va a adquirir las primeras papeletas.

—Sin embargo —seguí resistiendo—, ayer estuvieron aquí otras hermanas a las que compré unas papeletas verdes, también para un asilo.

—En efecto —admitió la religiosa con una sonrisa angelical—, pero las papeletas verdes son para la rifa del Asilo de Ancianos Menesterosos. Y las que yo traigo son amarillas.

—Pues hace tres días —recordé—, me colocaron otras azules.

—Esas son para la tómbola a beneficio del Asilo de Viejas Indigentes.

—¡Qué ganas de buscarse complicaciones! —comenté—. ¿No se simplificaría mucho unificando esas dos rifas, y haciendo que todos los ancianos vivieran juntos?

—¡Ave María Purísima! —exclamó la monjita, ruborizándose y haciéndome pensar:

«Debo de haber dicho una mulada. ¡Pues claro! —caí en la cuenta—. ¿A quién se le ocurre escandalizar a una religiosa, proponiéndole juntar bajo el mismo techo a personas de distinto sexo? ¿Serás mula, Mapi? Esta infeliz no sabe, ni tiene por qué saberlo, que la vida sexual de un viejo con una vieja es tan intensa como pueda ser la de un árbol con una piedra».

—Usted perdone —me disculpé en voz alta, añadiendo, para cambiar de conversación—. ¿Y cuánto vale esta rifa?

—A veinte duros el número —concretó la muy ladina, aplicando el diminutivo para que me sonara más barato.

—¡Jolines! —se me escapó al escandalizarme ante aquel precio—. Perdóneme otra vez, pero es que esta exclamación la usamos mucho en la Mancha.

—La he oído muchas veces, hijita —me disculpó—, porque esta humilde sierva del Señor también es manchega.

—¡Contra! —me destapé, fijándome mejor en ella—. ¿Es posible? Ahora comprendo por qué me fue simpática desde que la vi.

—Confieso que también usted me cayó bien —dijo la monjita, sacando de la faltriquera el talonario de las papeletas—. Supongo que siendo paisana, se quedará con algún numerito, porque el paisanaje une mucho.

—Sí, claro —tuve que admitir—. Pero veinte duros, la verdad, me parece algo carillo. ¿Qué es lo que rifan?

—Un tractor.

—¿Un tractor? —repetí perpleja.

—Sí, hijita, nada menos. De aceite pesado, para las faenas agrícolas —me explicó con su voz angelical—. Matriculado a nombre del ganador y bendecido por el señor obispo. Un premio tan hermoso bien vale cien pesetitas, ¿no cree?

—Desde luego —no me atreví a discutir—. Lo malo es que a mí, como no tengo tierras, un tractor me hace muy poco avío. Y si por casualidad me toca...

—No se preocupe —me tranquilizó la monjita—: no le tocará ni por casualidad. Llevamos rifándolo hace ocho años, y nunca se ha presentado nadie a recoger el premio.

—¿Cómo es eso? —quise saber poniendo una cara rara, en la que había cierta sospecha.

—No es porque nosotras hagamos trampas —se apresuró a aclarar ella—, sino porque la Divina Providencia hace milagros. Aunque debo reconocer que, aparte del factor milagro, algo influye también el factor psicológico. Porque son pocas las almas caritativas que, después de comprar papeletas para estas rifas benéficas, se acuerden de mirar, pasados varios meses, si su número coincidió con el «gordo» de la lotería.

—¿Usted cree? —dudé.

—Llevamos ocho años experimentándolo —me aseguró—. Generalmente las papeletas se olvidan en algún cajón, y el dinero que se pagó por ellas se olvida también como el de cualquier limosna irrecuperable.

La sinceridad de la monjita al contarme aquellos intrínquilis benéficos, sinceridad nacida sin duda al calor de nuestro paisanaje, hizo que aumentara mi simpatía hacia ella. Y en un arranque de generosidad, exclamé:

—¿Pues sabe lo que le digo, hermanita? Que por ser paisana mía, y en recuerdo de que yo también fui pobre cuando era niña, voy a portarme bien con ese asilo del que usted se ocupa: ¡vengan cuatro papeletas para la rifa, con la promesa de que yo también me olvidaré de comprobar si me ha tocado el tractor!

Esta vez fue la monja la que, poniendo cara de asombro al oír mi generosa oferta, no pudo reprimir esta espontánea exclamación:

—¡Jolinórum!

O sea, «jelines» en latín.

Yo solté una carcajada mientras ella, poniéndose más roja que un pimiento morrón, se excusó precipitadamente:

—Que Dios me perdone, y usted también.

—No tiene importancia, mujer —perdoné con campechanía.

—Por muchas penitencias que me impongo, no puedo evitar que, cuando me emociono, me salga a relucir la manchega que llevo dentro.

—¿De qué parte de la Mancha es usted? —pregunté, contemplando a mi paisana con creciente simpatía.

—De un pueblecito que, por desgracia, ya no existe —suspiró ella con tristeza.

—¿No? —dije sintiendo que mis orejas se aguzaban, movidas por un súbito interés.

—No —confirmó la monjita, imprimiendo a su cabeza un meneo apesadumbrado

—. Desapareció bajo las aguas de un embalse.

—¡Del pantano de Santa Bárbara! —grité yo, clavando los ojos en el rostro de mi interlocutora, que empezaba a resultarme familiar.

—Pues sí, en efecto —parpadeó la religiosa—. ¿Cómo lo sabe?

—¡Porque yo también nací allí! —exclamé.

—¿Usted?

—¡Sí! —dije notando que las lágrimas me nublaban la vista—. ¡Sí, hermana! ¡Y nadie mejor que yo puede llamarte así, puesto que eres mi hermana de verdad!

—¿Cómo?... —balbució la monja, mirándome perpleja—. ¿Qué quiere usted decir?...

—¡Mírame bien, Candelaria! —dije rompiendo a llorar—. ¿No me has reconocido todavía?

—¡Mapi! —gritó ella, abriéndome sus brazos.

—¡Hermana! —repliqué yo, abriendo también los míos.

Y las dos, llorando de alegría, nos abrazamos emocionadas.

PEDAZO 3

¿NO ES LÓGICO que una emoción tan grande me haga temblar los pulsos, y el bolígrafo por añadidura, cuando escribo estos papeles?

¡La chiripa, esposa del azar, me ha devuelto a mi hermana mayor! ¿Cuántos años han pasado desde que la vi por última vez? ¡Uf! ¡Muchísimos! ¡Y cómo han cambiado las cosas desde entonces! Porque entonces éramos casi dos niñas. Las dos hacíamos planes para el porvenir, pero ninguna había decidido qué profesión iba a elegir: ni Candelaria era monja, ni yo furcia.

Pasadas las primeras efusiones, la invité a que entrara a tomar una copa para celebrar nuestro encuentro. Ella rechazó la copa, pues el monjato suele ser bastante abstemio, y tuve que prepararle un tazón de chocolate. Porque las órdenes religiosas, eso sí, son muy chocolateras.

Sentadas en el «policuarto» en el ángulo que sirve de saloncito, nos pusimos a rellenar la quiniela de nuestros recuerdos. ¡Tantos huecos habían quedado en blanco durante nuestros años de alejamiento!...

Candelaria hablaba con esa vocecilla suave, un poco untuosa y sin estridencias, propia de todo el personal eclesiástico de ambos sexos. Mientras ella iba contándome su vida desde que ingresó en la orden, yo la observaba con respeto y cierta aprensión. Porque los hábitos, pese a estar hechos con telas corrientes, tienen un poder mágico: el de distanciar a la persona que está dentro de ellos del mundo circundante.

Metida en aquellos trapos negros, pese a que ambas estábamos sentadas en el mismo sofá, yo tenía una extraña sensación: la de que Candelaria asomaba la cara por el agujero de su toca para hablarme desde una región lejana y quizá superior.

Yo trataba de imaginármela completa, como una mujer de carne y hueso, con pelo, busto, brazos y piernas. Pero no lograba completarla. Sólo veía el óvalo de su rostro, enmarcado por la negrura del hábito. Y aquel óvalo era como una pantallita de televisión, que traía hasta mí la imagen distante de mi hermana que vivía en otro mundo.

—Me miras con una cara de extrañeza tan grande —me dijo como si me adivinara el pensamiento—, que me causa un poco de risa. A mí, en cambio, como soy monja y por lo tanto creo en los milagros, me parece muy natural haberte encontrado.

—Pues a mi —confesé— esta casualidad me ha dejado con la boca tan abierta, que tardaré un buen rato en poder cerrarla.

—¿Por qué? Muchos de los pequeños hechos sorprendentes que llamamos casualidad, son en realidad milagritos que hace Dios para favorecer a sus criaturas.

—Nuestro encuentro me ha sorprendido doblemente —expliqué—, porque no esperaba poder verte nunca más. Como me dijeron que habías ingresado en una orden

de clausura...

—Ésa fue mi primera intención —me aclaró Candelaria—. Pero luego pensé que los tiempos actuales son demasiado duros para que podamos permitirnos el lujo de dedicarnos a la vida contemplativa. La Iglesia actual está más necesitada de brazos que luchan que de manos que recen. En vista de lo cual, decidí ingresar en las Primas de los Pobres.

—¿Por qué Primas?

—Porque las Hermanas ya existían hace tiempo. Y las Primas es una orden más reciente, que viene a ser como una rama más lejana de la familia de la pobreza.

Aclarado este parentesco, continuó:

—Al terminar el noviciado pedí a la superiora que me mandara a Las Hurdes. Era el sueño de toda mi vida.

—¡Vaya sueñecito! —comenté—. Si fuera Las Vegas, lo comprendería.

—Lo comprenderás cuando te diga que Las Hurdes, para una religiosa, es una meta tan apetecible como Las Vegas para una laica. En Las Hurdes teníamos un conventito ruinoso, en el que unas cuantas hermanitas de nuestra orden vivían francamente mal. Tan escasas andaban de alimentos, que el ayuno no era para ellas una devoción, sino una obligación. Y la pobreza abundaba de tal modo en la comarca, que no había forma de tomarse ni un minuto de descanso en la tarea de socorrer a los necesitados.

—¡Pues vaya sitio, rica! —comenté—. ¡Como para irse allí a veranear!

—Con la ayuda de Dios, y la de una hermana que murió de avitaminosis dejando una plaza libre, logré ser enviada a aquel purgatorio. Allí pasé unas privaciones espléndidas, que fortificaron mi espíritu. A los pocos meses tuve una anemia perniciosa, que ofrecí al Señor. Luego tuve unos sabañones muy dolorosos, que también ofrecí al Señor. Porque las religiosas, todos los padecimientos y enfermedades que sufrimos se los ofrecemos al Señor.

«¡Pues vaya una ofrenda! —pensé yo—. Si el Señor no fuera tan bueno, ¡habría que ver la cara de asco que pondría al recibir tanta marranada!»

Pero me abstuve de hacer ningún comentario en voz alta, porque yo no entiendo la mentalidad monjil. Y puede que aquellas ofrendas que a mí me parecieron poco delicadas, fueran (vistas con ojos místicos) el colmo de la delicadeza.

—Varios años estuve allí —siguió contándome Candelaria—, gozando lo indecible con las penalidades que el Cielo nos enviaba. Hasta que el Plan Badajoz, con tanto regadío y tanta zarandaja, acabó con mi felicidad.

—¿Qué quieres decir? —pedí que me aclarara.

—Que el regadío, hermana, nos hizo la cusqui. Al enriquecerse con el agua las áridas tierras de aquella zona, la pobreza desapareció. Y al no haber pobres, nosotras nos quedamos sin material humano para poder trabajar.

—Está visto —suspiré— que nuestra familia es una víctima de las obras hidráulicas: primero el Pantano de Santa Bárbara nos deja a las dos sin pueblo, y luego el Plan Badajoz te deja a ti sin trabajo.

—Son pruebas que nos envía la Divina Providencia, para fortalecer nuestras reservas espirituales —sentenció mi hermana con admirable resignación.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Como en Las Hurdes ya no teníamos nada que hacer, pues con el dichoso regadío todos los hurdanos empezaron a engordar, nos vimos obligadas a clausurar aquel convento. Y regresamos a Madrid, ciudad en la que gracias a Dios nunca faltan pobres que nos permitan trabajar y poner a prueba nuestra abnegación. Puesto que nuestra orden se creó para atender necesidades, necesitamos necesitados que nos necesiten.

—Lo comprendo —dije—. El día en que la elevación del nivel de vida haga desaparecer la miseria en todas partes, muchas órdenes religiosas tendrán que disolverse por haber perdido su razón de existir.

—Pero ese día está lejos aún —concluyó mi hermana, a la que la lejanía de aquella fecha apenaba por un lado y tranquilizaba por otro.

Y después de una pausa en la que ambas bebimos un trago, de chocolate ella y de ginebra yo, me puso en un aprieto diciéndome:

—Ahora que ya sabes lo que hice desde que se separaron los caminos de nuestras vidas, cuéntame lo que hiciste tú.

«¡Ábrete tierra y trágame!», deseé con todo mi corazón.

PEDAZO 4

PERO MI DESEO NO SE CUMPLIÓ, como es lógico. La tierra no quiso abrirse, y permanecí en el sofá bajo la mirada de Candelaria. ¡Y qué mirada se le había puesto a la condenada (o, mejor dicho, a la bendita)! Las privaciones que pasó en la región hurdana le hundieron tanto los ojos en sus cuencas, que parecían más negros. También las mejillas las tenía más enjutas, chupadas por algún ángel lamerón; y este chupamiento hacía que la nariz le saliera del rostro, señalando a sus interlocutores como un dedo acusador.

Los ojos de Candelaria parecían las cabezas de dos alfileres, que me clavaban en el sitio como si yo fuera una mariposa. La emoción de aquel encuentro inesperado me había impedido pensar que el momento de contarle mi vida llegaría fatalmente. Y mientras ella aguardaba mi relato, yo me quedé con el cráneo más hueco que una maraca.

—Pues yo... —empecé tartamudeando— poco puedo contarte.

¡Y tan poco! Porque apenas hay, a lo largo de toda mi existencia, episodios que resulten aptos para ser contados a una religiosa.

—Sin embargo —insistió ella—, te han tenido que pasar muchas cosas desde que te vi la última vez en el pueblo, cuando eras casi una chiquilla. ¿Qué hiciste? ¿A qué clase de trabajo te dedicaste? Recuerdo que tenías mucha disposición para servir.

—No tanta como tú —rechacé con modestia—. Madre siempre decía que eras capaz de llegar muy arriba en el servicio doméstico, porque preparabas unas algarrobas de chuparse los dedos.

—Y madre no se equivocó: tan arriba he llegado, que estoy sirviendo al Señor más alto de todos.

—¿Sí? —pregunté con mi despiste habitual—. ¿Y qué señor es ese?

—Dios. Pareces boba.

—Es verdad, perdona —me excusé—. Pues yo también serví, pero en casas más modestas: en la tienda del señor Aniceto, en el piso de unos señores madrileños que tenían dos hijos gemelos que parecían hijos de Satanás... También estuve en Málaga, colocada primero de camarera en una pensión, y luego de modelo en el estudio de un pintor. Pero la verdad es que no me fue demasiado bien en ninguna de estas colocaciones, y regresé a Madrid bastante desmoralizada.

—Dios aprieta, pero no ahoga —refraneó mi hermana—. Porque no necesitas decirme que aquí te ha ido muy bien. Salta a la vista. Tampoco hace falta que me digas, pues se te nota en la cara, lo feliz que eres en tu nuevo estado.

—¿Cómo? —balbucí alarmada al oír aquello—. ¿Qué quieres decir?

—Vamos, vamos —sonrió ella—. ¿Crees que las religiosas no nos damos cuenta de las cosas que pasan en la vida seglar? No estamos tan apartadas del mundo como

supones, y somos muy observadoras. Lo noté en cuanto te vi.

—Pero si a mí no me pasa nada —protesté—. No comprendo a qué quieres referirte con eso del estado.

—Pues a tu matrimonio, mujer —concretó ella, dejándome más perpleja todavía—. ¿Cuándo te casaste?

Debí de poner una cara tan difícil, con la musculatura facial tan contraída, que mi hermana añadió sonriendo:

—Te asombra que yo lo haya adivinado antes de que tú me lo dijeras, ¿verdad? Pero ya te advertí que las monjas somos muy observadoras. Al entrar en tu casa, lo primero que observé fue una boina de hombre colgada en el perchero del vestíbulo.

«¡Maldición! —me dije—. ¡Es la boina que don Chemari Mendigorrieta se dejó olvidada en su última visita! Debí advertir a la criada que la quitase del perchero, porque puede provocar follones cuando la vean otros visitantes. Y ya ha provocado uno en este momento».

—¿Tu marido es vasco? —preguntó Candelaria, continuando la demostración de sus dotes observadoras.

—¿Por qué lo dices? —pregunté a mi vez para ganar tiempo, mientras discurría la manera de salir de aquel atolladero.

—Por la boina.

¡Astuta monja, caramba!

—Hay hombres que la usan sin haber nacido en las provincias vascongadas —dije evasivamente—. Aseguran que es cómoda y práctica para los días de lluvia.

—Entonces, ¿no es vasco? —insistió Candelaria, un poco contrariada de que le hubiera fallado aquella deducción.

—Pues no —decidí sobre la marcha, pues tenía que inventarme a toda velocidad un marido imaginario—: es catalán.

—Pero no me negarás que fuma puros —añadió ella con una sonrisita victoriosa, contenta de poder sacarse la espina de su patinazo anterior.

—¿Cómo puedes saberlo tú? —lancé un cable para ver por dónde salía.

—Por esta colilla —replicó Candelaria, señalando el cenicero de la mesita que hay frente al sofá.

En el cenicero, en efecto, había un colillón de cigarro puro en el que basó su deducción aquel detective con toca.

«¡Maldita sea mi estampa! —volví a pensar—. ¡Es la colilla del puro que se fumó anoche Casimiro Benítez, antes de que nos acostáramos! Tengo que volver a decirle a Dora que es una guarra, pues los ceniceros hay que limpiarlos todos los días, y no una vez por semana como ella cree».

—Pues sí: fuma cigarros de todas clases —dije curándome en salud, porque podía ocurrir que la observadora monjita descubriera, en otros ceniceros, colillas de otras

marcas fumadas por otros hombres.

—Por su aspecto —añadió mi hermana sonriendo— parece un hombre bueno, serio y honrado.

—¿Cómo? —balbucí, volviendo a asombrarme—. ¿A qué aspecto te refieres?

—Al que tiene en la foto que vi colgada en el pasillo —volvió a presumir mi hermana de sus cualidades detectivescas—. ¿Creíste que no iba a fijarme al pasar?

Quedé un instante desconcertada y sin saber qué decir, mientras pensé:

«¡Maldición! ¡Es la foto de Marlon Brando que recorté de una revista, y que puse allí para tapar una mancha de humedad que había salido en la pared! Pero las monjas no saben quién es Marlon Brando, ni yo debo explicárselo a mi hermana. Puesto que me supone casada, lo lógico es que en mi casa el único hombre retratado sea mi marido. Es mejor, por lo tanto, que no la saque de su error».

—Pues te has fijado estupendamente —la adulé—, porque es en efecto un hombre buenísimo y formalísimo. Aunque la verdad es que en esa foto que has visto, está bastante favorecido.

—Las religiosas no nos detenemos a contemplar las cualidades físicas de los seres humanos, sino sus virtudes morales.

—Pues si llegas a detenerte en este caso —se me escapó—, hubieras visto que el macho del retrato está como un tren.

—Apruebo el entusiasmo que demuestras por tu marido —dijo Candelaria—, pues eso me indica que eres feliz en el hogar cristiano que habéis formado. Pero censuro el lenguaje que empleas para elogiarle, llamándole «macho» y comparándole con un ferrocarril.

—Perdona, hermanita —me excusé—. Debes comprender que, fuera de los conventos, hablamos con más desenvoltura.

—Pero no olvides que una cosa es ser desenvuelta, y otra deslenguada.

—No lo olvidaré —prometí.

—¿Y cuándo me lo vas a presentar? —añadió ella, suavizando el tono de su voz al concluir su sermoncete.

—¿A quién?

—A tu marido. Comprenderás que estoy deseando conocerle.

—Lo comprendo, claro —tuve que admitir—. Pero lo malo es que no está en casa.

—¿A qué hora volverá?

—¡Uf! —exclamé haciendo un gesto vago—. ¡Cualquiera sabe! Siempre anda yendo y viniendo, trabajando sin parar. Como la vida está tan achuchada...

—Pero en algún momento le dejará libre el achuche vital, para volver a su casa a descansar.

—No tiene hora fija —seguí defendiéndome—. Además, ahora que recuerdo, esta

mañana se fue de viaje. Hace muchos viajes de negocios, ¿sabes? Como es catalán...

—¿Y estará mucho tiempo fuera?

—¡Uf! —repetí—. ¡Cualquiera sabe! Puede que este fuera una semana, o puede que dos...

—¿Tan lejos ha ido?

—¡Lejísimos! —abrí los brazos todo lo que pude para indicar una distancia enorme—. Por lo menos, a Barcelona. Y si me apuras un poco, puede que más lejos todavía.

—No te apuraré —me tranquilizó—. ¿Cuándo sabrás con seguridad la fecha de su regreso?

—¡Qué sé yo! —traté de escabullirme—. Como muy pronto, a fines de la semana que viene.

—Pues vendré a verte el sábado próximo —decidió levantándose, dando por terminada su visita—. ¿De acuerdo?

—¡Qué remedio! Por si acaso, llámame antes por teléfono. No sea que él no haya vuelto aún, y te des el paseo en balde. Sería una lástima que desperdiciaras el tiempo que necesitas para vender papeletas de esa hermosa rifa.

—Tienes razón: te llamaré previamente para asegurarme. Y ya que hablas de la rifa, me dijiste que ibas a comprarme cinco papeletas, ¿verdad?

—Cuatro —rectifiqué.

—Pues tómalas —dijo cortándolas del talonario—, y que Dios te lo pague.

Como soy una optimista, llegué a creer que la emoción de nuestro encuentro había hecho olvidar a mi hermana el motivo crematístico que la trajo a mi puerta. Pero se ve que conozco poco a las monjas. Hasta que no le di los ochenta durazos y se los metió en la faltriquera, no se fue. Cuando ya iba por el pasillo camino de la puerta, se detuvo ante el cuadrito con la foto de Marlon Brando que tapaba la mancha de humedad. Temí por un momento que se diera cuenta de que se trataba del recorte de una revista, pero su olfato detectivesco no llegó a tanto.

—¿Sabes lo que te digo? —comentó mirando el retrato—. Puesto que como religiosa me está permitido admirar a todas las criaturas que Dios ha creado, puedo decirte que el esposo que la Providencia te proporcionó es una criatura hermosísima.

Me callé para no sacarla de su engaño; porque no era cosa de explicarle que aquella foto no me la había proporcionado la Providencia, sino la Paramount.

—Hermosísima, sí —repetió ella, examinando el rostro de aquel barbarote.

Nunca habrá tenido Marlon Brando una admiradora que le haya mirado con ojos tan puros. Como se mira un cacho de mármol tallado por los griegos; o un cuadro hecho por alguno de aquellos pintores que, a pesar de ser flamencos, no sabían tocar las castañuelas.

—¿Cómo se llama? —me preguntó de pronto Candelaria.

—¿Quién?

—Tu marido.

—Mar... —empecé a decir, pero me detuve a tiempo. Y antes de soltar completo el nombre de Marlon, corregí—: Mariano.

—Pues dile de mi parte que Dios le bendiga, y que estoy deseando conocerle.

—Descuida —prometí.

—Hasta el sábado próximo —se despidió.

—Pero llámame por teléfono antes de venir —le recordé.

Y se largó.

Mi emoción al escribir estas páginas, como cualquiera comprenderá cuando las haya leído, queda plenamente justificada.

Encontrarse al cabo de los años con una hermana que se daba por perdida, conmueve al más pintado. Y más aún a mí, que soy muy sensibilera, y me pongo a echar lágrimas por cualquier tontería con la misma intensidad que si me hubiesen metido el dedo en un ojo. Y nadie podrá negar que en nuestro caso el encuentro fue excepcionalmente emocionante, por la distancia que separaba las profesiones ejercidas por las hermanas encontradas: monja la primogénita y furcia la benjamina. Será difícil encontrar mayores contrastes laborales en las miembros de una misma familia. Vamos, creo yo.

PEDAZO 5

PERO LA EMOCIÓN INICIAL fue convirtiéndose en preocupación en el curso de la semana siguiente, a medida que se iba aproximando el sábado señalado por Sor Candelaria para conocer a su cuñado.

(Ése fue el motivo de que no cogiera la pluma en todos estos días, y que la coja hoy para contar en pasado todo lo que pasó. Porque, ¡menudos diítas me hizo pasar la monjita!)

«¡Vaya coña la del cuñado!», fue la frase que me estuve repitiendo cientos de veces. ¿De dónde diablos iba a sacarme yo un marido para presentárselo a mi hermana?

Yo sabía que era inútil poner pretextos para hacerla desistir de su propósito, pues una de las virtudes más arraigadas en la monjería es la tenacidad. Cuando a las monjas se les mete algo entre toca y toca, no paran hasta conseguirlo. Por mucho que yo lograra retrasar su visita pretextando viajes de «Mariano», enfermedades, catástrofes u obstáculos de cualquier tipo, ella insistiría hasta lograr que se lo presentara.

A esa virtud las religiosas la llaman fuerza de voluntad; y las seculares como yo, cuyo vocabulario es menos extenso y exquisito, la llamarnos sencillamente pelmacería. Pero llámese como se llame, el caso es que no hay forma de torear sus embestidas.

Decidí por lo tanto coger el toro por los cuernos.

Dicho así suena mal, pero no hay que asustarse: quiero decir que tomé la decisión de solucionar el problema, organizando que mi hermana conociera realmente a mi marido imaginario. Para lo cual, lo primero que tuve que hacer fue repasar la lista de mis amistades masculinas (bastante extensa gracias a Dios), en busca de un sujeto que reuniera las condiciones necesarias para hacer el papel de «Mariano». Y para hacerlo bien, pues mi hermana no era tonta y debía tragarse la comedia.

No me resultó nada sencilla la tarea de encontrar al fulano que encajara mejor en este papel, pues el personaje tenía que estar dotado de características bastante concretas: tenía que parecerse lo más posible a Marlon Brando, hablar con acento catalán, usar boina y fumar puros.

Los dos últimos detalles de su caracterización eran secundarios y no ofrecían ninguna dificultad. Pero resultaban difícilísimos en cambio los dos primeros, que eran fundamentales.

Los «marlones brandos» escasean en este país, cuyos hombres son más bien bajitos y tirando a flacos. (Por falta sin duda de buena leche durante la lactancia, debida a la escasez de pastos abundantes para el ganado vacuno. Vamos, creo yo). Aquí pueden encontrarse a barullo tipos morenos, sin que falte ni un solo peldaño en

la gama de la morenez. Pero hallar un rubiales que no sea un retaco y tenga cierta cara de bestia, que además sepa decir «ascolta, noi» y «miri, miri», es bastante complicado. Incluso para mí, que tengo en el muestrario de mis experiencias personales un amplio surtido de todas las cataduras.

Después de cribar a todos mis hombres en busca del que fuera capaz de hacer aquel papel, sólo uno me quedó en el cedazo; un tal Jones, que trabajaba como sargento en la base de Torrejón.

Cuando Norteamérica decidió echarle una mano a España, nos regaló una serie de cosas que a ella no le servían para nada. Aunque entiendo poco de política, me da la sensación de que todos los planes de ayuda a países extranjeros son un truco del Gobierno yanqui para desembarazarse de cosas y personas que le sobran y le estorban. Prueba de ello es que a nosotros, que yo sepa, sólo nos mandó excedentes de harina, de leche en polvo y de carne congelada. Y a juzgar por las pintas que tienen algunos miembros de la colonia norteamericana que hoy reside en Madrid, sospecho que debió de mandarnos también excedentes de carne humana sin congelar.

—Vamos, Mapi, no exageres —me dirá algún cobista, de esos a los que todo lo que pasa les parece bien porque están chupando del bote—. Reconoce que en lo que respecta a la ayuda militar, nos han echado una mano.

—Tampoco —rebato yo—. Porque como casi todo el material que nos dieron era usado, lo que nos echaron en realidad fue una segunda mano.

De segunda mano era también Jones, pues aunque con el uniforme parecía un sargento flamante y nuevecito, tenía en el cuerpo varias heridas que le hicieron en Corea. Y aunque las heridas se las cosieron cuidadosamente, se le notaban cicatrices imposibles de disimular en todo material de guerra que ya ha sido usado con anterioridad.

Conocí a Jones no sé cómo, en uno de esos inmundos chiringuitos que dan de beber a hurtadillas durante toda la noche en la carretera de Barcelona. Estaba amaneciendo, y los dos coincidimos allí procedentes de distintas juergas. Ambos habíamos bebido un rato largo. Y cuando quise darme cuenta estaba con él en un reservado, comiendo chuletas de cordero y tomando «chatos» de tintorro. Luego él me acompañó a casa, en uno de esos cochazos grandes y sucios que usan los yanquis de las bases.

Para mí, la cualidad más sobresaliente que adorna el carácter de Jones es su cartera de piel de cerdo llena de dólares. Esos billetitos tan majos, verdes y crujientes como hojas de lechuga, forman una ensalada muy digestiva que hace apetitosos a los fulanos más intragables. Servido con la guarnición de esa verdura, Jones me gustó y salí con él algunas noches. Y mira por dónde ese conocimiento casual iba a serme de mucha utilidad, pues el sargento podía desempeñar el personaje que yo necesitaba. No es que se pareciese a Marlon Brando como si fuera su hermano gemelo, pero se

daba cierto aire con él: tenía su misma complexión de cargador de muelle, y su misma cara de pánfilo guapetón con las facciones hechas a puñetazos. Otra de sus ventajas era su conocimiento de nuestra lengua, pues el fulano había nacido en Puerto Rico, donde todo el mundo chapurrea el español. Lo hablaba con un acento raro, como los tipos que salen en las películas de la televisión, pero se le entendía.

Le llamé por teléfono para decirle que le necesitaba con urgencia, y le rogué que viniera a visitarme en cuanto pudiese.

—Pero que sea antes del sábado —insistí—, porque el sábado es cuando te necesito.

Y el viernes por la tarde se presentó en mi casa. Yo estaba en el «policuarto» afilándome las uñas, y pintándomelas también, cuando entró la criada.

—Señorita —me anunció— ahí fuera hay un negro.

—¿Un negro? ¿No será el carbonero?

—No. Pregunta por usted.

—¿Estás segura de que es negro?

—Servidora es torpe —admitió Dora, a la que había regañado pocas horas antes por romper un plato—, pero no es ciega. Y sabe distinguir a un negro de un rostro pálido.

—¿No será un pobre? —sugerí—. Como los pobres son alérgicos al jabón y están tan sucios...

Pero como la chacha insistió, salí a ver quién era aquel extraño visitante. Y me encontré con Jones.

También yo me llevé una sorpresa al observar que su piel, vista a la luz del día, resultaba de una negrura poco corriente. Como yo siempre había salido con él de noche, nunca reparé en este exceso de pigmentación. Él debió de notar algo raro en mi forma de mirarle, porque me preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Nada —le tranquilicé—. Es que hoy te encuentro más moreno que de costumbre.

—¿Más? —se extrañó Jones—. Siempre he sido así No olvides que soy portorriqueño.

—El que tiene que olvidarlo eres tú —le dije—, porque necesito que mañana seas catalán.

Debió de creer que yo estaba borracha, hasta que le expliqué la razón de mis aparentes despropósitos Entonces, cuando supo que yo pretendía hacerle pasar por mi marido ante los ojos de una monja, se convenció de que yo no estaba borracha, sino loca de remate.

Dos horas de charla y media botella de *whisky* invertí en convencerle de que aceptara el papel.

—Está bien —cedió al fin—. Dime qué tengo que hacer, y procuraré hacerlo lo mejor posible. Pero no respondo del resultado, porque te advierto que soy muy mal actor.

—Tú sigue mis instrucciones al pie de la letra y no te preocupes —le expliqué—. Lo primero que tienes que hacer, es afeitarte el bigote y la cabeza.

—¡De ninguna manera! —protestó—. ¡Eso es demasiado!

—Pero ¿no comprendes que debes parecerte lo más posible a la foto de Marlon Brando que hay en el pasillo? Y en esa foto él es rubio, y no tiene bigote.

—También tiene la piel menos tostada que yo —dijo el sargento con ese pudor que tienen los negroides para hablar de su color—, y no pretenderás que me pinte la cara de blanco.

—Eso no hará falta, porque diré a mi hermana que últimamente has tomado mucho el sol. Pero el bigote es imprescindible que te lo quites, y la cabeza no hay más solución que te la afeites.

Y le eché la otra media botella de *whisky* para ablandarle.

—Bueno —accedió al fin—: si te empeñas...

—Eres un solete —le agradecí—. Si todos los yanquis fueran tan majos como tú, nadie volvería a decirnos eso de *go home* que os repiten en todos los países que pretendéis ayudar.

—Aparte del afeitado total —continuó Jones—, ¿qué más tengo que hacer?

Le expliqué todos los detalles, e incluso hicimos pequeños ensayos para superar algunos de los momentos difíciles que podrían presentarse. Y cuando me pareció que Jones estaba suficientemente preparado, le dije que podía marcharse, a condición de que me prometiera repasar su papel hasta el día siguiente, en que tendría lugar la representación.

—Descuida —me dijo al despedirse—: a las cuatro en punto estaré aquí, para hacer un ensayo general.

PEDAZO 6

LO MALO FUE que al día siguiente no pudimos ensayar, porque mi hermana se presentó en mi casa antes de la hora prevista.

—¡Señorita! —me anunció Dora a las tres y media, entrando muy sofocada en el «policuarto»—. ¡Ya está ahí la monja!

—¡Bendito sea Dios! —exclamé conteniéndome a tiempo, pues la exclamación que me vino a la punta de la lengua fue «¡Maldita sea su estampa!»

—¿Qué hago? —me preguntó la chacha, angustiada.

—Dila que pase —ordené.

—Pero eso cambia todos los planes —dijo Dora, a la que yo había instruido también—. Porque usted me dijo que primero llegaría el negro, y luego la monja. Pero esta viceversa me coge de sorpresa. ¿Es que el negro se ha retrasado?

—No —aclaré—: es que la monja se ha adelantado. Pero no vuelvas a llamarle «el negro», sino «el señor». Y no olvides que mientras mi hermana esté delante, «el señor» se llama «don Mariano».

—No lo olvidaré.

Cuando entró Candelaria, sus negros hábitos ensombrecieron toda la decoración del «policuarto».

La verdad es que no hay nada tan antiestético y poco decorativo en un interior como una monja. Ya puede uno romperse la cabeza combinando armoniosamente el color de las paredes y los muebles, que en cuanto entra una monja todo lo echará a perder. Los tonos más vivos se ensombrecen, y todo el ambiente del cuarto se pone tristón. Desafío a cualquier decorador: ¿a que ninguno es capaz de conseguir que una monja haga bonito en una decoración moderna?

—Buenas tardes nos dé Dios —saludó mi hermana con recato y modestia.

—¡Hola! —respondí, bastante chinchada—. Pero ¿no quedamos por teléfono en que vendrías a las cuatro y media?

—Es que anduve por estos alrededores vendiendo papeletas de nuestra rifa —me explicó—. Y como ya vendí todas las que llevaba, aproveché que tu casa me pillaba cerca para venir. Por cierto que en este barrio hay gente muy caritativa. Sobre todo una serie de mujeres jóvenes que deben de ser recién casadas, y que tienen unos pisitos tan monos como el tuyo.

«¡Sí, sí, casadas! —pensé yo—. ¡En su mayoría, liadas! Por eso te compraron papeletas para tu rifa: para tranquilizar sus conciencias. ¡Pensarán las pobrecillas que podrán subir al cielo en tu tractor!»

Y dije en voz alta:

—Pues mi marido no ha llegado aún. Tuvo que ir a un almuerzo de negocios, pero me prometió que estaría aquí a las cuatro.

—Tengo muchos deseos de conocerle.

—Y yo de que le conozcas. (Para que te quedes tranquila y me dejes en paz).

—¿Qué carácter tiene? —quiso saber.

—Pues Mariano —empecé a inventar— es muy religioso. No tanto como tú, claro, porque tú eres como si dijéramos una profesional y él no pasa de ser un *amateur*. Pero le llena de orgullo que su esposa tenga una hermana monja.

—Puedes dar gracias al Señor por haber encontrado un hombre tan decente, para formar con él una auténtica familia cristiana —suspiró Candelaria—. ¡Porque tú no puedes imaginarte cómo son los hombres de ahora!

—No, claro —tuve que decir para no salirme de mi papel—. Como yo sólo conozco a Mariano, y Mariano es un ángel...

—Pues casi todos los demás, y que Dios me perdone, son unos demonios —me contó ella haciéndose cruces—. ¡Si tú supieras las cosas que yo he visto por ahí...!

—Me las figuro.

—Ni figurártelas podrás, infeliz, porque esas atrocidades no caben en la cabeza de una casada formal. Pero yo, como salgo mucho más que tú para vender papeletas de nuestra rifa, conozco el mundo a fondo. Y te aseguro que estoy escandalizada: No sabes cuánto me tranquiliza saber que tú vives en paz con tu conciencia, al margen de todas esas inmoralidades.

Y a mí, al oír todo aquello, se me fue haciendo un nudo en la garganta. Porque sin poder evitarlo, me conmovió que mi hermana me creyera tan buena e ingenua. Había logrado engañarla de un modo tan completo, que sentí también vergüenza de ser una embustera tan consumada. Y pensé por un momento echarlo todo a rodar, confesándole entre sollozos:

—¡Perdóname, hermana! ¡Todo es mentira! ¡Ni hogar, ni familia cristiana, ni narices! ¡Putas y gracias! ¡He montado esta farsa porque no me atreví a decirte la verdad! ¡Perdóname!...

Pero no llegué a exteriorizar los pensamientos que se me ocurrieron en ese momento de sinceridad, porque Dora entró anunciando:

—Ha llegado el señor.

Y volví a desear que toda aquella comedia saliera bien, para que la bondadosa Sor Candelaria no supiera jamás la clase de elementa que era su hermanita.

Obedeciendo mis órdenes con disciplina —no en balde Jones era sargento—, mi «marido» entró en el cuarto con un puro encendido en la mano, y una boina encasquetada en la cabeza. La boina pertenecía a don Chemari Mendigorrieta, y al moreno no le favorecía ni pizca.

Tuve que morderme el labio inferior, hasta casi hacerme sangre, para no echarme a reír. Porque la verdad es que tanto la boina como el puro le sentaban al yanqui lo mismo que un par de pistolas a un Cristo. Se notaba a la legua que el fulano no tenía

costumbre de fumar cigarros, pues lo llevaba agarrado por un extremo como si fuera una porra. En cuanto a la boina, debido a que su legítimo dueño siempre fue muy cabezota, se le había bajado hasta las cejas. Por suerte, tuvo al entrar las felices ideas de quitarse la boina y poner el puro en un cenicero, con lo cual se cortó mi incipiente ataque de risa.

—¡Alabada sea la Virgen Santísima! —exclamó mi hermana al verle—. ¡Pero qué cuñadito más morenito!

—Es que toma mucho el sol en los viajes —justifiqué a toda prisa—. Siempre va a Barcelona en coche descapotable, y se tuesta que da gusto. ¿Verdad, Marianín?

—¿Es a mí? —preguntó Jones, que sin el ensayo general que habíamos previsto no estaba muy seguro en el papel.

—¡Claro, tonto! No hay más Mariano que tú en esta casa —recalqué, por si aquel cretino había olvidado el nombre del personaje que estaba representando. Y añadí señalando a mi hermana—: Ésta es tu cuñada la monja a la que tú, por ser un creyente de órdago, estabas deseando conocer. Salúdala con el debido respeto.

Jones me miró con angustia para darme a entender que los detalles del saludo no los habíamos ensayado. Y el muy berzotas, que era más torpón que un elefante, salió del apuro acercándose a Candelaria y dándole unas fuertes palmadas en la espalda mientras decía:

—¡Hola, monja! ¡Encantado de conocerte, chica!

A consecuencia del palmoteo, a mi hermana se le quedó la toca ladeada. Pero como las religiosas tienen la obligación de ser sufridas, tuvo que aguantarse hasta que yo salí al quite.

—No seas tan efusivo y siéntate —ordené al guripa del tío Sam—. ¿Quieres que te traiga las zapatillas?

—¿Qué zapatillas? —preguntó él, que salía de una perplejidad para entrar en otra.

—Las tuyas, hombre —expliqué, volviéndome a mi hermana para ampliar la explicación—. Siempre que llega a casa, lo primero que hace es ponerse las zapatillas.

—Eso indica que es un hombre hogareño —aplaudí mi hermana, mirando con simpatía al sargento—. Las zapatillas son el símbolo del matrimonio bien avenido, que permanece en el hogar sin salir a exponerse a los peligros de la carne.

—De la carne, y de todos los comestibles en general —apoyé y reforcé la opinión de mi hermana—. Porque donde esté una comidita casera, que se quiten todas las porquerías que te dan cuando sales a comer a los restaurantes.

—No es a la carne de solomillo a la que yo me refiero —sonrió mi hermana, condescendiente—, pero es igual. No te entretengas y tráele las zapatillas a tu marido.

Recordé de pronto que yo no tenía en casa zapatillas de hombre, porque mis amigos me hacían visitas tan rápidas que no les importaba ir al cuarto de baño

descalzos o en calcetines.

—Pensándolo bien —eludí la cuestión—, creo que a Mariano le dará vergüenza ponérselas estando tú aquí. ¿Verdad, tesoro?

—Claro, claro —me apoyó el «tesoro» moreno.

—¡Qué tontería! —se opuso Candelaria—. Como soy de la familia, debéis comportaros con entera confianza. Insisto en que tu marido se ponga las zapatillas.

—Está bien —me levanté, resignada—. Iré a traérselas. Mientras tanto, cuéntale a Mariano esa misión tan humanitaria que realizas vendiendo papeletas para la rifa del tractor benéfico.

Con esta sugerencia traté de impedir que Jones tuviese que hablar durante mi salida en busca de las problemáticas zapatillas. Si mi hermana sostenía el peso de la conversación, él no tendría oportunidad de meter la pata con sus torpezas de pésimo actor.

Y logré mi propósito, ya que cuando volví al «policuarto» Jones no había abierto la boca ni una sola vez. La monjita en cambio le habló tanto y con tanta elocuencia de su rifa caritativa, que había logrado venderle cinco papeletas.

—¿Pero no me dijiste que no te quedaban, pues agotaste el talonario antes de venir aquí? —comenté, lamentando que mi breve ausencia le hubiera costado a Jones quinientas pesetas. (Poco menos de lo que le cobraba yo por darle bastante más que unos números para una rifa).

—Lo agoté, en efecto —admitió Candelaria—. Pero tu marido es tan bueno, que ya me ha dado el dinero para quedarse con las cinco primeras papeletas del talonario que empezaré mañana.

El pobre Jones, que era un ingenuo como casi todos sus compatriotas, me dijo para justificarse:

—Si me toca el tractor, sería un buen negocio. ¿No te parece?

—Desde luego —no quise quitarle la ilusión, pensando al mismo tiempo que si no hubiera tantos inocentes, vivirían bastante peor algunas órdenes religiosas—. Y si te toca, lo usaremos para arar los tiestos de la terraza.

Hecho el chiste (sabido es que me gusta lucir mi ingenio tanto como mis piernas), añadí:

—Aquí tienes tus zapatillas para que te las pongas.

Y al decir esto alargué al sargento el calzado más discreto que pude encontrar en toda la casa: unas sandalias playeras que me había comprado el verano anterior para ir a la piscina, de rafia rosa con hilillos dorados.

Eran el único par sin tacón que existía en toda mi zapatoteca. No pude echar mano tampoco de ninguna de mis zapatillas: aparte de que sus adornos y colores femeninos iban a resultar muy detonantes en las patatas de Jones, todas tenían tacones.

(Dora me ofreció, para salir del apuro, las alpargatas que ella usaba para fregar el piso. Pero tuve que rechazarlas; porque estaban tan guarras que no parecían el calzado de un marido para estar en casa, sino el de un pocero para bajar a las alcantarillas).

Las sandalias, dentro de la gravedad, me parecieron la menos grave de todas las soluciones. Es cierto que eran de rafia rosa con hilillos dorados; pero como el sol había hecho palidecer su color y el uso había arrancado gran parte de las hilachas decorativas, Jones pudo calzárselas sin hacer demasiado el ridículo. Sospecho que durante aquella operación debió de ponerse muy colorado. (Gracias a que tenía la piel tan sumamente morena, nadie se lo notó. Mira por dónde, de algo le sirvió al portorriqueño su bisabuelo africano).

—Así me gusta —aplaudí la Sor, contemplando las enormes pezuñas del sargento que habían entrado trabajosamente en mis sandalias—. Estos detalles revelan a los matrimonios felices. Son infalibles.

—No cabe duda de que eres una observadora estupenda —adulé—. ¡Lo que a ti se te escape!...

—Háblame de Barcelona —dijo mi hermana de pronto, volviéndose a «Mariano». «Ahora —pensé, echándome a temblar—, se descubrirá todo el pastel».

Y palidecí. Y supongo que se me notó, pues yo no tuve antepasados negros para disimular los cambios de tonalidades que sufre mi piel.

Jones me miró angustiado...

PEDAZO 7

A LA MIRADA DE JONES llena de angustia, siguió una pausa llena de silencio. Pero la monja volvió a la carga:

—Tengo entendido que Barcelona es una ciudad muy agradable.

Y entonces se produjo el milagro. Porque el sargento abrió la boca para replicar:

—«Cuando la bolsa sona».

La oportunidad de la respuesta me dejó perpleja. ¡Vaya con Jones! ¡Qué valor le echó el tío! ¡Quién iba a suponer que salvaría la peligrosa situación con tanto aplomo! Porque me constaba que esa frase hecha, oída en algún chiringuito de la carretera de Barcelona, era todo lo que él sabía de la famosa capital catalana. Y demostró una gran agilidad mental colocándola en aquel momento.

Supo jugar la única carta que tenía en la difícil partida de aquella conversación, en la que él y yo hacíamos trampas, y ganó una baza definitiva. Porque Candelaria, a partir de aquel momento, no pudo dudar de que mi «marido» era catalán, ni que conocía profundamente Cataluña.

—Lo que encuentro —observó aquella bendita (por no decir condenada) observadora— es que Mariano, al natural, cambia un poco con relación a su retrato del pasillo.

—Es que las fotos, en general, engañan mucho —dije yo.

—Y la del pasillo, en particular, engaña más todavía —añadió él, imprudente.

—También el pelo cambia la fisonomía —reforcé yo—. Y como ahora Marianín se lo ha rapado al cero...

—Y los años, que tampoco pasan en balde —opinó mi hermana—. Porque en esa foto debías de ser mucho más joven, ¿verdad?

—¡Ya lo creo! —intervine apresuradamente, pues a Jones le escoció la observación de la monja—. Se la hizo antes de que nos casáramos. Y el matrimonio estropea mucho.

—¿Qué estropea? —se extrañó mi hermana—. ¿Por qué?

—¡Qué sé yo! De estar siempre en casa, los hombres se ponen fofos y macilentos.

—Comprendo que te enamoraras de él —sonrió mi hermana con toda la picardía permitida a una religiosa, que no es mucha—. Porque entonces era un mozo muy bien plantado.

—Tampoco ahora está tan birria, mujer —le defendí, temerosa de que aquella desfavorable comparación con Marlon Brando le ofendiera.

Hubo, en las dos horas largas que duró la visita de Sor Candelaria, algunas situaciones tan comprometidas como la alusión a Barcelona. Una de ellas se produjo cuando mi hermana, muy satisfecha de lo que había sabido hasta entonces de nuestra felicidad conyugal, fue llevando su interrogatorio por cauces más íntimos. Y me dijo

de buenas a primeras:

—¿Y tú qué haces para no tener niños?

Mi casi absoluta falta de vergüenza me impidió ponerme colorada, pero el estupor hizo que me pusiera blanca. Porque la preguntita se las traía. Y como no era cosa de ponerme a explicarle todos mis enjuagues, trucos y demás historias, me limité a encogerme de hombros comentando.

—Pues ya ves, hija: chiripa.

Y quedé a la expectativa, para ver por dónde salía la endiablada monja. Porque por muy liberal que se haya vuelto la Iglesia desde el último Concilio, no creo que ninguna monjita sea (aunque la palabra suene a orden religiosa) anticoncepcionista.

—No te preocupes —replicó ella, con voz tranquilizadora—, tarde o temprano, la prole vendrá.

—No seas gafe, mujer —se me fue la lengua.

—¿Cómo? —tuve la suerte de que ella me preguntara por no haberme comprendido.

—Quiero decir —corregí lo mejor que pude—, que lo mejor será no tentar a Dios. Hasta ahora he sido tan feliz...

—Pero la felicidad máxima —insistió— es la bendición de los hijos. Un hogar sin prole, es como un jardín sin flores. ¿Te imaginas lo que será tu vida cuando estés rodeada de nenes?

Me lo imaginé por un momento, y me puse bastante paliducha. La perspectiva de verme algún día sitiada por una tropa de Jones en miniatura, me puso los pelos de punta. Verme en el centro de un corro formado por «Jonetes» portorriqueños, despabiló aún más mi siempre despierto miedo a la maternidad. Pero disimulé mis verdaderos sentimientos, esforzándome en llevar el toro de la conversación a un terreno menos peligroso.

¡Si al menos el sargento me hubiera echado un capote! Pero todo lo que se le ocurrió al muy insensato fue echar leña al fuego maternal de la monja diciendo:

—Pues yo, en el fondo, soy muy padrazo. Los críos me chiflan.

—Si rezas con devoción, los tendrás —garantizó mi hermana—. ¿Tú rezas todas las noches, Mariano?

—Mira, monja —volvió a despertarse en Jones la bestia dormida que llevaba dentro—. Yo creo que, para tenerlos, lo que hay que hacer por las noches es...

—¡Dora! —grité antes de que él terminara, pues vi en su rostro que ya estaba harto de tanta tontería—. ¡Trae más café!

Otro momento, tan embarazoso como éste de mi posible embarazo, se presentó cuando la bendita observadora le hizo a mi «marido» esta observación:

—¿Y cómo es posible que, siendo catalán, hables como «Cantinflas»?

Jones se quedó pegado, inmóvil y de perfil, Sólo le faltaba el precio en una

esquina para parecer un sello de correos. Tampoco a mí me gustó esa alusión cinematográfica, que me hizo pensar:

«Si ahora resulta que las monjas van al cine como cada quisque, a lo mejor ata cabos y exclama de pronto: ¡Ave María Purísima! ¡Ahora recuerdo que la hermosa criatura del retrato es Marlon Brando!»

Pero hubo suertecilla, gracias a Dios, y resultó que la experiencia de mi hermana en materia peliculera se limitaba a media película de «Cantinflas». (Digo media porque la película fue exhibida ante las niñas pobres del Asilo, después de pasar la censura eclesiástica. Y como la gracia principal de «Cantinflas» consiste en que continuamente se le caigan los pantalones, sospecho que los curas censores dejarían la película reducida a la mitad).

En cuanto al acento de «Mariano», que motivó la observación de Candelaria, lo justifiqué afirmando rotundamente que era acento catalán.

—Pero no del idioma catalán corriente, ¿comprendes?, sino de un dialecto especial que sólo se habla en la parte de Cataluña que linda con el territorio andorrano.

«¡Chúpate ésa!» —pensé después.

Y me quedé tan ancha, pues tengo la seguridad de que mi hermana no irá nunca a Andorra para comprobar si mentí.

Pasé tantos sudores durante las interminables horas que duró aquella visita, que me hice varias veces esta reflexión filosófica:

«Cuesta menos trabajo ser decente toda la vida que fingirlo toda una tarde».

Pero di por bien empleado aquel litrejo de sudores que solté por mis poros, pues hice con él la mejor obra caritativa de toda mi juventud: proporcionar a Sor Candelaria la ilusión de que su hermana pequeña era una esposa feliz, y no una furcia desgraciada. Me imagino la dolorosa cruz que yo hubiera echado sobre sus hombros para siempre, confesándole la verdad. ¡Bastante cruz tenía la pobre con la venta de papeletas para la rifa del tractor!

Cuando se levantó para marcharse —¡Dios me perdone!—, me puse muy contenta. No porque quisiera perderla de vista, sino para dar fin a la agotadora comedia que representé con Jones, y que había ido tensando mis nervios como cuerdas de bandurria. No hay nada que canse tanto el sistema nervioso como hacer teatro sin dominar el oficio ni saberse de memoria el papel.

—Decididamente —dijo Candelaria cuando íbamos camino de la puerta, deteniéndose a contemplar el retrato del pasillo—, Mariano tenía mucho mejor aspecto cuando se hizo este retrato. Aquí parece un artista de cine.

Las despedidas impidieron que la conversación volviera al resbaladizo terreno cinematográfico. Y mi hermana se fue, ¡al fin!, echándome toda clase de bendiciones y haciéndome esta última promesa:

—Rezaré para que la Providencia se digne concederte el anhelo supremo de toda mujer casada.

—¿Qué anhelo? —pregunté mientras bajaba ya la escalera.

—¡Que tengas pronto un hijo!

—¡Y un jamón!

—De acuerdo —concedió la muy ingenua—: rezaré también para que tengas un jamón, con el que puedas alimentar al niño. Porque con lo cara que está poniéndose la vida, ayuda poco el pan que trae cada niño debajo del brazo.

Y siguió bajando los escalones, mientras me hacía un ademán de despedida en forma de cruz.

Aquella noche, el sargento Jones no apareció por su cuartel. De algún modo tenía yo que saldar mi deuda por lo bien que se había portado conmigo, y esa es la forma de pago que me sale más barata.

(Jones, además, es buen compañero para dormir, porque no ronca en absoluto. Y tiene la ventaja, como todos los militares habituados a los madrugones cuarteleros, de que en cuanto amanece se levanta por costumbre, aunque no suenen los trompetazos de la «diana». Con lo cual deja la cama libre mucho más temprano que cualquier paisano, permitiéndome echar un sueño supletorio a mis anchas hasta bien entrada la mañana).

PEDAZO 8

RESUELTA Y LIQUIDADADA la «operación monja», me dispongo a reanudar mis actividades profesionales.

Pero antes de reanudarlas quiero anotar en estos papeles algunos recuerdos de mi vida anterior. Sobre todo de la etapa que precedió a mi instalación en este piso, y que fue sin duda una de las más interesantes que me ha tocado vivir. Porque entonces andaba yo de la Ceca a la Meca, teniendo que ganarme cada noche el cocido de cada día. Y estas idas y venidas, me permitieron conocer a muchos fulanos heterodoxos.

(Hay quien prefiere decir «heterogéneos» en vez de «heterodoxos», pero allá cada cual. A mí «heterogéneos» me suena a ordinariez. En cambio la palabra «heterodoxos» debe de ser mucho más fina, porque la leí en un catecismo. Para que se vea que una, dentro de su modestia literaria, tiene también sus preocupaciones estilísticas).

Entre aquel montón de basura masculina que traté, había personajes dignos de figurar en una novela buena. (Llamo novelas buenas a esas tan gordas que escriben los extranjeros, que por su tamaño y por estar envueltas en celofán parecen cajas de bombones).

Pero como yo no soy novelista ni cuentista, sino una chica que se dedica a una variante de lo que ahora se llama «relaciones públicas», me limitaré a contar exactamente cómo eran esos fulanos que conocí y lo que me ocurrió con ellos.

Haré lo que yo llamo unas breves simbiosis (pues esta palabra resulta más fácil de pronunciar que «sinopsis», que es la recomendada por el diccionario).

Cuando me harté de vivir en la «Residencia Manchega» me mudé una temporada a los «Apartamentos W. C.». Estos apartamentos no se llamaban así porque tuvieran retrete, como puede parecer a primera vista, sino porque el dueño era un gallego llamado Wenceslao Carballino. También se les conocía con el nombre de «Edificio Far-West», por estar situados casi en las afueras de Madrid, muy cerca del lejano Parque del Oeste.

Me recomendó aquel sitio Gustavín, el peluquero al que voy desde hace tiempo para que me tiña de rubio este maldito pelo mío, que se empeña en seguir saliéndome moreno desde que nací. No me fue demasiado bien en la Residencia anterior, y pregunté a Gustavín si sabía de algún sitio más potable. Porque los peluqueros son tan útiles a las furcias como los confesores a las beatas. Yo, cuando tengo algún problema de cualquier clase, siempre le pido consejo a Gustavín. Y el tío, que a fuerza de sobar cabezas femeninas ha adquirido una gran experiencia de la vida, siempre me aconseja bien.

Tampoco se equivocó en aquella ocasión, porque los apartamentejos del señor Carballino no estaban nada mal. Eran pequeños, eso sí, pues en cuanto se abría la

puerta se tropezaba con el camastro. Pero tenían la enorme ventaja de que yo podía recibir a quien me diese la gana sin que nadie hiciese aspavientos.

Esta facilidad en la recepción de visitantes, me supuso, como puede suponerse, un aumento considerable de mis ingresos. La pequeñez del apartamento no fue un obstáculo para el desarrollo de mis actividades profesionales, pues ya se sabe que en mi oficio una sola habitación desempeña al mismo tiempo las funciones de alcoba y sala de visitas.

Aparte de los clientes volanderos que venían a hacerme un rato de compañía y me dejaban un regalo en la mesilla de noche, tuve dos oportunidades de ser retirada por un par de peces gordos.

A uno de ellos lo conocí en el «Señorial», bar de postín que entonces frecuentaba una servidora en busca de un querido permanente. Yo acababa de sufrir un desengaño amoroso, por lo cual me sentía muy sola. Muy sola y, dicho sea pidiendo perdón por anticipado, muy cabreada. Porque mi desengaño consistió en descubrir que un vizconde, que llevaba quince días haciéndome la rosca, estaba liado con su chófer. El muy sarasa —por no decir mariconazo— pretendía limitar sus relaciones conmigo a exhibirme en público, para esconder sus amoríos con el mozo que le llevaba el volante y le metía el embrague.

Mi cabreo por esta decepción me condujo a beber más de la cuenta durante algunos días. Y aunque nunca me emborraché del todo, alcanzaba ese grado de «semitrompa» en el cual se habla con más desparpajo y se atreve uno a decir bastantes burradas.

Fue durante una de aquellas fases eufóricas, cuando Pololo se acercó a la mesa que yo ocupaba en el «Señorial».

—¿Acepta copa, nena? —me preguntó en ese estilo telegráfico que se gastan los señoritos modernos.

—Se equivoca usted de mesa, pollo —le rechacé poniéndome digna.

—¿No es usted una rubia vestida de azul, que está sentada sola al lado de esta columna?

—Sí —tuve que admitir.

—Entonces, no hay equivocación posible —dijo él muy serio—: es usted a quien quiero invitar.

Y se sentó a mi lado.

Yo le dejé, porque no era cosa de ponerme a darle caderazos hasta echarle del asiento. Además, me hizo cierta gracia su forma de abordarme. Le acepté por lo tanto tres «chinfises», y no me opuse tampoco a que pagara unos tragos que dejé pendientes el día anterior.

Al decirle yo que me llamaba Mapi, él me comunicó que atendía por Pololo. Y que era conde.

—¡Concho! —exclamé.

—Concho, no: conde —me corrigió él.

Me eché a reír, porque el tío era chistoso y a mí me gusta el cachondeo. Por otra parte, el Pololo aquel no tenía mala pinta. Como todos los individuos pertenecientes a las clases altas, lo mismo que a todos los caballos de las buenas cuabras, se le veía lustroso y bien cuidado.

(A los aristócratas, por cierto, se les nota que lo son en una serie de pequeños detalles del aseo personal que suelen pasar inadvertidos al primer vistazo. A saber:

En sus dedos, por ejemplo, cuyas uñas están bien recortadas y sin esas cosas negras que tienen en general las de las clases inferiores. Hay nobles que llegan incluso a darse en ellas un ligero barniz, sin que por esto se les pueda considerar afeminados, Y todos sin excepción se quitan escrupulosamente esos pellejos tan feos de por sí, que llevan un nombre más feo todavía: cutículas.

También en las narices, aunque parezca mentira, se les nota la nobleza. Porque a los fulanos corrientes les asoman pelos por los agujeros de la nariz. A mí esos pelos me recuerdan las patas de esos minúsculos cangrejitos que se esconden en las caracolas de los bígamos vacíos, y que salen por el orificio de entrada porque no caben en el interior. He observado que los aristócratas, salvo excepciones que también las habrá porque en todas partes cuecen guarros, jamás tienen asomadas a sus fosas nasales esas porquerías capilares. Sin duda se las cortan con algunas tijeritas de forma especial, provistas de puntas romas para poder metérselas sin pincharse en el fondo de las narices.

Otro detalle que marca a los miembros de la aristocracia como el hierro candente a las reses de una ganadería, es la forma de llevar los calcetines. Un marqués puede salir a la calle con el nudo de la corbata torcido, o con las rayas del pantalón sin marcar; pero siempre llevará los calcetines bien estirados, y con los canalillos del dibujo bien derechos).

Me convencí de que Pololo Estrada era un conde auténtico, cuando comprobé con mis propios ojos que reunía todas las condiciones exigidas en mi *test* particular: llevaba las uñas pulcras y sin padrastrós, no se le veía ni un solo pelazo que le asomara por las ventanas de la nariz, y tanto el estiramiento como la derecha de sus calcetines eran impecables.

Fuera de estos detalles, el individuo reunía otros que le hacían simpático. Porque se puede ser conde y resultar intragable. Entre estas cualidades adicionales figuraba una fisiología bastante convincente. Con lo cual quiero explicar que Pololo no era ninguna birria, sino un sujeto más que aceptable. Sin ser excesivamente alto, puedo decir sin exageración que rebasaba en casi dos palmos la estatura de cualquier enano. En cuanto a su cabellera, tenía pelos lo bastante largos y abundantes en la parte anterior de su cabeza, para cubrirse con decoro la calva que se le estaba formando en

la parte posterior.

Lo único que afeaba el armónico conjunto de sus facciones, era la nariz, excesivamente grande y gorda. Pero Pololo no creía que eso fuera un defecto, sino una cualidad. Porque cuando un tío de la nobleza sale narigudo, dice que su narizota es borbónica y se queda tan ancho.

Aparte de este excesivo apéndice nasal (que también se llama así para que los escritores no tengan que repetir siempre la misma palabra), el resto de la cara del conde era bien proporcionado; tenía dos orejas de un tamaño regular, dos ojos corrientes protegidos por párpados de sube y baja, y una boca con la dentadura completa. Su edad era difícil de calcular, como la de todas las personas que a fuerza de darse la gran vida se conservan estupendamente. Lo mismo podía tener treinta años que cincuenta.

Mediado el tercer «chinfís», iniciamos el tuteo y dejamos el «usteo». (Pero ¡qué graciosa soy, madre!) Yo estuve muy ocurrente, pues para saber el título que llevaba le pregunté que cuál era su apodo. Y él se mondó de risa, confesándome que nunca había conocido a una chavala tan aguda. Luego me explicó que era conde del Alfalfar. O del Henar. O puede que del Pajar. No lo recuerdo bien, pero sé que el título era algo relacionado con la comida del ganado. Y por cierto que no me explico por qué los reyes antiguos, que tenían fama de finos, daban a los condados unos nombres de hierbas tan ordinarias.

—Perdona que te lo diga —le solté al Pololo de marras cuando la «chín» del «chinfís» me desató la lengua—, pero a mí los aristócratas me parecéis muy fulastres.

Él no sabía lo que significaba «fulastre», porque como los ricos en nuestro país se dedican desde niños a estudiar idiomas extranjeros, nunca tienen tiempo de estudiar a fondo el propio. Pero yo se lo expliqué, y quiso saber entonces por qué tenía yo tan mala opinión de los de su casta. Tuve que contarle entonces lo que me había ocurrido con aquel vizconde que, después de tirarme los tejos, me salió rana.

—Y como tu léxico es bastante escaso —me adelanté a explicarle—, te aclaro que rana, en este caso, significa marica.

—¡Ah, sí! —comprendió él—. Lo que nosotros llamamos pederasta, ¿no?

—Podéis llamarlo como queráis —me encogí de hombros—; pero por bonito que sea el nombre, lo que hace un tipo de esos será siempre la más fea de todas las guarradas. Y aquel vizconde, cuyo nombre no te digo porque a lo mejor es pariente tuyo, estaba chaladito por su chófer.

—Afortunadamente, no tengo ningún vizconde en la familia —dijo Pololo—. Todos mis parientes son de conde para arriba. Pero admito que esa clase de aberraciones se da con alguna frecuencia en nuestra esfera.

A mí eso de la esfera me pareció un modo elegante de referirse al culo, pero por si acaso me equivocaba no lo comenté.

—Sin embargo —continuó él—, no creo en absoluto que la culpa de que estos casos se produzcan, pueda atribuirse a una degeneración de la sangre azul. Es más bien la consecuencia del hastío que se apodera de los individuos que, por haber nacido con la vida totalmente resuelta, nunca tienen nada que hacer. El pederasta, muchas veces, llega a serlo por aburrimiento.

—¡Pues vaya una diversión! —interrumpí.

—Cuando desde la más temprana juventud se tiene acceso a toda clase de placeres, es lógico que al llegar a la madurez se sienta uno fatigado de todos ellos. Y esa misma fatiga puede hacer que un hombre caiga en la aberración buscando nuevas fórmulas para distraerse. Como mi padre, por ejemplo.

—¿Qué? —dije metiéndome un dedo en la oreja, para cerciorarme de que no estaba obstruida y había oído bien—. ¿Quieres decir que tu padre es marica?

—Era —me corrigió Pololo—, porque el pobre ya murió. Por eso heredé el título que él llevaba y soy ahora conde. Pero si te interesa conocer su historia, ven a cenar conmigo y te la contaré.

La verdad es que a mí, en general, siempre me ha interesado muy poco que me cuenten historias. Yo voy a lo mío, y considero a los cuentistas unos pelmazos que me hacen perder el tiempo con su palabrería. Pero aquél era caso excepcional, ya que jamás me había tropezado con ningún fulano que llamara marica a su padre con tanto desparpajo. Y la curiosidad de conocer las razones de aquella conducta tan desconcertante, me movió a aceptar la invitación a cena con rollo.

Por una vez, y sin que sirviera de precedente, no vacilé en sacrificar el interés económico al estudio psicológico. Para que se vea que no soy tan materialista, y que tengo también ciertas inquietudes intelectuales.

Como ya hacía calor, Pololo me llevó a uno de esos restaurantes al aire libre que hay en las afueras de Madrid. La ventaja de esos sitios suele ser que, además de que en ellos hace el mismo calor que en los locales cerrados, hay mosquitos que te pican completamente gratis. Hay también mientras comes un «chou» muy entretenido, a cargo de mariposones e insectos multicolores que revolotean a tu alrededor. Algunos de esos pequeños artistas con alas se te caen en la comida, lo cual contribuye a dar «suspense» a la velada.

Siempre que voy con un tío rico, nunca leo el menú por el nombre de los platos, sino por la columna de los precios. Y encargué dos cosas de tres cifras cada una. Pero el verdadero plato fuerte de aquella cena fue la historia que me contó Pololo.

PEDAZO 9

—EL MARICA DE MI PADRE —empezó el conde, mientras yo les quitaba el corsé a unos langostinos—, fue el primogénito de tres hermanos. Cuando él era chico, la fortuna de nuestra familia había alcanzado su máximo esplendor. Porque mi abuelo, que además de noble era listo (virtudes que no siempre se dan juntas), se había dedicado a la política. Y cuando le nombraron Ministro de Obras Públicas, hizo que todas las nuevas carreteras que se construían en España pasaran por nuestras fincas. Por eso, cuando vayas en coche a cualquier capital de provincia y observes que la carretera da un rodeo que te parece inútil, puedes estar casi segura de que esa curva la trazó mi abuelo para que atravesara algunas tierras que nos pertenecen.

Al oír aquello, abandoné durante un momento la tarea de desnudar langostinos para discurrir este pensamiento tan agudo:

«Puede que la razón de que las carreteras tengan tantas curvas, en lugar de ser completamente rectas, como sería lógico, se deba a eso: a que todos los Ministros de Obras Públicas hicieron lo mismo que el abuelo de Pololo, para que pasaran por sus fincas respectivas».

Y volví mi atención al plato, mientras el conde continuaba:

—Gracias a esta astucia del viejo, las fincas de mi familia aumentaron considerablemente de valor. Y tanto mi padre como sus hermanos, vivieron en la opulencia desde su más tierna infancia. A mi padre, sobre todo, por ser el primogénito que heredaría el título, se le mimó de un modo especial. Y ese exceso de mimos influyó sin duda en las inclinaciones anormales hacia los miembros de su propio sexo. Estas inclinaciones empezó a sentir las en plena juventud, porque no hay nada peor que poner a la disposición de un adolescente todos los medios para que haga lo que le dé la gana: dinero y libertad sin límites. Como le ocurrió a mi padre, que a los diecisiete años agarró su primera cogorza y tuvo su primera querida.

—¡Qué procaz! —exclamé.

—Querrás decir precoz.

—Las dos cosas: precoz por la cogorza y procaz por la querida.

—Pues eso no fue más que el comienzo de una francachela perpetua —prosiguió Pololo, desviando de un manotazo el vuelo de un mariposón que iba a amarar en su plato de gazpacho—. Durante varios años, «el condesito Polo» cometió toda clase de excesos. Le llamaban así porque su nombre era igual que el mío: Leopoldo. A mí me llaman Pololo, porque esa repetición de la segunda sílaba del mote viene a ser una especie de «Polo Segundo» que me aplican para distinguirme de mi padre.

—¡Qué ingenioso!

—Para abreviar te diré que al cabo del tiempo, a fuerza de divertirse, el frívolo Polo empezó a aburrirse. Y en su búsqueda de nuevas sensaciones y emociones que le

sacaran del aburrimiento, encontró un gitano. Un gitanillo como un junco, que bailaba en un «tablaó» flamenco, con el cual se lio.

—¡Su madre! —exclamé.

—No: mi padre —me corrigió—. Aquel «bailaor» le trajo por la calle de la Amargura, como se dice en Andalucía. Porque además de darle muchos achares, le hizo un chantaje asqueroso con unas cartas que papá le había escrito declarándole su amor. A fuerza de dinero, mi familia consiguió sacarle de aquel lío.

—¡Mi abuela! —volví a exclamar.

—No: mi abuelo —volvió a corregirme—. Mi abuelo fue el que pagó para recuperar las cartas. Pero aquel sacrificio económico no sirvió de nada: Polo salió de los brazos del gitano para caer en los de un pintor.

—¿De brocha gorda? —pregunté con interés, recordando que yo también estuve liada con un pintor en Málaga.

—Desconozco el grosor que tendría su brocha —continuó él—, pero el caso es que a papá le fascinó. Y aquella nueva aventura fue el mayor de todos sus escándalos. No había transcurrido aún el primer mes de relaciones con el pintor, cuando toda España sabía ya que «el condesito Polo» era homosexual.

—Pero ¿en qué quedamos? —interrumpí—. ¿No decías que era marica?

—Es que también se les llama así.

—Pues a mí no me hagas alardes de léxico —le rogué—, y llama a las cosas por sus nombres más corrientes.

—Todo el país se escandalizó —continuó él—, porque ciertas cosas hay que hacerlas con discreción. Y no se puede pasear impunemente por la calle de Alcalá, como hacía mi padre, llevando del brazo a un señor melenudo. Ni es posible tampoco conservar la fama de macho yendo a todas partes, como iba mi padre, con los ojos llenos de «rimmel» y la cara cubierta de maquillaje.

—¡Cáspita! —me asombré por lo fino—. ¿Es posible que llegara a tanto?

—Y a más aún. Llegó a ser un pederasta tan descarado que mi abuelo no lo pudo resistir. Y se murió.

—¿De qué?

—De vergüenza. Porque en aquella época, «morirse de vergüenza» no era todavía una frase hecha como ahora, sino una clase de muerte muy corriente. Una herida en el honor era tan mortal como un infarto en el miocardio. Pero por suerte para mi familia, el viejo no se fue de este mundo sin testar.

—¿Testar viene de testarudo? —pregunté.

—Y de testamento. Cuando el notario lo leyó, el primogénito se encontró con un ultimátum tajante: o se casaba en seguida y tenía hijos, demostrando así que volvía a ser hombre normal, o toda la herencia familiar y el título de conde pasaría al segundo de los hermanos. Y ante la perspectiva de quedar desheredado, perdiendo de golpe la

fortuna y el título, Polo reaccionó. Lo primero que hizo fue romper con su novio, y lo segundo buscarse una novia. Dicho así parece muy sencillo, pero tropezó con muchos obstáculos para poder dar estos dos pasos.

—Lo supongo —comenté, mientras el camarero me quitaba el plato con las cascarillas de los langostinos—. Al vizconde que yo conocí, su chófer le amenazó con sacarle los ojos si volvía a mirarme.

—Pues el pintor fue más celoso aún —dijo Pololo—: cuando mi padre le anunció que iba a romper con él, le tiró a la cara una botella de vitriolo.

—¡Qué bestia!

—Afortunadamente, la botella estaba cerrada y al pintor se le olvidó quitar el tapón.

—Menos mal.

—Menos mal hasta cierto punto: porque el botellazo que recibió papá en las narices, fue de aúpa. Desde entonces, se le quedó el tabique desviado.

—¡Bah! —desdeñé encogiéndome de hombros—. A un tipo tan acostumbrado a desviaciones físicas y morales, psíquicas y sexuales, poco puede importarle que le desvíen también un huesecillo de la nariz.

Una satisfacción igual a la de la gallina que acaba de poner un huevo, es la que yo siento cuando suelto una frase en la que puedo lucir mi sentido del humor.

—Resuelta por narices la cuestión de su novio —reanudó Pololo su relato—, papá se puso a resolver una papeleta más difícil todavía: la de buscar novia. Porque las dificultades en su caso eran dobles, ya que a él le daban asco las mujeres, y a las mujeres, por su parte, les asqueaban los pederastas.

—¿Asqueaban? —interrumpí—. ¿Por qué lo dices en pasado?

—Porque la mujer actual es más tolerante con los afeminados, e incluso los trata porque le parecen divertidos. Pero en tiempos de mi padre, los márgenes de tolerancia no eran tan elásticos, y las chicas casaderas sólo admitían a su alrededor una clase de hombres: aquellos que sólo usaban sus nalgas para sentarse.

—Como debe ser —apoyé—. Tampoco yo soy partidaria de alternar con aberrantes de ninguna especie. Pero no creas que ahora resulta tan sencillo reconocer a primera vista a las personas normales. Con esta moda de que los hombres se dejen melenas y las mujeres se pongan pantalones, más de una vez me estuve timando por equivocación con una marimacho que parecía un tío.

Pololo estuvo de acuerdo conmigo, y lo demostró celebrando mi ocurrencia con una fuerte carcajada. Por suerte en aquel momento tenía la boca vacía, gracias a lo cual no ocurrió nada de particular. Porque si llega a tenerla llena de comida, se hubiese atragantado. Y ya se sabe que la gente, cuando se atraganta, empieza a escupir todo lo que estaba masticando, produciendo las consiguientes manchas en la ropa de sus vecinos.

Cuando a Pololo se le calmó la risa, volvió a coger con la lengua el hilo de su interesante historia:

—Venciendo la repulsión que le inspiraba el otro sexo, papá se lanzó a la conquista de una mujer. Hizo una lista de candidatas al matrimonio entre las muchachas pertenecientes a su misma clase, esperando que alguna de ellas perdonaría sus torcidas aficiones a cambio de su fortuna y su título. Pero la clase alta de entonces, además de altura, tenía también altivez. Y una por una, las puertas femeninas a las que llamó se le fueron cerrando en las narices. En esas mismas narices doloridas aún por el reciente botellazo de su despechado amor. Ellas fueron —las narices— las que más padecimientos soportaron en aquellas circunstancias. Y tan hinchadas debieron de quedar entre el botellazo y los portazos, que hasta mí ha llegado la hinchazón y heredé esta estupenda narizota.

—Parece una berenjena —dije yo en aquel momento, muy inoportunamente. Porque Pololo creyó que me refería a su nariz; y yo en realidad estaba tratando de identificar una verdura que me habían servido en el plato, acompañando a la carne.

Deshecho el equívoco con una nueva carcajada del conde, que tenía un gran sentido del humor, continuó contándome las aventuras y desventuras de su papá:

—Cuando la última muchacha de su lista le rechazó, a Polo empezaron a entrarle serios temores sobre su porvenir. Iba expirando el plazo estipulado en el testamento paterno para que resolviera su situación, aproximándose peligrosamente la posibilidad de perder la herencia completa.

»—No te preocupes —le tranquilizaba su astuto hermano Patricio, el segundón que heredaría título y fortuna si papá no se casaba—: puesto que te gusta ser marica, ¿por qué vas a privarte de ese placer? Cuando yo sea conde, te pasaré una pensión para que vivas tranquilamente con el hombre de tus sueños.

»Polo se ponía una mano en la cadera; y mientras se atusaba con la otra un rizo rebelde, decía muy nervioso:

»—¡Granuja! ¡Lo que tú quieres es que yo me haga la pascua, para chupar del bote tú solito! ¡Pues no, ea! Aunque se me revuelvan las tripas sólo de pensarlo, llevaré una esposa a mi cama. ¡Y el heredero seré yo, para que te chinches! ¡Rabia, castaña!

Esta vez fui yo quien se echó a reír, pues Pololo había imitado con mucha gracia la voz amariconada de su padre. Y como en el momento de reírme yo tenía la boca llena, me atraganté. Y debido al golpe de tos que me entró, le manché la chaqueta al conde con masticaduras de aquella verdurita que no era berenjena, como creí al principio, sino calabacín.

Una vez más Pololo demostró, no sólo que tenía un sentido del humor a prueba de bomba, sino también que tenía varios trajes. Porque no se ofendió ni pizca cuando le puse la chaqueta hecha un asco. Y a un fulano corriente, con lo mirados que son los

hombres para la ropa, aquellas manchas le habrían puesto hecho un energúmeno. Pololo se limitó a pasarse la servilleta por la zona damnificada por las salpicaduras, mientras proseguía:

—Como puedes suponer, el hermano segundón Patricio no sólo no movía un dedo para ayudar al primogénito Leopoldo, sino que saboteara todo lo que podía sus gestiones matrimoniales. En cuanto alguna chica no daba a Polo una negativa rotunda, y le pedía algo de tiempo para meditar su proposición, Patricio hablaba con ella para convencerla de que la rechazara.

»—¿Pero adónde vas a ir tú con ese mariconazo, preciosa? —decía a la indecisa—. Porque a la cama, desde luego que no.

»El benjamín de los hermanos, en cambio, que es ahora mi tío Fidel, ayudaba a papá dándole consejos. Como Fidel quedaba al margen de la cuestión, pues él no sería el heredero en ningún caso, no le importaba ser generoso. Y le decía:

»—¡Pero hombre! Bueno, es un decir. ¿Cómo quieres encontrar novia si la buscas con esa pinta?

»—¿Pinta? —se ofendía Polo, peinándose una ceja con un dedo mojado en saliva—. ¿Es que no te gusta esta blusita que llevo? Pues es una monería de organza. Me la traje Curro de París, cuando estuvo bailando allí con el cuadro flamenco.

»Fidel le dijo que debía ponerse prendas menos feminoides y adoptar actitudes más viriles. Le sugirió que no se maquillara en absoluto, que fumara, que bebiese...

»—¿Estás loco? —se horrorizó papá—. Si no me maquillo, con el cutis tan paliducho que tengo, estaré hecho una birria. Y si fumo, me entran unos mareos como si estuviese embarazado. En cuanto a beber, ya sabes que en seguida me pongo piripi...

»—Pues tú verás —se encogió de hombros Fidel—: o te esfuerzas un poco, o vete resignando a que Patricio te birle la herencia.

»Y Polo no podía esforzarse, porque aquello era superior a sus fuerzas. Y por las noches, en la soledad de su cuarto, lloraba de dos maneras: unas veces de pena, por estar a punto de perder los derechos de su primogenitura; y otras de rabia, por sentirse incapaz de impedir ese desastre.

»Pero aquel llanto nocturno no lo oyeron solamente Patricio y Fidel, que dormían en las habitaciones contiguas. Lo oyó también Victoria, que dormía en el piso superior destinado a la servidumbre. Porque en la casa donde vivió mi abuelo, y en la que entonces vivían también sus hijos, había un servicio doméstico a la antigua usanza: con mayordomo, ayuda de cámara y toda la pesca.

»Entre “toda la pesca” estaba Victoria, una doncella que llevaba varios años al servicio de la familia. La historia de esta mujer se parecía a la de esos personajes que sacaban en sus novelas folletinescas las hermanas Brontë.

—¡Ah, sí! —dije yo para hacerme la culta, aunque era la primera vez que oía

hablar de esa familia literaria.

—Victoria no era la clásica chacha pueblerina, zafia y cazurra, que baja en estado primitivo del monte a la ciudad. Victoria procedía de una familia venida a menos. Tan a menos, que más propio sería decir venida a nada. Y como este descenso de la posición familiar había sido tan brusco como reciente, a Victoria le pilló desarmada para afrontar la necesidad de ganarse la vida. Había recibido esa educación estúpida e inútil que se daba entonces a las burguesitas con pretensiones, consistente en aprender a tocar el piano, a escribir con letra picuda, y a bordar floripondios en pedacitos de trapo. Y como con estos conocimientos no hay manera de ganar ni un céntimo, no tuvo más solución que colocarse de criada. Porque tal y como estaba organizada entonces la enseñanza en nuestro país, la mujer española sólo tenía preparación para ejercer dos oficios: el de esposa o el de chacha.

Vino el camarero a preguntarnos qué queríamos de postre, y Pololo cambió un momento de conversación para decirle que nos trajera fresas con nata.

—Pero con mucha nata —concreté yo.

—Como verás —cogió él de nuevo el hilo cuando el camarero se fue—, en Victoria se daban todas las cualidades que suelen reunir los personajes de esas viejas escritoras inglesas. Y con esas cualidades, también su vida se desarrolló como una novela de aquellas autoras. Hasta el escenario se parecía un poco; porque el caserón donde vivía mi padre con sus hermanos, sin llegar a ser tan siniestro como *Cumbres borrascosas*, era también muy poco acogedor y bastante deprimente: grandes salones medio abandonados, largos pasillos mal iluminados...

»Y por las noches, para dar al ambiente ese toque imprescindible de misterio novelesco, el llanto lastimero del señorito pederasta. Aquel llanto no llegaba a poner los pelos de punta como los pone por ejemplo un fantasmal arrastrar de cadenas, pero quitaba el sueño a la doncella que dormía en el piso de arriba. Y en esas noches de insomnio, Victoria compadecía el sufrimiento de aquel desgraciado.

»Tanta compasión llegó a sentir, que decidió sacrificarse para salvarle. Del papel secundario que hasta entonces había desempeñado en la historia de mi familia, iba a saltar al de heroína.

Y Pololo, como todo buen narrador, hizo una pausa llena de intriga antes de pasar al capítulo más candente de su historia. Porque la cosa, al llegar a este punto, estaba que ardía.

PEDAZO 10

—AQUEL SALTO DESCOMUNAL —continuó el conde cuando nos sirvieron las fresas—, lo dio Victoria una noche de primavera. Una noche en la que el llanto de Polo llegó a ser particularmente desgarrador, pues el plazo para la salvación de sus derechos como primogénito estaba a punto de expirar.

—¡Qué emocionante! —interrumpí—. Lo cuentas como un serial de la radio.

—La doncella se puso una batita ligera encima del camisón, se quitó los bigudíes para estar mona, y fue a llamar muy decidida a la puerta del infortunado pederasta.

«—¿Puedo servirle en algo? —dijo cuando Polo la invitó a entrar—. He oído que el señorito estaba despierto, y si necesita alguna cosa...

»—Eres muy amable —agradeció mi padre—, pero lo que yo necesito no puedes dármelo tú.

»—No esté tan seguro —insistió ella, cerrando la puerta y avanzando hacia él—. Conozco el problema del señorito, y quizá yo pueda ayudarle más de lo que supone. Porque yo, desde que entré en la casa, siempre he sentido una gran simpatía por el señorito.

»—Gracias, Victoria; pero el hecho de que yo te sea simpático, no tiene nada que ver con tus posibilidades de ayudarme.

»—Según cómo se mire —insistió Victoria—. Porque si esa simpatía fuera tan grande que de puro grande se le pudiera dar otro nombre...

»—¿Cuál?

»—Por ejemplo, amor.

»—¡Pero, loca! —exclamó Polo—. ¿Qué estás diciendo?

»—Si en lugar de simpatía fuese amor —continuó la doncella sin hacer caso de la exclamación—, entonces una servidora sí podría serle útil al señorito.

»—¿Cómo?

»—Casándome con el señorito.

»—¡Ay, que me da un patatús! —exclamó mi padre, dándose aire con un pañuelo de encaje—. ¿Cómo te atreves a hablarme de esas porquerías, descarada? ¡Sal ahora mismo de mi cuarto, o gritaré! ¿Por quién me has tomado?

»—Le tomo por lo que es, pero no me importa —dijo Victoria, que estaba decidida a llevar su sacrificio hasta el fin. Y en vez de irse, lo que hizo fue sentarse en la cama junto a él.

»Con la misma fuerza que si hubiera caído un meteorito sobre los muelles del colchón, Polo salió rebotado hasta la esquina opuesta del cuarto.

»—¿Qué es lo que pretendes? —balbució el señorito, arrugando la nariz en señal de repugnancia—. ¡A mí no me toques, libidinosa! Porque eso es lo que tú eres: una libidinosa y una fresca.

»A otra mujer con menos decisión, aquellos dengues feminoides le habrían hecho emprender la retirada sin dar aquella batalla tan difícil de ganar. Pero la doncella era tenaz, y su objetivo lo llevaba escrito en su partida de bautismo: Victoria. De manera que, en lugar de desmoralizarse, lo que hizo fue reanudar su ataque con estas palabras tranquilizadoras.

»—Descuide, señorito: no le pondré la mano encima. Pero si se tranquiliza y piensa en lo que le he dicho, se dará cuenta de que no es ninguna locura. Una servidora está enamorada del señorito y se siente dispuesta a hacer todo lo que sea preciso para salvarle de su grave situación.

»—Pero ¡qué descoco! —chilló mi padre, sofocadísimo—. ¡Y qué atrevimiento! Suponiendo que yo venciera mis escrúpulos y me lanzara a hacer porquerías con una mujer, ¿crees que iba a rebajarme a hacerlas contigo, que sólo eres una pobre criada?

»—Una servidora —replicó la doncella dignamente— no es en el fondo una servidora. Lo es tan sólo por circunstancias de la vida. Una servidora, en realidad, es una señorita venida a menos.

»Y le contó a continuación la historia de su familia. Una historia conmovedora en la que no faltaba un dignísimo padre militar, muerto heroicamente en la defensa de una remota colonia ya perdida; ni una honorable madre viuda que siguió viviendo heroicamente también, pues hay que ser una auténtica heroína para subsistir con la exigua pensión que la patria concede a las viudas de sus héroes.

»También incluía el resumen autobiográfico de Victoria los patéticos trances de un hermanito tuberculoso, una tía paralítica y algunas otras miserias del mismo calibre. Tal cúmulo de desgracias justificaba con creces que la muchacha, dejando a un lado prejuicios de casta, se hubiera puesto a trabajar en aquel oficio tan humilde. Hasta el señorito pederasta lo comprendió, decreciendo a partir de aquel momento su hostilidad hacia Victoria.

»—¡Ay, chica! —dijo él cuando ella terminó—. Has estado a punto de hacerme llorar. Tu vida es una auténtica novela, de esas tan tristes que echan en cuadernillos por debajo de las puertas. Pero no me mires así, por favor, que me das miedo.

»—No es precisamente miedo lo que quiero darle, señorito —dijo ella, recargando de insinuaciones su mirada.

»—Pues pierdes el tiempo, porque ya sabes que no me interesa nada de lo que pueda darme una mujer.

»—¿Ni siquiera un beso? —le ofreció ella sus labios.

»—¡Puah! —hizo Polo una mueca de asco—. ¡Caca!

»Rechazada rotundamente la oferta de sus encantos, que no eran pocos, la doncella atacó al marica por el lado de sus conveniencias. Le recordó que el plazo fijado en el testamento estaba a punto de extinguirse, y que le urgía agenciarse una esposa para no perder la herencia.

»—Ya lo sé —se enfurruñó él—. Y eso es precisamente lo que me desespera, porque yo no puedo casarme. Sólo de pensar que tendré que dormir con una mujer, me dan náuseas. Y si además pienso en lo que ella pretenderá que yo haga antes de dormir, las náuseas se me acentúan hasta convertirse en vomitona.

»Victoria le calmó explicándole que todos esos detalles eran secundarios, y que ya se encontraría alguna fórmula para resolverlos cuando llegara el momento. Lo primordial e inaplazable era la boda, para la cual Polo podía contar con ella.

»—Piénselo bien el señorito —se levantó la muchacha dando por terminada su visita—, y verá que soy la única solución. Buenas noches.

Demostrando una vez más sus dotes de estupendo narrador, el hijo de aquel célebre marica hizo al llegar aquí una nueva pausa. El camarero nos trajo el café, y tuvo que llevarse mi taza porque en ella estaba tratando de aprender a nadar un coleóptero. Delicias de comer al aire libre.

—Como la doncella había sugerido —continuó el conde cuando me trajeron otro café sin bicho—, el maricón de papá pensó toda la noche en la propuesta que le había hecho. Siguió pensándola también al día siguiente, y algunos más de los pocos que faltaban para que la nefasta cláusula del testamento entrara en vigor. Y al final, como Victoria había calculado, no tuvo más remedio que aceptarla.

»Cuando Patricio supo que su hermano mayor iba a casarse, se lo llevaron los demonios. Y debieron de llevárselo muy lejos, porque no estuvo en la boda, que se celebró una semana después.

»El padrino fue Fidel, el benjamín de los hermanos. Y la madrina la madre de la novia; que no sólo reflejaba en su delgadez y mal color las tribulaciones que había pasado en su viudedad, sino también en su nombre: se llamaba doña Angustias.

Me entró de nuevo la risa al oír un detalle tan chusco. Pero esta vez tuve la suerte de no atragantarme, gracias a lo cual Pololo se libró de recibir en la chaqueta una rociada de café.

—Aunque a la boda sólo fueron invitados algunos íntimos —siguió el conde dale que te pego—, la iglesia se llenó de bote en bote. Porque todo el mundo conocía al pederasta de mi padre, y nadie quiso perderse el espectáculo.

»—¡Uf, qué gente más tonta! —comentó Polo al llegar a la puerta del templo, abriéndose paso muy sofocado entre la multitud—. ¿Es que nunca han visto una boda?

»—La de un marica tan grande, no —dijo un curioso al oír su comentario, sin saber que él era el novio.

»Se oían risitas en los corrillos de asistentes, intercambiándose codazos y miradas burlonas. Pero el jolgorio dejó paso a un silencio admirativo cuando el coche de la novia se detuvo a la puerta de la iglesia. Porque Victoria estaba guapísima.

»—¡Menudo bombón se lleva ese sarasa! —comentó con envidia un invitado.

»—¡Y pensar que esa golosina se la queda un tipo incapaz de hincarle el diente!
—se dolió otro.

»La novia, con gran dignidad, atravesó aquella masa de chismosos. Tanto empaque tenía, que nadie hubiera sido capaz de reconocer en ella a la humilde chacha que fue hasta entonces. Incluso aquellos que habían oído hablar de su origen doméstico, pensaron al verla que toda esa historia era una calumnia.

»Y así fue como Victoria, la pobrecita venida a menos, vino a muchísimo más: como en las novelas baratas para burguesitas soñadoras, la fregona ascendió a condesa.

»Pero para confirmar este ascenso y darle un carácter irrevocable, Victoria debía salvar el más difícil de los obstáculos: la consumación del matrimonio.

»Sin ese requisito fundamental, todo el terreno conquistado hasta entonces por la astuta doncella podía perderse de golpe. Un matrimonio no consumado puede anularse en cualquier momento con gran facilidad. Para que el lazo divino no se rompa, hay que reforzarlo con el lazo humano. Y éste era el problema que aún debía resolver la recién casada. Nada sencillo por cierto. Pues si bien ella estaba en óptima disposición para hacer ese lazo, su marido era un cabo muy difícil de atar.

Pololo se interrumpió para llamar al camarero y pedirle la cuenta.

—Sigue, por favor —le dije muy nerviosa, pues tanto había llegado a interesarme la historia, que no me hizo falta ni probar el café para mantenerme despabilada.

Pero él esperó a que le trajeran la cuenta. Y cuando se la sirvieron doblada en un platito, la pagó como pagan los grandes señores: levantando un pico del doblado para echar una ojeada a la cantidad total, y metiendo debajo del papel un billete de los verdes.

(Los que no son grandes señores suelen desdoblar la cuenta para examinarla atentamente, e incluso se enzarzan con el camarero en largas discusiones como ésta:

—¿Un consomé y dos gazpachos? No puede ser. Sólo hemos tomado un gazpacho y una sopa... ¿Y qué dice aquí...? ¿Una chuleta con alcachofas? También está equivocado, porque yo pedí que me suprimieran las alcachofas. Y si no me comí las alcachofas, ¿por qué voy a pagarlas?... Tampoco me parece que la suma está bien, pues a mí me sale un tres en esta columna, y no un siete...

Así, los que no son grandes señores, van discutiendo renglón por renglón y exigiendo las oportunas rectificaciones. Lo cual prolonga un cuarto de hora la operación de pagar, con el consiguiente fastidio de los que acompañan al pagano).

Cuando el camarero se fue dando muchas gracias, pues el conde le había dicho que se quedara con las sobras del billete, me dispuse a escuchar el capítulo más candente de la historia. (Yo creí que iba a ser éste, pero en éste las cosas no han hecho más que caldearse. En el próximo es cuando se pondrán al rojo vivo).

PEDAZO 11

—CON ESTA DIFÍCIL PAPELETA por resolver —continuó Pololo—, la de la consumación matrimonial, emprendieron los nuevos esposos una larga luna de miel. La longitud fue sugerida por Victoria, que quería disponer de tiempo en abundancia para corregir las desviaciones de su cónyuge. Y Victoria, desde la primera noche, puso manos a la obra. Manos y todo lo demás, pues echó, como vulgarmente se dice, toda su carne en el asador.

»Pero aquel asador no se calentaba ni a tiros. Bueno a tiros puede que sí, pero ése fue el único procedimiento que Victoria no puso en práctica. Todas las formas y posturas que su imaginación le sugirió, todos los ardidés y vestimentas excitantes que pudo copiar de unos libelos pornográficos adquiridos en Francia (la órbita de su luna de miel pasó también por París), se estrellaron contra la frigidez de Polo. ¡Nunca mejor llamado así!

»Confiado en que algún sitio tuviera el clima propicio para caldear la sangre de aquella nevera andante, recorrieron todas las zonas erógenas de la bellísima Europa: playas ondulantes como caderas, montañas como pechos con el pezón cubierto de nieve... Zonas de poder afrodisíaco comprobado por millares de parejas, que acudieron a ellas para iniciar brillantemente su vida conyugal. Entre otras, éstas:

»Mallorca, que bien podría llamarse “la isla de las trompas” como sugirió un famoso humorista, pues en ella no paran de trabajar ni las trompas de Eustaquio (recibiendo proposiciones amorosas), ni las de su colega Falopio (cuando las proposiciones son aceptadas).

»Venecia, que posee los únicos canales del mundo cuya humedad excita a los enamorados en lugar de darles reumatismo.

»La Costa Azul, en la que nunca hay ocasión de ver si es de veras tan azul como dicen, porque siempre tiene uno delante de los ojos un “bikini” que le tapa la costa.

»Y también la Riviera italiana. Y Grecia...

»En Grecia tuvo el recién casado algunos momentos de excitación. Pero por desgracia no fue su esposa la causa, sino esos famosos chicos del Pireo que son unos efebos monísimos. Y con el fin de evitar un peligroso salto atrás, Victoria dio por terminado el viaje nupcial e hizo las maletas a toda prisa para regresar cuanto antes a casa.

»Cuando el matrimonio llegó aquí, la esposa era tan doncella como durante el tiempo que estuvo al servicio de la familia.

Pololo hizo una nueva pausa, y me miró como preguntándome qué me había parecido su historia.

—Muy interesante —dije yo, añadiendo con un poco de extrañeza—: Pero si tu padre decidió mantenerse al margen de la cuestión y no echar su cuarto a espadas

para que tú nacieras, ¿cómo diablos te las arreglaste para venir al mundo?

—Ésa fue, y perdona la redundancia, la gran victoria de Victoria —reanudó Pololo el relato mientras nos dirigíamos a su coche para marcharnos del restaurante—. Otra cualquiera, después de tantos fracasos a lo largo de siete semanas, siete países y siete mil kilómetros, hubiera renunciado a aquella lucha tan inútil como agotadora. Pero ella no. Ella estaba decidida a proseguir la guerra hasta lograr que Polo abandonara su neutralidad y se hiciese beligerante. Y en cuanto llegó a Madrid se puso a elaborar un plan de batalla.

—¿Qué plan? —me interesé.

—Uno secreto que requirió algunas misteriosas idas y venidas, fruto de las cuales fueron la llegada a casa de unos grandes paquetes muy misteriosos también.

—¿Vitaminas para tu padre? —traté de adivinar.

—No. Ahora lo sabrás. Una noche, cuando Victoria tuvo todos los pormenores dispuestos, llegó «la hora H». (La llamo así porque el nombre le viene como anillo al dedo, ya que «himeneo» se escribe precisamente con esa letra).

»El matrimonio, como todas las noches desde que volvió del viaje, había cenado en la intimidad. Tanto el conde como la condesa iban retrasando el momento de salir a enfrentarse con la gente, temerosos de que se les notase en la cara lo que no había ocurrido entre ellos en la cama.

»—Que sirvan el café —ordenó Victoria cuando terminaron de cenar.

»—Bien, señora condesa —dijo respetuosamente el mismo mozo de comedor que unas semanas antes, en la cocina y demás dependencias de la servidumbre, la había llamado despectivamente “Victorilla”.

»—¿He oído bien? —preguntó el conde, levantando los ojos de la revista de modas que estaba leyendo—. ¿Has pedido café, sabiendo lo que desvela por las noches?

»—Por eso mismo lo pedí —explicó ella, con una sonrisa enigmática.

»—¡Huy! —se sobresaltó el conde—. Esto me da mala espina. ¿Qué es lo que estás tramando?

»—Ya lo sabrás más tarde. Primero tómate el café.

»—Pues no, ea —protestó Polo, dando un leve puñetazo en la mesa—. Déjame dormir tranquilo. Por lo menos hasta que descanse de todas las nochecitas toledanas que pasé en ese viaje odioso. Porque ¡hay que ver la lata que me diste, persiguiéndome y arrimándote a mí hasta que yo tenía que encerrarme en el cuarto de baño! Más de una vez, para que me dejaras en paz, tuve que dormir dentro de la bañera.

»—Te prometo que hoy será todo distinto —volvió a sonreír ella—. Esta vez estoy segura de que te divertirás.

»Después de un largo forcejeo dialéctico, Victoria consiguió que su marido se

bebiera el café. Aunque él insistió en que sólo tenía sueño y malditas las ganas de divertirse, pudo más la tenacidad de ella.

»—Bueno, ya está —suspiró el conde después de tragarse hasta la última gota de su taza—. ¿Y ahora qué?

»—Ahora —le ordenó su mujer—, sube a acostarte.

»—¿Y para qué voy a acostarme —protestó él—, si con el café que me has hecho beber se me ha quitado el sueño?

»—Tú acuéstate —insistió ella—, y espera los acontecimientos.

»—¿Qué acontecimientos?

»—Los que se producirán cuando estés acostado.

»—¡Ay, madre! —exclamó Polo, alarmadísimo—. Pero ¿qué clase de jugarreta me estarás preparando?

»No obstante, pese a sus temores, Polo acabó por obedecer la orden de Victoria y fue a acostarse.

»Pensando en qué podrían consistir esos misteriosos acontecimientos prometidos por su esposa, se puso un precioso pijama de seda lila, ribeteado por un cordoncillo color de crema. Y después de instalarse en la cabeza un enorme bigudí, para mantener rizado el pelo de su tupé, se metió en la cama.

»Pasaron varios minutos sin que sucediera nada de particular. Los ruidos de la casa fueron atenuándose a medida que los criados iban concluyendo sus tareas, hasta que reinó un silencio completo.

»Pasaron varios minutos más mientras Polo, despabilado por la cafeína, continuaba esperando en la cama no sabía qué.

»—¡Pues vaya una faenita que me ha hecho esa pelmaza! —pensó en voz alta, rabioso—. Ahora yo podría estar durmiendo tan ricamente...

»Pero antes de que pudiera concluir su pensamiento, empezó a oír el ruido de unos pasos que se aproximaban a la alcoba. Eran pisadas lentas y fuertes, producidas por pies con calzado recio. Oyó también una tos bronca, que partía sin duda de la misma persona que pisaba con esos zapatones.

»—¡Válgame Dios! —exclamó Polo, incorporándose sobresaltado para escuchar—. ¿Quién puede ser? La servidumbre ya debe de estar acostada...

»Los pasos continuaron acercándose. Hasta que la puerta de la alcoba se abrió, apareciendo en el umbral la silueta de un hombre. Vestía uniforme de guardia, calzaba botas de reglamento, y lucía en las bocamangas de su guerrera los galones de cabo. Aunque Polo apenas pudo verle la cara, porque en cuanto traspuso el umbral se volvió para cerrar la puerta, atisbó fugazmente que tenía bigote.

»—Apague la luz —ordenó el guardia en voz baja, pero autoritaria.

»—¿Qué significa esto...? —empezó a protestar el conde.

»—¡He dicho que apague! —repitió la orden el intruso, tajante.

»—Bueno, hombre, bueno —dijo Polo, apretando el interruptor que tenía en la cabecera de la cama. Y cuando la habitación quedó a oscuras, añadió—: ¿Quiere explicarme qué hace aquí? ¿Cómo ha entrado? ¿Qué es lo que ocurre? ¿Es que hay ladrones en la casa?

»—Pudiera ser —respondió el guardia en la oscuridad, siempre en voz muy baja—. Pero no haga ruido. Podrían oírnos. Y no conviene que nos oigan ni que nos vean.

»—¿Quiénes son los que no tienen que vernos ni oírnos?

»—¡Chsssst! —fue la respuesta del guardia, que avanzó en las tinieblas hasta la cama.

»—¡Oiga, oiga! —se asustó el conde—. ¿Qué hace usted? ¿Adónde va?

»—Cállese, haga el favor. ¿Puedo sentarme aquí? —dijo.

»Y sin esperar la respuesta, Polo notó que se sentaba junto a él, en el borde del colchón.

»—Le advierto que por muy guardia que sea, si no me explica el motivo de su extraña visita, gritaré.

»—No gritará —susurró la voz del visitante— cuando sepa por qué he venido a verle.

»—¿A mí? ¿Para qué? Éstas no son horas, ni tampoco el sitio más adecuado...

»—No hable tanto, precioso —le interrumpió el guardia, dándole unas palmadas en el muslo por encima de la colcha.

»—¿Eh? —exclamó el conde, sintiendo un escalofrío—. Pero ¿cómo se atreve? Le advierto que mi mujer puede venir de un momento a otro...

»—No piense ahora en ella. ¿Puedo fumar?

»El guardia encendió una cerilla, para aplicarla a un cigarrillo que tenía en la boca. En los breves segundos que duró la iluminación, el conde pudo ver que el guardia era joven, guapo y con bigote. El fuerte aroma del tabaco negro que fumaba se mezcló con el tufillo a sudor rancio procedente de su uniforme. Y la mezcla de estos olores formaba un picante perfume masculino, que no desagradó a la sensible pituitaria de Polo.

»—Le confieso —insinuó el guardia—, que me gustaría quitarme las botas.

»—¿Para qué?

»—Para estar más cómodo.

»—Pero ¿hasta cuándo piensa quedarse aquí? —preguntó Polo, alarmado.

»—Todo el tiempo que usted me deje, simpático —dijo el guardia con voz melosa, arrimándose al conde.

»—¿Está usted loco? —balbució él—. Pero ¿qué es lo que pretende?... ¡Atrevido!... ¡Quite esa mano de ahí!... ¡Le advierto que soy capaz de darle un sopapo!...

»Polo forcejeó con el guardia rogándole que no le hiciera cosquillas, porque él era

muy cosquilloso...

»Más tarde, después de un largo barullo que se desarrolló en la oscuridad, el conde supo que su enigmático y complaciente visitante, con el cual había pasado un rato tan agradable, era Victoria disfrazada de guardia. Pero gracias a la estratagema del disfraz, Polo había hecho todo lo necesario para convertir a su esposa en mi madre, y a él mismo en mí padre.

Calló Pololo, dando por terminada su historia.

Yo, que la había escuchado sin pestañear, exclamé sin poder contenerme.

—¡Asombroso, chico! ¡Menuda tía era tu madre!

—Tenía un valor equivalente al de Agustina de Aragón —la elogió su hijo—. Porque tan difícil como resistir el ataque de Napoleón es tomar al asalto el baluarte de un maricón.

—¿Y qué pasó luego? —quise saber llena de curiosidad—. ¿Se corrigieron las inclinaciones de tu papi después de aquel asalto?

—No, porque el pobre era incorregible. Pero sospecho que una vez obtenido el éxito de mi nacimiento, gracias al cual quedó asegurada la posesión de la herencia y la sucesión del título, los asaltos se repitieron.

—¿Qué es lo que te hace sospecharlo?

—En primer lugar —concretó Pololo—, que en años sucesivos mi madre fue dándome hasta cinco hermanitos más. Y en segundo, que en el desván de nuestra casa encontré un polvoriento baúl lleno de uniformes antiguos y variados: de guardia, de carabinero, de soldado, de bombero... Y en el mismo baúl había también barbas, pelucas y bigotes postizos.

PEDAZO 12

COMO POLOLO HABÍA HEREDADO la fortuna y el título de su papá, pero no sus aficiones, lo pasé chanchi con él sin necesidad de disfrazarme.

Yo, dicho sea de paso, debo de ser tonta. O por lo menos, muy poco ambiciosa. Comprendo que ser rica y condesa no está mal, y que para ser ambas cosas bien puede hacerse algún sacrificio. Pero si el sacrificio consiste en tener que convertirse por las noches en un miembro de las fuerzas armadas, que sea rica y condesa su abuela.

Prefiero ganar sólo unas pesetas como Dios manda, que un millón con trucos endemoniados. Soy así. Claro que por ser así ando siempre a la cuarta pregunta, pero tengo en cambio la conciencia tranquila.

Porque yo no digo que hacer las cosas que yo hago no sea pecado. Pero hacerlas de un modo sano y normal, debe de ser menos malo que hacerlas con retorcimientos y porquerías. Vamos, creo yo.

Prueba de que mi creencia no anda muy descaminada es que el propio Jesucristo, según he oído decir, fue benévolo con aquella María Magdalena. La cual era una tal, que trabajaba lo mismo que yo. Aunque ella no cobraría en pesetas, sino en otros dineros o denarios. En cambio la Biblia habla pestes de todas aquellas golfonas de Sodoma y Gomorra, que pecaban las muy guarras con recochineo.

Pololo se portó muy bien conmigo durante las dos semanas que duró nuestra asociación. Esta vez no me hice ilusiones de amarrarle con carácter permanente, pues ya sabía yo que los aristócratas son tipos tan finos como escurridizos.

Gracias a esto no me llevé un berrinche cuando él me dijo que lo nuestro debía acabar, porque al día siguiente regresaba del campo su esposa.

—Debí figurármelo —comenté cuando me echó de su vida, esforzándome en sonreír.

—¿Que terminaríamos?

—Que estabas casado. Aunque a los nobles se os vea andando por ahí sueltos, siempre tenéis una esposa escondida en alguna finca. Una esposa noble también, naturalmente, pero tan fea que pocos se atreven a exhibirse con ella en la ciudad.

—Creo que exageras al generalizar, aunque admito que tienes razón en mi caso particular. Aquí tienes —dijo sacando su cartera— una foto de mi mujer en una montería, cuando acababa de matar un jabalí. Para que la reconozcas te diré que el jabalí es el que está sin sombrero, tumbado en el suelo.

Al ver la foto comprendí que su advertencia no sobraba, pues las cabezas pertenecientes a las dos figuras retratadas eran casi idénticas. No obstante, me pareció correcto decirle:

—Eres un exagerado. Aparte del detalle del sombrero, no hay confusión posible.

Porque tu señora, aunque tiene el mismo hocico que el cochino y unos colmillos muy parecidos, es bastante más alta y algo menos peluda.

—Gracias, Mapi —me dijo conmovido, guardándose la foto en su cartera—. Te agradezco mucho tu generosidad.

Tanto me la agradeció que aquella misma noche, mientras tomábamos en el «Señorial» unas copas de despedida, me dijo:

—No soy capaz de decirte adiós así, dejándote sola y sin recursos.

—¿Qué harás entonces? —pregunté, mientras se me encendía en los ojos una chispita de esperanza—. ¿Ponerme un piso?

—No tanto. Pero en lugar de abandonarte, lo que voy a hacer es traspasarte.

—Y eso ¿qué significa? —quise informarme, pues nunca me habían hecho una proposición de esa clase.

—En seguida lo sabrás —dijo Pololo—. ¿Ves aquel tipo pequeñajo, que está de espaldas en una esquina de la barra?

—¿Cuál? —pregunté mirando hacia el lugar que me indicaba—. ¿Aquel del traje a cuadros, que parece una colchoneta puesta de pie?

—El mismo. Se llama Pedro Redondo, pero todos le llamamos Perico Pelota.

—Muy ingenioso —reí—. Eso de Pelota será por lo de Redondo, ¿verdad?

—No —me aclaró él—: Pelota, en este caso, es un derivado de pelotillero. Porque Perico es un cobista profesional. Ha elevado la coba al rango de profesión, y vive de ella estupendamente.

—¿Cómo se las ha arreglado? —pregunté, intrigada.

—Empezó su carrera adulando a un politicastro parlanchín y despabilado, que ascendía con rapidez. Y cuando ese político llegó a ministro, nombró a Redondo adulador oficial, adscrito a su secretaria particular.

—No sabía que existiera ese puesto.

—Pues existe, aunque en nómina no figura con ese nombre. Todo hombre público que no está muy seguro de su talento, necesita alguien a su lado que le llame inteligente a cada paso. Y así logra creerse que lo es. En eso consistía el trabajo de Perico. Desde ese puesto y con su destreza en el manejo del incensario, no le fue difícil hacer favores a personas adineradas que se los pagaron bien. Y éstos fueron los cimientos sobre los que ha ido edificando una fortuna de respetable altura. Como hay muchas maneras de avanzar en la vida, y arrastrándose también se avanza con mucha rapidez, Perico Pelota ha llegado a ser un personajillo rico e influyente.

—¡Pues vaya con el escarabajo pelotero! —comenté.

—Conseguidas la fortuna y la influencia, le faltaba otra cosa por la que lucha actualmente: introducirse en la alta sociedad. A él le parece que así dará altura y dignidad a sus milloncejos, ganados a costa de tantas bajezas. Y aquí le tienes todas las noches, despepitándose por ser amable con todos nosotros. Es feliz cuando algún

conde le acepta una copa, y le sacuden espasmos de placer cuando un duque se digna dedicarle un amistoso «¡hola, Perico!»

—Muy interesante —corté yo, sin demasiado interés—. Pero ¿qué tiene que ver ese fulano con eso de mi traspaso que me dijiste antes?

—Que voy a presentártelo, porque te conviene. Además de ser muy espléndido, como todos los mangantuelos que se han enriquecido sin esfuerzo, estará encantado de salir con la amiguita de un conde. Pensará que eso le ennoblece. Y estoy seguro de que harás con él mucho mejor negocio que conmigo. ¿Le llamo?

—Bueno —concedí—. Conviene examinar el ganado de cerca, para decidir si vale la pena torearlo.

—A éste podrás hacerle una faena estupenda —me aseguró Pololo antes de volverse hacia la barra para llamar—: ¡Perico!

La colchoneta cuadriculada giró sobre sí misma y vino hacia nuestra mesa a toda velocidad. El señor Pelota tenía una cara que se adivinaba fofa sin necesidad de tocarla. Y a fuerza de sonreír obsequiosamente a todo el mundo en su zascandileo de cobista perpetuo, se le había quedado en la boca una sonrisa fija, como sujeta con pinzas.

—¡Querido conde! —dijo el muy cursi, pues Leopoldo no le había dado aún suficiente confianza para que le llamara Pololo—. Te saludé al entrar, pero es natural que no te fijaras en mí. Estando tan bien acompañado...

—¿Quieres tomar una copa con nosotros? —ofreció Pololo.

—¡Encantado! —exclamó él, derritiéndose de satisfacción—. Pero el que invita soy yo, que conste.

—De acuerdo —aceptó el conde, que era un hombre tan lógico como práctico.

Y, puesto que se disponía a traspasarme, era justo que el otro empezara a correr con todos los gastos.

—¡Camarero! —llamó Pelota.

—¿Conoces a Mapi? —dijo Pololo a modo de presentación.

—No tengo ese gran honor —dijo Pelota, agarrándome una mano al vuelo y llevándosela a la boca.

Tuve que recurrir a toda mi sangre fría para no retirarla bruscamente, pues el tío puso una cara tan glotona que no parecía que iba a besarla, sino a morderla.

—Ten cuidado con Perico —agregó Pololo guiñándome un ojo—, porque es un terrible don Juan.

—¡Oh, no haga usted caso! —rechazó la colchoneta, esponjándose con el halago.

—¿Cómo que no? —insistió Pololo—. Los que no somos tan guapos como él, le tenemos verdadero pánico. Porque su lema es: «Las amigas de mis amigos, en cuanto yo me lo proponga, serán mis amigas». Y hasta ahora, el lema nunca le ha fallado.

A mí la cuchufleta me pareció una tomadura de pelo descarada. Pero el señor

Pelota, que además de cobista debía de ser idiota (las desgracias nunca vienen solas), la tomó como un piropo. Y para hacer honor a su fama, se pasó todo el tiempo del copeo echándome de reojo unas miradas de ternero degollado.

A la tercera ronda de copas, considerando que la operación de mi traspaso ya estaba hecha y suficientemente consolidada, Pololo dijo que le perdonáramos, pero que tenía que marcharse.

—Te dejo en buenas manos —me sonrió al despedirse, haciéndome un nuevo guiño de complicidad a espaldas de Perico.

Y se fue con la conciencia tranquila, pues sabía que no me abandonaba en mitad del arroyo.

A eso le llamo yo ser un verdadero señor. Si todos los hombres se ocuparan de buscar un sustituto cuando deciden separarse de nosotras, nuestra vida sería menos perra y más segura. Pero esos rasgos de elegancia y señorío, por desgracia, sólo los tienen algunos aristócratas. Porque los demás, como dicho mal y pronto son unos gorrinos con corbata, cuando dan la espantada vuelven grupas; y, si te he visto, no me acuerdo.

Al quedarse a solas conmigo, don Perico Pelota se esponjó aún más. Y le vi lanzar ojeadas furtivas a su alrededor, para cerciorarse de que toda la concurrencia se había percatado de su conquista.

Mediado el quinto trago, para amarrarle más aún, le sugerí que nos tuteáramos. Y a él le hizo tan feliz esta sugerencia, como si le hubiera invitado a acostarse conmigo gratis.

—¡Eres divina! —me dijo entusiasmado—. Y me gustaría que llegaras a ser tan buena amiga mía como del conde. Porque las amigas de mis amigos...

—¡Pillín! —le interrumpí, arimándole una ración de muslo por debajo de la mesa—. Creo que Pololo hizo bien en prevenirme contra ti. Porque me estás resultando un conquistador de aúpa.

La verdad es que el tipo aquél, por su falta de esbeltez, más que un don Juan era un simple juanete. Pero el hombre, aunque parezca mentira, es más propenso que las mujeres a creer en la veracidad de los piropos que le dedican. Y Perico se puso tan hueco como un tambor, mientras se estiraba en la silla para no resultar tan retaco.

—¿Me permites que te lleve a cenar? —se atrevió a proponerme.

—Te permito no sólo que me lleves —contesté—, sino que te quedes a cenar conmigo y pagues la cuenta de los dos.

—¡Eres divina! —me volvió a decir, embobado ante la agudeza de mi ingenio—. Vamos a un sitio tranquilo, ¿quieres?

—Depende —quise aclarar, para que no pensara que yo era de esas de llegar y besar el santo—, ¿A qué llamas tú un sitio tranquilo?

—A cualquiera en el que podamos cenar y charlar. ¿Por qué?

—Por si acaso. Porque hay tíos que, cuando te dicen eso, quieren llevarte a un sitio con cuatro patas, en el que ni se cena ni se charla.

—¡Eres divina! —tuvo la originalidad de repetirme, pues por lo visto aquélla era la galantería suprema de su repertorio donjuanesco—. Para que veas que no soy de éstos, iremos a donde tú quieras. Lo dejo a tu elección.

—No es tan fácil —me quedé pensativa—. Porque los verbos cenar y charlar son incompatibles dentro de un mismo local. En los restaurantes donde se cena bien no hay quien charle con tranquilidad, porque están abarrotados y hay en ellos un barullo imponente. Y en los que se puede charlar no hay quien cene, pues están tranquilos y vacíos porque su cocina es fatal.

Como en realidad no teníamos apetito, ya que con las copas habíamos picado muchas tapitas y pijaditas, optamos por la segunda alternativa. Y fuimos a un sitio típico del barrio antiguo, que se llamaba «El Mesón del Comilón».

Era uno de tantos establecimientos que se abren pensando en los turistas, y que se cierran en cuanto se dan cuenta de que los turistas no piensan entrar. Estaba decorado con esa morralla de hierros retorcidos, tinajas y pucheros, que con el aditamento de taburetes cuya dureza escoña la rabadilla más sólida, constituye el llamado «estilo castellano». Los camareros (otro genial pensamiento para la atracción turística) iban vestidos de algo híbrido pero cargado de tipismo, mezcla de gañanes, bandoleros y guardabosques. Lo único que tenían en común con los camareros corrientes, y que servía para identificarles como tales, era su habilidad para hacerse los sordos cuando se les llamaba.

Tres o cuatro máscaras de estas, al llegar Perico y yo, atendían sin demasiada prisa a una sola mesa. Las demás no necesitaban atenciones de ninguna clase, porque estaban vacías.

«El Mesón del Comilón», por lo tanto, era el lugar ideal para que charláramos a gusto. Un tufillo a cosa frita en aceite malo, procedente de la cocina, justificaba la ausencia absoluta de clientes. Digo absoluta, porque en la única mesa ocupada sólo había un comensal. Y como este comensal, además de ser el único era muy poquita cosa, casi no contaba.

Como había tantas mesas donde elegir, estuvimos mucho rato de pie sin saber a cuál sentarnos. Los camareros, cumpliendo con su deber profesional, pasaban a nuestro lado fingiendo que no nos habían visto.

Pero de pronto se abrió una puerta que daba a la cocina, y vimos entrar a otro mascarón. Éste no iba vestido de «gañán-bandolero-guardabosque» como todos los demás, sino de bandolero a secas, sin mezcla de ninguna clase. Lo cual me permitió deducir que era el dueño del local.

Al vernos palideció intensamente. Luego, se frotó los ojos con las manos para cerciorarse de que no estaba soñando. Era evidente que aquel infeliz no estaba

habitado a la presencia de parroquianos en su mesón. Cuando él reaccionó y nosotros nos sentamos, vino a enseñarnos la carta para que encargáramos la cena.

—¿En qué consiste el «Copón de Mariscos»? —me informé.

—En una copita con seis gambas —se sinceró porque le caí simpática—. Pero hoy no puedo servírsela, porque sólo la preparamos los días de la semana que tienen «erre».

—Entonces —dije—, tomaré las alcachofas con jamón.

—Lo siento, pero si se fija observará que en la carta tienen una cruz. Se nos han terminado.

Mientras yo me iba fijando en que aquel menú parecía un cementerio, pues estaba lleno de cruces, Perico pidió uno de los platos supervivientes que aún no estaban marcados con el signo de la defunción:

—Yo —decidió— tomaría unos calabacines rellenos.

—Le alabo el gusto —dijo el dueño—. También yo los tomaría, porque aquí los preparamos con una receta deliciosa. Pero se nos acaban de terminar hace un momento.

—¡Vaya por Dios! —se resignó el señor Pelota—. En ese caso, tráigame una trucha a la navarra. ¿Las truchas son de confianza?

—Por supuesto, señor. De tanta confianza, que el cocinero ya las tutea. Como llevan tanto tiempo en la casa... Pero tranquilícese, porque nunca han salido del frigorífico.

Yo pedí lo mismo para simplificar. Pero pronto tuvimos que desistir, porque el dueño volvió al poco rato para comunicarnos que no hacía aún ni cinco minutos que se habían acabado las truchas.

—¿Pues sabes lo que te digo? —comenté con Perico, señalando la poquita cosa de la única mesa ocupada—: que aquél debe de ser el «Comilón» que da nombre al «Mesón». Porque si todos los platos acaban de terminarse y aquí no hay más que un comensal, él ha tenido que ser quien se los ha comido.

Y nos quedamos mirando al presunto comilón con tanto asombro, que el pobre hombre se azaró y se atragantó con el comistrajo que estaba ingiriendo. Lo cual nos produjo mucha risa. Y como la verdad es que habíamos elegido aquel restaurante tan malo para estar solos y poder charlar, dijimos al dueño que nos sirviera rápidamente cualquier cosa, antes de que se acabara también.

—¿Le queda cualquier cosa todavía? —pregunté con mucho choteo.

—Eso sí —dijo satisfecho de que hubiéramos elegido algo que pudiera servirnos.

Y nos trajo a los dos el «plato del día». Pero no nos aclaró de qué día; y a juzgar por lo rancio que estaba, deduje que debió de ser el que sirvieron en la inauguración del restaurante.

Siguiendo su táctica cobista que le había valido el mote de «Pelota», el señor

Redondo me suplicó que le contara mi vida.

—Porque la vida de una mujer tan extraordinaria como tú —añadió apañándose las para cogermela por la cintura y buscarme las cosquillas—, tiene que ser apasionante.

—Desde luego —le di la razón.

Y acto seguido, con una carota increíble, abrí el grifo de la fantasía y le solté una rociada de embustes que le dejaron patitieso. Porque yo, en vista de que todos los fulanos deseaban conocer mi vida, decidí inventarme una nota autobiográfica muy adornada, de esas que en latín se llaman «currículón». O algo parecido. Porque no era cosa, en estos casos, de contar la verdad.

Cuando yo era novata y aún estaba en los primeros colchones de mi carrera, no mentía nunca. Y contaba que nací en un pueblo manchego, que me dediqué a diversas modalidades del servicio doméstico, y que me violó un señorito en un pajar.

Pero a medida que fui ascendiendo de colchón en colchón, hasta alcanzar mi actual categoría, esa historia apestaba a vulgaridad y pobreza. Además, a los tipos que se iban conmigo les daba mucha rabia. Porque como el hombre en general es muy tacaño, mis clientes pensaban que habían hecho un pésimo negocio pagando a una criada, por una sola noche, el sueldo que habitualmente cobran por trabajar un mes completo.

Esto me indujo a echarle fantasía a mi «currículón», o como se diga, gracias a lo cual mi distinguida clientela se sentía satisfecha de poder acostarse con una mujer importante a precio de ganga. No le conté por lo tanto a Perico que mi padre fue un albañil, chapucero por añadidura, que murió aplastado durante la guerra al caerle encima un avión. Le dije:

—Papá murió en acto de servicio, derribado por la aviación roja.

Era sólo una mentira a medias, ya que en ella intervenían todos los elementos y circunstancias reales de su muerte: el «acto de servicio», puesto que murió cuando estaba trabajando en una chapuza que le habían encargado; el «derribo», pues al caerle encima el aparato mi padre estaba de pie y el golpe le tiró al suelo; y la «aviación roja», pues el «caza» que le aplastó era ruso. Pero dicho como yo lo decía, el oyente pensaba que mi padre había sido piloto del bando nacional. Con lo que mi ascendencia ganaba mucho en altura.

—Al morir papá —continué—, como ya habrás podido figurarte, mamá enviudó.

Se lo había figurado, en efecto. En vista de lo cual, tuve que inventar algunos aspectos de mi vida más originales y sorprendentes:

—Pese a que nos quedamos sumidas en la pobreza, pues durante las guerras abundan los héroes y sus muertes heroicas se pagan muy mal, mamá quiso que yo me educara como una verdadera señorita. Y haciendo un gran esfuerzo, me puso una profesora para que aprendiese a tocar el piano vertical.

—¿Por qué el vertical? —se extrañó Perico.

—Porque aprender a tocar el de cola debe de ser mucho más caro. Vamos, creo yo.

Aunque luego he sabido que aquí me tiré un planchazo, porque a fuerza de vivir me he ido haciendo una cultura muy apañada, el cobista de Pelota no me contradijo. Y seguí desbarrando a mi gusto. Le hablé de mi estancia en un internado de monjas, donde me enseñaron a hablar con finura y a decir «jolín» con acento francés (o sea «jolán»). Luego me inventé unos amores muy románticos con un hombre que conocí en el colegio...

—¿Cómo? —se sorprendió Perico—. ¿Es que también iban hombres a ese colegio de monjas?

—Sólo iba él —lo arreglé—. Porque era arquitecto, y estaba haciendo reformas en el edificio.

Y con una desfachatez inaudita, continué hablando de ese gran amor imaginario. Hasta que mis mentiras se fueron enmarañando de tal modo, que para salir de aquel jaleo tuve que cargarme al arquitecto. Lo maté sin ninguna dificultad, haciéndole caer de un andamio que había montado para restaurar la cúpula á la capilla. Y me quedé tan fresca.

Poco después, al observar que la existencia de mi madre creaba obstáculos a la fluidez de mi relato, la maté también. Porque la gran ventaja de contar historias inventadas, es que se puede ir matando impunemente a todos los personajes que estorban. En cuanto uno da la lata, se le mata.

Yo me aproveché de esta licencia que tienen los cuentistas, y tuve que hacer una verdadera escabechina para poder llegar al final airosamente. Como no dejé ni un solo testigo con vida que pudiera desmentir mi fantástico «currículón», siempre que se lo contara a algún cliente tendría que tragárselo.

—¡Eres divina! —me aplaudió Perico cuando terminé de soltar mi chorro de embustes—. Tu pasado es tan interesante como yo había supuesto. ¿Me permites que, a partir de este momento, empiece a enamorarme de ti?

PEDAZO 13

DUDÉ UN INSTANTE antes de responder.

—Bueno —concedí al fin—. Pero tendrás que darte prisa, porque el lunes próximo llega de fuera mi príncipe azul.

—No creí que tuvieras un príncipe azul —se lamentó él, consternado.

—Pues ¿qué te figurabas? —dije echándole orgullo a la expresión—. ¿Que yo ando siempre suelta por ahí como una perra callejera y que me conformo con el primer mendrugo que encuentro?

—Yo no soy ningún mendrugo —se ofendió Pelota.

—Ni yo tampoco una perra.

—Jamás pensé que lo fueras. Pero saber que se tiene un rival siempre desmoraliza. Y si encima el rival es príncipe, la desmoralización resulta aún mayor.

No quise explicarle que mi «príncipe azul», en realidad, ni era príncipe, ni era azul. Se trataba de un burgués más bien colorado, con domicilio en Pamplona, que hacía tres escapadas anuales a Madrid para desfogarse. Porque yo, de Navarra, lo único que conozco es la forma de guisar las truchas. Pero allí la gente es tan severa, según me han dicho, que el único desahogo autorizado a los pamplonicas consiste en permitirles correr delante de los toros durante las fiestas de San Fermín. Y por mucho que corran entonces, el cansancio no les dura hasta el año siguiente. Razón por la cual son muchos los que vienen a Madrid para consumir las energías acumuladas entre dos «sanfermines».

Como las escapadas de mi cliente navarrico eran breves, siempre me ponía un telegrama con anticipación para aprovechar el tiempo. Y no quería fallarle porque era un cliente fijo, poco molesto y bastante espléndido.

—¿Y dices que tu príncipe llegará el lunes? —me preguntó Perico, tristán.

—Sí.

—¿De dónde viene?

—Del único sitio donde abundan todavía los príncipes: del Oriente —bromeé—. Pero hoy estamos a jueves.

—¿Y qué? —dijo él sin captar mi insinuación.

—Que desde el jueves hasta el lunes —tuve que aclararle—, faltan cuatro días. Y en ese tiempo, si se sabe aprovechar, pueden ocurrir muchas cosas.

—¡Claro, tienes razón! —se despabiló él, sacudido repentinamente por una prisa tremenda—. ¿Y si nos fuéramos de aquí?

Pagó sin discutir la cuenta que le presentaron, costumbre aprendida por el señor Pelota de los aristócratas a los que pelotilleaba, y salimos del mesón camino del colchón.

Perico quiso llevarme a una casa de citas, con ese pretexto tan burdo que usan

muchos hombres: que ya era muy tarde y todos los bares estaban cerrados, pero que él conocía el pisito de una señora donde podríamos tomar una copa...

—¿Por quién me has tomado? —me puse como un basilisco, amenazándole con plantarle en mitad de la calle.

Como durante aquella temporada yo había alternado con muchos señoritos, se me pegó algo de señoritismo. Y ya no me gustaba que me hicieran las proposiciones a palo seco, con la crudeza que se emplea para contratar a una chica de las que hacen la carrera. El ambiente de nobles y ricachos que frecuentaba, se me había subido un poco a lo alto del coco.

—Perdona, mujer —se excusó Perico—. Si lo prefieres, iremos a mi casa. Pero tendrás que esperarme un momento abajo, mientras subo a preparar el terreno.

Acepté sus condiciones, sin preguntarle en qué consistía aquella misteriosa preparación. Y variando el rumbo del coche, que ya navegaba hacia la casa de citas, puso proa al Paseo de la Castellana.

—Se me está ocurriendo —me dijo durante el trayecto— que podríamos ir a pasar este fin de semana en Francia. ¿Te apetece?

—Según a lo que tú llames Francia —dije con cautela; pues yo había oído hablar de ese sitio, pero no sabía cómo era ni dónde estaba.

Y la conversación no pasó de ahí, porque el señor Pelota detuvo el coche en aquel momento a la puerta de su casa. Era un edificio moderno, de esos que tienen el portal adornado como un salón, con sofás y floreros llenos de plantas. Yo me quedé en el coche, como habíamos convenido, mientras él se adelantaba a «preparar el terreno».

Al cabo de un rato salió del portal a decirme que podía subir, porque ya no había moros en la costa.

—¿Puedo saber —pregunté algo mosca cuando subíamos en el ascensor—, quiénes son esos «moros» que te obligan a «preparar el terreno» cuando traes una mujer a tu casa? Supongo que no será tu esposa a la que tienes que convencer para que te deje acostarte con otra.

—No, por Dios. Se trata de mi madre —dijo él con una de esas seriedades tan auténticas, que descartan toda posibilidad de que pueda tratarse de una mentira—. Siempre ha vivido conmigo, y ya sabes cómo son las madres.

—¡Claro que lo sé! Yo también tuve una. ¿O crees que nací en el frasco de un laboratorio?

—Sabrás entonces que para las madres, sus hijos son siempre unos chiquillos. A mí me regaña cuando hago algo malo, como si tuviera todavía ocho años. Y yo se lo consiento, porque es muy viejecita y no quiero que sufra. Pero se ha empeñado en dormir en una habitación junto a la mía, para vigilar mejor todos mis actos. Por eso, cuando quiero recibir una visita por las noches, tengo que ir antes a su cuarto a quitarle el enchufe.

—¿Cómo? —exclamé perpleja—. ¿Es que tu madre es eléctrica, y funciona al enchufarla como una aspiradora?

—No. El eléctrico es el chisme que usa para oírlo todo. Porque ella es completamente sorda. Y como se acuesta con el audífono puesto, lo que hago es acercarme de puntillas a su cama para desconectarlo. Una vez desconectado, puedo armar todo el ruido que quiera sin que ella se entere.

Y no se enteró, en efecto, a pesar de la juerga que organizamos en el piso hasta la madrugada. Porque Perico tenía unos discos estupendos, de esos que se llaman algo así como «estentoreofónicos» porque suenan una barbaridad. Y como además de la discoteca tenía una «bebeteca» bien surtida de bebercio, el follón fue de aúpa.

Al final nos acostamos un rato, más para descansar que para otra cosa, pues entre los tragos y los bailes habíamos quedado hechos puré. Pero en cuanto dieron las seis Perico se repuso y me ordenó que me vistiera, pues tenía que dejarme en mi apartamento antes de la siete.

—¿Por qué? —gruñí soñolienta.

—Porque tengo que enchufar a mamá —me explicó él—. A las siete viene el lechero, y es indispensable que a esa hora esté enchufada para que pueda oír el timbre.

—No lo entiendo —bostecé, empezando a vestirme de mala gana—. ¿Cómo es posible que, viviendo con tanto lujo, tu anciana madre tenga que levantarse para abrir al lechero?

—Manías propias de su edad. Se ha impuesto ese trabajo para demostrar que todavía no es una vieja inútil, y que aún se ocupa en las tareas de la casa.

Cuando estuve lista bajé al portal, mientras Perico entraba de puntillas en el dormitorio de su madre para conectar su chisme auditivo.

—Olvidaste tu bolso en la mesilla de noche —me dijo al bajar, entregándomelo.

—Gracias. Es que soy muy distraída.

Y él se lo creyó, aunque no era verdad. Porque no lo dejé allí por distracción, sino por costumbre. Dejar nuestro bolso al alcance del hombre con el cual pernoctamos, es un ardid profesional. El más elegante sin duda de todos los ardidés que tiene este oficio, pues permite al cliente meter en el bolso el importe del «servicio» a espaldas nuestras, ahorrándonos ese momento, siempre bochornoso, del pago directo. Y aunque el señor Pelota era un filón que yo pensaba explotar a fondo durante algún tiempo, dejé mi bolso a su alcance por si le daba la ventolera de hacerme algún obsequio. Y mira por dónde, la ventolera le dio.

—Me he permitido —dijo cuando ya íbamos en el coche camino de mi domicilio— hacer un pequeño regalo.

—¿Sí? —exclamé haciéndome la tonta, como si yo no estuviera acostumbrada a esa clase de sorpresas—. Te lo agradezco mucho, pero no tenías que haberte

molestado.

—Si no te gusta... —empezó.

—¡Claro que me gusta! —le corté para que no pensara que me había ofendido y decidiera quitármelo—. Aunque no sé lo que es —añadí, ingenua—. Pero sea lo que sea, viniendo de ti me gustará. Y conste que no tenías ninguna obligación de regalarme nada, pues he salido contigo porque me fuiste simpático.

—Tú también me caíste muy bien. Porque eres divina.

—Pues muchas gracias, hombre —le sonreí, preguntándole a continuación con inocencia—: ¿Y dónde está?

—¿El qué?

—El regalito.

—Lo puse dentro de tu bolso.

—¡Mira qué pillín! —seguí fingiendo que era tonta de caerme—. ¡Cómo supo aprovechar mi descuido! No quiero verlo ahora, para que me dure más tiempo la ilusión de la sorpresa.

Puse este pretexto porque yo también sé ser elegante en algunas ocasiones. Y me pareció violento abrir el bolso delante de él, por si el regalito consistía en un billete. Si así fuera y me encontrara el consabido billetajo, significaría que Perico me había tomado por lo que yo era en realidad. Y en ese caso, mi esperanza de sacarle más jugo prolongando nuestra amistad se habría esfumado.

Preferí, por lo tanto, aplazar la comprobación de la generosidad del señor Pelota hasta que estuviera sola. Y seguí siendo simpática durante todo el trayecto, sin volver a hablar del bolso ni una sola vez.

Perico sacó a relucir de nuevo el tema del fin de semana en Francia, que inició la noche anterior cuando íbamos camino de su casa.

—Podríamos salir esta tarde —sugirió—, y regresar el lunes por la noche.

—¿A eso le llaman un «fin de semana»? —me escandalicé—. Eso es casi una semana completa. Y supongo que tú tendrás que trabajar.

—Pues no, porque puedo hacer puente.

—¿Y eso qué significa?

—El «puente» —me explicó— es un truco que se nos ha ocurrido a los españoles acomodados para reducir considerablemente nuestras jornadas laborales de casi todas las semanas. Estos «puentes» no son grandes obras de ingeniería, sino astutas obritas de gandulería. Los pilares en que se apoyan son frágiles, pero lo bastante sólidos como para poder saltarse varios días de trabajo sin sufrir remordimientos de conciencia. Una fiesta que caiga en jueves, por ejemplo, permite construir un puente airoso y ocioso desde el miércoles por la tarde al domingo por la noche. También sirve cualquiera de esas fiestecillas, locales u oficiales, que menudean en el calendario de nuestro país.

—Pero hoy es viernes —objeté—, y no es fiesta.

—¡Eso crees tú! —rio Perico—. Hoy será seguramente San Nosecuántos, patrono de Nosequé. Y puede que mañana sea San Simplón, patrono de cualquier simpleza. España es el primer país de Europa, y uno de los primeros del mundo, en la fabricación de días festivos. De manera que descansa un rato, prepara un maletín, y nos iremos esta tarde.

PEDAZO 14

EN ESO QUEDAMOS cuando me apeé a la puerta de los «Apartamentos W. C.».

La verdad es que me gasta poco viajar en coche, porque se me duerme el pompis de estar sentada tantas horas seguidas. Pero como por otra parte dicen que los viajes instruyen, y servidora nunca anduvo sobrada de instrucción, decidí hacer un esfuerzo y echar un vistazo al terruño de los franchutes. Que algo tendrá cuando todo quisque habla de él. Vamos, digo yo.

Cuando el señor Pelota se largó tirándome besitos por la ventanilla, subí corriendo a mi habitación. Estaba deseando abrir el bolso para ver lo que me había regalado.

¿Qué podría ser?

¿Dinero en efectivo?

¿Un cheque al portador?

¿Una joyita a la portadora?

Aunque me moría de curiosidad, retrasé la apertura haciendo cábalas. Y al abrir el bolso, cuando ya no pude aguantar más, casi me morí de veras. Porque el regalo consistía en un frasco de cristal, lleno de un líquido incoloro, en cuya etiqueta aparecía una estampa de la Virgen con esta inscripción: «Agua de Lourdes».

—Pero ¿qué se habrá creído ese animal de bellota? —mascullé cuando pude hablar, pues al principio la perplejidad me dejó muda—. ¡Vaya una tomadura de pelo! ¡Regalarme una botella de agua mineral!...

La ofuscación de los primeros momentos me hizo confundir el «Agua de Lourdes» con el «Agua de Loeches». Como dos empiezan por «L», y tienen un diptongo muy parecido...

Pero un poco más tarde, cuando me di cuenta de la equivocación que había sufrido, no mejoró tampoco mi mal humor. Es cierto que la calidad del agua, merecedora de todos los respetos, demostraba que el señor Pelota no había pretendido tomarme el pelo. Pero subsistía la decepción entre lo que yo esperaba y lo que encontré. En vista de lo cual seguí mascullando epítetos contra Perico, entre los cuales merecen destacarse los siguientes:

«Carca», «beatón», «lameculos», y «frailón».

Con esta letanía me dormí. Y por la tarde, después de un sueñecito reparador que duró diez horas, me desperté fresca y contenta. No sólo se me había pasado el cabreo contra Perico, sino que incluso le agradecí su obsequio. Porque como habían cortado el agua de los apartamentos para reparar una avería en la conducción, me vino de perillas el contenido de la botelleja. Bien mirado, el agua de Lourdes demostró sus propiedades milagrosas, pues también en aquella ocasión hizo un pequeño milagrito: el de que yo pudiera lavarme los dientes estando completamente secos los grifos del

lavabo.

De aquella primera salida mía al extranjis, o sea al extranjero, me quedaron dos recuerdos: una cajita de conchas y una colitis de aúpa. La colitis se me pasó en seguida, pero la cajita aún la conservo. Mientras escribo la estoy viendo, en la estantería del «policuarto» que llamo con cierta pompa «la biblioteca».

La cajita tiene en la tapa una almohadilla para clavar agujas y alfileres. (Este detalle resulta muy práctico si se tiene en cuenta que las compradoras de estos abominables «recuerdos» suelen ser criadas con un mal gusto atroz, que se pasan la vida cosiendo). Alrededor de la almohadilla hay un letrero en francés que copio literalmente: Souvenir de la Côte Basque.

No sé lo que significa en español, ni me he preocupado de hacer que me lo traduzcan: como junto al alfiletero hay pintada una bañista casi en pelota, sospecho que el letrerito será alguna alusión erótica. Porque los franceses, en lo tocante al sexy, tienen fama de ser la mismísima monda.

Como todo cachivache adquirido en el extranjero conserva durante muchos años su poder evocador, me basta ver la puñetera cajita para que me acudan a la pluma todos los pormenores y pormayores de aquel viaje.

Salimos cuando estaba anocheciendo, con idea de quedarnos a dormir en Vitoria. Perico fue a recogerme a los «Apartamentos W. C.» en compañía de otra pareja, compuesta por un gordo y una flaca. También estos elementos, por lo visto, podían hacer «puentes» de cuatro días todos los fines de semana.

Fuimos en el coche del gordo, que era negro y lustroso. (Yo no uso demasiado bien todas esas pejugueras de la construcción gramatical, y aclaro para evitar confusiones que el negro y lustroso no era el gordo, sino el coche. El gordo, por el contrario, era blancuzco y deslucido).

—Rafael Vinuesa —me explicó Perico al presentármelo— es productor de cine.

—Pues para ser un simple obrero —comenté, equivocada por la palabra «productor»—, no vive del todo mal.

—¡Eres divina! —rió el señor Pelota, creyendo que yo estaba choteándome del gordinfla—. ¡Como si tú no estuvieras harta de saber que el productor de cine es el que se las apaña para hacer las películas, sacándoles el dinero a los demás!

Al llamado Vinuesa no le hizo ninguna gracia esta definición de su oficio. Pero como Perico era uno de los primos que habían financiado alguna de sus desastrosas aventuras cinematográficas, no tuvo más remedio que celebrar el chiste con una risotada.

Luego me presentaron a la flaca, que resultó tener un nombre rarísimo: Corina Novales. Tenía el pelo del mismo tono rubio que el mío; lo cual indicaba que era tan morena como yo, y que la teñían con el mismo potingue que a mí. Su ojo derecho era negro y muy hermoso, rodeado de pestañas apelmazadas por una espesa pintura azul.

(El izquierdo no logró vérselo en todo el viaje, porque lo llevaba tapado por un mechón de pelo).

—¿Es tuerta? —pregunté por lo bajo a Perico.

—Es la moda —me aclaró él.

Dejando aparte su estúpido peinado, con el que parecía una de esas mulas que mueven las norias, a las que se tapa un ojo para que no se cansen de dar vueltas, la tal Corina era una chica mona y bien arregladita.

Llevaba la tal un traje de un modista caro, como podía verse en una etiqueta colocada en la espalda. Y podía verse, a pesar de que la etiqueta fue cosida en la parte interior, porque ella la había dejado asomar al exterior para presumir. También era fácil ver bajo la tela del modelito, que se ceñía a su cuerpo lo mismo que un guante, unas curvas bastante peligrosas. Sin ser demasiado pronunciadas por escasez de material carnosos, resultaban gratas a la vista por su juventud y agradables al tacto por su dureza. (Y conste que no las toqué, porque yo no tengo nada de «torti», ni de «lesbi». Mi opinión, por lo tanto, es puramente visual y desinteresada).

No hacía falta ser una médium ni una telépata para adivinar que Corina se entendía con Vinuesa. Me bastó observar que, desde Madrid a Vitoria, el gordito condujo el coche con una sola mano: la izquierda. Mientras ésta no se apartó ni un momento del volante, la derecha anduvo reptando en distintas direcciones por el asiento contiguo ocupado por Corina.

Como yo iba sentada detrás con Perico, el respaldo divisorio me impedía ver las maniobras que realizaba aquella mano oculta del conductor. Pero sospecho que debían de ser muy semejantes a las que el señor Pelota estaba realizando por su cuenta y a mi costa.

Cuando dejamos atrás la última casa de Madrid, aún pudimos ver la escena final de ese gran espectáculo que llaman crepúsculo: el sol fue entrando en la cima panzuda de una montaña lo mismo que una moneda dentro de una hucha.

«Si unos mineros se meten algún día dentro de esa montaña —pensé sintiéndome poética—, la encontrarán llena de soles que ella fue ahorrando uno por uno, a lo largo de millones de crepúsculos».

Porque yo no soy tan burra como parezco. Tengo mi sensibilidad como cada hija de su madre, aunque recubierta por un callo que se me ha ido formando a fuerza de rozarme con la vida.

Pero el callo no es aún tan grueso ni tan duro como para insensibilizarme por completo a las emociones estéticas. Al atardecer, sobre todo, se me aguza la receptividad y capto las ondas que emiten las cosas bonitas.

Prueba de ello es que unos kilómetros más tarde capté la belleza de un campo cubierto de girasoles. Al pasar en el coche junto a él, me dieron lástima esas flores tan grandotas, pesadas y bobaliconas, que cabeceaban enloquecidas en la luz

crepuscular sin saber hacia dónde dirigir sus enormes corolas. Siempre les pasa lo mismo a las pobres, cuando se marcha el sol.

Un poco más lejos, cuando subimos por el lomo de una cordillera hasta encaramarnos encima de su espinazo, me emocioné también al ver un pueblecito lejano. Sus cinco casas, metidas en un valle profundo y circular, parecían dados de póquer dentro del cubilete.

Pero yo fui la única en experimentar estas emociones. Todos mis compañeros de viaje iban cada uno a lo suyo, y el paisaje que iba desfilando ante las ventanillas les importaba un pimiento.

Poco a poco, a través de las conversaciones que sostuvimos, fui averiguando los distintos objetivos que pretendían alcanzar en aquel en apariencia desinteresado «fin de semana».

Corina Novales, que se consideraba una artista del cine porque había actuado en siete metros de una peliculeja folklórica, quería conseguir a toda costa el papel principal en la nueva producción que preparaba Rafael Vinuesa. Del «a toda costa» formaba parte su pasividad ante las exploraciones que realizaba en su periferia la mano que el gordo no empleaba en el volante.

El productor, por su parte, necesitaba conseguir apoyo económico de don Pedro Redondo para realizar la película. Y con el fin de animarle a hacer esta inversión, dijo a Perico que le llevaría a Francia con mucho gusto en su propio coche.

Como Perico hacía la pelotilla a todo el mundo, pero no estaba acostumbrado a que se la hicieran a él, se puso más hueco que una esponja. Y aunque ya había perdido bastante dinero en los bodrios de celuloide que producía el gordinfla, le interesaba ennoblecer su turbia fortuna siendo Mecenazgos de alguna elevada empresa artística. Porque esta clase de mecenazgos tiene una doble utilidad: permite adular al Gobierno, si la obra que se patrocina exalta sus excelencias, y permite rebajar el pago de impuestos, si se abulta la cifra que se empleó en realizarla.

Para todos los que iban en el coche, por lo tanto, aquel viaje era solo la tapadera de una olla donde hervían tajadas más importantes que era necesario cocer. Incluso para una servidora. Pues aunque a mí en Francia no se me había perdido nada, y no tengo tampoco madera de turista, yo iba también a lo mío. Y mi objetivo era sacarle al señor Pelota algo más que un botellín de agüita milagrosa.

Por eso, en cuanto pude meter baza en la conversación, solté esta indirecta dirigida a mi pareja.

—¿Y a qué parte de Francia vamos? ¿A Lourdes?

—Pues no precisamente —intervino Rafael, riendo—. ¿Te gustaría ir a Lourdes?

—Al que debe de gustarle es a Perico —indiqué.

—¿Por qué lo dices? —preguntó el aludido, extrañado.

—Porque tengo la impresión de que eres muy devoto de ese sitio.

—Sólo estuve una vez —dijo con la misma extrañeza—. Pero ¿tú cómo lo sabes?

—Por el regalito que me hiciste anoche.

—¿Qué regalo te hizo? —se interesó Corina, volviendo la cabeza hacia mí.

—Un botellín de agua de Lourdes.

—¡No! ¿Es posible?

La exclamación y la pregunta no partieron de Rafael, como creí al principio, sino del propio señor Pelota, que me miraba desconcertado. Llegó a poner tal cara de bobo, que me dio lástima haber sacado a relucir un tema que le ponía en ridículo ante sus amigos.

Pero resultó que la causa de su desconcierto no era la ridiculez, sino el error que había sufrido al hacerme el regalo. Porque según contó, de su anterior viaje a Francia, en el que estuvo visitando Lourdes, trajo para su madre la botella del agua milagrosa y un frasco de perfume. La vieja, que además de sorda era beata, le había agradecido el agua; pero se negó a perfumarse con «Chanel». Acordándose de esto la noche anterior, a Perico se le había ocurrido regalarme el perfume. Recordaba también que su madre puso ambos frascos encima de su tocador. Y al entrar de puntillas en su cuarto para conectarle el audífono, cogió en la oscuridad el frasco equivocado.

Después de echarnos a reír un rato, decidimos subsanar el error en cuanto regresáramos a Madrid: él me daría el perfume, y yo le devolvería el agua. No le dije, como es natural, que había usado el contenido de la botella para lavarme los dientes. Y como soy muy astuta, acordé devolvérsela después de llenarla cuidadosamente en cualquier grifo.

«Lo siento por la vieja —pensé—. Porque si la infeliz espera que el agua haga un milagrito para curarla de su sordera, ya puede esperar sentada».

PEDAZO 15

—A PROPÓSITO DE AGUA —dijo el productor en aquel momento, agarrando por los pelos la ocasión de hablar de lo que a él le interesaba—. El guión de la película que quiero producir, es también acuático.

—Excelente idea —cobeó mi amigo el cobista que, como buen español que no entendía de nada, siempre quería opinar de todo—. El agua, en general, es muy fotogénica. Y si tiene dentro chicas en «bikini», mucho más.

—Tienes razón —dijo Rafael, devolviéndole la pelota al pelotillero—. ¡Acabas de tener una idea genial! Para que el éxito sea más rotundo todavía meteremos en el agua doscientas señoritas.

—Quizá sean demasiadas —moderó Perico, pensando que si él financiaba la película no le convenía encarecer el presupuesto aumentando el reparto—. ¿Tú crees que doscientas cabrán?

—¿Cómo no van a caber —le tranquilizó el productor—, si todo el argumento se desarrolla en el mar?

—En ese caso, puede que las chicas no sean necesarias —intervino Corina, pues cuantas menos mujeres hubiera en el reparto, más destacaría ella en su papel—. Porque lo que le va bien al mar, son los peces. Es lo suyo.

—Desde luego —la apoyó Perico—. Y si la película se hace en color, hay peces de colores muy bonitos.

Al doblar una curva, nos encontramos con la noche. Rafael tuvo que encender los faros. Y a su luz, cuando cruzábamos algún pueblo, a los gatos se les ponían ojos brillantes y aterradores de auténticos tigres.

—Pondremos peces y chicas —decidió el productor, que era muy espléndido para gastar el dinero de los demás.

—¿Y de qué trata la película? —quiso saber el señor Pelota.

—Eso es lo de menos —despreció Vinuesa—. Con tal que salgan muchos peces y muchas chicas... De todos modos, si te interesa saberlo, te diré que es un gran tema.

—¿Qué significa «un gran tema»? —pregunté.

—El que cuenta con el apoyo oficial —me aclaró Rafael—. Tendremos subvenciones, protecciones, recomendaciones, y hasta condecoraciones. Sólo por el título pienso conseguir que esta superproducción sea considerada de interés patriótico.

—¿Y cómo se titulará? —siguió preguntando Perico, pues es indudable que el hombre tenía cierto derecho a saber algo de lo que iba a financiar.

—«La Armada Invencible» —dijo el gordo, engordando más aún con el énfasis que puso al decirlo.

A mí, que no tengo ni pajolera idea de lo que pasó en este país antes de que yo

naciese (ni pajolera falta que me hace), el nombre de la película me sonó pistonudamente. Consideré que contenía la dosis justa de grandilocuencia y fanfarronada que necesita un rollo de celuloide histórico, para que el Estado no lo mire con desdén y se digne prestarle su ayuda. Pero el señor Pelota, que por lo visto había fisgado lo suyo en esos librotos de chismorreos antiguos, opinó que el argumento elegido por el gordo era un solemne disparate.

—¿Cómo vas a conseguir que te protejan y subvencionen una película basada en el mayor desastre naval de nuestra Historia? En todos los países se paga al astuto que hace algo para ensalzar las victorias nacionales; pero no se le da ni un céntimo al insensato que pretende recordar las derrotas.

—¿Y quién te ha dicho a ti que la Armada Invencible sufrió una derrota? —dijo el productor con un aplomo impresionante.

—¡Pero, hombre! —exclamó Perico, dejando de meterme mano por un momento de tan perplejo que se quedó—. No creas que lo he sabido por un informe confidencial. Es una noticia que sabe todo el mundo desde hace varios siglos.

—¿Y para qué crees tú que yo hago películas, puñeta? —se enfadó Rafael—. ¿Para divulgar verdades históricas, o para ganar dinero?

—Más bien para esto último.

—Pues entonces —continuó el gordo—, no te extrañe que tenga un poco de malicia. ¿Acaso no es verdad que España siempre tuvo mala prensa, incluso antes de que se inventaran los periódicos? Fíjate en la leyenda negra, como me he fijado yo.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—¿Tan difícil te parece echarle otro poco de culpa a la leyenda negra, y decir que la muy cochina exageró en contra nuestra el resultado de aquel encuentro? ¿Qué trabajo cuesta hacer la vista gorda al mirar las cifras de pérdidas que sufrimos, y omitir un par de ceros en el balance de naves hundidas?

—Pero por muchos ceros que taches, el resultado final no variará.

—Ni falta que hace. Porque no pretendo dar a entender que aquella expedición fue un triunfo para nuestro equipo, pero sí un empaque honroso. Tú ya sabes que en las cuestiones históricas, todos los países arriman el ascua a su sardina. Y en casos como éste, a su marina.

—Tengo sueño —dijo Corina en aquel momento, con esa brutalidad de las mujeres ignorantes que sólo piensan en las reacciones elementales de su animalidad.

—Pero el caso de la Armada Invencible —replicó Perico a Rafael pasando por alto la interrupción—, no se puede reducir a las mínimas proporciones del ascua y la sardina. Dada la magnitud de aquellos acontecimientos, habría que aumentar los términos comparativos convirtiendo el ascua en incendio, y la sardina en cachalote. Y corres el riesgo de que al arrimar una cosa a la otra, se desencadene un pitorreo internacional que hunda el éxito de la película.

—Estás equivocado —contradijo el productor. Y para dar más énfasis a su réplica alzó y accionó la mano que hasta entonces había descansado en un muslo de su compañera—. El cine es un espectáculo de masas, y a las masas les importa un rábano la verdad histórica. Lo que el gran público quiere es que las películas acaben bien, con el triunfo de los buenos sobre los malos. No importa los sacrificios que hagas con tal que llegues al final feliz. Caiga quien caiga, sigue adelante. Elimina sin piedad todos los obstáculos que surjan en tu camino. ¿Qué cortarías tú si pretendieras filmar la vida de María Antonieta?

—Cortaría —dijo Perico sin vacilar— la cabeza de María Antonieta.

—¡Grave error, amigo mío! —se encrespó Rafael—. Lo que se debe cortar, precisamente, es el episodio de la decapitación.

—¿Y qué harías entonces? —se choteó Perico—. ¿Decir que la reina pudo huir al fin y que pidió asilo político en un país neutral?

—Puede que no me atreviera a decirlo —concluyó Rafael—, pero no vacilaría en insinuarlo. De esta forma María Antonieta, que desde el punto de vista cinematográfico fue siempre una figura muy poco comercial, sería muy taquillera. Esta misma teoría es la que he aplicado al tema de la Armada Invencible, y te aseguro que será un exitazo.

—Además de sueño —dijo Corina bostezando—, empiezo a tener hambre.

—Lo malo es que harán falta muchos barcos —calculó Perico.

—¿Barcos? —se extrañó el productor—. ¿Para qué?

—Para hacer la película.

—Pero ¡qué chiquillo eres! —rio Rafael—. ¿Te figuras que voy a gastarme el dinero que me des en comprar barcos?

—Yo creí que si el argumento trata de una escuadra...

—En efecto. Pero para eso están las maquetas y los trucajes. Gracias a las maquetas y a los trucajes, la película no te costará treinta millones, sino sólo tres.

—Pues mira qué bien —dijo el señor Pelota.

—Qué poquito, ¿verdad? —siguió dorándole la píldora el ladino Vinuesa—. Yo diría que es una miseria.

«Tú puedes decirlo —pensé yo—, porque tú el dinero no vas a ponerlo».

Y me desentendí de la conversación para mirar por la ventanilla. De pronto, al salir de una curva y enfilarse una recta muy larga, vi la luna. Estaba en el cielo, naturalmente, pero tan pegada a la línea del horizonte como si la hubiesen colocado encima del campo. Y era tan grande y tan amarillenta, que parecía una enorme galleta de cartón puesta en un trípode, como en uno de esos anuncios que se instalan al lado de las carreteras. (Para que los automovilistas se distraigan al mirarlos y se maten).

Oí poco después que el mosconeo del diálogo que sostenían los dos hombres, era interrumpido por la voz aguda de Corina, que preguntaba:

—¿Dónde pararemos a comer y dormir?

—En Vitoria —respondió Rafael, fastidiado por la interrupción.

—¿Y dónde está eso? —insistió la flaca, que en lo tocante a geografía era tan mula como yo.

—Vitoria es una ciudad situada expresamente a cierta distancia de Madrid, para que se detengan en ella a comer y a dormir los automovilistas que se dirigen a San Sebastián —explicó Rafael.

—Tendremos que pensar lo que vamos a decir en el hotel —dijo Perico, preocupado—. Porque en Vitoria las parejas están muy perseguidas.

—¿Por qué? —quiso saber Corina.

—Por la moralidad.

—¿Y eso qué es? —me informé yo, pues esa palabra era desconocida en mi vocabulario.

—La moralidad —aclaró Vinuesa— es una campaña organizada por las personas que se aburren, contra las personas que se divierten. Cuando a un marido se le estropea su mujer al cabo de los años, y no se atreve a sustituirla por otra más nueva, se hace moral para chingar al prójimo.

—Entonces —intervine yo para resumir la cuestión con una de mis frases lapidarias—, la moralidad viene a ser como una válvula de escape para la mala uva que acumulan los que no fornican a gusto.

—En algunos casos, sí —admitió el señor Pelota—. Por eso hay que decidir cómo haremos la inscripción en el hotel. Porque en el Norte, esas cosas se persiguen con un rigor implacable.

—Vamos, qué exageración —dije yo—. No será para tanto.

—¿Que no? —replicó Perico—. ¿Sabes lo que le dijeron en un hotel de Guipúzcoa a un amigo mío que viajaba en coche con su querida? Que si deseaba dormir allí, tenía que casarse con ella.

—¿Y qué hizo él?

—Como estaba cansadísimo de conducir todo el día, no tuvo más remedio que pasar por el aro. Y se casó allí mismo.

—¿Dónde?

—En el vestíbulo del hotel. Aunque eran las dos de la madrugada, el conserje organizó la ceremonia en un periquete.

—¿Cómo?

—Llamando al cura del hotel. Como estos casos eran frecuentes, el establecimiento disponía de un servicio matrimonial completo y permanente: desde el cura hasta la cama; sin que faltaran los anillos (obsequio y propaganda al mismo tiempo, pues llevaban grabado en el interior el nombre del hotel), un disco de la «Marcha Nupcial», y unos puñaditos de arroz que el propio conserje arrojaba sobre

los contrayentes.

—Sería gracioso que a ésta y a mí nos obligaran a casarnos con vosotros —dijo Corina, prorrumpiendo en una risita tan aguda que perforaba los tímpanos.

—Graciosísimo —dijo secamente Rafael, sin prorrumper en nada.

—Para evitar complicaciones —esclarecí yo la oscura cuestión con una de mis ideas luminosas—, podemos decir que somos vuestras esposas.

Aunque en el interior del coche apenas había luz, los dos hombres nos miraron de un modo que me avergonzó. Fue una mirada muda, como todas las miradas, pero que decía muchas cosas. Entre ellas, las siguientes:

«¿De verdad crees, insensata, que podríais pasar por nuestras esposas legítimas?

»¿Es que no os habéis fijado en la pinta que tenéis?

»Con vuestros pelos teñidos y vuestras caritas, graciosas pero descaradas, apestaís desde muy lejos a aventurillas pasajeras. Vuestros vestidos son caros, pero les falta esa especie llamada distinción que condimenta la ropa de las chicas bien. Vuestros zapatos son buenos, pero sus tacones son exageradamente altos. Vuestro maquillaje es de las mejores marcas, pero os lo aplicáis en dosis excesivas.

»Además estáis siempre contentas, con una alegría demasiado ruidosa e impropia de una mujer casada. Porque el matrimonio es una cosa demasiado seria, que no permite estarse riendo a cada momento.

»Basta por lo tanto el más superficial de los vistazos para darse cuenta de que no sois nuestras esposas.

»Ni nosotros mismos nos atreveríamos a sostenerlo, porque nos daría vergüenza. Vergüenza de que pudieran pensar que unos hombres tan importantes como nosotros nos habíamos casado con unas mujercillas (que suena mejor que mujerzuelas, pero quiere decir lo mismo).

»Porque nosotros somos lo que la gente llama unos «vivalavirgen», pero a la hora del matrimonio también decimos: ¡Viva la virgen!

»Y elegimos una mujer absolutamente virginal.

»A nosotros no nos importa exhibirnos con chicas de vuestra clase, e incluso nos gusta presumir de nuestras conquistas. Pero procuramos que se sepa siempre lo que en realidad sois, y que nadie pueda confundirnos con nuestras novias formales, ni con nuestras esposas auténticas. Porque algún día nos casaremos; y cuando lo hagamos será con mujeres recatadas y discretas, distinguidas y elegantes, dignas en una palabra de nuestra categoría social».

Esto fue lo que nos dijeron las elocuentes miradas de los señores Pelota y Vinuesa. Cosas poco halagüeñas, y que me sacaron los colores a la cara como un bofetón. Porque a mí no me agrada que me traten como a una boñiga, máxime cuando yo siempre voy perfumada y muy bien puesta.

Pero en seguida se me pasó el berrinche: cuando se ha caído tan bajo como una,

es idiota pretender que la traten a una como a las duquesas. Vamos, me parece a mí.

PEDAZO 16

MIENTRAS LOS HOMBRES SEGUÍAN PENSANDO lo que iban a decir para que pudiéramos acostarnos en el hotel, Corina dijo de pronto, olfateando como un perro:

—Me huele a que estamos cerca de Vitoria.

—En efecto —admitió Rafael—. Pero ¿en qué lo has notado?

—En que el aire apesta a incienso.

El aire, en realidad, no olía a incienso. Olía al humazo de aceite pesado que iba soltando por el tubo de escape un camión-cisterna que iba delante de nuestro coche, y al que Rafael no lograba adelantar. Pero como Corina no había pisado una iglesia desde que hizo su primera comunión, ni una carretera desde que la deshonraron en una excursión, confundía el olor aromático del incensario con el appestoso del «gas-oil».

Fuimos un buen rato detrás del camión, cuya cisterna parecía un enorme culazo que se bamboleaba con sus andares marchosos delante de nuestras narices.

Y entrarnos por fin en Vitoria, que en aquel momento se estaba lavando la cara con unas abluciones de llovizna.

Vinuesa condujo el coche hasta un hotel que se llamaba modestamente «del Chambelán». No es que fuera más pobre que los llamados «del Emperador», «del Rey» o «del Príncipe», sino simplemente más moderno. Y cuando lo terminaron, toda la nomenclatura pomposa y regia había sido copada por los otros hoteles. Después de recorrer toda la lista de jerarquías palaciegas, encontraron que los únicos nombres disponibles eran de chambelán para abajo. Y se apresuraron a llamarle «Hotel del Chambelán». Porque al ritmo que lleva la construcción hotelera en nuestro país, pronto quedarán solamente disponibles los peldaños más insignificantes de la escala jerárquica. Y los constructores tendrán que conformarse con llamar a sus establecimientos:

«Hotel del Mayordomo».

«Hotel del Cochero».

«Hotel del Mozo de Cuadra»...

—Pues yo tengo un hambre de perro y un sueño de oso —dijo al bajarse del coche la rubiales Novales.

Como a fuerza de recorrer tantos kilómetros se nos había hecho muy tarde, en el hotel no quedaba más bicho viviente que el conserje de noche. Al cual por cierto no ofendo llamándole bicho, porque lo era de verdad. La mirada que nos dirigió al entrar en el vestíbulo, por lo penetrante e inquisitiva, no fue de conserje en su mostrador, sino de cura en su confesonario. Nos miró como si fuéramos a pedirle, no una habitación en el hotel para pasar la noche, sino una plaza en el cielo para toda la eternidad.

Aquel tiparraco, en resumen, era un carca de bigote. Creo que si en vez de llevar una gorra verde hubiese llevado un solideo moradito, se le hubiera tomado sin dificultad por un monseñor. Al primer vistazo parecía joven, pero fijándose mejor se le notaban los años en los pelos superfluos.

(Del mismo modo que puede determinarse la edad de los caballos por la dentadura, es fácil calcular la de los hombres por la pelambreira. Como experta en ganado masculino, he observado que a todos los ejemplares de esta especie, en cuanto rebasan la cincuentena, empiezan a crecerles desmesuradamente los pelos de las cejas y del interior de la nariz.

También les crecen pelines en las orejas, que llegan a asomar al exterior en forma de graciosos mechoncitos; y el vello en las falanges de sus dedos se desarrolla hasta alcanzar longitudes de pelos auténticos.

Aunque yo no sé ni jota de fisiología, me explico así este fenómeno: el cuerpo humano viene a ser, mal comparado, como el tronco de un árbol. Me figuro que los pelos serán como una savia, que sube por dentro del tronco hasta la parte de arriba. Cuando el tronco empieza a envejecer, la savia pierde fuerza para subir. Y se va quedando por el camino, haciendo que salgan pelos por agujeros situados en la mitad del trayecto, tales como las narices, las orejas y las cejas. Puede que mi versión no sea muy científica, pero es muy lógica. Vamos, creo yo).

—Supongo —se adelantó a decirnos aquel peludo en cuanto nos vio entrar— que ustedes pretenderán dormir aquí esta noche.

—Su inteligencia es de una agudeza increíble —le aduló el señor Pelota, con la más redonda de todas sus pelotillas.

—Pues precisamente —sonrió el conserje enseñando doce dientes verdes y dos de oro—, me quedan dos habitaciones dobles.

Rafael lanzó a Perico una mirada, en la que era fácil leer el siguiente contenido:

«¿Ves cómo te habías equivocado al juzgar el rigor de las costumbres en las provincias del Norte? Salta a la vista que aquí ya no se llevan esos hábitos medievales. Este conserje nos ha recibido con una cortesía y discreción dignas de la hostelería internacional más avanzada. Nos abre la puerta de los dormitorios, sin preguntarnos con quién vamos a dormir. ¡Como en los países escandinavos! ¡Estamos evolucionando, amigo mío!»

Y después de hablar así con la mirada, Vinuesa habló en voz alta dirigiéndose al conserje:

—Pues esas dos habitaciones dobles —dijo— nos vienen como anillo al dedo.

Esa frase del «anillo al dedo» me pareció muy imprudente, porque podía recordarle al conserje su deber de preguntarnos si estábamos casados. Pero la asociación de ideas no se produjo en el cerebro del peludo.

—Han tenido ustedes suerte —fue el único comentario que se le ocurrió.

—No ha sido cuestión de suerte —intervino el señor Pelota por si las moscas—, sino de devoción. Porque yo vine todo el viaje rezándole a Santiago para que nos encontrara hospedaje.

—¿Por qué a Santiago precisamente? —quiso saber el conserje.

—Porque Santiago es el santo que más entiende de turismo. Debería ser patrono de las agencias de viajes.

—¿Usted cree?

—Desde luego. Las peregrinaciones a Compostela con motivo de los años jacobeos son el antecedente histórico de los viajes turísticos que hoy organizan las agencias con el pretexto de cualquier festival en cualquier parte. El lema de estas agencias («Buscar hotel al turista») existía ya gracias a Santiago en forma de obra de misericordia: «Dar posada al peregrino».

—Tengo hambre y sueño —dijo Corina, que iba a lo suyo sin prestar atención a nada de lo que decían las demás—. ¿Podemos subir ya a las habitaciones, para cenar y dormir?

—Desde luego —dijo el conserje—. En cuanto me enseñen la documentación. Los hombres palidecieron.

—¿Qué entiende usted por documentación? —aventuró Rafael.

—Cuatro cosillas sin importancia —le tranquilizó el peludo.

Y se puso a enumerar una serie de documentos, que empezaba en la fe de bautismo y no había terminado aún en la cartilla militar.

Por fin, después de muchos dimes y diretes, logramos salvar el peliagudo obstáculo del conserje. Y las dos parejas subimos a ocupar las dos habitaciones.

Dicho así, puede parecer que yo me acosté con Perico y Corina con Vinuesa. Lo cual, aunque parezca lógico, es inexacto. Porque el conserje sólo consintió en admitirnos como huéspedes del hotel, cuando aceptamos introducir algunos cambios en nuestro emparejamiento. Y las parejas, de acuerdo con las modificaciones propuestas por el peludo, quedaron formadas así: yo con Corina en una habitación, y Perico con Vinuesa en la otra. De nada sirvió que los hombres aseguraran que éramos sus secretarías.

—Pero éstas no son horas de oficina —dijo el conserje.

La separación de sexos, según algunos, es el método más seguro de preservar la moral. A mí, en cambio, me parece que sólo conduce a fomentar las aberraciones. Pero como yo nunca puedo dar mi opinión, porque nadie me la pide, así van las cosas en el mundo.

Total: que aquella noche dormí con Corina, mientras el señor Pelota lo hacía con Rafael. La cara de los dos hombres cuando subieron juntos al mismo cuarto se parecía mucho a la que deben de poner las reses cuando van al matadero.

Pero como con tanto kilómetro primero y tanta cháchara después se había hecho

muy tarde, acataron sin discutir las costumbres del establecimiento.

—Si algo necesitan —dijo el conserje al entregarnos las llaves—, no tienen más que abrir la puerta y llamarme. Porque yo me paso la noche recorriendo los pasillos de todos los pisos.

Con lo cual nos dio a entender muy finamente que no intentáramos variar las parejas que él había formado cambiando de habitación, porque nos sorprendería y se armaría la gorda.

A mí en el fondo no me importó que me pusieran impedimentos para acostarme con Perico. Como supongo que a un obrero tampoco le importará que le impidan ir a su trabajo, siempre que tenga la seguridad de que le pagarán su salario de todos modos. Incluso me alegré de poder dormir toda la noche a pierna suelta.

PEDAZO 17

PERO ESTA ALEGRÍA (la de dormir a pierna suelta) me la escoñó Corina, pues en cuanto llegamos a la habitación se puso a hablar por los codos. Había ordenado al conserje que nos subieran cena a base de fiambres (el comedor ya estaba cerrado), y se puso a comer con una voracidad impropia de su delgadez.

Debe de ser cierto eso de que los fiambres no engordan, porque la tía se zampó para empezar medio salchichón tan gordo como el muslo de un niño. Y a continuación fue zampándose una lengua de vaca, sin dejar de mover al mismo tiempo la suya propia.

Pocas veces he visto una persona tan hábil para menear simultáneamente estos dos aparatos tan difíciles de sincronizar: el lingual y el dental.

—Yo —me explicó—, necesito una de estas cosas: o comer, o dormir. Cuando estoy comiendo no necesito dormir, y cuando estoy durmiendo, no necesito comer.

—Eso último es muy lógico —observé—. ¿Y cómo te las arreglas para no engordar, tragando como una salvaje?

—Gracias al tiroides, rica.

—¿Y eso qué es? —me informé—. ¿Un medicamento adelgazarte?

—No, mujer: el tiroides es como un bichejo que tenemos por los alrededores de la garganta, que se traga todo lo que comes. Cuando el tiroides es voraz, como el mío, se lo come todo él y no engordo yo. ¿Comprendes?

—Sí —me percaté—. Viene a ser como una especie de solitaria, pero en cortito.

—Eso es —aplaudí Corina mi perspicacia—. Gracias al bichejo conservo la línea, y puedo aspirar a ser «estrella» de cine. Y pronto lo seré, porque llevo una carrera estupenda.

—¿Has hecho ya alguna película? —pregunté.

—Hacer, lo que se dice hacer, sólo hice siete metros en una. Pero ya me he acostado con dos directores y un productor. Yo soy de las que creen que, para rodar en el «plató», hay que empezar por rodar en el colchón.

—Entonces —resumí—, de ti puede decirse lo mismo que se dice de los coches: que estás «en rodaje».

—Exacto —no negó ella—. Pero como ya he rodado muchas horas, Rafael me dará el papel de protagonista en «La Armada Invencible».

—¿Es posible? —me asombré—. Yo creí que para protagonizar una película, había que tener talento.

—Pues claro. ¿Te parece que no hay que tener un talentazo enorme para acostarse con Vinuesa y sacarle algún partido? Sólo en soslayar su tripón, sin meterse en muchas filigranas, hay que derrochar arte a montones.

—De acuerdo —le di la razón, mientras ella se comía la lengua de vaca sin dejar

de mover la suya propia—. ¿Y cómo se te ocurrió meterte a actriz, teniendo un apellido que es una advertencia muy significativa: No-vales?

—Para que pudieras comprenderlo —me dijo—, tendría que contarte mi historia.

Y sin esperar a que yo le diese mi consentimiento, me la contó:

—Nací en el seno de una familia bien. Bien desgraciada quiero decir, porque mi padre no tenía suerte en sus negocios: siempre que entraba a robar en alguna parte, le pescaban.

—¡Qué manazas! —comenté.

—Aunque las condenas que le caían eran pequeñas —prosiguió ella—, todas juntas iban formando los eslabones de una cadena casi perpetua. Mi madre, que se había casado con papá sin saber a qué clase de negocios se dedicaba, era una señora educadísima. De esas que toman tazas de té a todo pasto, aunque no les duela la tripa. Yo fui la hija única de ese matrimonio, pues como mi condenado padre estaba siempre cumpliendo condenas, nunca tenía noches libres para hacerle más niños a mamá. Y cuando yo cumplí dieciséis años, ella me mandó a una academia muy buena para que me educara y aprendiera a ganarme la vida.

»Por la noche, cuando yo volvía a casa, mi madre se interesaba por mis progresos en los estudios.

»—¿Qué has hecho hoy? —me preguntaba.

»—Por la mañana —contaba yo con todo detalle—, nos dieron en clase las lecciones teóricas. Y por la tarde, salimos como de costumbre a hacer prácticas. Pero hoy tuvimos un percance.

»—¿Sí? —se asustaba mamá—. ¿Qué ocurrió?

»—Detuvieron a nuestro profesor en el tranvía, cuando intentaba quitarle la cartera a un viajero.

»—¿Es posible, hija?

»—Como lo oyes. ¡Y era el catedrático de la asignatura, fíjate! El que nos iba a examinar de carterismo en este curso.

»—¡Qué vergüenza! —se indignaba mi madre—. ¡Y el director de la academia me aseguró que era un carterista de primera fila, que había estado tres años practicando en Alemania!

»—Pues imagínate el efecto que nos ha hecho a sus alumnos —continuaba yo—. La academia se está desacreditando. Porque no es el primer caso: hace un mes, metieron en la cárcel al profesor de falsificación monetaria.

»—¿También? —se llevaba mi madre las manos a la cabeza—. ¡Qué horror! ¡Cómo está la enseñanza!

»—A ése le cazaron en un restaurante, cuando quiso pagar con un billete hecho por él.

»—¿Tan mal hecho estaba?

»—Mal, no. Pero era un hombre muy distraído. Y en vez de poner el retrato de Sorolla, como en los billetes de mil auténticos, se equivocó y puso el de Picasso.

»—Pues no era tan grave la cosa —disculpaba mamá—. Si el hombre había puesto un pintor, ¿qué importaba que no fuera el mismo? Las leyes se están volviendo más quisquillosas...

»—A este paso —me lamentaba yo—, acabarán por clausurar la academia. Y tendré que aprender otro oficio.

»—¡Eso nunca! —se oponía mamá—. Tu abuelo fue ladrón, tu padre también lo es, y tú no romperás la tradición familiar.

»Pero tuve que romperla porque la policía, poco a poco, dejó la academia sin profesorado. Y al cerrarse mi centro docente, no pude seguir mis estudios. No obstante, aunque mi carrera se truncó, había adquirido algunos conocimientos que podían serme útiles para hacerme actriz.

—¿Qué conocimientos? —pedí que me aclarara.

—La desfachatez y el arte de fingir. Porque lo primero que se debe tener para robar, es una caradura equivalente a la que se necesita para ponerse ante una cámara. Y lo segundo, una capacidad de fingimiento que permita conservar en la cara una expresión de inocencia angelical, mientras con las manos se están desvalijando los bolsillos del prójimo.

»Con esta capacidad que tengo de audacia y disimulo —concluyó—, estoy segura de que podré llegar a ser una “estrella” imponente.

—No lo dudo —admití—, pero yo te aconsejo que te cambies el apellido.

—¿Por qué?

—Porque se presta a que muchos graciosos te digan: «¿Novales es tu apellido, o la calificación de tu valor artístico?»

—Tienes razón, no había caído. Tendré que pensarlo.

Corina detuvo su lengua cuando terminó de comerse la de vaca. Entonces nos desnudamos, nos pusimos los pijamas, nos desmaquillamos, nos dimos crema, nos pusimos algunos chufos en el pelo, y nos dormimos.

A las nueve de la mañana siguiente abandonamos el «Hotel del Chambelán». Corina y yo estábamos frescas como lechugas, porque habíamos dormido de un lirón. Pero Perico y Rafael estaban mustios como espárragos, porque no habían pegado ojo: se pasaron la noche en vela, acechando una oportunidad para burlar la vigilancia del conserje y acudir a nuestro cuarto.

Varias veces, por lo que contaron, habían llegado a recorrer un buen trecho del pasillo que nos separaba. Pero tuvieron que volver corriendo a su base de partida, sin alcanzar el objetivo propuesto, al oír los pasos del peludo que se aproximaba. Porque el conserje nocturno, que además de tener la mosca detrás de la oreja se olía la tostada, no cesó de vigilar nuestro piso. Y nuestros pobres amigos se hartaron de dar

carreritas infructuosas.

¡Así estaban ellos de cansados, con unas ojeras tan grandes y tan negras que parecía que llevaban gafas de sol!

—En Francia nos desquitaremos —se consolaron—. Porque Francia es el país del «amúr».

Y se pusieron a contar cosas verdes, referentes al modo en que se desarrollan en Francia las relaciones sexuales, lo cual me permitió deducir que el «amúr», que es como llaman a eso los franceses, viene a ser una especie de amor con más cochinadas.

A la salida de Vitoria, al borde de la carretera, había dos chicas con mochilas y pantalones haciendo «autoestop». Eran rubias, pecosillas y muy majas.

—Mala pata —rezongó Rafael, aminorando la velocidad del coche al pasar junto a ellas para contemplarlas—. Siempre que va uno acompañado, las cunetas están llenas de «auto-stopistas» como bombones.

—¡Bah! —dijo Corina en tono despectivo—. Esas chicas nórdicas son muy frías.

—Por eso mismo —rebatía Vinuesa— son las más indicadas para una aventura veraniega.

—El «autoestop» es una fuente inagotable de aventuras —afirmó el señor Pelota con cierta ironía—. Pero a todo don Juan que pretenda abastecer su mercado de conquistas en las carreteras nacionales, bueno sería recordarle tres puntos bastante suspensivos: que los tiempos han cambiado, que España es diferente, y que no todo el monte es orégano.

Y para demostrarnos esta tesis tan maja, nos contó una aventura que le había sucedido el verano anterior:

—Salí de Madrid en mi coche después de almorzar. Me dirigía a la frontera francesa, como ahora, con intención de pasar unas vacaciones a caballo entre San Sebastián y Biarritz. Iba solo, naturalmente.

»Digo naturalmente porque siempre que viajo entre junio y septiembre, me hago este razonamiento lleno de sensatez: es una bobada, en estos meses del año, cargar desde Madrid con una compañera de viaje. El «autoestop» está ahora en su apogeo y ese sistema proporciona al automovilista abundante compañía femenina. Mis amigos aseguran que, a lo largo de todas las carreteras, se encuentran muchachas encantadoras que detienen al automovilista con la pretensión de ser trasladadas de una ciudad a otra. Por lo tanto, salir de viaje en coche con chica en el equipaje, es tan estúpido como ir de pesca llevando un pez en la maleta.

»Rodé los primeros kilómetros lleno de optimismo, repasando mentalmente mis conocimientos de lenguas extranjeras. No dediqué mucho tiempo a este repaso porque todo mi vocabulario francés consta de veinte palabras, y el inglés no llega a la docena. Esta escasez de léxico no me acomplejó, porque los españoles presumimos

de muchas cosas; pero no de políglotas. Y tenemos además nuestro método particular para entendernos con las extranjeras: en cuanto ya no podemos decir nada con la lengua, empezarnos a decirlo con las manos. Y habiendo la suertecilla de que no nos peguen un bofetón, el diálogo puede prolongarse hasta hacerse muy íntimo y agradable.

Interrumpimos al señor Pelota con una carcajada colectiva para celebrar su ingeniosa observación, y le dejamos proseguir:

—No pienso parar a la primera que se me presente —decidí mientras continuaba alejándome de Madrid—. En todas partes cuecen callos, y los países escandinavos no son ninguna excepción. Teniendo tantos kilómetros por delante, sería una torpeza cargar con cualquier birria. No. Seleccionaré cuidadosamente la pasajera, puesto que candidatas no han de faltarme. Sólo me detendré a la señal de una muchacha alta, rubia, y con un tipo fenomenal. Nada de morenuchas achaparradas, con cara de cultas y culibajas por añadidura.

»Poco después de tomar esta decisión, a la salida de una curva, dos “autoestopistas” me hicieron señales desde la cuneta. Pero yo, en vez de detenerme, aceleré mientras me echaba a reír.

—¿Por qué? —preguntó Vinuesa, intrigado.

—Porque aquella pareja cargada con enormes mochilas, que tenía la pretensión de viajar conmigo, estaba formada por dos tipos barbudos.

»—¿Creerán de veras estos insensatos —pensé muerto de risa— que algún automovilista cargará con ellos? ¡Hace falta ser el colmo del optimismo para querer viajar gratuitamente con esas barbas y esas pintas!

»Seguí riendo hasta llegar a la entrada de un pueblo, donde aminoré la marcha para examinar a una mujer que me hacía con la mano el signo internacional del “autoestop”.

»—Gorda y con gafas —fue el resultado del examen—. Que te lleve tu tía, rica.

»Y pasé de largo, haciéndome el distraído.

»Antes de llegar a Somosierra, se me presentaron tres nuevas candidaturas que fui rechazando sucesivamente: un soldado con maleta de cartón y una pareja de turistas.

»Al soldado me limité a desearle que le dieran morcilla. Pero al ver a la señora de la pareja estuve a punto de parar; pues aunque no se ceñía con exactitud al modelo ideal que me había trazado, no estaba lejos de mis trazos ideales. Sin embargo, al observar a su acompañante, desistí y aceleré. Porque el buen señor tenía cara de bruto, de fuerte y de marido.

»Transcurrieron después otros cincuenta kilómetros, durante los cuales mi optimismo no decayó.

»—Es natural —me dije— que en esta zona montañosa y casi desértica, las ocasiones de encontrar “autoestopistas” sean prácticamente nulas. A lo más que

puedo aspirar aquí es a que me pare una *capra hispánica* que se haya roto una pata, para que la lleve al veterinario. Pero en cuanto termine de cruzar las últimas estribaciones serranas, las cunetas se poblarán de jóvenes europeas ansiosas de conseguir un medio de transporte.

»Con esta esperanza dejé atrás las montañas y recorrí un buen trecho de meseta.

»—Bien mirado —rectifiqué para mis adentros—, puedo parar aunque la candidata no sea alta, ni rubia, ni cumpla todos los requisitos exigidos en mi tabla de estupendez. No puede negarse la existencia de morenas bajitas que resultan muy atractivas.

»Unos kilómetros después, decidí ser benévolo también si la aspirante a pasajera era un poco culibaja. Al fin y al cabo, ese defecto no se notaría cuando estuviera sentada en el coche.

»Pese a mi buena disposición, una hora larga de meseta sólo me brindó tres soldados más y dos estudiantes.

»—En realidad —me dije al pasar por Aranda de Duero con mis asientos vacíos—, la belleza física no es un valor fundamental para elegir compañera de viaje. Meditándolo bien, porque tiempo para la meditación no me ha faltado, no tendría inconveniente en detenerme si me hiciera “autoestop” una muchacha feúcha, pero simpática. Las feas tienen también su encanto, porque suelen ser bien educadas y son capaces de sostener una conversación amena. Y como uno es un caballero español que no va exclusivamente buscando plan, sino una agradable compañía para distraerse durante el viaje...

»Mucho antes de llegar a Burgos observé que empezaba a anochecer.

»Con la disminución de luz solar fueron disminuyendo también mis pretensiones y exigencias en materia “autoestopista”. Kilómetro a kilómetro mi manga fue haciéndose cada vez más ancha. Y coincidiendo con el instante en que el sol se puso y tuve que encender los faros del coche, mi manga alcanzó su anchura máxima.

»—¡Al diablo los matices! —decidí—. Aceptaré a la primera que me haga señas de que pare, sin distinción de edad ni aspecto.

»Algunos minutos después de tomar esta resolución, distinguí al borde de la carretera una forma humana que me hacía la señal inconfundible del “autoestop”. Aunque su silueta era confusa en la penumbra crepuscular, pude ver con bastante claridad un revuelo de faldas a la altura de sus piernas.

»Esto me bastó para pisar a fondo el pedal del freno. Y cuando el coche se detuvo, yo mismo abrí la portezuela de la derecha.

»—¡Suba! —grité a la silueta sin más preámbulo.

»—Muchas gracias —me respondió, obedeciendo y acomodándose en el asiento junto al mío—. Que Dios se lo pague. ¿Podría usted dejarme a la entrada de Burgos? Voy al convento que nuestra Orden tiene allí...

»Sólo entonces me di cuenta de que la silueta pertenecía a un bondadoso fraile, y que no eran airosas faldas lo que agitaba el viento del crepúsculo, sino austeros hábitos.

PEDAZO 18

CELEBRAMOS con una risotada la aventura del señor Pelota, el cual nos la había contado con mucho gracejo. Vinuesa confesó a continuación que, puestos a decir la verdad, tampoco él había tenido suerte en ese terreno.

—Una sola vez me detuve en la carretera para recoger a una «auto-stopista» —nos contó—, que tenía un tipo imponente y me hizo un gesto insinuante. Y después de trabajármela durante trescientos kilómetros, cuando ya creí que estaba en el bote, tuve que frenar para que se bajara del coche.

—¿Por qué? —quiso saber Corina, morbosa.

—Porque comprobé que no era «gachí», sino «travestí».

—¿Y eso, qué significa? —me informé yo, sospechando que la palabreja se relacionaría con la cosa sexual, a la que tan aficionados son los franchutes.

Y no me equivoqué porque los «travestís» esos, según me explicaron, son unos tíos que pasan por tías. De cintura para arriba dan el timo, pues tienen un busto que para si lo quisieran muchas artistas de cine. Pero de cintura para abajo se lleva uno el chasco.

Me explicaron que el desarrollo pectoral, o sea las tetas, se consigue tomando «hormonas»; que no sé lo que será, pero que por el nombre debe de ser algo sacado de las glándulas de las monas. Con este producto, a los machos se les toma por hembras. Hasta que llega la hora de la verdad, claro, pues sólo entonces es cuando se descubre la superchería. En resumen: que los «travestís» esos son unos tiparracos bastante asquerositos.

En cuanto Vinuesa tuvo oportunidad, sacó a la conversación el tema de la película. Se notaba a la legua que quería liar a Pelota para sacarle los cuartos, y le aseguraba que jamás encontraría un guión tan pipudo como el de «La Armada Invencible».

—Además —remató su labor de zapa—, el reparto será sensacional.

—¿Sigues teniendo contratada en exclusiva a la exuberante Sofi del Busto? —preguntó Perico, entusiasmado.

—No. Cuando terminó mi contrato con ella no se lo renové.

—¿Es posible? —dijo Pelota desinflándose—. Pues perdona que te lo diga, pero creo que hiciste mal. Has matado la gallina de las tetas de oro.

—No lo creas —le tranquilizó Rafael—. Tengo ahora una tetuda en perspectiva, que me dará el mismo resultado. Porque el éxito de Sofi del Busto, como sabe todo el mundo, no se debió precisamente a su talento de actriz. Se debió a su apellido. Pero ella se cree genial, y para renovar su contrato me pidió dos millones por película.

—A millón por teta —hice la cuenta yo.

—Exacto —continué Rafael—. Me pareció caro y la mandé a paseo. La nueva

tetuda, en cambio, sólo cobrará cincuenta mil.

—¿Por cada una? —preguntó Perico.

—No: por la pareja.

—Es una verdadera ganga.

—Pero ¿no me prometiste que yo haría el papel principal de la película? —se encrespó Corina, encarándose con Rafael.

—Y lo harás, tontorra —la calmó Vinuesa dándole unos azotitos en la muslada—. Porque en todo guión bien hecho, hay por lo menos tres papeles femeninos principales: uno para una mujer que le guste al público, otro para una que le guste al productor, y otro para otra que le guste al que ponga el dinero.

—Entonces —quiso saber Perico—, ¿yo también podría meter en la película a una amiguita mía?

—Si pones el dinero, desde luego.

—¿Te gustaría trabajar en el cine? —dijo el señor Pelota volviéndose hacia mí.

—¿De qué? ¿De taquillera o de acomodadora? —reí.

—No, mujer: de «estrella».

—¡Vamos, menos cachondeo! —repliqué—. Nunca se me ha pasado por la imaginación esa posibilidad.

—Pues puede que lo hicieras bien —me animó Corina—, porque carota no te falta. Y la carota es lo principal. Fíjate si no en la mayoría de las películas españolas: por cada actriz de verdad que sale, hay por lo menos media docena de carotas.

—Pues creo que a mí —confesé—, aunque os parezca raro, me daría mucha vergüenza ponerme delante de un tomavistas a hacer gansadas. La única vez que me puse ante un chisme de ésos, fue cuando me hice las fotos para el pasaporte. Y los nervios me hicieron pasar un rato pésimo.

—A mi, en cambio, me resultó muy fácil —dijo Corina, que sin duda por haber estudiado para ladrona tenía la cara mucho más dura que la mía—. Como las películas se hacen a cachitos que se pueden repetir cuando salen mal, todo es cuestión de hacer muchas veces los cachitos que te toquen hasta que salga bien.

—Claro, mujer —trató de convencerme el señor Pelota—. Es un trabajo sencillísimo. Y con lo guapa que tú eres, tendrías un exitazo.

—¡Quién sabe! —dije al fin, pues yo nunca rechazo de plano ninguna posibilidad de ganar dinero—. A lo mejor, si me apuráis un poco, me decido.

—Sería estupendo —insistió Rafael, utilizándome como cebo para pescar los millones de Perico—. Mapi podría hacer el papel de «Nicanor».

—¡Oye, guapo! —me ofendí—. ¿Tengo acaso pinta de marimacho para que pretendas darme un papel de tío?

—«Nicanor» es una mujer joven y guapa, locamente enamorada de un oficial de la Armada Invencible, que se enrola como grumete en su mismo barco para estar

cerca de él.

—¡Qué romántico, joroba! —comenté.

—Y muy original también —aduló el señor Pelota—. Porque esos papeles de chica disfrazada de chico, sólo se han visto en la pantalla cuatro mil setecientas veces.

—Sería gracioso —dije soltando la risa— que así, de golpe y porrazo, me convirtiera en una «estrella» famosa.

—Gracioso puede ser, pero extraño no —me animó Vinuesa—; otras más brutas que tú lo han conseguido.

Y empecé a pensar que no sería ninguna bobada intentarlo.

Mientras lo pensaba lo aproveché para echar un vistazo por la ventanilla, pues con tanto palique no estaba viendo ni torta del viaje. Y me llevé una sorpresa morrocotuda, porque el panorama había cambiado por completo.

Ya no estábamos en la meseta, que es lisa y dura como la palma de una mano callosa, sino en un muestrario de todas las tonalidades que puede tener el color verde. Aquí la vista no podía perderse en la lejanía porque tropezaba con un monte, se enredaba en las ramas de muchos árboles, o caía rodando por una ladera hasta tumbarse en la hierba de un valle.

Daba gusto mirar aquellos paisajes frescos, húmedos y jugosos. Daban ganas de ser vaca para pastar en aquellas verduras tiernas y apetecibles. Había llovido la noche anterior y el aire olía a hierbajos aromáticos, como si la Naturaleza se hubiera dado una fricción de colonia después del baño. Y me quedé pasmada, oliendo y viendo aquella geografía tan rica en olor y color.

No sé por qué me vino en aquellos momentos a la memoria mi tierra manchega. Desde luego no fue por asociación de ideas, sino más bien por contraste. Porque aquello que estaba viendo entonces era el polo opuesto de lo que había visto durante toda mi infancia.

Y se me ocurrió este pensamiento tan majo:

«La Mancha, comparada con el país vasco, es como el escenario de un teatro en el que todavía no han puesto el decorado».

Por las faldas de muchas montañas, que tenían riachuelos en los pliegues, fuimos acercándonos a la frontera. Corina empezó a tener hambre y lo dijo en voz alta.

—Pues yo —me atreví a confesar— tengo ganas de hacer pipí.

Y como resultó que todos teníamos ganas de hacer pipí, aunque nos lo habíamos callado hasta entonces por el aquel de la buena educación, paramos en un restaurante. A comer y a lo otro.

Recuerdo que el restaurante tenía un nombre muy largo, que acababa en «gorrieta». Pero para llegar al «gorrieta», había que pasar por un laberinto silábico lleno de «kas» y de «zetas».

—¡Jesús! —comenté—. ¡Con lo fácil que es llamarse «Casa Pepe»!

Y todos estuvieron de acuerdo conmigo. Porque una, cuando quiere, es de una lógica que tumba de espaldas.

Comimos platos muy sabrosos y abundantes, con salsejas en las que daba gusto mojar pan. Esa comida, que fue casi una comilona, me hizo comprender por qué los vascos son tan grandes y con tendencia a la gordura. Una raza que come así, no puede ser flaca ni esmirriada.

Como los hombres que nos acompañaban tenían prisa por llegar a Francia para todas esas porquerías del «amúr», en cuanto acabamos de comer nos metimos en el coche y salimos zumbando para la frontera.

A mí me hacía ilusión llegar a la frontera, para ver en el suelo la raya que separa España de Francia como en los mapas. Pero no se veía. Otro chasco.

PEDAZO 19

COMO ESTABA PREVISTO, regresamos de Francia el lunes siguiente. En total nuestra permanencia en el extranjero sólo había durado cuarenta y ocho horas. Pero el señor Pelota, haciendo honor a su remoquete de gran pelotillero, hizo al regreso una escena memorable que trataré de contar a continuación lo mejor posible. Allá va:

Cuando nos disponíamos a cruzar el Puente Internacional para entrar en España, Perico dijo a Vinuesa que detuviera el coche.

—¿Para qué? —preguntó el gordo, extrañado.

—Te ruego que pares —insistió el señor Pelota.

Y cuando Rafael obedeció, vimos que Perico abría una portezuela y se bajaba del coche. Luego, mientras nosotros le seguíamos con la mirada, se internó por el puente andando.

—¿Adónde va?

—¿Qué va a hacer?

—¿Se ha vuelto loco...?

Estas preguntas salieron de nuestras gargantas, que eran tres en total, mientras Perico seguía avanzando por el centro del puente. Iba con la frente tan alta y tan erguido, que daba la impresión de ser mucho más alto de lo que era en realidad. Avanzaba con paso vacilante, como si le dominara una intensa emoción interior.

—Pero ¿qué le pasa? —murmuró Rafael, tan perplejo como Corina y yo.

Cuando Perico llegó a la mitad del puente, o sea donde empieza el territorio español, se detuvo bruscamente.

—¿Se habrá puesto enfermo? —me asusté.

Una vez detenido, como si algo se le hubiera roto dentro del cuerpo, se le doblaron las piernas y cayó de rodillas. En esta postura, con la estupefacción que puede suponerse, le vimos levantar los brazos hacia el cielo y le oímos declamar:

—¡España...! ¡Patria mía...! ¡Al fin vuelvo a pisar tu suelo bendito...! ¡Lágrimas de emoción inundan mis ojos al volver a tu seno materno...!

Un sollozo desgarrador, de una autenticidad impresionante, quebró la voz del señor Pelota.

En el lado español, los carabineros y funcionarios de aduanas se agruparon para contemplar con respeto aquella demostración de emocionante patriotismo.

—¡España de mis amores...! —continuó Perico en un tono cada vez más vibrante y grandilocuente—. ¡Vuelvo a ti, madre patria, como un hijo pródigo...! ¡Y es tan grande la alegría que inunda mi corazón, que me postro para besar la tierra que me vio nacer...! ¡Me postro, sí...!

Y no lo dijo en cachondeo, ni como metáfora: el tío se postró como había anunciado, y...

—... ¡muá, muá!

Estampó varios besazos muy sonoros en el pavimento del puente.

Terminado el besuqueo, haciendo visibles esfuerzos para dominar su emoción patriótica, el señor Pelota se puso en pie. Luego se llevó la mano derecha al bolsillo de la chaqueta donde llevaba el pañuelo.

«A lo mejor —pensé— ahora saca una bandera, y se pone a tremolarla dando vivas a España y al Gobierno».

Pero su pelotilla no llegó a tanto, y sólo sacó un pañuelo para enjugarse las lágrimas que humedecían sus ojos. Después nos hizo una seña para que le siguiéramos, y cruzó la otra mitad del Puente Internacional marcando el paso marcialmente, a los acordes de un himno tarareado por él mismo.

—¿Qué os ha parecido el amigo Pelota? —nos preguntó Vinuesa mientras íbamos en el coche a reunirnos con él en el lado español.

—A mi juicio —opiné yo—, ha exagerado un poco. Más que de pasar un fin de semana en Francia, parecía que regresaba de combatir en todas las Cruzadas.

—Estoy de acuerdo con Mapi —me apoyó Corina—. Sólo le ha faltado correr a una iglesia de Irún, para dar gracias a Dios por no haber perecido en tierras de los infieles.

—Sin embargo —dijo Rafael—, aunque os haya parecido una exageración, Perico sabe lo que se hace. Y no os quepa duda de que obtendrá algún provecho político con su actitud de hoy.

—¡Vamos! ¿Tú crees?

—Seguro. A los que no somos cobistas, las escenas como ésta que hemos presenciado nos dan vergüenza. Vemos en ella una adulación tan desorbitada, tan increíble, que llega a convertir al adulator en un tipo ridículo. Pensamos que nadie puede creer en la sinceridad de esas demostraciones, grotescas de puro ampulosas.

—Eso pienso yo —dijo Corina.

—Y yo —admitió Rafael—. Pero estamos equivocados. Porque la coba, para que sea eficaz, hay que darla así: con el máximo descaro, arrastrándose por el suelo si es preciso y utilizando los adjetivos más desmesurados. No existe ni un solo ser humano invulnerable a las pelotillas de los pelotilleros.

—Alguno habrá —insinué.

—No —rebatí el gordinflón—. El militar más íntegro, el político más austero, el funcionario más probo sucumben al impacto de los pelotillazos. Y cuanto más gordas sean las pelotillas, cuanto más toscas, pesadas y burdas, mejor. A un cretino, para adularle eficazmente, hay que llamarle genio. Si le llamas listo nada más, no se considerará adulado, puesto que él nunca dudó de su listeza. Un hombre bondadoso sólo se sentirá halagado si le llamas santo, y a un enano sólo le complacerás llamándole gigante.

»Estas mismas exageraciones disparatadas que el cobista aplica con éxito a la adulación personal, le sirven también para la adulación colectiva de un régimen político o de un ideal religioso.

»Con la escena que acaba de hacer, ningún funcionario fronterizo se atreverá a poner en duda el patriotismo de Perico. Y él seguirá haciendo escenas de éstas siempre que pueda, para que el Gobierno se entere de que es un excelente patriota. Ocasiones nunca faltan para dar esta coba política, y Perico sabrá aprovecharlas.

»En la inauguración de un embalse, de un puente o de cualquier otra obra pública, él se situará en primera fila de “la multitud que presencié el acto”. Así saldrá en las fotos de todos los periódicos, aplaudiendo como un loco y con la boca abierta lanzando un vítor.

»Cuando un gobernante hable al pueblo desde un balcón, la voz de Perico aprovechará un momento de silencio para gritar con fervor y sin venir a cuento:

»—¡Contigo hasta la muerte!

»A todos los banquetes a personajes oficiales enviará por escrito una adhesión entusiasta, método más eficaz de darles coba que asistir como comensal. Porque los homenajeados conservan las adhesiones, pero olvidan las asistencias.

»Y en las muchas suscripciones públicas que se abren anualmente (unas para levantar estatuas a los mártires de una guerra y otras para mandar víveres a los supervivientes de otra), nunca faltará el nombre de Perico en las listas de donantes publicadas por la prensa.

Corina interrumpió a Vinuesa para decir que empezaba a tener hambre, pero yo la mandé callar y rogué a Rafael que continuara. Porque me gusta instruirme, jolines.

Habíamos parado frente a la Aduana española y estábamos esperando a que los carabineros despacharan algunos coches que cruzaron la frontera antes que nosotros. El señor Pelota se había abrazado a un mástil en el que ondeaba la bandera nacional, y movía los labios con los ojos entornados mientras los funcionarios fronterizos le observaban con respeto a alguna distancia.

—Pero ¿qué está haciendo? —pregunté al verle así.

—Estará rezando —me explicó Vinuesa— por haber podido regresar a la patria sano y salvo.

—¡Qué tupé!

—Los pelotillazos de ese gran pelotillero que es Perico —prosiguió Rafael—, apuntan en todas direcciones. Su blanco no es solamente la política, sino todos aquellos terrenos y gentes que puedan servirle para medrar: el clero, la aristocracia, la banca, el cuerpo diplomático, la prensa... Si el lanzamiento de pelotillas fuera un juego olímpico y España enviara a la próxima olimpiada un equipo de pelotilleros, tendríamos asegurada una medalla de oro como un sol: la de Perico.

Cuando le llegó a nuestro coche el turno de pasar la Aduana, Pelota dijo a los

carabineros que era amigo nuestro y que viajaba con nosotros. En vista de lo cual no quisieron abrirnos las maletas, y nos dejaron continuar deseándonos un buen viaje.

—¡Hermoso rasgo de caballerosidad española, que no olvidaremos jamás! — declamó el farsantón de Perico, montando en el coche.

Y mientras Vinuesa arrancaba, él abrió la ventanilla para asomarse y gritar:

—¡Viva España!

—¡Viva! —le contestaron los funcionarios a coro, acostumbrados sin duda a estas demostraciones exaltadas de los buenos patriotas que regresaban a la patria.

—Has estado magnífico —felicitó Rafael al señor Pelota cuando nos alejamos de la frontera—. Si pides ahora ayuda oficial para nuestra película, seguro que te la dan.

Corina y yo nos sumamos a la felicitación. Porque gracias a la coba patrioter de nuestro amigo, pasamos en el coche de matute seis vajillas de «duralex», doce frascos de perfume, tres transistores, nueve litros de coñac, seis botellas de champaña y un televisor.

¡Para que luego digan que dar coba no sirve para nada!

Y así terminó mi viaje a Francia. País del que por cierto no vi ni jota, y del que sólo puedo decir que sus colchones son muy blandos. Al llegar nos metimos en un hotel, del que sólo salimos a la hora de volver. Hasta las compras que pasamos de contrabando, las hicimos por teléfono desde nuestras habitaciones. Porque los hombres que nos acompañaban únicamente pensaban en eso. Y eso estuvimos haciendo todo el santo día con su correspondiente noche: dale que te pego, con las pausas naturales dedicadas a nutrición y recuperación.

Y he aquí la consecuencia que saqué de mi experiencia:

Eso de que Francia es el país del «amúr», lo han inventado algunos españoles que van a hacerlo allí porque no lo pueden hacer en casa. Si nuestros hoteles abrieran un poco la mano en el derecho de admisión, los franchutes tendrían que cerrar. Porque nosotros también disponemos de «bidés». En cuanto a cochinas y posturitas, no nos queda nada que aprender. Que se lo pregunten si no al señor Pelota; que a pesar de ser un tío educadejo y mansurrón, se las sabe todas. Porque algunas que él aún no sabía, yo se las enseñé.

PEDAZO 20

LA GENTE FINA, cuando se produce algún cambio inesperado en su vida, se lo achaca al Destino. Yo, que soy menos refitolera y más llanota, al Destino le llamo Chiripa. Y digo por lo tanto que mi vida, después de aquel viaje, cambió por verdadera chiripa.

Sólo a la más pura de las chiripas se debió el que a mí me contrataran para trabajar en una película. ¡Figúrense! ¡Contratarme a mí como artista! ¡A mí, que soy negada para el arte en general! Tan negada, que cuando un hombre me dijo que quería llevarme al museo para enseñarme «las meninas», le pregunté muy asombrada:

—Pero ¿tienes más de una?

Creí que «las meninas» eran otra cosa, y no unas cuantas niñas pintadas por un retratista de la antigüedad.

Pues pese a mis amplios desconocimientos artísticos, me contrataron. Por chiripa, como dije más arriba, porque resultó que Perico Pelota puso al fin el dinero en la película que preparaba Vinuesa. Y como la primada de su aportación económica le daba derecho a una colaboración artística, me dijo de buenas a primeras:

—No seas cretina, mujer. Es costumbre que el caballo blanco de una película, o sea el que mete los cuartos, meta en ella también a su potranca, o sea a su amiguita. Y puesto que ambos ocupamos en el negocio esas plazas equinas (yo la de caballo blanco y tú la de mi potranca), es una bobada que no ocupes en el reparto la plaza a la que tienes derecho. En el peor de los casos, si pierdo en el asunto el capital que voy a invertir, siempre me quedará el consuelo de haber contribuido a hacerte famosa.

Y como pensándolo bien Perico tenía razón, fui venciendo uno a uno todos mis escrúpulos (que eran siete), y acabé aceptando.

Era estúpido desperdiciar una oportunidad que la chiripa me ofrecía para mejorar mi nivel de mala vida.

De manera que una tarde, acompañada por el señor Pelota y en el despacho del productor Vinuesa, firmé el contrato por el cual me comprometía a hacer un papel (¡quién sabe si un papelón!) en «La Armada Invencible». La productora de la película, por su parte, se comprometía también a algunas cosas; pero como sus compromisos estaban escritos en el contrato con una letra tan pequeña que para leer hacía falta lupa, y en el despacho de Vinuesa no había lupa, no pude leer lo que firmé.

—Enhorabuena —me felicitó Rafael, guardando el contrato sin dar tiempo siquiera a que se secase la tinta de mi rúbrica—. Desde este instante, en el firmamento del cine español lucirá una nueva «estrella».

—Pues si todas lucen lo que yo —dije—, el que se habrá lucido de verdad es el cine español.

—No seas modesta —intervino Corina, que por ser la amiga del productor estaba siempre tumbada en un sofá de su despacho fumando pitillos—. Tienes madera para

triunfar.

—Si lo que quieres decir es que soy un leño... —me piqué.

—No, mujer. Quiero decir simplemente que si aplicas al cine la misma carota que sueles emplear para ejercer tu profesión, llegarás muy lejos.

—¿Tú crees? —seguía yo cavilando, pues aún tenía mis dudas.

—Ya lo verás —insistió ella—. No te preocupes y deja que yo te aconseje.

Decidí aceptar la protección de aquella sujeta, cuya cara, indudablemente, era de una dureza muy superior a la mía. Porque sin haber actuado aún en ninguna película (esos siete metros en los que salió una vez no podían considerarse una actuación), se movía en el mundillo cinematográfico como Petra por su casa.

—Ante todo —fue su primer consejo—, debes instalarte como una auténtica «estrella» del cine. ¿Dónde vives ahora?

—En los «Apartamentos W.C.» —dije con la sinceridad que me caracteriza, provocando una risotada de todos los presentes—. Pues no es para chotearse —añadí — porque es un sitio muy «comilfó», como dicen en Francia. Y esas letras no significa que haya retretes: son las iniciales del dueño, que es gallego.

Corina me explicó que una artista del celuloide no puede vivir como una pelandusca de baja estofa, y que debía alquilar inmediatamente un piso amueblado.

—Pero eso me costará un riñón —me asusté, recordando que toda mi fortuna en aquellos momentos ascendía (aunque mejor decir descendía) a mil cuatrocientas pesetas.

—Lo pagarás con lo que ganes haciendo la película —resolvió ella.

Esta solución al problema económico que planteaba mi nuevo domicilio, le encantó a Perico. Porque el tío temió al principio que tendría que pagarlo él. Y los hombres, mejorando lo presente, son idiotas por completo: no les importa arriesgar una millonada en un negocio dudoso, pero les duele comprometerse a pagar una insignificancia mensual con carácter de gasto fijo.

Aunque yo no sabía lo que iban a pagarme por trabajar en «La Armada Invencible», pues ya dije que las condiciones de mi contrato estaban escritas con letras tan diminutas como cagadas de mosquito, decidí seguir haciendo caso a los consejos de Corina.

Ella me ayudó a buscar el piso adecuado, que encontramos en una calle muy tranquila. La tranquilidad de la calle no obedecía a que estuviese en un barrio residencial, sino a que era tan estrecha que sólo podían cruzarla los coches de uno en uno. Y así, naturalmente, hacían menos ruido que en las calles anchas donde cruzan en catarata.

El pisito era un segundo, que hacía sexto. Parece raro y sin embargo tiene una explicación: entre los dos primeros pisos de aquella casa, lo mismo que entre las rebanadas de pan de un *sandwich*, habían metido dos «entresuelos» y dos

«principales».

Eso se debía a que la casa era antigua. Y como antiguamente no era elegante vivir en pisos altos, se inventó la hipocresía del «entresuelo» y el «principal» para quitar altura a las casas. Así se evitaba que la gente tuviera que decir:

—Vivo en un sexto piso.

Porque eso daba muchísima vergüenza.

Por aquel segundo que hacía sexto, en el que me instalé para facilitar mi carrera cinematográfica, tenía que pagar cuatro mil pesetas al mes.

—Es caro —dije a la dueña cuando me lo enseñó.

—Por los muebles —se justificó ella.

—Sigue siendo caro —insistí, haciendo un cálculo mental después de examinar el mobiliario—. Porque como hay cuatro muebles en total, sale a mil pesetas cada uno.

—Pero en cambio, no me negará que las habitaciones resultan muy espaciosas.

—Desde luego —tuve que admitir—: como están casi vacías...

Pero, pese a todas las pegas que le puse, tomé el piso. Porque por los otros amueblados que vi me pidieron el doble, y ninguno tenía más mobiliario que aquél. En uno, concretamente, sólo había una cama, dos sillas y un taburete. Y salía a quinientas pesetas cada pata. Poco más o menos, como si en lugar de patas fueran piernas de mujer.

Corina, que era mi asesora, aprobó mi decisión de alquilar el de cuatro mil.

—Tiene —me dijo— los dos muebles fundamentales para tu carrera artística: una cama turca y un sofá francés. El resto, o sea los detalles para dar ambiente, yo te ayudaré a ponerlos por cuatro perras gordas.

En menos de una semana, en efecto, aquella endiablada bribona me ambientó el pisito del suelo al techo.

—La ventaja de ser artista —me iba explicando a medida que iba trayendo chismes para la decoración— es que puedes permitirte el lujo de ser original. Y la originalidad, además de ser muy decorativa, resulta mucho más barata. Este ídolo africano horrendo, por ejemplo, que parece tallado en ébano pero que en realidad es de pino pintado de negro, me costó treinta duros. Y por esta careta de hechicero indio, que con una bombilla detrás se convertirá en una lámpara sensacional, sólo pagué setenta pesetas. ¿Y qué me dices de esta piel de oso, con la que tienes solucionado el problema de la alfombra del salón?

—Es preciosa —dije acariciándola—. Pero no habrá sido ninguna ganga.

—Pues lo fue, porque no me costó ni un céntimo.

—¿No? —abrí los ojos, asombrada—. ¿Cómo te las arreglaste?

—La robé en el Club Alpino —me explicó sin darle importancia.

—¿Es posible? —me asombré más todavía—. No te resultaría nada fácil robar una cosa tan grande.

—Al contrario: me resultó sencillísimo. Estaba tirada en el suelo, sirviendo de alfombra ante una chimenea. Y aprovechando un momento en que no me veían, me la eché por los hombros. Salí del club sin que nadie me dijera nada, porque todo el mundo creyó que era mi abrigo de piel.

La audacia de Corina me daba complejo de inferioridad, pues me hacía sentirme una pobre mequetrefa. A su lado yo era una pueblerina inexperta, que no sabía sacar provecho a la vida. Ella en cambio no perdía comba, y aprovechaba cualquier oportunidad en su propio beneficio. O en el de sus amistades, como en el caso del oso.

Corina, en resumen, era una linda bestezuela dotada de agudo instinto para aplacar todos sus apetitos con las mejores tajadas.

Concluidos los trabajos de ambientación, dimos una pequeña fiesta para inaugurar el pisito. La piel de oso en el suelo del saloncete daba un ambiente bárbaro. También hacía muy bonito un farol antiguo que Corina me trajo para el «jol», y que cualquiera sabe dónde lo había robado.

Otros detalles que ella puso no me gustaron ni pizca, pero me aguanté y no dije nada para no parecer ignorante. Porque por lo visto la decoración, para que sea digna de una artista, tiene que estar hecha a base de auténticas marranadas: tarros de esos que usan en las farmacias para guardar los ingredientes de las recetas; santos antiquísimos de madera carcomida, tan rudimentarios que no infunden devoción sino risa, pues parecen tallados por niños; cachos de hierro viejo, más o menos retorcido; cortinas hechas con tela de saco; marcos con pinturas modernas que no parecen cuadros, sino los trapos en que los pintores limpian sus pinceles...

Para dar el toque final a este batiburrillo, a Corina se le ocurrió pintar de blanco el teléfono. Y como la pintura tardó en secarse, cuando telefoneábamos el auricular se nos quedaba pegado a la oreja.

PEDAZO 21

El guateque inaugural estuvo muy animado, debido a que Corina me ayudó a preparar un bebedizo tremendo. Ella lo llamaba «cótel», y sólo le faltaba una miaja de uranio para ser un explosivo de alta potencia.

Hicimos el «cótel» en la cocina, dentro de un cubo muy grande en el que fuimos echando el contenido de muchas botellas. Puede que en la euforia de la preparación echáramos también la de lejía, pues los invitados elogiaron nuestro bebedizo afirmando que tenía un saborcillo muy original. Sus efectos fueron también tan originales como su sabor, ya que todos los que lo bebieron con exceso sintieron calambres muy curiosos en el estómago antes de caer redondos con una trompa bárbara.

Como yo sólo conocía a los hombres con los cuales me había acostado, y no era cosa de invitarlos para que al señor Pelota le diera un ataque de cuernos, Corina se ocupó de hacer las invitaciones.

—Reuniremos a la gente que trabajará en «La Armada Invencible» —decidió ella—, con el fin de que la inauguración de tu piso te sirva al mismo tiempo para hacer tu presentación en la sociedad del cine.

Los primeros invitados que llegaron fueron Perico y Rafael. Perico, tan pelotillero como siempre, aseguró que jamás había visto un piso decorado con tan buen gusto.

—Has sabido armonizar —me dijo— la audacia de las líneas vanguardistas con el rancio sabor de lo antiguo.

No entendí bien lo que quiso decirme; pero supuse que la alusión al sabor era una indirecta por la mantequilla que puse en unos canapés de chorizo, la cual en efecto era muy vieja y estaba rancia.

—Lo importante —dije para hacerle olvidar el mal sabor de aquella mantequilla— es que ahora podrás venir a verme aquí. Ya no tendrás que pasar apuros en tu casa, desenchufando el audífono de tu mamá.

—Tienes razón —se puso él muy contento—. ¿Me permites que me quede después de la fiesta, para que inauguremos también tu alcoba de «estrella»?

—No hace falta que me pidas permiso —parpadeé envolviéndole en una mirada sensualona—. Si yo soy una estrella, es porque tú eres mi sol.

Después de este piropo tuvo que echarse al colete un buen chorro de «cótel» para no derretirse del gusto que le dio.

Al ratito empezaron a llegar los demás invitados, en oleadas sucesivas. Esto de las oleadas no me extrañó, puesto que se trataba del personal de una película que iba a desarrollarse en el mar. Pero aunque no sentí extrañeza, sí empecé a sentir preocupación cuando vi que el saloncito ya estaba lleno y seguía entrando gente.

«Puede que a mí me parezca una multitud porque el piso es muy pequeño —

pensé—; o puede que Corina, como me dijo que iba a invitar a todos los que participaban en la película, haya invitado también a las tripulaciones de toda la Armada Invencible».

Seguí haciendo los honores, moviéndome con dificultad entre aquella masa humana. Como yo era la anfitriona, o sea la que echaba de beber gratis, todo el mundo se creía en la obligación de estrecharme la mano. Tanto me la estrecharon, que llegué a tenerla sudorosa y dolorida. Porque ¡había cada bestia que me daba cada apretón...!

Corina y Rafael me iban introduciendo en aquel mundillo cinematográfico presentándome a todo quisque.

—Ésta es Nila Tínez —me dijeron cuando llegaron hasta mí dos pechos fenomenales, seguidos de una mujer que iba pegada a ellos.

—Encantada —dije esquivando el encontronazo, para que no me diera un pechazo.

—Nila hará uno de los papeles más importantes de la película —me informó Vinuesa.

—¡Ah! —caí yo entonces, estrechando la mano que ella me tendía—. Es usted la tetuda, ¿verdad?

—¿Cómo? —exclamó la mujer, desconcertada.

—Quiero decir —aclaré—, la barata que sustituirá a Sofi del Busto. No dudo —añadí contemplando su generoso parachoques— que el papel le irá a las mil maravillas.

—Ni yo dudo tampoco —replicó la pechugona lanzando a mis pechitos una ojeada displicente—, que a usted le irá muy bien el del grumete Nicanor. Porque no tendrá que disimular gran cosa.

—Vamos, chicas, no os peleéis —intervino Corina—. Puesto que las tres haremos en la película papeles de análoga importancia, nada se opone a que seamos buenas amigas.

—Por mi no hay inconveniente —dije yo, ofreciendo una copa de «cótel» a la picajosa tetuda.

—Ni por mi —añadió ella, aceptando la copa con una sonrisa.

Y brindamos las tres en señal de amistad, aunque en el fondo cada una de nosotras deseaba que las copas de las otras contuvieran veneno.

Porque, pese a que aún no éramos «estrellas», teníamos ya una virtud fundamental para llegar a serlo: los celos artísticos. Resulta curioso que estos celos empiecen a sentirse en cuanto se entra en el mundillo del celuloide. Yo misma, que acababa de entrar, los sentía y me molestaba que Nila pretendiera eclipsarme con su bien provista pechuga.

Aunque nuestro brindis tuvo la apariencia de un tratado de paz, era en el fondo

una declaración de guerra. A partir de aquel momento, lucharía cada una por su lado para lograr que su papel fuera el más importante. El gusanillo de la vanidad, que roe a todos los artistas, había empezado a roerme a mí también.

No cabe duda de que esto de las películas debe de ser una enfermedad mental. Una especie de delirio de grandezas que se cuele en el cerebro, y que nos aparta de las realidades cotidianas. Sólo así puede explicarse que una chica tan simple como yo, manchega por añadidura, soñara con llegar a ser una artista como las de «Joligú» que es como llamaba yo entonces a la ciudad que hoy ya sé que se llama «Hollivud»).

Aquella fiesta contribuyó a hacerme pensar que mi sueño era factible, ya que entre los invitados había periodistas que me entrevistaron. Y eso le hace sentirse importante a cualquiera, máxime cuando cualquiera se ha tomado varios tragos de «cótel» y empieza a estar algo cogorza.

—¿Cuándo decidió usted dedicarse al cine? —me preguntó uno.

—El viernes próximo hará tres semanas —repliqué yo.

—¿Cómo despertó en usted esa vocación tan repentina? —quiso saber otro.

—Pues estaba yo tan tranquila —mentí—, y de pronto, ¡catapún!, escuché en mi interior la llamada del arte.

—¿Qué papeles se propone interpretar?

—Todos los que me echen, a condición de que sean grandes y se me vea bien.

—¿Conoce el guión de la película que va a rodar?

—Conozco al que ha puesto el dinero para rodarla, que es mucho más interesante.

Mientras me preguntaban estas cosas y muchas más que no recuerdo, pues ya dije catorce líneas más arriba que el puñetero «cótel» me estaba empiripando, unos fotógrafos me retrataron de cuerpo entero y de medio cuerpo. Y hasta hubo uno que me propuso por lo bajo retratarme de cuerpo presente, o sea en cueros. Pero yo le dije que nanai.

Sospecho que ni los fotógrafos tenían placas en sus máquinas, ni los periodistas puntas en sus lápices. Porque en la prensa nunca salieron mis declaraciones, ni mis retratos. No obstante, aunque luego comprendí que sólo hicieron un simulacro informativo para justificar lo que comieron y bebieron a mi costa, no me ofendí. Gracias a ellos pasé un rato fenomenal, presumiendo y dándome importancia ante los demás invitados.

Entre éstos estaba también un vejancón con más años que un loro, que presentaron como autor del guión de «La Armada Invencible». Encontré muy lógico que, para escribir sobre un hecho histórico tan antiguo, se hubiera elegido a un escritor que ya debía de estar vivo cuando el hecho se produjo y que lo habría visto con sus propios ojos.

El vejancón caminaba medio doblado por el reumatismo, que contrajo sin duda cuando estuvo en el mar presenciando esa historia de los barquitos. Todo el mundo le

llamaba «maestro». Lo cual me pareció muy lógico también, porque el tío era el autor de muchas obras. Y yo había oído hablar de un oficio que se llama «maestro de obras», que debía de ser el suyo.

Después de conocer al vejancón, que se atizó dos lingotazos de «cótel» para anestesiar al reuma, me fueron presentando a otros cinco guionistas.

—¿Y éstos quiénes son? —me informé, extrañada.

—Los que están trabajando en cambiar todo el guión escrito por el maestro —me explicaron.

—Entonces —interrogué a uno de los cinco—, ¿por qué le compran el guión a uno, si luego tienen que pagar a otros para que lo cambien por completo?

—Porque en España se hacen pocas películas, pero hay muchos guionistas. Y todos tenemos derecho a chupar del bote.

De aquel «bote» que era nuestra película, aparte de aquellos guionistas, chupaba por lo visto mucha más gente. Casi toda la que había acudido a mi casa, era una parte bastante considerable del total de los chupones.

Antes de que me presentaran al que iba a ser el director de todo el tinglado, que llegó tarde a la fiesta para hacerse el interesante, conocí a varios chuponcillos que pululaban a su alrededor como ayudantes: tres hombres, una secretaria y dos seres de sexo indefinido. En aquella marabunta había también algunos actores ya contratados para la película, y muchos que habían ido sin invitación para ver si los contrataban.

Un gran porcentaje de la aglomeración la componían elementos de los que se llaman «el equipo técnico», formado por esa larga lista de nombres que sale al principio de todas las películas, y que ningún espectador lee porque en ese momento se está acomodando en su butaca, o está terminando de comerse las patatas fritas que compró en el «descanso».

Yo —¡ingenua de mí!— siempre había creído que hacer una película era tan sencillo como hacer una foto. Una foto más larga, que se movía y duraba casi dos horas. Pero una foto al fin y al cabo, que para hacerla bastaba con ponerse delante de un aparatejo y darle a una manivela. ¡Lo que es la ignorancia! En aquella cachupinada supe que es necesario movilizar varias quintas de expertos, pues cada cintajo de celuloide tiene muchísimos intrínquilis. Hacen falta ingenieros de sonido, electricistas, decoradores, modistas, maquilladores, truquistas, asesores, camareros (porque supongo que también se llamarán así los que manejan las cámaras), y qué sé yo cuantísimo personal más.

—¡Que no decaiga la fiesta! —decía la Novales indicando a todos el camino de la cocina, en la que podían rellenar sus copas vacías.

A algunos les indicaba también el camino del retrete, en el que podían vaciar sus estómagos y sus vejigas. Porque más de uno se emborrachó con nuestro diabólico bebedizo, cuya composición iba variando a medida que avanzaba la noche. Yo me di

cuenta de esas variaciones al observar que el color del «côtel», con el cual seguían llenándose las copas continuamente, era siempre distinto. Y deduje que Corina, a medida que se agotaban los ingredientes de la fórmula inicial, iba echando en el cubo mezclador todas las botellas que encontraba a mano. Incluidas las de agua de colonia que encontró en el cuarto de baño.

El resultado de esas mezclas y enjuagues fueron unas borracheras muy variadas también, pues mientras a unos les daba por cantar y reír, a otros les daba en cambio por dormir y vomitar. La trompa que Perico iba pillando poco a poco, pertenecía al primer grupo. Y cada vez que la marea humana le traía cerca de donde yo estaba, me decía muy contento:

—¡Cuando acabe este follón, te veré en tu habitación! ¡Yuuuupi...!

Estos «yupis» que seguían a su tosco pareado, cada vez más largos y estridentes, me permitían medir el crecimiento progresivo de su trompa. Pero como yo también me estaba entrompando, me limitaba a hacerle un signo de asentimiento y a dirigirle una mirada llena de promesas amorosas. No es que yo empezara a enamorarme del señor Pelota, pero aquella noche deseaba hacerle feliz para demostrarle lo agradecida que me sentía. Porque él me estaba abriendo la ventana a aquel firmamento, en el que yo podría brillar como una «estrella». Y cualquier muchacha de mi estofa que haya caído tan bajo, agradecería una oportunidad así de subir tan alto. Vamos, creo yo.

—¡Cuando acabe este follón, te veré en tu habitación! —siguió repitiéndome Perico con la tozudez que produce la embriaguez.

«Descuida», le prometían mis ojos con una mirada de las llamadas sensuales, que se obtienen echando la cortinilla de los párpados hasta la mitad, al tiempo que se entreabren los labios hasta que se vea una pizquita de lengua.

También Vinuesa estaba alegre viendo que «La Armada Invencible», gracias al dinero de Perico, navegaba viento en popa. El tripudo iba de grupo en grupo, moviéndose con una agilidad impropia de su tonelaje. Intentaba con estos desplazamientos rápidos mantenerse cerca de Corina, que se le escabullía para flirtear con los cinco guionistas que trabajaban en el arreglo del guión.

¡La muy astuta de la Novales, con este flirteo múltiple, trataba de conseguir que los arregladores hicieran su papel más largo que el de Nila y el mío! Y como aquella flaca vivaracha era muy capaz de acostarse con los cinco para lograrlo, a Rafael se le fue arrugando la nariz como si estuviera oliendo a cuerno quemado.

«Aquí, la que no se despabila, se queda sin rodar», me dije.

Este pensamiento tan agudo lo urdí al ver que, mientras la Novales pretendía encandilar a los reformadores del guión, la Tínez se estaba trabajando al vejancón que lo escribió. Nila se había sentado en el brazo de la butaca que ocupaba el anciano «maestro de obras», metiéndole literalmente un pecho por cada ojo. Y al mismo tiempo, para completar aquel destete, la muy ladina le decía:

—La máxima aspiración de mi vida, querido maestro, es llegar a escribir como usted.

—¿Quiere usted ser escritora, rica? —preguntó el vejancón.

—No aspiro a tanto —dijo ella, modesta—; lo que quiero es dejar de ser analfabeta.

Acto seguido, la habilidosa tetuda empezó a liarle con el truco del analfabetismo. Estirando la oreja, oí que proponía al vejancón reunirse con él al día siguiente, para que le enseñara las letras.

—De acuerdo —aceptó él—, siempre que hagamos un intercambio: yo le enseño las letras, y usted me enseña las...

El barullo de las conversaciones me impidió oír el resto de la frase; pero también yo me imagino la palabra final. Y comprendí que tendría que luchar con todas mis armas, lo mismo que mis compañeras, para que mi papel en la película no quedara reducido a un papel de fumar.

Mi lucha en este sentido comenzó poco después, cuando Vinuesa me presentó al que iba a llevar el timón de «La Armada». O sea, al director. Venía cansadísimo, pues había estado paseando tres horas por la calle delante de mi casa para ser el último en llegar a la fiesta. Toda persona que no es importante por las obras que ha realizado, tiene que recurrir a esos trucos para darse importancia. Y Stan Ram, aunque era un realizador que prometía, todavía no daba.

Porque se llamaba Stan Ram. Y el nombre le iba bien, ya que tenía cara de indio. O de hindú, que viene a ser como un indio que en lugar de adornarse la cabeza con plumas, se la envuelve en trapos.

Ram era un tipo alto, delgado y guapo, con una belleza varonil de las que encandilan al mujerío. En su rostro moreno, de una morenez muy pronunciada sin llegar a la negrura, resplandecían dos ojos claros. ¿Dije ojos? Pues me he quedado corta, pues alcanzaban el tamaño de ojazos.

¡Qué pedazo de macho, madre mía! Puede que para ponerlo en un «plató» estuviese crudo aún, pero en otros terrenos el fulano estaba para comérselo.

Como yo soy muy sincera, lancé al verle un silbidito de admiración.

—Esta es Mapi —dijo Rafael al presentarme—, nuestra anfitriona y una de las «estrellas» de la película.

Ram no dijo «mucho gusto» al estrecharme la mano, sino «muy fotogénica». Y al decírmelo me enfocó con sus ojazos, que eran tan claros y deslumbradores como arcos voltaicos.

—¿Crees que a Mapi le va el papel? —le preguntó Vinuesa.

El director continuó examinándome sin contestar, pero yo leí en su mirada la respuesta siguiente:

«A ésta lo que le va no es el papel, sino la sábana».

Sin embargo, cuando habló al concluir su examen, estuvo más diplomático.

—Condiciones físicas no le faltan —dijo—. Aunque carezca de experiencia como actriz, espero sacar de ella el máximo provecho.

Nunca fui excesivamente suspicaz, pero aquello me sonó a insinuación indirecta de que pensaba aprovecharse de mí. Y en lugar de ofenderme, me alegré por dos motivos: el primero, porque el individuo estaba como un tren; y el segundo, porque un «ligue» con el director me permitiría desbaratar las maniobras de mis compañeras con los guionistas.

—¿Quiere una copa de «cótel»? —le ofrecí al morenazo, dándome ínfulas de anfitriona.

—No, gracias —rechazó él—. Yo me paso largas temporadas sin beber.

—¡Qué curioso! —me interesé para adularle—. Como los camellos.

Aunque esta observación la hice ingenuamente, el fulano debió de creer que la solté en plan comparativo. Y no le hizo ni pajolera gracia que le comparara con esos bichos de las jorobas. En vista de lo cual, para borrar el mal efecto de esta metedura de pata, le eché una sonrisa. Sonrisa que él me agradeció con una mueca parecida a la que ponen los monos cuando se les echa un cacahuete.

Poco después, los invitados empezaron a marcharse. Los más serenos se iban por su propio pie, y a los más borrachos se los llevaban en brazos. El «cótel», cuando se agotaron todos los bebestibles y tuvimos que añadirle agua, empezó a palidecer hasta hacerse casi transparente. Fue entonces cuando se inició la desbandada general.

PEDAZO 22

CUANDO AQUELLOS BÁRBAROS terminaron de retirarse, lo primero que hice fue quitarme los zapatos de tacón. Esto es lo primero que suelen hacer todas las anfitrionas.

Luego recorrí el piso, que parecía un auténtico campo de batalla. Tan auténtico que hasta había algunos cuerpos inmóviles, tirados por el suelo y los muebles. A primera vista daban la sensación de ser soldados muertos, pero sólo eran invitados borrachos. Yo estaba cansadísima, tanto que en mi recorrido me limité a apagar las luces mientras pensaba:

—Mañana contaré las bajas.

Y me fui al dormitorio, para meterme en la cama.

Si alguien me pregunta en qué se diferencia la mujer decente de la que no lo es, yo le contestaré:

—En que la mujer decente, antes de acostarse, se cerciora de que no hay ningún hombre debajo de la cama. Y la que no lo es, no se acuesta sin cerciorarse de que hay uno; pero no debajo, sino encima.

Como me ocurrió a mí aquella noche. Porque en cuanto entré en mi dormitorio, vi que había un hombre dentro de mi cama. Y en vez de ponerme a gritar, empecé a desnudarme sin decir ni pío. Perico, quizás un poco bebido y cansado de esperarme, se había dormido.

«Lo prometido es deuda —suspiré mientras me quitaba las medias, la falda y todo lo demás—. Le prometí que estrenaría con él mi alcoba de “estrella” y no puedo defraudarle. Aunque yo también me esté cayendo de sueño, cumpliré con mi deber».

Cuando estuve desnudita me di unos toques de perfume en las sienes y en los sobacos, y levanté las sábanas para hacerme un ovillo junto al señor Pelota. El cual, haciendo honor a otra acepción que su mote tiene en castellano, estaba también en pelota.

Como una conoce bien su oficio, dos minutos me bastaron para ponerle en condiciones de estrenar la alcoba. Porque así como los hombres tienen todos su «talón de Aquiles» para derribarlos, tienen también otros talones (que no sé cómo se llamarán) para enderezarlos. Y yo sabía, por el estudio que hice de Perico durante nuestro encierro en el hotel de Francia, que esos talones los tenía él en las orejas. Quiero decir que, para excitarle, había que decirle cosas así:

—¡Anda, mi vida!... ¡Haz lo que quieras conmigo!... ¡Soy tuya!... ¡Que me derrito!... ¡Que me derrito!... ¡Dame todos tus jugos, exceptuando los gástricos!... ¡Ay, ay, ay!... ¡Pero qué gustín me está entrando!... ¡Que me vuelvo loca!... ¡Ay, ay, ay!... ¡Mi vida!... ¡Mírame cómo tiemblo! ¡Que me derrito!... ¡Ay, ay, ay!... ¡Que me derrito!...

Yo, naturalmente, ni me estaba derritiendo, ni sentía gustín, ni me estaba volviendo loca. Decía estas cosas mientras pensaba en otras, porque son muchos los hombres que necesitan esa clase de estímulo verbal. Y a fuerza de práctica, una aprende a repetir esas bobadas con entonaciones entusiastas. Es cuestión de jadear un poco entre frase y frase, uniendo al jadeo un movimiento corporal lo más convulsivo posible. Pero nada impide que mientras una recita esos tópicos, esté una pensando en que el día siguiente tiene que ir a la peluquería o a que le quiten los pelos de las piernas, o a la cama con otro señor que pague mejor. Sabiendo recitar las palabras estimulantes con fingida serenidad, se logra la excitación del cliente y su completa satisfacción.

(Algunas profesionales refuerzan su papel oral con una complicada pantomima a base de poner los ojos en blanco y de imprimir al cuerpo contracciones epilépticas. Pero yo, la verdad, no tengo carota para exagerar mis ardores hasta ese punto. Y como esas exageraciones me dan risa, sólo las hago cuando me las pide la clientela y me las paga aparte).

Terminado el estreno de la alcoba (estreno en un acto mucho más breve que el de cualquier obra teatral), Perico volvió a dormirse como un lirón. Le di las buenas noches, le llamé «mi nene» un par de veces, y también me dispuse a dormir como una lirona.

Pero unos minutos después y muy pocos segundos antes de que lograra mi propósito, oí unos golpecitos en la puerta. Al principio, creyendo que había sido una ilusión acústica producida por mi cansancio, no hice caso. Pero los golpecitos se repitieron, y esta segunda tanda hizo que me incorporara en la cama con un sobresalto. El señor Pelota, a mi lado, dormía hecho una ídem. La llamada se repitió con el mismo número de golpes, aunque esta vez fueron algo más intensos. En vista de lo cual, decidí levantarme y salir a ver quién era.

«Debe de ser —supuse mientras me ponía la bata y las zapatillas— alguno de los borrachos que quedaron tirados por el piso después de la fiesta».

Me acerqué a la puerta y a través de ella, en voz baja para no despertar a Perico, pregunté:

—¿Quién es?... ¿Qué pasa?

—Perdóneme, Mapi —me contestó un hombre—. Soy Stan.

«¡Coño! —pensé—. ¡El director!»

—Y ¿qué quiere? —dije, todavía tras la puerta cerrada.

—Siento molestarla, pero quisiera preguntarle una cosa.

—El cuarto de baño está al fondo del pasillo —informé sin levantar la voz, por si era ésta la información que deseaba.

—No es ésa la pregunta que quiero hacerle. ¿Puedo entrar un momento?

—¡No, por Dios! —le detuve, mirando al señor Pelota, que seguía roncando

suavemente—. ¡Yo saldré, espere!

Y salí, volviendo a cerrar la puerta con cuidado. En el pasillo estaba Ram, tan guapo como cuando le conocí. O quizá más, porque se había quitado la chaqueta y la corbata.

—Aquí me tiene —dije—. ¿También usted se emborrachó?

—No. Ya le dije que no bebo casi nunca —me recordó—. Pero me hice el borracho, para poder quedarme cuando todos se fueran.

—¿Para qué? —le pregunté—. No me explico qué puede querer a estas horas.

—A estas horas, Mapi, es cuando se quieren las cosas mejores. Está usted maravillosa.

—Lo que estoy es muy nerviosa —corregí, mirando a la puerta de la alcoba—. De manera que dígame lo que desea...

—Esa bata la favorece mucho —continuó el tío, mirándome al escote—. Así, al natural, veo mejor sus posibilidades fotogénicas. Porque la fotogenia de una actriz hay que verla como está usted ahora: despeinada, soñolienta, sin maquillaje, con los labios sin pintar...

—Hecha un asco, vamos —le corté—. Pero dijo usted que quería preguntarme algo importante.

—No dije que fuera importante —rectificó él—. Pero quizá llegue a serlo. Nunca se sabe...

—Haga el favor de concretar —me impacienté—. Comprenda que es tardísimo, y...

—No se preocupe: la noche es joven.

—La noche será joven —admití—, pero mi cansancio es viejo. De manera que si no es nada importante...

Y en aquel momento, ocurrió lo que yo me temía: se abrió bruscamente la puerta de mi dormitorio, para dar paso al señor Pelota. A falta de pijama o bata, se había puesto el pantalón de su traje y la camisa con los faldones fuera.

—¿Puedo saber qué ocurre? —dijo con ostensible mosqueo.

El hindú soltó una exclamación que a mí me sonó a «¡carajo!», pero que quizá fuera el nombre de esa ciudad india que suena casi igual: «¡Karachi!» Luego, sin salir todavía de su sorpresa, añadió:

—¡Pero, señor Redondo!... ¿Estaba usted aquí?

—Sí —añadí yo—: estaba aquí.

—Efectivamente —remachó Perico—: estaba aquí.

—Pues... —dijo Ram, supongo que porque no se le ocurrió otra cosa— me alegro.

—Y yo —dijo Perico, sin que se le notara la alegría por ninguna parte—. ¿Puede explicarme qué hace usted en esta casa a estas horas?

—Bebí más de la cuenta —mintió el director—, y me quedé hasta que se me pasaron los efectos. No fui yo el único. En la casa quedan aún varios invitados, tirados por los rincones.

—Es cierto —le eché una mano yo—. Hay dos en el salón, uno en la cocina...

—Tú, calla —me cortó Perico, antes de añadir dirigiéndose al intruso—: Suponiendo que eso fuera verdad, ¿por qué vino a despertar a Mapi?

—Puede que la resaca le haya dado dolor de cabeza —sugerí—, y quizá vino a pedirme una aspirina.

—¿Quieres callarte? —se enfadó Perico—. No trates de sacarle las castañas del fuego.

—¿Castañas? —dijo Ram poniendo cara de despiste—. ¿A qué castañas se refiere? No pensará usted...

—No importa lo que yo piense, sino lo que usted hacía. De manera que conteste: ¿qué vino a buscar aquí?

—Me duele la cabeza, en efecto —dijo Stan, agarrándose a mi sugerencia como a un clavo ardiendo.

—Si como director tiene usted tan poca imaginación como la que ahora está demostrando —se choteó Perico—, ¡menuda birria de película nos va a hacer!

—Con tu permiso —dije al señor Pelota—, yo me voy a dormir. Tengo un sueño horrible, y esta historia no interesa nada. El que a este señor le duela la cabeza, no es una razón para que acabe doliéndonos a todos.

—Si nos duele como a él —siguió choteándose Perico—, no sufriremos mucho, descuida. Y no pretendas escabullirte, porque la polémica gira en torno tuyo.

—Pero ya ha girado tanto, que empiezo a marearme —protesté—. Es grotesco prolongar una situación que puede resolverse con una tableta de aspirina.

—¡Con una tableta de aspirina —bramó Pelota, amenazador—, o con una cucharada de estricnina! Aún no sabemos.

—¿Qué quiere usted insinuar? —balbució Ram, con un conato de tembleque.

—Disculpe al señor Redondo —intervine—. La fiesta le ha excitado mucho y está muy nervioso. Será mejor que se marche y compre la aspirina en una farmacia.

—Eso voy a hacer —se despidió Stan—. Gracias por su consejo y perdonen que les haya molestado. Buenas noches.

—¡Buenas noches! —le gritó Perico, cuando el tío se alejaba a toda marcha por el pasillo hacia la puerta de la escalera—. ¡Espero verle mañana en la productora! ¡Ya hablaremos!

—¡Uf! —suspiré cuando el indio se largó, entrando en el dormitorio para meterme en la cama—. ¡Al fin acabó esta historia tan desagradable! ¿No te da vergüenza hacerme una escena así delante de un extraño?

—Ese tipejo no es un extraño —dijo Perico sin apearse del burro de su enfado—,

y menos para ti.

—¡Y dale! Eres insistente, guapo.

—Y pienso seguir insistiendo. Porque si ese miserable llamó a tu puerta, es señal de que le diste pie.

—¿Qué entiendes tú por pie?

—Lo primero que se da para que el hombre se agarre y pueda ir subiendo desde allí hasta todo lo demás.

—¡Pero, nene mío! —dije tratando de amansarle—. ¿Es posible que me creas capaz de hacerte una cabronadita semejante?

—Dime entonces la verdad: ¿por qué vino a tu cuarto a despertarte? ¿Qué te quería comunicar con tanta urgencia?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —me encogí de hombros—. Con tu aparición tan poco oportuna, le cortaste cuando iba a soltarlo.

—Poco oportuna, ¿eh? —cazó la frase al vuelo para embestirme con ella—. ¿Querías que me quedara escondido en tu cuarto, oyéndole hacerte proposiciones deshonestas?

—¿Y por qué habían de ser deshonestas? —rechacé.

—Todas las proposiciones que hacen los hombres después de medianoche, lo son. Conozco a mis congéneres.

—Pero no todas las mujeres las aceptan.

—Las que son como tú, si.

Las mejillas se me enrojecieron, lo mismo que si Perico acabara de darme un par de bofetadas. Porque yo sé muy bien lo que soy, pero no soporto que ningún hombre me lo repita.

Entre las furcias y nuestros clientes hay un acuerdo tácito; un «estatu-cuó» que le dicen los entendidos en latinajos, por el cual nos respetamos mutuamente: ni ellos nos llaman furcias, ni nosotras les llamamos guarros. Nuestras relaciones se desenvuelven como si unas y otros fuéramos auténticas señoritas y auténticos caballeros.

Pero cuando uno de los dos bandos viola el «estatu-cuó», todo el tingladillo de las buenas maneras se viene abajo. Y salen a relucir, en toda su crudeza, las razones elementales y puramente bestiales que nos unen.

En resumen: que cuando los celos experimentados por Perico le impulsaron a llamarme puta, lo vi todo colorado y estallé.

—¡Pero, desgraciado! —le dije—. ¿Quién te crees que eres? ¿Te figuras que por haberme metido en este follón del cine tienes todos los derechos sobre mí? Pues te equivocas, muñeco. Guárdate tus celos donde te quepan, porque tú y yo no tenemos ningún compromiso. ¿Está claro? Bastantes contemplaciones he tenido ya contigo. De manera que ya puedes irte largando, para que te aguante tu mamá la del audífono. Si no te gusto como soy, márchate y santas pascuas.

—¿Cómo? —me miró asombrado—. ¿Me estás echando?

—Te estoy diciendo dónde está la puerta de la calle, porque a mí no me insulta nadie. Y menos un tío tan miserable como tú.

—¿Miserable yo?

—Conmigo, sí —le solté—. Porque, hasta ahora, sólo me has regalado una botella de agua de Lourdes. Y por muy barata que sea una pelandusca, para poder insultarla hay que gastarse algo más que medio litro de agua.

—De acuerdo —admitió él—. Pero ¿qué me dices de este piso?

—No irás a presumir de que me lo has puesto tú —le advertí—. Lo pusimos Corina y yo con cuatro perras gordas, y la renta pienso pagarla con lo que gane trabajando. De manera que hasta ahora, en mi vida, eres un cero a la izquierda. Y los ceros a la izquierda, ni cuentan, ni tienen derecho a pedir cuentas. ¡Y me voy a dormir! ¡Pero sola!

—Está bien —dijo él, también muy sofocado—. Puesto que la opinión que tienes de mí es tan mala como la que yo tengo de ti, no me interesa quedarme. Pero no creas que vas a salirte con la tuya y hacer lo que te dé la gana. No olvides que en la película mando yo, y se hará con quien yo quiera. Buenas noches.

—Adiós, Otelo —le despedí tan burlona como despectiva.

Con la corbata sin anudar, la chaqueta a medio poner y los zapatos sin atar, Perico se largó cerrando de golpe todas las puertas que fue encontrando en su camino.

PEDAZO 23

«TE HAS LUCIDO, rica —me dije al quedar sola—. Ya puedes despertar de tus sueños cinematográficos, porque no se realizarán. Como Pelota acaba de recordarte, en la película manda él. Y después de la escenita tan desagradable que habéis tenido, prescindirá de ti. Está escrito que nunca podrás salir del gremio al que perteneces, ni cambiar tu profesión actual por otra menos tirada».

En la soledad de mi alcoba, mientras me metía en la cama con tan negroides pensamientos, se me presentó esa tiparraca odiosa que viene a hacerme compañía en mis horas de depresión: la Neurastenia. Pero, entre los pitos de Perico y las flautas de la fiesta, yo estaba tan cansada que me negué a recibir su visita.

—Vuelva usted mañana —dije a «la Neura», bostezando.

Y me dormí.

Al día siguiente, sin embargo, ocurrieron muchas cosas antes de que llegara «la Neura». En primer lugar, Corina vino a despertarme bastante temprano.

—¿Qué ocurrió anoche? —me preguntó muy preocupada.

—Una catástrofe —dije llevándome las manos a la cabeza—: que Ram quiso acostarse conmigo, y Perico le sorprendió.

—Habéis tenido mala pata.

—¿Quiénes?

—Los tres —concretó Corina—. Ram, por intentarlo; Perico, por sorprenderle, y tú por no haber podido acostarte con él. Porque Stan, aparte de ser el director de la película, está de rechupete.

—Pues te lo cedo —me sentí generosa—; ya no va a servirme para nada...

—¿Por qué? —se extrañó Corina de mi generosidad.

—Porque Pelota salió de aquí anoche dando botes, y supongo que me dará el bote a mí también. ¿Qué opinas tú?

—No sé, chica; pero sospecho que algo va a ocurrir. Perico telefoneó a Rafael esta mañana, para decirle que necesitaba hablarle de un asunto urgente. Y han quedado en reunirse a mediodía.

—El asunto puedes figurártelo —suspiré resignada—; mi expulsión de la película. No creas que me importa demasiado. Ya empezaba a cargarme ese lameculos.

—Pues yo sentiría que te echaran —dijo Corina con acento sincero—. Eres buena chica y me caes bien. Además prefiero trabajar con novatas como tú, que aún no tienen el colmillo retorcido ni saben poner zancadillas. Porque en esto del cine, ¡hay cada elementa!...

—¡Que te lo digan a ti! —dije como elogio y sin malicia.

—Esa Nila Tínez, por ejemplo —continuó ella—. ¡Menuda lagartona es la tal

Petronila! Porque no sé si sabrás que esa tetuda endemoniada se llama Petronila Martínez. Pero como con semejante nombre no se puede llegar a ser una «estrella» mundial, por mucho «empuje» que se tenga por delante, la muy zorra le podó las primeras sílabas. Lo mismo que hizo Stan Ram, sólo que al revés.

—¿Qué es lo que hizo Ram? —quise saber.

—Podar también una parte de su nombre completo. Pero él no cortó las primeras sílabas, sino las últimas.

—Yo creí que el fulano era hindú —confesé—, y que se llamaba así.

—¡Qué va!

—Pues ¿cómo se llama, entonces?

—Estanislao Ramírez —me explicó Corina—. Y no es de la India, sino de la Rioja.

—¡Coño! —se me escapó—. ¡De Logroño! ¡Y el muy cabrito, venga a presumir de ser hijo de Calcuta!

—Ya sabes que para entrar en el cine, todo tiene que parecer exótico. Las únicas que tienen entrada libre con nombre español son las pesetas. A éstas se las deja entrar sin límites de ninguna clase, aunque vengan sin recomendación.

Mientras me ayudaba a limpiar el piso de basuras y borrachos, Corina siguió explicándome lo difícil que era mantenerse de pie en el mundo cinematográfico, tan lleno de zancadillas.

—¿Querrás creer —me contó mientras vaciaba los ceniceros del salón— que esa tía de las tetorras pretende acostarse con Rafael?

—¿Es posible? —me escandalicé al tiempo que despertaba a escobazos a un invitado de la noche anterior, que dormía su cogorza en un rincón.

—Como lo oyes. Nila le ha tirado varios tejos a Vinuesa, porque ella sabe que estos días voy a estar muy ocupada.

—¿En estudiar tu papel? —pregunté.

—No: en acostarme con todos los guionistas que tienen que escribírmelo. Por eso la muy puerca quiere aprovecharse.

Aunque era difícil medir la porquería de ambas para juzgar cuál de las dos era más puerca que la otra, yo le di la razón a Corina por ser amiga mía. Ella me hablaba ya sin tapujos de las maniobras que estaba haciendo para engordar su intervención en la película, dando ya por segura mi expulsión. Tanta seguridad tenía, que hasta llegó a pedirme que la dejara despachar en mi piso algunos de sus asuntos encaminados a consolidar su carrera.

—Para que no se entere el gordo, ¿comprendes? —se sinceró con una confianza que las mujeres sólo depositamos en aquellas amigas que consideramos inofensivas—. Si Rafa llegara a enterarse de estos cuernecillos que le pongo, sería capaz de todo.

—¿Incluso de matarte? —pregunté.

—¡No. mujer! —me replicó—: sería capaz de sustituirme, que es muchísimo peor. Porque en esta carrera, más grave que perder la vida es perder un papel.

—¡Vamos, anda! —rechacé—. ¡No eres tú poco exagerada!

—No exagero en absoluto —me dijo muy seria—. Cuando se tiene vocación de «estrella», de nada vale vivir si no se tiene un personaje que interpretar.

—Pues yo, afortunadamente, no debo de tener esa vocación tan arraigada —dije continuando mi barrido con briosos escobazos—. Porque pese a haber perdido la oportunidad de ser peliculera, pienso seguir luchando para vivir con el mismo entusiasmo que hasta ahora.

—Pero te habrá dolido horrores no trabajar en la película, ¿verdad? —me compadeció Corina.

—Pues si quieres que te sea franca, no —repliqué encogiéndome de hombros—. Después de ver las interioridades de tu profesión, y comprobar que en ciertos aspectos se parece bastante a la mía, no me importa en absoluto.

Quizá por eso mismo, porque después de pensarlo bien había llegado a la conclusión de que en el fondo no me importaba, no me echaron entonces de la película. Como tengo bastante mala pata, sólo se me arreglan las cosas que no me importan. Siempre me ocurre igual. Lo mismo con los hombres que con las colocaciones. En cuanto me pirro por un fulano y me importa más de la cuenta, me sale rana. Y quien dice rana, dice chulo o pederasta. En cuanto sueño con colocarme de esposa, o de querida permanente de señor rico, me doy el batacazo. En cambio, cuando algo o alguien carece de importancia para mí, tardo más tiempo en perderlo.

Poco después del mediodía. Vinuesa me llamó por teléfono para decirme que Perico había llegado a su oficina hecho una furia. Le contó lo ocurrido en mi casa la noche anterior, y le dijo que ponía una condición indispensable para financiar «La Armada Invencible»: que no la dirigiera Ram. Pero no habló para nada de echarme a mí ni de acabar sus relaciones conmigo.

La cuerda se rompió por lo más delgado, como suele decirse, demostrando que es muy cierta esta ordinariez que suele decirse también: tiran más dos tetas que dos carretas.

Calmado su arrebató inicial, el señor Pelota se percató de que mi cuerpo le tiraba demasiado para poder prescindir de mis servicios. Y optó por descargar su cólera en el fulano que había provocado sus celos.

Aquella misma tarde vino a hacer las paces. Y aprovechando que yo me disponía a dormir la siesta, se quedó a dormirla conmigo.

—En vista de que anoche me reprochaste que nunca te regalo nada —me dijo antes de empezar a desnudarse—, te he traído esto.

Y me dio una cajita que contenía dos pendientes. A primera vista me parecieron buenos, pues tenían unas piedras chiquitajas que echaban brillo.

—Gracias, chato —le dije mirándolos detenidamente—. Son preciosos. Sólo les encuentro un pequeño defecto.

—¿Cuál?

—Que no son iguales.

—En efecto —admitió él—: la verdad es que son completamente distintos. Pero la razón de esta diferencia es muy sencilla: estos pendientes eran de mi madre. Pero como ella sólo usa uno de cada par, porque la otra oreja la tiene ocupada con todos los chirimbolos del audífono, he pensado que tú podrías aprovecharlos.

Al hombre que nace predispuesto a no hacer regalos a las mujeres, no hay quien le corrija. De manera que me aguanté las ganas de llamarle roñoso, pensando que ya procuraría yo sacarle el jugo en otros terrenos.

PEDAZO 24

A UN GUIÓN DE CINE, lo mismo que a una mujer de mundo, se le hacen «tratamientos» de belleza para quitarle lo que le sobre y ponerle lo que le falte. A la mujer, por ejemplo, se le achata la nariz; y al guión se le achata la idea original. A la mujer se le estiran los pellejos, y al guión se le encogen las escenas. Y al cabo de unos cuantos tratamientos, tanto a la mujer como al guión no los reconoce ni su padre.

Esto le ocurrió a «La Armada Invencible»: que después de estar dos meses en manos de los cinco guionistas encargados de los tratamientos embellecedores, no se parecía en absoluto a la historia que parió el ilustre vejancón.

La que en principio iba a ser una superproducción histórica, quedó convertida en una comedieta con música. Y el guión que iba a titularse «La Armada Invencible», se tituló por fin «Armandina la Irascible».

Los motivos de esta transformación tan radical no fueron sólo artísticos, sino también crematísticos. Entre estos últimos, el más importante fue que el señor Pelota no logró redondear el Capital necesario con eficaces protecciones oficiales. Y no obtuvo esas protecciones por haber sufrido el tropiezo que relato a continuación:

Durante mucho tiempo, Perico había estado lanzando pelotillas al jefazo de los Fondos sin Retomo.

(Este organismo, como su nombre indica, es el generoso repartidor de los dineros que el Estado no piensa recuperar. De él salían esos estimulantes milloncejos que pusieron en marcha al cine español; y que sigue marchando desde entonces con paso cada vez más firme, aunque todavía no haya llegado a ninguna parte).

Pero cuando llegó el momento de recoger los frutos de su incesante pelotilleo, el organismo estatal concedió una ayuda mucho más canija que la solicitada.

—¿Qué has hecho? —reprochó Vinuesa a Perico—. ¡Cualquiera diría que en vez de pedir dinero para filmar una flota, lo pediste para alquilar una piragua!

—Pues no sé lo que habrá ocurrido —dijo el estupendo pelotillero, extrañadísimo—. Me he pasado dos meses diciéndole al señor Cordero que era genial, que su talento político no tenía límites y que me parecía una enorme injusticia que aún no fuera ministro. Le he dado comilonas con caviar en plato sopero, y hasta le presenté a Nila Tínez con órdenes concretas de que se acostara con él. Llegué incluso a llamarle guapo, y anduve a su lado encogiéndome todo lo posible para que pareciera más alto que yo. He hecho, en fin, todo lo humanamente factible para adular al señor Cordero.

—Pero ¿quién diablos es el señor Cordero? —se extrañó Rafael.

—Pues el jefe del negociado de Fondos sin Retorno.

—¿Qué va! —negó el gordo—. El jefe de ese negociado tiene también apellido de ganado lanar; pero no se llama Cordero, sino Borrego.

—¡Maldita sea! —se cabreó Perico—. ¿Es posible?

—¡Claro, despistado!

—Perdona mi error, chico. Aunque no recordaba con exactitud el nombre del fulano, yo sabía que era un animal...

—Pues has estado cebando inútilmente a un animal que no nos dará de comer.

—No comprendo cómo he podido equivocarme —dijo Pelota, confuso.

—Yo sí —le reprochó el productor—. Mapi te ha sorbido el seso de tal modo, que ya no das pie con pelotilla.

Aunque Rafael exageró un poco al atribuirme el despiste de Perico, sí era cierto que yo le hacía «tilín». Con lo cual me resultaba difícil hacerle «tolón», o sea ponerle los cuernos. Porque el fulano llegó a ser tan pegajoso, que no me dejaba ni a sol ni a sombra. Entra dentro de lo posible que yo, sin llegar al extremo de convertir su masa encefálica en un sorbete, le hubiera distraído hasta el punto que pretendiese esquilarse a un Cordero equivocado.

La consecuencia de esta distracción sufrida por el capitalista de la película, fue una merma apreciable del capital disponible para realizarla.

Esta merma obligó a introducir algunas rebajas en la nómina del reparto. Y así fue como el papel que iba a hacer una Armada completa, se le dio a un solo personaje llamado Armandina.

Semejante cambio supuso algunas alteraciones argumentales en el desarrollo de la cinta (¡para que luego digan que no le echo lenguaje fino a mi escritura!), pero lo esencial no varió. Como puede verse en el párrafo siguiente:

Armandina la Irascible se metía en un follón tan gordo como el de la Armada Invencible, y al final también le daban para el pelo. El mar seguía teniendo un papel importante, pues a la protagonista le pasaban aventuras muy chistosas y ocurrentes en una playa de moda. Con lo cual el productor se ahorra los viajes para localizar exteriores, porque está demostrado que los exteriores más eficaces son los de las bañistas en «bikini».

El haber prescindido de Estanislao Ramírez (alias Stan Ram), por demasiado cachondo y amigo de saltar el cercado ajeno, facilitó estos cambios. Porque el director que buscaron para sustituirle era mucho más manejable. El guapetón con pinta de hindú era uno de esos sabihondos que, por haber visto unos cuantos rollos de «cineclú», se creen unos exquisitos de órdago. Lo cual es una majadería, pues los rollos que pasan en los «cineclús» suelen estar hablados en checo y en lenguas así de raras que no entiende nadie. Pero a los directorcetes con este empacho visual, todo se les vuelve hacer arte. Y el arte en el cine, según he podido comprobar, sólo consiste en hacer peliculones pesadísimos retratando las cosas desde ángulos poco corrientes.

Para que un plano resulte artístico según estos «artistas», tiene que salir por ejemplo un solo ojo del personaje y la mitad de su nariz. O una mano en primer término, entre cuyos dedos se ven unas nubes. Y quien dice nubes, dice cualquier otra

cosa: un cacharro del año de la pera, de esos que los manchegos llamamos cántaros y los griegos llamaban ánforas. O un peine con cuatro pelos enredados en las púas. O un molino de viento. O una almeja tumbada en la playa, tomando el sol... Cosas así, que sorprendan al crítico tontorro y le hagan exclamar:

—¡Qué original, hay que jorobarse!

Los directores que hacen estas pamemas se consideran geniales, y no consienten que nadie meta baza en sus genialidades. Y es imposible convencerlos de que lo que gusta verdaderamente en las películas es ver mujeres más o menos ligeras de ropa, cantando con acento más o menos andaluz. ¡Cualquiera se atrevía a decirle esto a Stan Ram, cuyo cine era tan sutil que no lo entendía ni el señor Ramírez (su padre)!

En cambio, con el director que se contrató como sustituto, daba gusto trabajar. Porque éste, con tal de dirigir la película y cobrarla, admitía los cambios más monstruosos que le propusiera la casa productora.

Se llamaba Octavio Relamido. Y este apellido, que suena a acorde musical (re-lami-do), se ajustaba como un guante a su personalidad. Porque tanto sus maneras como sus películas eran relamidísimas.

Octavio fue traído a nuestras costas por una «ola» no precisamente «nueva», formada por muchos americanos que querían triunfar en Europa. Porque Octavio había nacido en una de las Américas que hay en el Nuevo Continente. Pero no en la América de cintura para arriba, donde están la cabeza y la riqueza; sino en la América de cintura para abajo, donde están el corazón y el follón.

En esta segunda parte americana, como son más apasionados y tienen la sangre más caliente, se arman revoluciones por un quítame allá esas navajas. Y en un follón de éstos, Relamido tuvo que salir zumbando. Llegó de su país con lo puesto. Trajo un acentito dulzón, puesto también, en el que empapaba sus palabras hasta hacerlas tan empalagosas como guindas en almíbar.

Su equipaje intelectual se reducía a unos cuantos recortes de periódicos, distribuidos por sus bolsillos, que hablaban de las películas dirigidas por él en su tierra natal. Estas películas, si la memoria no me falla, que a veces sí, se llamaban del modo siguiente:

«La donosura de Chola», «¡Achúchale al guano!», «Matar a la chita callando» y «Don Machote de la Pampa».

El guión de esta última, según dijo un crítico de por allá que tenía la cultura por arrobos, había sido plagiado de un libro español escrito hace una porrada de años. Y el crítico debía de tener razón porque hasta a mí, pese a la burricie que me caracteriza, el título me sonaba a algo conocido. Sin embargo, como las peliculitas de aquel directorcillo ultramarino no llegaron muy lejos (murieron a pocos kilómetros de los estudios donde fueron realizadas), aquel plagio se olvidó y Octavio obtuvo trabajo abundante en cuanto metió la pata (o mejor dicho puso el pie) en España.

Tengo observado que los españoles, a pesar de que somos más orgullosos que un caballo entre borricos, tenemos en materia pelicular el complejo de ser unas cacas. Y en cuanto llega un turista con acento rarillo, que presume de saber darle al manubrio de la cámara, nos quedamos boquiabiertos ante él. Y por la abertura de la boca, se nos cae la baba. Sólo así puede explicarse que muchos currutacos forasteros, cuyo historial artístico cabría en un papel de fumar, hayan podido rodar aquí tantos ladrillos. ¡Con lo difícil que es conseguir, dada su forma, que los ladrillos rueden!

Lo cual demuestra que nuestros productores, y que Vinuesa me perdona por no excluirle de esta opinión, son unos papanatas. Pero a mí, al fin y al cabo, eso me importa un rábano. Allá cada cual con sus papanateces.

Lo que sí me importó fue que Relamido, al hacerse cargo de la dirección y empezar a trabajar en los preparativos del rodaje, me dijo que él tenía que hacerme una prueba. Me lo dijo por teléfono una mañana que yo estaba sola en casa; porque Perico, después de pasar la noche conmigo, se había marchado ya a repartir sus raciones de coba en diferentes organismos oficiales.

—¿Y en qué va a consistir esa prueba? —pregunté al director con esa languidez que se nos pone a las mujeres después de un largo ajeteo nocturno.

—«Nesesito» probar todas sus aptitudes —me aclaró el tío con voz tan azucarada, que casi se me queda el auricular pegado a la oreja.

—¿Todas? —subrayé maliciosamente.

—Sí —insistió él, sin demostrar que hubiese captado mi malicia.

Y a continuación me dio unas señas, en las que estaría esperándome aquella misma tarde.

—¿A qué hora? —pregunté.

—De siete a nueve —me contestó.

«¡Mira qué hispanoamericano tan picarón! —pensé al colgar, después de prometerle que no faltaría—. Me cita en esas horas que los maridos aprovechan para hacer sus guarraditas».

Y sonreí para mis adentros, decidida a no desperdiciar aquella oportunidad para mi carrera cinematográfica. ¡Ahora verían Nila y Corina de lo que Mapi era capaz! Octavio Relamido quedaría tan satisfecho después de haberme probado que estaría deseando meterme en la cámara durante toda la película.

Para que la prueba fuera un éxito, lo primero que tenía que hacer era evitar el «marcaje» del señor Pelota. Porque si él llegaba a enterarse de aquella cita, era capaz de aparecer allí a hacernos una escena de celos. Y Relamido correría la misma suerte que corrió su antecesor Ram. De manera que, para desmarcarme, mantuve la cita en secreto. Y cuando Perico me telefoneó para preguntarme qué iba a hacer por la tarde, eché mano de una mentira siempre eficaz:

—Tengo hora en la peluquería. Y ya sabes lo que eso significa. Cuando una mujer

dice «tengo hora en la peluquería», quiere decir que tiene horas y más horas. O sea la tarde completa.

Librada con este embuste del «marcaje», hice los preparativos del «rodaje». Y como en éstas pruebas de aptitud artística el probador tiene que fijarse en todos los detalles, empecé por ponerme una ropita interior que era un cielo. (No exagero ni pizca al calificarla de celestial, porque estaba bordada por monjas).

Encima de las prendas íntimas me puse un «jersey» ajustado y una falda ceñida: Una no se chupa el dedo y sabe cuáles son los valores fotogénicos que conviene destacar. Luego me pinté en los ojos unos rabos largos que casi me llegaban a las sienes, y me cubrí los labios con un espeso chafarrinón muy colorado. Por último me eché perfume francés en abundancia, no sólo detrás de las orejas y en los sobacos, sino también en la planta de los pies (porque hay caprichosos que la besan a una de pies a cabeza).

Tan mona me puse para la prueba, que al echarme ante el espejo el último vistazo comenté entusiasmada:

—Más que para probarte, estás para comerte.

Y con tan alta moral, fui a la cita del director.

PEDAZO 25

AL METERME EN EL TAXI, la tufarada de mi perfume mareó al taxista.

—¿Tiene licencia de uso de armas, preciosidad? —me preguntó el tío con acento castizo, abriendo su ventanilla para refrescarse.

—¿Por qué lo dice? —le pregunté a mi vez.

—Porque lleva usted encima una bomba de gases asfixiantes. ¡Vaya peste, monada!

—Permítame que le diga —le expliqué con finura— que es usted un analfabeto de las narices. Porque si supiera usted oler, no confundiría la peste con la fragancia.

Añadí a esta explicación las señas que me había dado Relamido, y me encerré en un digno mutismo para no seguir dialogando con aquel animal sin olfato. Estaba segura de que el director tendría una pituitaria menos zafia y se encandilaría con los efluvios del perfume francés. Porque era un perfume tan caro, que salía a siete pesetas la gota.

Durante todo el trayecto, fui imaginándome cómo iba a desarrollarse la cita. Octavio me dijo por teléfono que me haría la «prueba» en el «estudio», pero yo estaba harta de saber las verdades que ocultaban estos dos eufemismos: el «estudio» es el nombre que dan los artistas al pisito que otros llaman «picadero» o «garsonier». En cuanto a la «prueba», hasta la pacata con menos malicia sabe lo que un hombre entiende por probar a una mujer.

«Puede que Relamido —pensé—, como es del cine, le eche al asunto algo de teatro. Pero el final será el mismo: el consabido «japi-end» a base de revolcón. Cuando llegue a su piso me hará sentarme en el sofá de recalentamiento, en el que iremos calentando motores a base de copas y musiquilla. Y cuando el termómetro suba lo suficiente, ¡hala...!»

Y para concluir mis imaginaciones, filosofé:

«La verdad es que el asuntejo sexual, cuando se desarrolla entre parejas normales, tiene muy pocas variantes».

Como el trayecto fue largo, tuve tiempo de pensar más cosas. Entre ellas que aquel director no era tan vaina como yo había supuesto. Porque sabiendo lo que le había pasado a Ram por pretender pernoctar conmigo, hacía falta tener un par de riñones para poner en práctica la misma pretensión. Si Perico sorprendía a Relamido como sorprendió a Estanislao, la plaza de director quedaría de nuevo vacante. Y Octavio tendría que buscar otra casa productora que contratase sus escasos talentos. Este riesgo que el fulano corría por mi culpa me predispuso en favor suyo, pues yo siento admiración por todo aquel que se juega el cocido por una mujer.

—Puede que como director sea una caca —pensé—, pero como hombre es un machote.

El taxista detuvo el coche en las señas que yo le había dado.

—¿Está usted seguro de que es aquí? —le pregunté con extrañeza al apearme.

—Segurísimo, olorosa —me piropeó el de la gorra aludiendo a mi fragancia—. Conozco este barrio como si lo hubiera parido.

Mi extrañeza provenía del aspecto de la casa ante la cual nos habíamos detenido, pues no era un edificio de apartamentos, como yo esperaba, sino una especie de nave industrial sin ventanas en la fachada. Su único hueco a la calle era un portalón, sobre el cual había un cartel que no pude leer porque ya era casi de noche y aún no estaban encendidos los faroles.

—¡Qué nido de amor más raro! —mascullé entrando en el portalón.

A un portero que tenía cara de merluzo, y que quizá la tuviese a fuerza de estar dentro de su garita encristalada como un pez en su pecera, le pregunté por el señor Relamido.

—¿De parte de quién? —se informó mirándome con sus ojos saltones, mientras las orejas se le movían como si fueran branquias.

—Señorita Mapi —repliqué, pues tengo la costumbre de aplicarme yo misma el tratamiento de señorita por si no me lo aplican los demás.

El merluzo anunció mi visita por un telefonillo. Poco después se abrió una puerta que había al fondo del portalón, para dar paso a un joven con el pelo revuelto y un «jersey» de cuello alto.

—Soy un ayudante del director —me dijo acercándose a mí—. Sígame.

Me volvió la espalda y echó a andar hacia la puerta por la que había aparecido. Le seguí, un poco sorprendida de que los directores necesitaran ayudantes para ciertas cosas.

Pero mi sorpresa se disipó en cuanto traspuse aquel umbral, porque entonces comprendí que yo había sufrido un error. Y de los gordos.

¡Relamido no me citó en su estudio particular, sino en el estudio donde iba a rodarse la película!

Este descubrimiento, al alterar por completo los planes que yo me había trazado, me intranquilizó horrores. Pero ¿qué clase de prueba pensaba hacerme aquel gachó?

Detrás del ayudante del «jersey» que iba indicándome el camino, atravesé la nave, que a mí me pareció tan alta como una catedral. Por el suelo serpenteaban cables gruesos como boas, en los que era fácil tropezar y romperse el morro. Por el techo había ristras de focos unidas por estrechas pasarelas, sobre las cuales hacían arriesgados ejercicios de circo muchos electricistas.

Varias docenas de carpinteros se movían de un lado para otro repartiendo martillazos y hablando a gritos, como si se hubieran machacado los dedos con sus martillos.

En las paredes, grandes como frontones, los focos proyectaban unas sombras

chinescas tan grandotas que daban miedo.

Pude darme cuenta de que todos aquellos operarios estaban construyendo una casa dentro de la nave. Lo cual me pareció bastante asombroso, porque a nadie se le ocurre hacer una casa dentro de otra. Pero mi asombro fue mucho más gordo cuando observé que no la estaban construyendo toda junta, como es costumbre en el ramo de la construcción, sino en cachos separados: un salón por aquí, una cocina por allá, un tramo de escalera que no subía a ninguna parte...

«Con razón dice la gente que los fulanos del cine están chalados —pensé—. Más que un estudio, esto parece un manicomio».

Para confirmar esta opinión que acababa de formarme, pasé junto a un tío con unos auriculares puestos que estaba sentado en un taburete altísimo. El tío, muy quieto y muy serio, sostenía con las manos una larga caña de pescar.

«Pero ¿qué clase de pesca pretenderá obtener este insensato —me dije yo—, si el sedal de su caña está en el aire y ha cebado el anzuelo con un micrófono? ¡Este fulano está para encerrarle!»

Al otro lado de la nave había un pasillo con puertas a ambos lados, por el que me metí siguiendo al pollo del «jersey». Que por cierto no se volvió ni una sola vez para comprobar si yo le seguía.

—¿Dónde está el señor Relamido? —me atreví a preguntarle, pues me sentía muy desamparada en aquel ambiente.

—Lo verá en cuanto esté lista —me dijo el ayudante sin volverse.

—¿Lista? ¿Para qué?

—Para la prueba —concretó el tipo, abriendo una puerta del pasillo ante la cual se había detenido—. Pase por aquí.

Entré con algo de susto en una habitación estrecha y larga, con muchos espejos en las paredes y bombillas gordas que daban horrores de luz. Allí no había más mobiliario que media docena de grandes sillones, como esos que usan los dentistas y también los peluqueros.

Al entrar, cegada por las luces, me pareció ver cabezas cortadas sobre unas repisas que había en las paredes. Esta visión, unida al aspecto de quirófano que daban al lugar los sillones articulados, me hizo sentir un repeluzno en el largo tuétano que rellena la columna vertebral. Pero el repeluzno se me calmó al darme cuenta de que las cabezas eran sólo pelucas puestas en cráneos de mimbre, y que los sillones no se empleaban para operar, sino para maquillar.

En cuanto el ayudante cerró la puerta a mis espaldas, fui rodeada por una cuadrilla vestida con batas blancas. Parecían cirujanos, pero sólo eran maquilladores.

—Siéntese aquí —me ordenó señalándome un sillón el que debía ser el capitán, pues llevaba tres cejas rubias en las bocamangas de su bata.

Lo primero que hicieron cuando obedecí fue envolverme en un gran paño blanco,

del que sólo emergía mi cabeza. Y sin preguntarme «¿qué va a ser?», como hacen todos los peluqueros, empezaron a meterme mano en el sentido profesional. Una capa de crema limpiadora, quitada después con puñados de algodón, hizo desaparecer la chapuza decorativa que me pinté en casa: los rabos de los ojos se fueron al diablo, así como la plasta roja que me embadurnaba el hocico.

Mientras la mitad de la cuadrilla me andaba en la cara, la otra mitad la emprendió con mi cabellera. Y en el curso de las manipulaciones, los manipuladores hablaban entre ellos de mi piel y de mi pelo como si yo no estuviera delante.

—Buen material —alabó el jefe pellizcándome una mejilla—. Epidermis tersa y elástica.

—¿Algo grasienta quizá? —apuntó un subordinado, pellizcándome la otra.

—No: más bien seca.

—¡Lástima que tenga algunos poros en la nariz! —se lamentó otro.

«Los poros los tendrá tu padre», pensé yo, pues me achuchaban de tal modo que ni siquiera podía abrir la boca.

—Pelo fuerte —dictaminó el jefe, examinando un mechón del que previamente me había dado algunos tirones.

—Pero teñido de un modo asqueroso —criticó otro miembro de la cuadrilla.

Al oír esto enrojecí de rabia, ya que desde hacía mucho tiempo de mis pelos se cuidaba Gustavín. Y Gustavín es un peluquero pipudo, que conoce su oficio a las mil maravillas. Sin ser caro como algunos mariquitas de su gremio que presumen de franchutes, hace unas permanentes sensacionales que te duran por lo menos dos días. Y por cuatro perras gordas, o por cinco todo lo más, te tiñe la cabellera más morena y te la pone de un rubio estropajo que es una preciosidad.

Pero ¿qué se imaginaban esos sabihondos del estudio? ¿Que sólo ellos entendían de pellejos y pelines?

Decidí bajarles los humos soltándoles cuatro frescas bien dichas, pero en aquel momento me taparon toda la cara con un trapo húmedo y no pude decir ni pío. Nunca me he sentido tan poquita cosa como en esa hora que pasé en la sala de maquillaje. Aquellos individuos me trataron con el mismo desprecio que si yo fuera un conejo de Indias (animalejo al que por cierto no sé por qué se le llama así, ya que ni es un conejo ni ha nacido en Bombay).

—Le pondremos un reflejo azulado —decidió sin consultarme el que se ocupaba de mi peinado.

—Y los párpados verdes —dijo el encargado de decorarme los ojos.

Durante todo el tiempo que duró aquella tortura, las únicas palabras que me dirigieron fueron órdenes secas de que no me moviese, de que echara la cabeza para atrás, o de que pusiera los labios en forma de cucurucho. Yo obedecía como una sonámbula, sin pararme a pensar cuál iba a ser el fin de aquella aventura. Tampoco

me era fácil tener pensamientos de ninguna clase, pues con tantos meneos y mareos me habían puesto la cabeza como un bombo.

¡Y yo, tonta de mí, que pensé que aquella prueba sería coser y follar! Pero esta experiencia me sirvió para enriquecer mi sistema filosófico con una nueva máxima: «Los impulsos que adivinamos por una corazonada, ocultan algunas veces una cabronada».

Cuando la cuadrilla de maquilladores dio por terminada su faena de emperifollarme, el jefe quitó el trapo que me envolvía y me dijo:

—Puede levantarse.

Fui enderezándome poco a poco, pues aquellos brutos me habían dejado el pescuezo con tortícolis.

Y cuando al fin me puse de pie, casi volví a caerme sentada al verme en el espejo.

PEDAZO 26

—¡POR EL MOÑO DE MI MADRE! —exclamé tumefacta, o estupefacta, o como se diga —. Pero ¿es posible que sea yo ésa?

Y mientras lo decía me convencía de que en efecto era yo. La imagen del espejo no sólo movía los labios al mismo tiempo pronunciando las mismas palabras, sino que además puso cara de estar también tumefacta, o estupefacta, o como se diga.

—¡Por el moño de mi madre! —repetí más bajito, contemplándome de pies a cabeza.

Y a medida que me contemplaba, mi perplejidad se iba transformando en orgullo. Porque aquella cuadrilla de brutos me había hecho una cabeza impresionante. Parecía una cabeza nueva. Como si me hubieran destornillado del cuello mi cráneo viejo, para enroscar uno recién salido de la fábrica con todos sus accesorios flamantes.

En lugar de mi melenita rubiaja, alisada con cuatro golpes de cepillo y amarrada al desgaire con una cinta, tenía ahora una cabellera que resplandecía como si fuese de oro auténtico. Un hábil cardado la había hecho subir como la clara de los huevos al ser batida, y se alzaba veinte centímetros por encima de mí formando volutas, ondas y toda clase de jeribeques.

Bajo aquella aparatosa chichonera dorada, mis cejas no eran ya dos bigotillos vacilantes de contorno indefinido, sino dos medias lunas graciosas y rotundas dibujadas con lápiz marrón.

Bajando un poco más estaban mis ojos, que me resultaron desconocidos con aquellos grandes abanicos de pestañas falsas que ensombrecían todos los alrededores.

El único elemento de mi rostro que aquellos decoradores habían dejado intacto era mi nariz, que continuaba respingando entre mis mejillas, tan desafiante y chata como siempre. Porque también la boca me la cambiaron de forma y color, para que estuviera más a tono con las reformas del conjunto. Hasta mi cutis parecía distinto después de los magreos de aquellos brujos. Yo no sé qué potingues le echaron ni con qué cremas lo cubrieron, pero me quedó más terso y sonrosado que el culo de un bebé.

No pude admirarme todo lo que yo hubiera deseado, porque el ayudante de Relamido llegó en aquel momento para conducirme a otra sala de tortura. Estaba al fondo del pasillo y era mucho mayor que la de maquillaje. También allí había espejos por todas partes, y bombillones que echaban luz a chorros. Una de las paredes estaba totalmente cubierta de percheros, cargados de vestidos hasta los topes.

Varias mujeres, capitaneadas por una marimandona corpulenta y cojitranca, cayeron sobre mí y empezaron a desnudarme sin pedirme permiso.

—No se mueva —fue todo lo que me dijo la marimandona, mientras dos de sus acólitas estiraban el cuello de mi «jersey» para sacármelo por la cabeza sin

despeinarme ni despintarme.

Pronto quedé en bragas y sostén, prendas que exhibí con cierto orgullo, pues ambas eran monísimas. (Es asombroso que las monjas, estando su vida interior tan reñida con los adornos de su ropa ídem, sean capaces de bordar esas pocholadas. Porque en materia de bordaditos delicados, aunque parezca increíble, hay órdenes religiosas que dan sopas con honda a las «Galerías Lafayette»).

Después de observarme un rato largo para calcular mis medidas y decidir los trapos que me sentarían mejor, la marimandona fue al perchero y estuvo fisgando entre las perchas.

—Este traje de «cóctel» escotado —dijo descolgando uno— le irá bien.

—Pero —sugirió una acólita—, ¿no teme usted que se lo ponga y se le caiga?

—¿Por qué? —quiso saber la jefa.

—Por falta de sujeción. Como el vestido no tiene hombreras, y la chica tampoco tiene demasiadas delanteras...

«¡Envidiosa! —pensé yo, sacando el pecho todo lo que pude—. ¡Lo dices por envidia, porque las tuyas son grandes y fofas como globos pinchados! Las mías en cambio son pequeñas, pero firmes y capaces de aguantar lo que se me ponga por delante».

De mi misma opinión fue la marimandona, que me puso el traje elegido por ella sin hacer caso a su subordinada. Y no se equivocó en la elección ni en la sujeción, porque el color me sentaba de maravilla y la forma se me ajustaba al cuerpo como una media a la pierna.

Lo malo era que, al verme tan impresionante también yo me iba impresionando. Y tan impresionada llegué a estar, que me fui poniendo rígida como una estatua. Temía que al moverme pudieran estropearse todas las cosas bonitas que me habían puesto encima, y ese temor me envaraba hasta dificultarme todos los movimientos. Me movía sin ninguna naturalidad, como una muñeca, sin atreverme siquiera a sonreír por miedo a que cualquier contracción de los músculos faciales me cuarteara el maquillaje.

El espejo me decía que aquélla no era yo, aunque la imagen reflejada en él me mirase con mis propios ojos. Para explicar mis sentimientos en aquellos instantes, sólo se me ocurre una comparación: me sentía tan azarada como debió de sentirse la Cenicienta cuando, a consecuencia del varitazo mágico propinado por el hada, pasó en un periquete del estado de guerra al estado de guapa.

Concluido mi emperifollamiento en la sección de vestuario, el ayudante vino a recogerme para llevarme a presencia del director.

«Cuando me vea así —me dije echándome un último vistazo en el espejo—, Relamido va a relamerse».

Pero el joven del «jersey», al verme, se limitó a decirme:

—Sígame.

Lo cual me hizo sospechar que el fulanillo era sarasa. Porque un tío normal, al verme tan guapísima, nunca me hubiera dicho que le siguiera yo a él: se habría puesto a seguirme él a mí, sin decir nada. No obstante, acaté su orden y le seguí.

Me condujo otra vez a la nave que antes habíamos atravesado, en la que aquella panda de locos daba martillazos a diestro y siniestro. El pescador de la caña cebada con un micrófono, seguía en su puesto pescando sonidos. Por las alturas, entre el bosque de reflectores que cubría el cielo raso, los electricistas jugaban a tarzanes con los bejucos de los cables. Dos carpinteros que llevaban un tablón, estuvieron a punto de estampármelo en las narices.

—¡Cuidado, muñeca! —me advirtió uno de ellos.

Y aunque gracias a la advertencia evité el tablonazo, me puso muy nerviosa que me llamara muñeca. Eso significaba que se veía a la legua mi envaramiento producido por los perifollos, y que debía esforzarme en vencerlo para parecer natural. Pero me costaba el mismo trabajo que debe de costarle decir «sí» con la cabeza a un faquir que acaba de tragarse un sable.

Sorteando trozos de aquella casa desbaratada que los chiflados del martillo estaban construyendo, llegamos a una zona del estudio donde había un dormitorio. Así, como suena: un dormitorio puesto allí descaradamente, con su cama, su mesilla de noche, su armario y su perchero para colgar la ropa al desnudarse.

—La prueba se hará aquí —me dijo el ayudante.

No me sorprendió, porque eso era lo que yo esperaba cuando acudí a mi cita con el director. Sin embargo, como a una siempre le queda el poso de antiguos pudores, insinué:

—¿Y no será demasiada desfachatez?

—¿Por qué? —se extrañó el del «jersey».

—Porque observo que este dormitorio no está terminado de construir, y aún le falta una de las paredes. Y por el hueco de esa pared, me pueden ver.

—Pues de eso se trata precisamente —me dijo él, compadecido de mi estupidez—: de que la prueba se vea lo mejor posible. ¿Dónde se iba a poner la cámara si el decorado estuviese cerrado por los cuatro costados?

—Pero ¿cómo? —exclamé casi escandalizada—. ¿Es que no contentos con ver la escenita, además quieren filmarla?

—¡Naturalmente! —acabó de escandalizarme él—. Siéntese en la cama un momento, que ahora vendrá el director a explicarle lo que tiene que hacer.

—No hace falta que me explique nada —dije sobreponiéndome—. Conozco bien mi oficio.

El ayudante, encogiéndose de hombros, me dejó allí plantada y se fue. Y yo, con mi nerviosismo agudizado ante la perspectiva de una actuación profesional de cara al

público, entré en aquel dormitorio sin techo ni pared temblando como un flan.

Mientras entraba me pregunté para qué diablos se habían molestado en ponerme tantos adornos, si ahora tenía que quitármelos para el revolcón de costumbre. Y la única respuesta que se me ocurrió, fue ésta:

—Toda la gente del cine está majareta perdida.

Para confirmar esta opinión, a partir de aquel momento empezaron a producirse una serie de chifladuras en cadena que no contribuyeron precisamente a calmarme los nervios.

PEDAZO 27

HE AQUÍ la primera de las chifladuras: cuando sólo había dado algunos pasos hacia la cama, unos chorros de luz que caían desde las alturas inundaron el dormitorio. No quedó ni una brizna de sombra en ningún rincón. Los tarzanes de los «monos» azules, que andaban jugándose el tipo por todo lo alto, movían los focos de acuerdo con las órdenes que les daban a gritos desde abajo:

—¡Pica más el siete, Manolo!...

—¡Pon un talco azul al seis!...

—¡Levanta el cuatro, Pepe!...

—¡Diafragma el dos y apaga el once!...

Yo me quedé inmóvil, aplastada contra el suelo por aquellos haces luminosos como un mariposón nocturno contra el faro de un coche. ¿Pretenderían de veras aquellos bárbaros que actuara con Relamido bajo esa catarata de kilovatios?

Me dieron ganas de salir corriendo de allí, pero antes de que pudiera intentarlo se me acercó un individuo al que llamaban el luminotécnico. Tampoco éste me trató con ninguna consideración, limitándose a ordenarme que me colocara en diferentes posturas para que los focos me alumbraran adecuadamente. Y me agarró varias veces de la barbilla, no con afán de barbillearme cariñosamente, sino para moverme la cara en distintas direcciones.

Mientras tanto trajeron un aparato de retratar de una forma muy parecida a esos cajoncillos que usan los turistas, pero cien veces más grande y montado sobre unas patas llamadas trípode. Y como ya dice el refrán que nunca te acostarás sin saber una cosa más, aprendí que aquel chisme era la cámara. O sea la máquina con la que se sacan las películas.

También el camarero, o sea el encargado de manejar la cámara, me mareó un rato diciéndome que me pusiera de frente y de perfil para enfocarme bien antes de filmarme. Allí todo el mundo me mandaba y me zarandeaba, como si yo fuese un pelele sin voluntad ni sentimientos.

Tanto mareo, tanto ajeteo y tanto magreo fueron haciéndome perder la poca serenidad que me iba quedando. Los nervios se me pusieron tan de punta, que me pinchaban por dentro de todo el cuerpo; y llegué a notar sus pinchazos en el revés de la piel. O sea por la parte del forro.

Cuando ya estaba a punto de lanzar un grito de los llamados histéricos, entró en el decorado Octavio Relamido.

—¡Por fin! —exclamé, corriendo a su encuentro—. ¡Ya era hora de que usted apareciese!

—El director —me explicó secamente— sólo «aparase» cuando está todo dispuesto para la prueba.

—Está bien —le repliqué con la misma sequedad—. ¿Cuándo empezamos?

—Ahora mismo. «Asérquese» a la cama.

Me acerqué procurando conservar la calma, decidida a llegar hasta la cima de aquel calvario. Pero cuando me detuve junto al lecho esperando que Relamido se me echaría encima, lo que hizo el tío fue sacar un sobre del bolsillo y dejarlo encima de la almohada.

—La prueba —me dijo— consistirá en rodar la «essena» siguiente: usted entra muy alegre en el dormitorio. Se supone que viene de una fiesta y está contentísima. Tararea una «cansión» y bailotea por el cuarto. De pronto ve la carta sobre la almohada, y deja de tararear. Con gesto de sorpresa, toma la carta y se dirige con ella a la ventana. Al llegar allí desgarrá el sobre, y lee en «vos» alta la carta a la «lus» del «amanecer» que entra por los cristales. La carta es una despedida de su marido, que se ha fugado con otra mujer. Usted, al terminar la lectura, se queda hecha polvo. Luego, desesperada, se deja caer en la cama y prorrumpe en un llanto desgarrador. ¿Ha comprendido?

—No —respondí con toda sinceridad.

—¿Es posible? —enarcó las cejas el director, asombrado de mi torpeza—. Pero si es muy simple, linda. Escuche bien.

Y volvió a explicarme la escenita varias veces, hasta que pude metérmela en la cabeza.

Tardé bastante en aprenderla, porque lo primero que tuve que hacer fue olvidar la idea que yo me había formado de la prueba. Estaba tan convencida de que todo iba a consistir en un revolcón más o menos adornado, que me costó trabajo amoldarme al nuevo argumento. Porque era mucho más fácil para mí repetir sobre un colchón un ejercicio acrobático que ya hice muchas veces, que probar en una sola escena todas mis aptitudes dramáticas. Y esto último era lo que deseaba Relamido. Que resultó ser un director dispuesto a trabajar en la película, y no un cachondo dispuesto a aprovecharse del reparto.

Por eso había urdido la escenita de marras, que venía a ser como un «cóctel» en el que entraban todas las reacciones que prueban las aptitudes de una actriz:

La alegría.

La gracia de los movimientos cantando y bailando.

La sorpresa.

La voz y la dicción.

La tristeza.

La desesperación y el llanto.

Y todo ello, en el breve espacio de dos minutos.

—Algún día —me dijo muy orgulloso—, esta «secuencia» inventada por mí será adoptada por todas las escuelas de arte dramático, para probar el talento de las

aspirantes. ¿Ha comprendido ya lo que tiene que «hacer»?

—Creo que sí —dije sin ninguna confianza.

—Pues vamos a «empesar».

Y Relamido salió del decorado, dejándome sola en aquel baño de luz.

—¡Silencio! —gritó alguien con un altavoz—. ¡Se va a rodar!

Sonó un timbre, se encendieron en las paredes del estudio unas luces rojas y cesaron los martillazos. En pocos segundos, aquel sitio tan grande se quedó tan silencioso como una catedral durante la noche. Todo aquel que había empezado a hacer un ruido, lo dejó sin concluir. Y a mí, al pensar que yo era el centro de toda aquella expectación, estuvo a punto de darme un patatús.

—¡Silencio! —repitió el altavoz por si las moscas. (Ya se sabe que en España conviene dar las órdenes tres o cuatro veces en previsión de que nadie las haya obedecido al oírlas por vez primera).

Cesaron hasta los siseos que lanzaron algunos para que se callaran los demás.

—¡Claqueta! —gritó entonces el director.

Y como yo no entiendo el idioma que hablan los del cine, no supe si Relamido estaba diciendo un taco equivalente a «puñeta», o si estaba llamando a una señorita cuyo nombre era ése.

—¡Preparada, Mapi! —me ordenó después.

—Sí, señor —balbucí con un temblorcillo que hizo repiquetear todas las lentejuelas de mi traje.

—¡Acción! —dijo entonces Relamido con voz de trueno.

El ayudante del «jersey» salió entonces de la oscuridad, y puso delante de la cámara una pizarrita que llevaba en las manos mientras decía:

—¡Prueba Mapi! ¡Primera!

Luego hizo «¡clac!» con unos maderos que la pizarrita tenía por debajo, y se quitó de en medio para desaparecer en las tinieblas.

Esta era la señal para que yo empezara la escena que me había aprendido. Y armándome del poquísimo valor que me quedaba, me lancé a aquel ruedo luminoso. Pero antes, para darme ánimos, hice la señal de la cruz y dije en voz alta:

—¡Suerte, vista y al toro!

—¡¡Corten!! —aulló Relamido, abandonando su puesto junto a la cámara y viniendo hacia mí hecho una furia—. ¡Por todos los hijos de la chingada! ¿Cómo se atreve a añadir frases y gestos de su cosecha? ¡Haga estrictamente lo que yo le mandé!

—Usted perdone, majo —le dije algo chuleta—, pero hábleme con buenos modos y sin subirse a la parra.

—¡Ni a la parra, ni a la porra! —enrojeció el americano, hasta ponerse como una langosta al estilo de su tierra—. ¡Vamos a repetir la prueba!

Volvió a su sitio, y vuelta a empezar: peticiones de silencio, orden de acción y aparición del tipo de la pizarrita que cantó:

—¡Prueba Mapi! ¡Segunda!

Me encomendé a todos los santos haciéndome este veloz razonamiento mental:

«Puede que entre todos ellos (los santos) haya alguno que se acuerde con nostalgia de los tiempos en que fue hombre, y tenga la galantería de ayudar a una chica guapa».

Y con esta vaguísima esperanza, inicié aquella escena memorable.

Como el director me indicó que hasta descubrir la carta sobre la almohada debía de estar muy contenta, lo primero que hice fue poner la boca en forma de risa. Luego entreabrí los labios y empecé a tararear la primera canción que se me ocurrió.

El tarareo tardó algún tiempo en salir al exterior, ya que antes tuvo que vencer un nudo que se me hizo en la garganta y que cortaba el camino a todos los sonidos. Pero al fin saltó el obstáculo; y mientras unas notas destempladas me salían por la boca a borbotones, di algunos pasos por el decorado.

Puede que esos pasos no los diese con toda la soltura que yo hubiera querido, pues el saberme observada por aquel ojo grande y fijo de la cámara, que no parpadeaba nunca, me ponía enferma. Pero creo que disimulé este defecto dando unas vueltecitas como si estuviera más contenta que unas pascuas, y haciendo chasquear los dedos como si tuviera castañuelas en las manos. Así al menos es como suelo expresar mi alegría en mi cuarto, cuando vuelvo a dormir después de haberme corrido una buena juerga.

En la última de aquellas vueltas, que no fueron muchas porque con el calor de los focos corría el riesgo de acabar como un pato mareado, me fui parando hasta quedar de cara a la cama. Y en esa posición, me fue fácil fingir que había descubierto en aquel momento el sobre colocado encima de la almohada.

Puse entonces el gesto de sorpresa que pedía mi papel, y para ponerlo no tuve que esforzarme demasiado: enarqué las cejas y contraje la boca hasta colocarla en forma de decir «¡jolín!». Pero no llegué a decirlo, claro está, porque ¡menuda bronca me hubiese arreado el director!

Así, sosteniendo a base de músculos faciales las cejas enarcadas y la boca en forma de «¡jo!», me acerqué a la cama y cogí la carta.

Los dedos me temblaban de tal modo, que me costó trabajo sostener aquel sobre, que no pesaría más de treinta gramos.

Si me hubieran aplicado un «excitómetro», o sea un aparato para medir la intensidad de mi excitación nerviosa, yo habría hecho dar un salto a la aguja hasta su tope máximo. Y hasta puede que se hubiesen fundido los cables y bobinas que el aparato tuviera en las tripas. Porque en aquellos momentos llegué a perder el control de mis sensaciones, tanto de peso como de distancia. A ello se debió sin duda que

aquella carta me pesara como si estuviera escrita a cincel en lápidas de mármol, y que el trecho que me separaba de la ventana junto a la cual tenía que leerla me pareciese de un kilómetro.

No obstante, haciendo de tripas corazón (transformación fisiológica que siempre me pareció una guarrada, pero que se hace en estos casos), seguía recorriendo las difíciles y agotadoras estaciones de aquel «vía crucis».

Bajo la costra de maquillaje que me cubría, los poros luchaban para echar fuera las gotas de sudor que se iban acumulando en sus tubitos. Esta lucha me puso la cara ardiendo, y contribuyó a desquiciarme del todo.

No obstante (y perdonen la repetición, pero ¡hay que ver lo que ayuda este puñetero «no obstante» para ligar dos párrafos!), recorrí el trayecto entre la cama y la ventana. Pese a la fuerte taquicardia que le había entrado a ese motorcillo de dos tiempos que llevamos dentro del pecho, anduve hasta mi meta airosamente. De buena gana habría soltado un «¡uf!» de satisfacción al llegar allí, pero logré contenerlo por miedo a que la prueba se estropeará y me hicieran repetir aquel suplicio desde el principio.

Manteniendo mi boca en posición de «¡jo!» y mis cejas enarcadas, para que todo mi rostro conservase su aire sorprendido, abrí el sobre y me dispuse a leer en voz alta el pliego que contenía. Y a la luz de un foco que instalaron en la ventana del decorado simulando el sol del amanecer, lo leí. Decía esto, poco más o menos:

Cuando leas estas líneas, ya estaré muy lejos. Una pasión más fuerte que yo, y que tú, me impulsa a abandonarte. Todo ha terminado entre nosotros. Me marcho para siempre porque amo a otra mujer. Adiós, y que te den morcilla.

A este guisote literario le he añadido yo la morcilla final. Confieso que no recuerdo cómo era exactamente la última frase, pero sí estoy segura de que contenía una despedida tan seca por lo menos como el mencionado embutido.

Algo premiosa me salió la lectura, pues aunque las letras del papel eran gordas y negras como cucarachas, el temblor de mis manos las hacía corretear ante mis ojos como si de veras fuesen esos sucios bichejos. Y me costó trabajo echarles la vista encima. Pero al fin las cacé una por una, las enlacé formando sílabas, y las lancé convertidas en palabras. Luego puse cara de estar hecha polvo, como me habían mandado. Y con esa cara puesta, corrí hacia la cama para caer en ella y llorar.

Pero por culpa de mis malditos nervios, que habían alcanzado su máxima tensión y estaban a punto de romperse, calculé mal la caída y estuve a punto de deslomarme. Gracias a que me agarré en el último momento a un boliche de la cama, pude rectificar mi trayectoria y caer a medias sobre el colchón.

Allí no pude ya más, y me relajé por completo.

Yo le llamo relajo a dejarme de pamplinas y hacer lo que me sale de dentro, sin importarme un comino lo que piensen los demás. Por suerte lo que me salió de dentro

entonces fue un chorro de lágrimas, que era precisamente lo que me pedía el papel. Y aunque mi llanto era sincero, porque estalló como un ataque de histerismo cuando ya no pude aguantar aquel suplicio, me sirvió para rematar brillantemente mi actuación. Lloré a moco tendido, como suele decirse. Pero como tenía las narices hundidas en la colcha de la cama, el moco no se vio. Menos mal.

—¡Corten! —oí gritar a Relamido.

Era la voz de mi salvador, que venía por el mar de tinieblas que me rodeaba para rescatarme de aquel islote lleno de luz. Y sentí al oírla la misma alegría que deben de sentir los náufragos cuando suena a lo lejos la sirena de un barco.

Tan contenta me puse, que mi llanto histérico fue transformándose en una risa bastante histérica también.

Cuando al fin me calmé y pude incorporarme, el director estaba de pie junto a mí.

—Puede marcharse —me dijo secamente—. La prueba ha terminado.

Con todo el maquillaje corrido por el sudor y la llorera, me fui a mudarme de ropa y a recobrar mi personalidad.

PEDAZO 28

AQUELLA MISMA NOCHE, Perico vino a visitarme para que le contara cómo había ido mi primera experiencia cinematográfica. Porque él, aunque yo no se lo dije, se había enterado de la prueba que iban a hacerme.

—Pues, hijo —me explayé—, la cosa no ha sido tan facilona como yo había supuesto. Siempre pensé que las películas se hacían un poco de cachondeo. Creí que bastaba ponerse delante de la cámara, y ¡hala!: a moverse como una quisiera, diciendo lo que a una se le ocurriese. Pero ¡sí, sí! La cosa tiene sus perendengues. Y ese Relamido es un hueso. Se pone tan serio para hacer su trabajo como un cura para decir su misa. Conmigo estuvo más frío que un obispo finlandés. Me trató como si de veras yo fuese una actriz y no la novia del que pone el dinero.

—Pues teniendo en cuenta que he puesto mucho —le disculpó el señor Pelota—, no me disgusta que trate de salvarlo trabajando con seriedad. Porque no te oculto que este asunto me preocupa horrores. La dichosa peliculita, que empezó siendo una simple diversión, se ha convertido para mí en una importante inversión. Hasta ahora ya he soltado casi tres millones.

—¡Atiza, como dicen en Ibiza! —exclamé meneando la mano con rapidez, para sacudir el dedo índice contra sus compañeros anular y pulgar—. ¿Es posible?

—Como lo oyes, maja —suspiró Pelota hasta quedar muy deshinchado—. Vinuesa, a lo tonto, me ha ido embarcando en la que empezó siendo «La Armada Invencible»; y que al final cualquiera sabe lo que será.

—Conociendo a Vinuesa —comenté—, no deberías decir que te embarcó «a lo tonto», sino «a lo listo». Porque ese puñetero tripudo es tan inteligente, que su tripa no parece rellena de grasaza amarilla, sino de materia gris.

Tan preocupados estábamos los dos aquella noche (él por los millones que había metido en la película y yo por la prueba que acababa de hacer para interpretada), que suprimimos nuestra sesión nocturna de gimnasia sexual. Porque una buena dosis de preocupación es el mejor antiafrodisíaco que se ha descubierto hasta la fecha.

Dos días después, cuando la impaciencia por conocer el resultado de mi examen artístico me había hecho morderme varias uñas y mesarme algunos pelos, Perico se presentó de nuevo en mi casa. Traía una cara tan fúnebre, que daban ganas de darle el pésame en la casi seguridad de que acababa de perder a un miembro importante de su familia.

—¿Qué te pasa, rico? —le espeté—. ¿Es que ha cascado tu mamá?

—¿A qué mamá te refieres? —me preguntó él a su vez con aire ausente.

—A la tuya —le aclaré—. A la vieja del audífono.

Pero no era ésa la razón de su abatimiento.

—Será mejor que te sientes —me aconsejó— si quieres que te lo explique.

Obedecí y me senté, mientras él sacaba un sobre del bolsillo.

—He aquí —me dijo— el resultado de la prueba que te hicieron en los estudios. Es un informe escrito por Relamido como director, y enviado a Vinuesa como productor.

Sentí que me daba un vuelco el corazón y le rogué que me lo leyera.

—Es bastante largo —se excusó Perico—. Y como aún tengo que hacer un par de cosas, voy a dejártelo para que puedas leerlo tú tranquilamente. Volveré más tarde, cuando lo hayas leído. Hasta luego.

Y se fue, dejándome sentada con aquel sobre entre mis manos. Lo abrí llena de curiosidad y saqué del interior unos papeles escritos a máquina que decían lo siguiente:

Señor don Rafael Vinuesa.

Productor.

Muy señor mío:

Con el fin de calibrar sus posibilidades de intervenir en la película cuya dirección me ha confiado, he sometido a la señorita Mapi a la prueba de rigor. Dadas las especiales recomendaciones que concurren en dicha señorita, quiero abstenerme de emitir mi juicio personal sobre su desarrollo de la prueba. Helo aquí:

Según el guión de la escena que sirvió para probarla, se suponía que la señorita Mapi entraba muy alegre en su dormitorio después de haber pasado casi toda la noche divirtiéndose en una fiesta.

Pues bien: la aludida interpretó esta suposición irrumpiendo en el decorado con andares vacilantes más propios de un marinero beodo que de una señorita animada. Avanzó arrastrando los pies, produciendo tal estrépito con sus zapatos que la banda de sonido en ese punto resulta ensordecedora. Su rostro, mientras tanto, permanecía contraído en una extraña mueca de la que no puede deducirse su estado de ánimo en aquellos momentos. La mueca tiene algo de sonrisa bobalicona y recuerda la expresión que suelen tener los enfermos aquejados de cretinismo congénito.

Con el fin de observar la gracia de sus movimientos ante la cámara, en el papel de la señorita Mapi se indicó que exteriorizase su alegría ejecutando algunos pasos de baile.

Pues bien: entra dentro de lo posible, aunque no me atrevo a asegurarlo rotundamente, que esta indicación fuera el origen de unas enigmáticas piruetas realizadas por la aspirante. Y que trataré de explicar a continuación:

Con ambos brazos estirados en postura de espantapájaros, se puso a girar como una peonza poniendo en peligro su estabilidad. Si éstos fueron los pasos de baile indicados en el papel, hay que admitir que la señorita Mapi tiene de la

danza una idea tan pintoresca como original.

La prueba continuaba con el descubrimiento de una carta, que se suponía escrita por el marido de la mujer probada. Al descubrirla casualmente sobre la almohada del lecho conyugal, ella debía experimentar la sorpresa lógica que puede producir un descubrimiento de esta clase. Así se marcó en el papel.

Sin embargo, la reacción de la señorita Mapi en este punto fue tan insólita como desmesurada: reaccionó como si hubiera visto sobre la almohada, no un sobre, sino un tigre. La expresión de su rostro pasó bruscamente del cretinismo congénito al asombro sin límites: puso la boca como un pez fuera del agua, y alzó las cejas hasta hacerlas desaparecer debajo de su peinado. Luego avanzó hasta la cama con un trotecillo ridículo, digno de un personaje del cine mudo, y se apoderó del sobre. Con él en la mano, se puso de nuevo en marcha. Y a un trote más vivo todavía, casi al galope, fue hasta la ventana del decorado junto a la cual debía leer la carta.

De esta lectura sería mejor no hablar. Pero me veo obligado a hacerlo, por tratarse de un informe exhaustivo en el que no debe omitirse ningún pormenor de la nefasta actuación de la aspirante.

Nefasta, sí, porque nunca oí leer de un modo tan ininteligible, premioso y carente de entonación. Sólo leen así los analfabetos que empiezan a cruzar el umbral de las primeras letras. En labios de la señorita Mapi, el texto de la carta —dramática despedida de un hombre que abandona a su mujer por otra— se transformó en el texto de una cartilla; de esas que explican a los párvulos que la «p» con la «o» se pronuncia «po», y la «t» con la «u» debe pronunciarse «tu».

Brincando penosamente de una sílaba a otra, como si las separasen anchos y profundos abismos, ella llegó al final de la carta mucho después de que yo llegara al límite de mi paciencia.

Tentado estuve de dar por terminada la prueba en aquel preciso instante, pero un humanitario sentimiento de lástima me contuvo. Porque la señorita Mapi inspiraba compasión. Su aspecto, al llegar a este punto de la escena que estaba filmando, era lamentable: el sudor, que había logrado filtrarse a través del maquillaje, formaba en su rostro grandes manchas de humedad. El temblor nervioso de sus manos era tan intenso, que el papel de la carta sostenida por ellas sonaba como una castañuela. Sus ojos, que no lograron habituarse en ningún momento a la intensa luz de los proyectores, parpadeaban sin cesar...

Toda su figura, además, había sufrido las consecuencias de las piruetas y contorsiones que realizó desde el principio de la filmación: su traje estaba fuera de su sitio, una media se le había soltado del ligero, varios mechones anárquicos afeaban la armonía de su peinado...

Más que una aspirante a «estrella» finalizando una prueba de aptitud, la señorita Mapi parecía una aspirante al título de los pesos ligeros al finalizar un match en quince asaltos. Esta comparación se hizo más evidente y exacta poco después, en el momento cumbre que remataba la escena. Porque en ese momento la señorita Mapi no dio la impresión de una esposa dolorida cayendo sobre la cama, sino la de un boxeador zurrado cayendo sobre la lona.

Y mientras ella lloraba completamente «grogui», yo conté hasta nueve antes de declararla vencida. Vencida por «k. o.» técnico. Vencida por «k. o.» artístico.

Hasta aquí, mi informe.

Y desde aquí, mi consejo:

Como profesional de la industria cinematográfica, estoy habituado al «colosalismo» de las casas productoras. Todo productor desea producir la película más colosal de un género determinado. Mientras uno aplica su colosalismo al tema histórico, otro elige el marítimo o el folklórico.

¿Acaso usted, señor Vinuesa, ha elegido el catastrófico?

¿Pretende realizar el fracaso más colosal que se haya visto en toda la historia del cine?

Si es ésa su ambición (que bien pudiera serlo, pues no hay disparate por gordo que parezca que no quepa en el mundo del celuloide), no lo dude: confíe a la señorita Mapi un papel en la película. Cuanto más importante sea ese papel, tanto más resonante será la catástrofe. Es difícil que encuentre una mujer tan bien dotada para hacer fracasar el más apasionante de todos los guiones.

Si por el contrario es usted un productor sin ambiciones colosalistas, que aspira sencillamente a ganar algún dinero produciendo una película de éxito normal, no lo dude tampoco: deshágase sin tardanza de la señorita Mapi. Impida a todo trance que figure en el reparto.

A usted le toca elegir, señor Vinuesa, una de estas dos alternativas: o un fracaso de tamaño colosal, o un éxito de tamaño natural.

En espera de su decisión, le saluda atentamente su seguro y contratado director:

OCTAVIO RELAMIDO

—¿Será mamón este hijo de la chingada? —mascullé, cosa rara en mí, pues yo mascullo muy raras veces.

Y como lo que había mascullado me supo a poco, añadí unas cuantas maldiciones:

—¡Mala puñalada le den, y que encima se le infecte! ¡Ese tiparraco seguirá el mismo camino que Stan Ram! ¡Diré a Perico que le eche sin contemplaciones!

Pero me quedé con las ganas de decírselo, porque Perico no vino a verme aquel

día.

Ni al siguiente.

Ni nunca más.

El muy cobarde, temeroso de perder el dinero que había metido en la película, decidió hacer caso a Relamido y sacrificarme a mí. Y como al muy cagueta le faltaron agallas para decírmelo cara a cara, optó por no volver a ponerse al alcance de mi vista. Ni de mis uñas.

PEDAZO 29

Así, de golpe y porrazo, quedó truncada mi carrera cinematográfica.

Una vez más mi destino, ese inexorable y grandísimo puerco, volvió a ponerme en el lugar que me correspondía. Una vez más cortó mi escapatoria hacia campos de actividad más limpios y honorables.

La «Neura», esa odiosa compañera de mis horas difíciles, se vino a vivir conmigo una temporadita. Pero como yo no puedo estar neurasténica mucho tiempo, pues la neurastenia es un lujo que sólo pueden permitirse los ricos, la tuve que echar al cabo de ocho días para volver a las labores propias de mi sexo.

Y tuve que volver porque de aquella aventura con Perico Pelota en el mundo del celuloide, sólo me habían quedado mil doscientas pesetas en metálico y los cuatro cachivaches que adquirí para completar el mobiliario del piso. Y aunque entonces mil doscientas pesetas duraban más que ahora, porque la merluza era todavía un pez y no se había puesto por las nubes como un pájaro, no era tampoco un capital que me permitiese quedarme tranquilamente en casa cruzada de piernas.

Pronto me convencí de que a Perico y compañía no lograría sacarles ni un duro de indemnización por la gorrinada que me hicieron. Mi convencimiento llegó tan pronto como leí la letra pequeña del contrato que Vinuesa me firmó como productor. ¡Condenada letruja! Pude leerla gracias a una lupa muy gorda que me prestaron en la tienda, donde la usaban para ver el grosor de la loncha cuando alguien pedía una peseta de jamón.

Al leer aquellas microletras, que parecían hechas por uno de esos chalados que son capaces de escribir una novela en una caja de cerillas, el alma se me cayó a los pies. Porque las letrujas formaban unas cláusulas tremendas, que anulaban todos los derechos que se me habían concedido en las letras más gruesas y legibles a simple vista.

Aquel fárrago de palabrería jurídica, usada por los abogados para liar a todo quisque, podía resumirse en esta cláusula única:

«La casa productora podrá pasarse este contrato por donde le parezca, y la firmante tendrá que jeringarse. Y ojito con protestar, maja, que la casa productora se reserva el derecho de meterte en chirona si te pones chula».

—Aquí no hay más solución que ésta —gruñí, rompiendo el contrato en cachitos más menudos que «confeti»—: borrón y cuenta nueva.

Y secándome con la manga el lagrimeo que me había ocasionado la lectura de aquella escritura pulga, me dispuse a reanudar mis jornadas laborales.

Del mismo modo que el pescador fluvial cambia de poza o de remanso en busca de peces más gordos, yo decidí en esta nueva etapa echar mis redes en aguas más profundas. Porque la clientela del bar «Señorial», en conjunto, no me salió pez sino

rana. Allí había mucha sangre real, pero pocos billetes verdes. Mucho ruido, pero pocas nueces. Y como yo había decidido no dejar el piso, porque me horrorizaba volver a la «Residencia Manchega» o a los «Apartamentos W. C.», tenía que sacarles el mayor jugo posible a mis encantos personales. Que no eran pocos.

Después de algunas salidas de tanteo y exploración para elegir una buena zona de operaciones, opté por el bar del «Hotel Palaciego». Allí operaban cinco o seis mujeres que fueron estupendas. Lo que se dice «de bandera». Pero como los años no pasan en balde, una a una tuvieron que ir arriando sus banderas respectivas. Hasta que se quedaron en el mástil.

Todas ellas conservaban su distinción de grandes «cocotas», eso sí, porque siempre se habían acostado durante sus ya larguísimas vidas con tíos de postín. Pero estaban tiesas, viejas y secas, como lo que eran en realidad: mástiles a los que el huracán del tiempo había arrancado su bandera.

Una de estas distinguidas veteranas era Nati, la famosa Nati que tantas veces he mencionado en mis escritos, y a la que recurro como consejera cuando tengo alguna duda gramatical o sentimental. Ella fue la única que me acogió con simpatía cuando aparecí en el bar del «Hotel Palaciego». A las otras cotorras les sentó mi aparición como un paraguazo en la riñonada.

—¿Quién es aquella niñata? —murmuraron al verme tomar posiciones en un taburete de la barra.

—Es nueva en esta plaza —les informó un camarero llamado Celestino.

Después de examinarme, las cotorras empezaron a temerme. Porque mi juventud era un peligroso factor competitivo. A ellas daba gusto contemplarlas e incluso olerlas, porque estaban bien vestidas y deliciosamente perfumadas. Pero a mí daban ganas de comerme a bocados, porque estaba riquísima.

Tan apetitosa me encontraron los clientes, que ligué el primer día cuando aún no había terminado de beberme la primera copa: un señor que entró buscando plan, después de mariposear un rato de vieja en vieja, acabó arrimándose a mí. Y yo fui quien se llevó el gato al agua. O mejor dicho, el señor a la cama.

El señor era un viudo reciente algo barrigón, que vivía en el hotel desde que enviudó.

—Porque mi casa, al quedarme solo, se me cayó encima.

—¡Qué horror! —exclamé espantadísima, imaginándome al viudo enterrado bajo los escombros de su casa derrumbada—. ¿Y cómo pudo salvarse?

El fulano me aclaró que el derrumbamiento de su casa era en sentido figurado, pues lo que quiso dar a entender es que no pudo resistir la soledad de su hogar cuando cascó su cónyuge.

—Para expresar esta sensación de vacío suele decirse que las paredes se caen encima —fueron sus palabras aclaratorias—, aunque en realidad no se caen.

Agradecí la explicación de esta frase hecha, pronunciando otra frase del mismo tipo:

—Nunca te acostarás sin saber una cosa más.

Esta réplica que uso a veces, además de encajar perfectamente en nuestro diálogo, contenía la dosis justa de insinuación para que el viudo supiera que no me chupaba el dedo.

Y él captó lo que le insinuaba, porque poco rato después subimos a su habitación para hacer lo que yo había insinuado.

—Creí que en los hoteles serios y lujosos estaba prohibido que subieran señoritas a las habitaciones —comenté mientras subíamos en el ascensor.

—Y lo está —me confirmó él—. Pero yo le he dicho al conserje que eres mi secretaria.

—¿Y se lo ha creído?

—Todos los conserjes se creen lo que les cuentan, a condición de que el cuento vaya acompañado de una buena propina.

PEDAZO 30

SE NOTABA que el hotel era de lujo en la alfombra del suelo, que era muy gorda. Y en la lámpara del techo de la habitación, que era una araña de cristal. La cama tenía una colchoneta tan mullida, que al tumbarse en ella daba la sensación de estar durmiendo en las nubes.

Cuando yo estaba ya como mi madre me echó al mundo, o sea en cueros, el viudo abrió un armario y estuvo revolviendo el interior buscando algo. Al fin lo encontró y entonces me dijo:

—¿Quieres hacerme el favor de ponerte esto?

«Esto» era un camisón de mujer. Pero no de mujer moderna y joven, como yo, sino de mujerona antigua y gorda. La tela no llegaba a ser tan áspera ni tosca como la de saco, pero se le parecía mucho. El canesú estaba reforzado por unas cintas sólidas como cuerdas, para sostener unas tetorras de un tamaño y una pesadez muy semejantes a las ubres vacunas.

Para colmo de males, aquella prenda monstruosa era de un color malva que daba náuseas a los ojos. Que ya es difícil. Y por si todo esto fuera poco todavía, el camisoncito de marras soltaba un olorcillo tan extraño como repelente.

—¿De veras quieres que me ponga esta marranada? —dije agarrando con dos dedos aquel pingo y alzándolo con cara de asco.

—No es ninguna marranada —protestó él, contemplando la prenda con respeto—: es el último camisón que usó mi difunta esposa.

Tal susto me dio oír aquello, que lo dejé caer sobre la alfombra.

—¡El último camisón! —repetí santiguándome—. ¿No será la mortaja? Porque echa un tufo a muerto...

—Huele así —me explicó recogiendo la prenda del suelo y hundiendo en ella la cara para olerla con deleite—, porque no quise que se lavara para que conservase el aroma de su cuerpo.

—¿Aroma? —empecé a decir.

Pero preferí callarme porque en el trato carnal, lo mismo que en el comercio en general, el cliente siempre tiene razón. Sí pensé en cambio que la dueña de aquel camisón debía de sudar como una mula, ya que ése era el tufillo que exhalaba la tela: a sudor animal, idéntico al que sueltan las caballerías manchegas después de tirar de un carro durante varias leguas. Lo cual me produjo un escalofrío.

Pero una tiene ya el estómago tan endurecido por las cosas que ha visto en la vida, que aguanta todo lo que le echen. Aunque sea el sucio camisón de una difunta.

De modo que me puse aquel trapo sudado, que me quedó tan ancho como la funda de un piano de cola puede quedarle a un piano vertical.

Yo sabía, más por referencias que por propia experiencia, que muchos individuos

tienen que recurrir a trucos más o menos raros para que les venga el ramalazo de la excitación sexual. Son maniáticos acomplejados, que necesitan determinados excitantes para salvar el obstáculo de su complejo. Por ejemplo:

Unos no pueden hacer nada como no sea poniéndose a cuatro patas y ladrando como si fueran perros, porque de niños vieron hacer el amor a dos chuchos, y aún les perdura la emoción que la escena produjo en sus mentes infantiles.

Otros tienen que esconderse un rato dentro de un armario, porque sólo se ponen en forma imaginando que la mujer con la que van a acostarse es la esposa de un marido que puede sorprenderlos.

Yo misma recuerdo a un grandullón que se empeñó en que le cogiera en brazos, porque de niño estuvo enamorado del ama que le crio. Y sudé la gota gorda para complacerle. Porque, además de cargar con él, tuve que darle un biberón y decirle muchas veces:

—¡Ajito al nene!

Y aquel viudo tenía también su manía particular: como nunca poseyó más mujer que su esposa, su libido necesitaba recordarla para entrar en funciones.

Esto lo conseguía mediante aquel siniestro camisón que la mujerona llevó en sus últimas expansiones terrenales. La imposición de un disfraz determinado a la mujer es frecuente en machos habituados a una sola hembra. De manera que me resigné a pasar por el aro, a pesar de que aquel aro (el camisón) era anchísimo y olía a demonios.

Por lo que ya no pasé tan fácilmente, fue por lo que vino después. Porque cuando ya estuve disfrazada, el viudo se me volvió de espaldas y me dijo:

—Pégame unas cuantas patadas en las nalgas.

Como la habitación no tenía buenas condiciones acústicas, debido sin duda a la alfombra y los cortinajes, pensé que no le había entendido bien y le hice repetir la orden.

—He dicho —repitió él— que me pegues unos cuantos puntapiés en el trasero.

—Mira, rico —me enfadé—: que te los pegue tu familia.

—Mi única familia era mi esposa —lloriqueó él—. Y como a ella le gustaba darme patadas, me acostumbré. Y ahora me gusta.

—Pues conmigo no cuentas —me planté—, porque a mí en cambio no me gusta maltratar a la clientela. Yo soy tan fina como sana, y me dan asco tanto los sadismos como los masoquismos.

—Te lo suplico —me imploró el sujeto poniéndose de hinojos, o sea de rodillas—. Por lo que más quieras.

Y como lo que más quería yo entonces era el dinero, le dije que accedería si me pagaba un plus por ese trabajo fuera de programa.

—Según lo que tú entiendas por plus —tanteó él, temeroso de que le subiera

mucho el precio base.

—Yo por plus entiendo doscientas cincuenta pesetas.

Pensando que su mujerona le zurraba gratis, al viudo le pareció muy cara mi oferta. Traté de convencerle argumentando:

—Ten en cuenta que yo pongo todo el trabajo.

—Pero yo pongo las nalgas —me rebatió él—. Y el placer que sentirás al darme las patadas, también hay que valorarlo.

—Si yo fuera una sádica, desde luego —admití—. Pero como no lo soy, y sólo lo hago para que disfrutes tú...

Discutimos un poco las condiciones, hasta que él me propuso esta solución intermedia:

—En vez de un plus global, podrías cobrarme por patadas sueltas; tantas patadas, tantos duros. Así me saldría más barato.

Accedí para acabar de una vez, porque el olor del camisón ya me estaba mareando, y fijamos en dos duros el precio de cada patada. Y le di sólo cuatro, que fueron todas las que pudo aguantar. Porque con la rabia que me dio que fuera tan miserable, se me fue el pie al dárselas y le hice ver las estrellas. Y en cuanto acabamos nuestro número, le cobré y me largué.

Tan rabiosa me pusieron sus miserias, que no quise volver a acostarme con él. Una y no más, Santo Tomás. En días sucesivos vi al viudo asiduamente en el bar del hotel, y se me arrimó alguna vez a proponerme que subiera a su cuarto para repetir la coyunda.

—Quita, quita —le rechazaba yo con mucha guasa—. Cuando me apetezca darle patadas a algo redondo, me compraré un balón de fútbol.

Al oír mis cachondeos, el tío se encorajinaba bastante. Y los carrillos se le ponían tan colorados como yo le puse las nalgas. Pero a mí, plin; porque entonces yo podía permitirme el lujo de rechazar un cliente pelmazo sin que mermaran mis ingresos.

En el bar del «Hotel Palaciego» encontré una verdadera mina, debido a que los parroquianos ya estaban hasta la coronilla de las veteranas habituales. Llegué a tener tantos hombres en torno mío como hojas tiene una alcachofa alrededor del cogollo.

—Pero ¿qué les dará esa niñata? —preguntaron las viejas zorras, llenas de envidia, al camarero que se llamaba Celestino.

—Juventud —contestó él con una sinceridad que las puso frenéticas.

PEDAZO 31

TRES DE AQUELLAS VIEJAS ZORRAS abandonaron el campo, y dejaron de ir al bar. Pensé que su retirada obedeció a la competencia que yo les hice, aunque también puede ser que se retirasen porque les había llegado la menopausia.

(Ya se sabe que los caballeros, aunque las prefieran rubias, toleran también a las morenas, a las castañas e incluso a las pelirrojas. Pero a las que no aguantan, de ningún modo, es a las menopáusicas).

Al poco tiempo de desaparecer aquel trío, cuyas edades respectivas arrojaban al sumarse un total de siglo y medio, se produjo la baja de otra vieja. Pero esta cuarta no desapareció por envidia a mi palmito, sino por dignidad.

Una hija que tuvo al principio de su carrera se había casado con un dentista, y acababa de tener un bebé. Y como aquella vetusta era muy digna, le pareció feo seguir viviendo a salto de mata (más bien a salto de cama) siendo abuela.

Con estas retiradas, el número de mis competidoras se redujo a dos: Nati era una, y «Faraona» la otra. A «Faraona» la llamaban así porque cuando hablaba con alguien siempre se ponía de perfil, como las figuras dibujadas en los jeroglíficos egipcios. Pero no lo hacía porque creyera que de perfil estaba más mona, ni porque estuviese sorda de un oído: lo hacía porque la pobre era tan flaca, que de frente casi no se la veía.

—Desde que llegó Mapi —se lamentaba la «Faraona»—, no vendo una escoba.

Y esta frase parecía hecha a su medida. Porque su cuerpo, a cuya venta se refería, era liso y delgado como un palo. Y como este palo corporal terminaba en unos pelos rubiajos, tiesos y abundantes, «Faraona» parecía una escoba de verdad.

Nati en cambio, pese a su madurez rayana en la pochez, aún tenía un cuerpazo fenomenal.

Era entonces, como sigue siendo ahora, una de esas mujeres fuertes, de vitalidad extraordinaria, capaces de aguantar las mayores burradas sin estropearse tanto como las demás. Porque Nati bebía como tres hombres y dormía menos que uno solo. Siempre era la primera en meterse en juerga, y la última en salir.

Lo único que le sentaba mal del alcohol, eran las botellas que lo contenían. (Más de una vez, cuando estaba algo alegre, se lio a botellazos por un quitame allá esas bragas. Y en ese rápido intercambio de recipientes de cristal por vía aérea, alguno fue a aterrizar en su cabeza. Pero en cuanto le daban unas puntadas en el cuero cabelludo, volvía a la brecha como un soldado; hasta que le abrían a ella una nueva brecha).

Aparte de su resistencia física, Nati ha tenido siempre otras virtudes. Y la más importante quizá sea la de su inteligencia. Nati no usa su cabeza solamente para recibir botellazos (para esto le basta con la parte exterior), sino también para almacenar sabiduría en la parte interior.

¡Cuánto sabe la puñetera!

Y conste que no es coba, ni lo digo porque sea mi amiga. Aunque a ella no le gusta hablar de su pasado, e incluso se encabrona cuando yo se lo pregunto, a mí me huele que la tía procede de una clase superior. Quizá fue la bastarda de un marqués que se lio con una lavandera, o de una duquesa que tuvo sus más y sus menos (más bien sus más) con un lacayo.

O puede que fuera una niña linajuda que se educó en un buen colegio, repudiada después por haber tenido amores con un mozo de cuadra. Como suele pasar en *Cumbres Borrascosas* y libros así.

Yo no sé con certeza el origen de Nati, pero me consta que no es de una estofa tan baja como la mía. Prueba de ello es que sabe leer a una velocidad que a mí me da vértigo, y que escribe con esas letras tan iguales y picudas que sólo se aprenden en los colegios de monjas caras. (Porque hay monjas baratas, como mi hermana por ejemplo, que dan clases gratuitas a las niñas pobres. Pero ésas no enseñan a leer tan de prisa ni a escribir con letras picudas). Prueba de ello también es que Nati sabe una porrada de ortografía, y donde pone el ojo, pone la hache.

Además, Nati tiene mundo y sabe comer manejando correctamente los cubiertos, aunque sean de pescado. En fin: que Nati es una tía pipuda. Y demostró su pipudez —si es que puede decirse así—, haciéndose amiga mía.

Mucho más lista que las otras zorronas, comprendió que por las malas no podría combatir mi frescura juvenil. De manera que, en lugar de enemistarse conmigo, optó por convertirse en mi aliada.

De este modo nació nuestra amistad, de la que ambas salimos beneficiadas. Porque gracias a mi compañía, ella cazó alguno de los moscones sobrantes que se nos acercaban atraídos por mi miel. Y gracias a ella yo adquirí muchos modales y experiencias de la alta zorrería.

En nuestra profesión también hay clases, y Nati siempre perteneció a la más empingorotada. Dicho mal y pronto Nati nunca fue una puta, sino una «cocota». Y ya se sabe que lograr en nuestro oficio este título francés, viene a ser como para una profesional de la decencia casarse con un marqués.

Junto a Nati, por primera vez en mi vida, empecé a perder mi complejo de insignificancia. Ella me enseñó, no sólo a manejar los cubiertos de pescado para comer los salmonetes, sino a manejar mis armas de seducción para sacarles tajadas a los cabroncetes. Es sabido que a veces, con ciertas finuras y algunos remilgos, se obtienen mejores resultados económicos que trabajando a lo bestia.

Con la pérdida gradual de mi complejo de inferioridad, empecé a pensar que mi vida era interesante y digna de ser contada. Este pensamiento fue cuajando poco a poco en mi cerebro, hasta hacerse gordo y consistente como un tumor.

De manera que un buen día me compré unos cuadernillos de papel rayado (las

rayas servían para que los renglones me salieran derechos), y empecé a volcar en ellos los recuerdos de mi infancia.

Aparte de la satisfacción personal que me produjo contar mi vida, esta tarea me permitió dar trabajo a un mueblecito escritorio que había en el piso que alquilé cuando iba a ser «estrella». Para poder usar aquel «buró» tuve que engrasarle las bisagras de la tapa, pues las tenía enmohecidas y anquilosadas por falta de uso. (Tampoco a mí me habría venido mal engrasarme los dedos y la muñeca de la mano derecha, pues el meneo del bolígrafo me produjo al principio unas agujetas espantosas. Luego le fui cogiendo el gusto al meneo, y llené en pocos meses un montón de papelotes. Tan grande fue el montón, que en él reuní material para dos libros de letritas chiquitajas. ¡Hay que ver lo que cunde una vida trasladada al papel!)

Puedo decir que durante aquellos meses dupliqué mi actividad habitual, pues no estuve en ningún momento cruzada de brazos. Ni de piernas. A los primeros les dio trabajo mi faceta de escritora. Y a las segundas, mi faceta de pajarita nocturna. Porque seguí haciendo estragos en el bar del «Hotel Palaciego», al que no dejé de acudir mientras me duró la buena racha.

Tan buena fue la racha aquella, que conseguí reunir unos cuantos billetes verdes en una media vieja. Pero como las medias viejas no dan intereses, y en cambio pueden dar disgustos si alguien las roba, le dije a Nati que pensaba abrir una cuenta en un Banco.

—¿Qué clase de cuenta? —me preguntó ella—. ¿Corriente?

—Desde luego —dije yo, calculando que la modestia de mis ahorros no me permitiría la apertura de una cuenta excepcional—: de lo más corrientita.

Nati, que tenía mucho mundo como ya he dicho varias veces, meditó largamente mi idea antes de aprobarla.

—Teniendo la pasta en casa —me dijo vulgarizando su selecto lenguaje para que yo lo entendiera—, te expones a que te la birla cualquier mangante de los que vayan a pasar un rato contigo. Porque en nuestro negocio no hay que fiarse de nadie. Ni siquiera de los nobles tan nobles, que hasta las hemorragias nasales las tienen de sangre azul.

—¡Hombre, mujer! —opiné yo—. No te niego que puede haber aristócratas fulastres. Pero de eso a birlarte la pasta...

—No, ¿eh? ¿Sabes lo que me hizo un marqués que estuvo una noche durmiendo en mi piso?

—Te haría lo que suelen hacernos todos los hombres.

—Aparte de eso, claro. Pues el tío aquél, aprovechándose de que yo duermo con la boca abierta porque tengo desviado el tabique de la nariz, me mangó una muela de oro.

Saqué, pues, el dinero de la media vieja, y lo metí en un Banco nuevo que

acababan de abrir cerca de mi casa. Y aunque mi cuenta la consideraron corriente, como yo había calculado, me dieron un librito de cheques como a la gente que tiene dinero en cantidad.

Eso me llenó de orgullo, porque tener un libro de cheques viste mucho.

—Mira por dónde —le dije a Nati haciéndome la ingeniosa—, soy ya mujer paradójica: he conseguido una cosa que viste mucho, a fuerza de desnudarme del todo.

Y ella se echó a reír abriendo la boca hasta los molares, enseñando el hueco negro que dejó la muela de oro robada por el marqués.

PEDAZO 32

MI ÉXITO EN EL BAR DEL HOTEL, como ya conté en pedazos anteriores, hizo que tuviera los clientes a barullo. Y aquel enjambre de hombres que se me vino encima me obligó a poner mi piso en condiciones de recibir visitantes.

Porque no todos los parroquianos que frecuentaban el bar vivían en el hotel, como el viudo del camisón sudado y las patadas en las nalgas, ni disponían de «picadero» propio para sus cabalgadas.

Había muchos señores formales domiciliados en Madrid, que no podían llevarme de noche a sus domicilios por tener en ellos a sus esposas. Y no hubiera sido muy delicado sacarlas de la cama a esas horas, para que me metiera yo. Vamos, me parece a mí.

A todos esos señores de formalidad reconocida hay que darles facilidades para la aventura, pues disponen de muy pocas horas libres. Y nada les facilita tanto el asunto como que la chica tenga un piso al que puedan ir. Yo llamo a esta clientela «de tiro rápido», porque tienen que hacer las cosas con la rapidez del que dispara una escopeta. Y teniendo en cuenta que esta clientela es tan numerosa como rentable, decidí explotarla recibéndola en mi casa.

Con este fin, mejoré las instalaciones del piso con dos nuevos elementos: una ducha y una chacha.

La ducha era para los señores, y la chacha para que ellos viesan que yo era una señora también. Porque para sentirse una verdadera señora de su casa, hay que tener una criada a la que se pueda esclavizar. (El número de esclavos, antiguamente, era el que marcaba la categoría de los señores. Eso al menos dice Nati). Yo, hasta entonces, había tenido una asistenta. Pero no es igual. Porque las asistentas, con eso de que se largan a sus domicilios al terminar el trabajo, tienen ínfulas de independencia y no es posible esclavizarlas. Las criadas, en cambio, dependen de sus señores. Hasta el punto que en los tiempos antiguos, cuando el señorío estaba en su apogeo y no era un cachondeo como ahora, el señor tenía sobre sus criados el derecho de pernada. Que no era precisamente el de exigirles que le regalasen una pierna de cordero, como puede parecer a primera vista.

Por todas estas razones, tomé una chacha. Para buscarla, como hacen las señoras de verdad, avisé a las tiendas del barrio. (Las tiendas son los centros de contratación más eficaces, por ser las chachas unos productos que se adquieren para consumirlos en el hogar. ¡Y así están las pobres de consumidas! Porque ellas cumplen, en una sola pieza, las funciones de todos los aparatos electrodomésticos. Y sin gastar ni un solo kilovatio de electricidad).

Al día siguiente de dar el aviso, Dora llamó al timbre de mi piso.

—Me mandan de la carnicería —dijo cuando abrí la puerta.

No me extrañó; porque además de tener ojos de ternera degollada, se envolvía en un chaquetón de piel de oveja sin esquila. Y para que su procedencia me extrañara menos aún, toda ella echaba un perfume parecido al de las reses que pasaban por las manos del carnicero.

—Me llamo Teodorinda —me explicó mirándome con sus ojos tristes.

—Pues no te preocupes —la consolé—, porque eso tiene arreglo.

Y lo arreglé en un periquete, dando dos tijeretazos a un nombre para reducirlo a un cómodo eufónico Dora.

La chica venía de un pueblo, y a juzgar por el mal estado de sus zapatos, había venido andando. Me gustó que fuera pueblerina recién importada, pues así me apañaría mejor.

«Si ella no tiene experiencia de criada —pensé—, tampoco yo la tengo de señora. De este modo, se notarán menos los errores que cometamos las dos al hacer nuestros papeles respectivos».

Y la tomé. Cuando le dije que podía quedarse, sus ojos terribles se llenaron de lágrimas.

—¡Oh, gracias! —exclamó conmovida, echándome los brazos al cuello y estampándome un besazo en cada mejilla—. ¡Es usted muy buena!

—¡So mula! —la aparté, empleando esta fórmula por parecerme la más apropiada para ser comprendida por aquella noble bruta.

Pese a mi inexperiencia en las relaciones que deben existir entre amos y criados, aquella efusión de abrazos y besuqueos me pareció excesiva. Y la conduje a su cuarto, en compañía de su atadizo. Lo llamo atadizo en lugar de equipaje, porque no era una maleta o cosa parecida, sino una tela basta con la que se hizo un fardo amarrando las cuatro esquinas.

Cuando dejó el atadizo encima de la cama, me puse a examinar de arriba abajo aquel producto del campo que acababa de adquirir.

—Pensándolo bien —dije después del examen—, tienes que mudarte en seguida.

—¿De casa? —se apenó creyendo que la estaba echando.

—No, mujer: de ropa. Debes quitarte esos trapos que llevas encima.

—Si no hay más remedio —se resignó—, me los quitaré. Pero hace todavía mucho frío para andar desnuda por la casa.

—¿No tienes otra cosa que ponerte?

—¡Claro que sí! —dijo con cierto orgullo—: unos guantes.

—Temo que no será suficiente. ¿No tienes nada más? —insistí.

—Tanto como nada, no: tengo un sombrero que heredé de mi abuela. Es muy bonito. Y muy sano, porque tiene encima muchas frutas. Además tengo dos pañuelos y un camisón.

—Pero no pensarás ponerte el camisón —me asusté.

—Ni hablar: no puedo ponérmelo, porque tiene un roto delante y otro detrás. El de delante me llega hasta el ombligo y el de detrás hasta las nalgas.

—Tendré que prestarte un traje mío —decidí—. Por suerte las dos somos iguales de estatura, y nuestro tipo es parecido. ¿Tienes al menos unas medias y unos zapatos más decentes que los que llevas puestos?

—Eso sí. La única pega es que tienen agujeros en la planta de los pies.

—¿Los zapatos? —pregunté.

—Y las medias —añadió—. Porque a fuerza de ponérmelas con las suelas rotas, se les ha contagiado el agujero.

—Pues si casi no tienes nada que ponerte —me impacienté—, ¿qué traes en ese fardo?

—Muchas cosas, fíjese —dijo deshaciendo los nudos que lo sujetaban y desparramando su contenido sobre la cama—: un peine, un dedal, el camisón de que ya le hablé...

El camisón envolvía una jaula bastante voluminosa, de esas que se usan para meter dentro un pájaro.

—¿Y qué significa esa jaula? —me extrañé.

—Es la de mi canario —me explicó agarrando la jaula por la parte de arriba y alzándola para que yo la viese—. ¿Le gusta?

—¿Tienes un canario? —pregunté.

—Sí. Se llama *Cucufate*.

—Pues más que un canario —dije mirando con atención a través de los barrotes—, debe de ser un «pájaro-mosca». Porque yo no lo veo. ¿Dónde está?

—Está en el aire —me aclaró Dora—. No he podido comprarlo todavía. Como nunca tengo dinero... La jaula me la regalaron en el pueblo. Pero yo me imagino que *Cucufate* está dentro. Todos los días le cambio el agua y le doy lechuga, como si existiera de verdad. Y así no me siento tan sola. ¿Me permite que ponga a *Cucufate* en la ventana?

—Sí, mujer —me encogí de hombros—. A mí no me gustan los bichos de ninguna clase. Pero mientras sean como éste, que sólo molesta y revolotea en tu imaginación...

Así fue como entraron en casa mi chacha llamada Dora, y la jaula de su pájaro llamado *Cucufate*.

El pájaro de verdad entró unos meses después, comprado por mí a un vendedor ambulante que llevaba varios posados en una varita. Tanto quería la chica a su canario imaginario, que decidí premiarla por lo bien que me servía comprándole uno de carnicilla y huesecillos. Y como aquel ambulante los vendía muy baratos, porque toda su pajarería estaba mustia y alicortada, aproveché la ocasión. Por nueve pesetas, al fin y al cabo, bien puede una señora presumir de generosa con su servidumbre.

Como el pajarraco lo compré en la calle y el vendedor no tenía ningún papel para envolverlo, lo metí en mi bolso dejando el cierre medio abierto para que pudiera respirar. No había peligro de que se me escapara volando, ya que el pobre animalejo, de las plumas de las alas, sólo le quedaban los cañotos.

PEDAZO 33

AL LLEGAR A CASA con el pajarraco, llamé a la chica para darle la sorpresa.

—Querida Dora —dije para iniciar mi discursito—, llevas ya cien días a mi servicio. Lo cual, en esta época de servidumbre voluble e inconstante, constituye un record de permanencia.

—Cuando usted lo dice... —se encogió de hombros ella, con cara de no entender ni papa.

—Además —continué—, durante todo este tiempo has trabajado a mi entera satisfacción. O sea, como una borrica. Ambas circunstancias te hacen merecedora de que yo te felicite.

—Cuando usted lo dice... —repitió la borrica.

—Pero como a mí felicitarte me parece poco, he decidido expresarte mi agradecimiento con un regalo.

—Cuando usted lo dice...

—La que tiene que decirlo eres tú —me impacienté—. ¿Qué te gustaría que yo te regalara? Piénsalo bien.

—Una pulsera de oro —contestó sin vacilar, demostrando una agilidad mental impropia de su burricie.

—No, eso no vale —protesté—. Debes pedirme algo que hayas deseado desde hace mucho tiempo.

—Que me suba el sueldo al doble.

—Tampoco vale —volví a rechazar—. Yo te ayudaré: ¿no hay en tu cuarto una cosa vacía, en la que te gustaría tener algo dentro?

—¡Sí, ya sé!: mi armario. Está vacío, y me gustaría que me regalara alguno de sus vestidos para llenarlo.

—Vamos, rica —me enfurruñé—: no sigas echándole tanta imaginación al regalito, y acuérdate de tu jaula vacía. ¿No has deseado siempre que tuviera un inquilino?

—Sí —me contestó—: un loro.

—¿Cómo un loro? —me sorprendí—. Siempre me hablaste de un canario.

—Porque a falta de loros, buenas son tortas. Pero puesta a desear, el loro es más grande y más bonito. Y más caro.

—Pues no seas ambiciosa y confórmate con un canario. Aquí lo tienes. Mira qué preciosidad.

Abrí el bolso y se lo alargué para que cogiera el pájaro, porque a mí me daba un poco de asco. El animalejo, que de puro amarillo parecía enfermo del higadillo, se dejó atrapar sin decir ni pío.

—¡Huy, qué mono es! —exclamó Dora—. ¡Y qué chiquitín!

—No hay canarios más grandes —expliqué yo—. Todos los hacen de este tamaño.

—Muchas gracias, señorita. Pero ¿por qué no canta?

—¡Qué sé yo! No tendrá ganas.

—¿No estará estropeado? —se alarmó ella.

—Imposible —mentí—: es tan nuevo, que delante de mí le quitaron en la tienda el precinto del pico.

Dora tenía razón: el pájaro debía de tener alguna tripa descompuesta, porque no cantó jamás. Y al invierno siguiente murió sin decir ni pío.

Por cierto que la muerte del canario fue bastante triste. Una mañana de enero, cuando Dora me entró la bandeja del desayuno, observé que la muchacha tenía los ojos enrojecidos. Sobre todo el izquierdo.

—¿Qué te ocurre en los ojos, sobre todo en el izquierdo? —me informé—. ¿Has estado pelando cebolla, o escuchando un serial de la radio?

—¡Ni cebollas, ni porras! —me dijo sorbiéndose la mucosidad líquida que le bajaba por los conductos nasales. Y rompió a llorar antes de añadir—: *Cucufate* ha fallecido.

—¡Qué raro! —me extrañé—. Pero si era muy joven aún...

—Pues tieso me lo encontré esta mañana. Se lo he traído para que lo vea. Mírelo.

Y al decir esto, retiró una servilleta que cubría uno de los platos que me trajo en la bandeja. Yo creí que en aquel plato cubierto habría tostadas, o un huevo frito, o cualquier otra cosa de las que acostumbro a comer con el desayuno. Pero cuando Dora quitó la servilleta, lancé un grito de horror.

¡En el plato, patas arriba y con el pico entreabierto, estaba el cadáver de *Cucufate*!

—¡Pero, mujer! —me encolericé cuando el susto se me pasó—. ¿Cómo se te ha ocurrido servirme ese pájaro de cuerpo presente? Me has quitado las ganas de tomar el desayuno.

—Perdóneme —se excusó la muy bestia—. Se lo traje para ver si usted puede examinarlo y decirme de qué murió.

—Quita, quita —dije rechazando la bandeja—. No pretenderás que, con el asco que me ha dado, me ponga encima a hacerle la autopsia.

Pero como ella insistió, porque estaba afectadísima por el fallecimiento del bichejo, reprimí las náuseas y le eché un vistazo.

Aproximándome con aprensión al plato donde yacían los restitos mortales de *Cucufate*, observé con extrañeza un cambio sorprendente que se había operado en su color: ya no era amarillo, como tienen la obligación de ser todos los canarios, sino completamente blanco.

—Será la palidez «mortis» —sugirió la chacha con respeto, como si se tratara de

un cadáver de tamaño natural.

—¿Qué palidez ni qué gaitas? —me opuse a esta opinión, acercándome más al pequeño fiambre—. La blancura proviene de que está cubierto de escarcha. Parece escarchado, como las frutas en dulce.

—Pues yo no le eché azúcar —me aseguró ella.

—¿Dónde encontraste esta mañana el cuerpo de *Cucufate*?

—En su jaula, naturalmente.

—¿Y dónde estaba la jaula? —continué el interrogatorio como una policía.

—En la ventana de mi cuarto.

—¡Pero, pedazo de bruta! —dije llevándome las manos a la cabeza—. ¿Quieres decir que, con estas heladas que están cayendo, el canario pasó la noche a la intemperie?

—Pues claro, como siempre.

—¿Cómo siempre? —repetí horrorizada—. ¿Eso significa que el pobre *Cucufate* dormía en la ventana de tu cuarto?

—Pues claro. ¿Dónde quería usted que durmiera? ¿En mi cama?

—¿Desde cuándo dormía fuera?

—Desde que la señorita me lo trajo de regalo —explicó Dora—. Pero no hay ninguna razón para que le haya ocurrido una cosa así.

—¿Cómo que no? —seguí indignándome—. ¿De veras, crees, animalota, que un frágil pajarillo puede resistir temperaturas de seis grados bajo cero sin estirar la pata?

—*Cucufate* sí podía —insistió ella.

—¿Por qué?

—Porque cuando empezaron los fríos del invierno, antes de sacar la jaula a la intemperie, le eché líquido anticongelante en el depósito del agua.

Y ante este razonamiento renuncié a continuar la discusión. Renuncié también a regalarle un nuevo canario, por miedo a que corriese la misma mala suerte que *Cucufate*. De una bruta que confunde el bebedero de un pájaro con el radiador de un coche, puede esperarse cualquier animalada mayor todavía.

Debo reconocer, sin embargo, que con el tiempo Teodorinda se fue puliendo y brillantando. La infeliz era como un diamante en bruto. En muy bruto. Y del mismo modo que yo tallé su nombre suprimiendo sílabas superfluas hasta dejarlo en un «Dora» limpio y sonoro, fui tallando también su carácter hasta arrancarle facetas brillantes.

Debo reconocer también que, pese a su tosquedad, desde el momento en que entró a mi servicio la chica me ha dado pruebas de ser honrada y leal. Además empezó en seguida a sentir por mí una gran admiración, y se esmera en servirme como si yo fuese una auténtica señora. A veces me dice:

—¡Lo que yo daría por ser como usted!

Pero yo no la explico lo que tendría que dar para ser como yo. Porque la chica es bruta, pero honesta.

PEDAZO 34

COMO YO HABÍA CALCULADO, el hecho de tener mi piso en condiciones de recibir a cualquier hora, me permitió explotar con éxito a los clientes «de tiro rápido».

Hubo jornadas, aunque esto sea pecar de inmodestia, en las que me cepillé a tres. Y pido perdón por haber empleado una expresión tan zafia; pero Nati está curándose de un nuevo botellazo que recibió recientemente, y no puedo molestarla para que me proporcione una palabra más fina.

Dora, que no salía de su asombro al ver desfilar por mi piso a tantos hombres, llegó a exclamar boquiabierta:

—¡Esta casa parece el Paseo de la Castellana el día del Desfile de la Victoria!

Aquella época (que podríamos llamar «de intensa actividad profesional») fue muy fructífera. Durante algún tiempo mi cuenta bancaria dejó de ser corriente, y estuvo muy cerca de convertirse en importante. Esto me hizo sentirme feliz, pues a mí que no me vengan con cuentos: lo único que da verdaderamente fuerza moral es la tranquilidad material. Si a mí me preguntaran:

—¿Cuál es el secreto de la felicidad?

Yo contestaría:

—Saber que se gana más de lo que se gasta.

En aquella época gasté mucho en ropa, en cosmética y en bisutería fina. También tuve que gastar bastante en bebidas para esos amigos que subían a tomar una copa, y que se quedaban después hasta tomarse una botella completa.

Pese a esos dispendios, que me atrevo a calificar de pingües porque me gusta la palabreja, aún me quedaba eso que los banqueros llaman un «superávit». Y el «superávit» tiene ese nombre tan gracioso, que suena a broma, porque es el dinero que todavía nos sobra después de habernos divertido de lo lindo.

A nadie puede sorprenderle, por lo tanto, que estando yo en una situación tan desahogada, me sintiera como el pez en el agua; o como la Cenicienta en palacio, que me parece una comparación más propia y menos fea que la del pez.

Como lo que yo pretendo escribir son unos pedazos de mis memorias y no una Guía Telefónica, no mencionaré por orden alfabético ni cronológico los nombres de todos los fulanos que conocí en aquella etapa. Además tampoco me sería posible, aunque me lo propusiera, acordarme de todos. Yo tengo dentro de la cabeza unos sesos vulgarcitos, y no un computador electrónico.

Como he venido haciendo hasta ahora, mencionaré solamente a los que se me quedaron en la memoria. Que no fueron muchos porque la memoria, mal comparada, viene a ser como un cazamariposas cuyo tul tiene las mallas muy poco tupidas. Por las aberturas de este tul se escapan los insectos más pequeños, tales como moscas y mosquitos, quedando solamente retenidos los moscones y mariposones.

Entre estos bicharracos, que por ser más gordos revolotean aún en la divina cárcel de los recuerdos (frase que oí en un serial de la radio), citaré en primer lugar al inolvidable don Lucio. Inolvidable no por guapo ni por generoso, sino por todo lo contrario: porque era tacaño como una limosna de diez céntimos, y más feo que tirarse un pedo en un concierto de arpa.

Su imagen, por lo tanto, permanece imborrable en mi memoria como la de esos monstruos horribles que vemos en las pesadillas. Pero yo salí con él porque la tacañería no se le notaba a simple vista. Y aunque su fealdad hacía más daño a los ojos que un par de puñetazos, todas sabemos en mi gremio que los feos suelen ser espléndidos por regla general.

Lo que yo no podía saber «a priori» como dirían los curas y los abogados, era que don Lucio fuese la excepción de esa regla. Por eso procuré no caerme de espaldas cuando el tío me arrimó en el bar aquella cara que parecía una ensaimada, y permití que me diera ese rato de pali que insulso que precede a las proposiciones deshonestas.

Después de pagarme cuatro tragos de ginebra inglesa, que sólo se diferencia de la nacional en el precio, ya que tiene el mismo incolor a agua y el mismo sabor a colonia, don Lucio me dijo:

—Te invito a un «viquénd».

—No, gracias —rechacé—. Ya he bebido bastante.

Al primer golpe de oreja, creí que «viquénd» sería algún otro brebaje anglosajón. Pero está visto que no puede una pasarse de culta. El feorro me explicó que el «viquénd» no se bebe, sino que se vive.

—Pues traduce, majo —le pedí—, que la poliglotez de una servidora es bastante reducida. Sólo sé decir «güí», que es «sí» en francés; y «nanai», que debe de ser no en alemán.

Me aclaró que la palabreja procedía del inglés, idioma que ignoro más aún que el francés y el alemán. Y que «viquénd» significaba algo así como la colilla de la semana.

—¿A qué me invitas entonces? —quise concretar.

—A que nos fumemos juntos esa colilla —dijo él guiñándome un ojo, para lo cual dejó caer un escalofriante pellejote que le servía de párpado.

—¿Y adónde me llevarías? —seguí concretando.

—Al campo. Saldríamos el sábado por la tarde, para volver el domingo por la noche.

Me sedujo el plan. No por don Lucio, que no tenía nada de seductor, sino por cubrir ese par de fechas festivas, que casi siempre se le quedan a una colgadas. Porque por fas o por nefas, todo el mundo tiene ya su cachondeo organizado para ese «viquénd» de los demonios. Pensé que además no me vendría mal, después del ajetreo ciudadano, un poco de descanso campestre. Los médicos dicen que a una

mujer siempre le sienta bien relajarse, en el buen sentido de esa palabra que siempre suena mal. Y acepté esta oportunidad para el relajo.

—Pero no pretenderás que el sábado por la noche nos echemos a dormir sobre el campo, como si fuéramos vacas —advertí a aquella horrenda ensaimada con patas.

—No, rica —me tranquilizó él—: tengo una cabaña muy acogedora en un sitio encantador.

Esa garantía de pernoctar bajo techado fue la que consolidó mi decisión de aceptar el convite, pues me indicaba que don Lucio no era ningún pelagatos. Sólo los hombres ricos de verdad llaman despectivamente «cabañas» y «chabolas» a las mansiones y palacetes que tienen en sus fincas. Irónicos que son los tíos.

«Si además de un relajamiento para mi salud saco un buen pellizco para mi bolsillo —me dije—, nunca habré vivido una semana con un final tan feliz».

Pero todo se fue al garete (por no decir a la mierda); porque resultó que la «cabaña» de don Lucio no era un eufemismo como yo me figuraba, sino una réplica casi exacta del domicilio donde vivió aquel famoso tío Tom.

—Y mañana en cuanto amanezca —me advirtió el sábado por la noche, cuando llegamos a aquel chamizo—, ¡a divertirnos en grande!

—¿Cómo? —pregunté desmoralizada al entrar en la cabaña, que apestaba a humedad.

—Pescando —contestó él, mientras encendía un quinqué de petróleo—. Porque yo soy pescador de caña.

—Debí figurármelo —suspiré deprimida—. Llamándote Lucio...

Si existieran aparatos para medir el voltaje de las chispas que salen del ingenio, este chispazo mío apenas haría mover la aguja del voltímetro. Pero en aquel ambiente tan tristón, y en medio de un diálogo tan aburrido como el que veníamos sosteniendo desde que salimos de Madrid, mi modesto chistecillo relampagueó como un arco voltaico.

Ese relámpago no volvió a repetirse, y me hundí en las tinieblas de un aburrimiento que ya no se disiparía hasta el final de aquel repajolero «viquénd».

Cenamos a la sombra del quinqué. Digo a la sombra y no a la luz, como sería lo lógico, porque la sucia camisa del quinqué sombreaba de negro todos los resplandores que conseguían atravesarla. La cena fue también sombría, compuesta de unas latas que abrimos y calentamos en un infiernillo.

—Mañana —me consoló él—, comeremos pescado fresco.

—¿De dónde lo piensas traer? —pregunté bastante desanimada—. Porque por aquí no debe de haber una pescadería en tres leguas a la redonda.

—Lo traeré del río donde iremos a pescar —afirmó muy convencido.

«Aguanta mecha, Mapi —me dije—. Puede que todo esto sean las genialidades propias de un millonario. Hay fulanos podridos de billetes que se pirran por la pesca

o por la caza, y que arrostran toda clase de penalidades por satisfacer tan puñeteras manías. “Jobis” las llaman esos, según me ha dicho Nati.

»Pero —seguí diciéndome—, a la vista de lo que hay que jorobarse para cazar o pescar, más que “jobis” deberían llamarse “jorobis”. Sin embargo, fingiendo que se comparten tan incómodas aficiones, no es difícil ablandar a esos maniáticos y sacarles tajada. De manera que síguele la corriente a este pescador, y así también tú pescarás algo».

Con ese pensamiento me tragué aquel condumio barato de excursionista dominguero, e incluso al terminarlo me chupé un poco los dedos para demostrarle mi satisfacción.

—Y ahora —dijo el feote en cuanto deglutió el último pedazo de bonito en escabeche—, vámonos a la cama.

PEDAZO 35

LLAMAR «CAMA» a aquellas dos yacijas, superpuestas como las literas en el camarote de un barco, fue otra prueba del optimismo que don Lucio derrochó. Y que por cierto fue su único derroche en aquel fin de semana.

—No vale la pena que te desnudes —me cortó al ver que yo me llevaba las manos a un botón para desabrochármelo—. Porque aparte del frío que pasarías, mañana tendremos que madrugar. De modo que no pierdas tiempo y échate en seguida si quieres dormir un rato.

A continuación me dio las buenas noches, se encaramó a la litera superior con una agilidad impropia de su corpulencia, y al cabo de un momento se puso a roncar como un borrego.

«Bien dice el refrán que no hay mal que por bien no venga —pensé suspirando con alivio—. Tantas ganas tiene el tío de pescado, que no quiere ni probar la carne».

Y con la firme decisión de aguantar mecha, por larga que la mecha fuese, me eché en la litera de debajo. Al echarme se me clavaron bultitos por todo el cuerpo como si aquel camastro, en lugar de colchón, tuviese un saco de garbanzos. Pero como una está acostumbrada a dormir en toda clase de camas, y se apaña bien en cualquier superficie que tenga cuatro patas, no tardé en quedarme roca (que es el femenino de roque).

Por desgracia la roquez me duró poco. Porque en mitad de un sueño precioso que estaba teniendo, en el cual yo era una señora casada con tres nenes, el don Lucio de las narices me despertó de un fuerte zarandeo.

—¡Arriba de un brinco, que son las cinco! —versificó aquella bestia parda mientras me zarandeaba.

—Por lo que veo —gruñí desperezándome—, tú tomas el verbo «madrugar» tan al pie de la letra, que para ti consiste en levantarse de madrugada.

—¡Vamos, date prisa —me apremió—, que los barbos madrugan también y ya habrán salido de sus pozas si llegamos tarde!

Observé que el fulano ya se había puesto su equipo de pescador, con el cual estaba más grotesco aún que vestido de paisano; llevaba unas botazas hasta la rodilla, un chaquetón hasta los muslos y una gorra colorada hasta las orejas.

—Pareces Caperucita Roja —comenté sin que a él le hiciera gracia.

En cuanto nos bebimos un cafelito de bote, con leche de bote también, don Lucio se echó la caña al hombro, se puso un cestón en bandolera y salió a la intemperie.

Y la intemperie, aquella mañana, estaba bastante asquerosa: unos nubarrones como madejas de lana negra cubrían el cielo. Además había llovido por la noche y soplaba un huracancillo que me puso los pelos de punta. A él no, porque le protegía su caperuza encarnada.

—De poco va a servirte la visera de la gorra —dije para vengarme de mi alboroto capilar—, porque hoy no veremos el sol en todo el día.

—Este es el tiempo ideal para pescar —me replicó el muy cochino, encantado—: nubladito y fresco.

—¿Cómo fresco? —protesté con un conato de tiritona—: querrás decir glacial.

—Entrarás en calor con el paseo hasta la poza —me animó él—. Está en un remanso a medio kilómetro de aquí.

A mí el medio kilómetro me supo a varios kilómetros completos. Y entré en calor, naturalmente, porque el paseo prometido resultó una verdadera caminata. Como el campo no está urbanizado no sé por qué, ya que no costaría tanto trabajo ponerle un pavimento como a la ciudad, me cansé el doble pisando piedras y metiendo los pies en agujeros de todos los tamaños.

(Fue a partir de aquel día cuando el campo, que siempre me había dado cien patadas, empezó a darme doscientas). (Y perdonen que ponga tantos paréntesis, pero es que me gustan. ¿Verdad que parecen pestañas que al escritor se le cayeron sobre las páginas?)

Sólo la esperanza de cobrarme a elevado precio todas las torturas que estaba padeciendo, me animó a continuar sin un gemido. Hasta que por fin, al llegar a un punto donde el río daba un viraje brusco, don Lucio se detuvo, exclamando:

—¡Aquí es! La poza está en este remanso. Aquí fue donde se me escapó el domingo pasado un barbo de tres kilos. ¿Quieres hacer el favor de sujetarme la gusanera?

Al decir esto sacó de la cesta una cajita de hojalata que me entregó y que yo cogí con asco. Un asco plenamente justificado porque la cajita de marras, como su nombre indicaba, estaba llena de unos repugnantes gusanillos verdosos.

—El barbo se pesca con gusano verde, o con camarón de río —me explicó mientras pinchaba uno de aquellos bicharracos en la punta del anzuelo.

—¡Qué interesante! —mentí tragando saliva, para ahogar una náusea que se me estaba formando en el estómago.

—No sé si sabrás —continuó él— que los barbos, en invierno, suelen quedarse en las pozas de los remansos.

—Pues ya ves si seré estúpida —me excusé—, que no lo sabía.

—A ver si engancho aquel ejemplar tan hermoso del domingo pasado —dijo lleno de esperanza, arrojando el anzuelo al río.

Sentí pena por el asqueroso gusanito, al pensar en que el agua debía de estar fríísima. Pero el barbo de tres kilos no picó, sin duda porque había salido de la poza cansado de esperar a don Lucio durante toda la semana. Picó en cambio un pecezuko chiquitajo que a mí me dio mucha risa por su pequeñez.

—No te rías —dijo el individuo para justificarse—, porque tiene mucho mérito

haber pescado este pez. Pertenece a una especie tan rara que ni siquiera yo, que soy un experto pescador, sé cómo se llama.

—Por el tamaño —sugerí con una miaja de choteo— debe de ser un «pez-hormiga».

A media mañana, cuando aún quedaban gusanos en la gusanera para alimentar durante todo el día la ilusión pescadora de don Lucio, arreció el huracancillo hasta transformarse en vendaval. Se dio entonces la paradoja de que mientras las nubes se iban acumulando y ennegreciendo, yo empecé a ver el cielo abierto. Porque a medida que el tiempo empeoraba, crecían mis esperanzas de que el feote recogiera sus bártulos y diese por concluida la excursión.

Mientras llegaba ese ansiado momento seguí aguantando mecha, sentadita a la orilla del río, sin poder divertirme con el único entretenimiento que puede practicarse a la orilla de los ríos: tirar piedras al agua. Pero a mí don Lucio me prohibió que las tirase para que no le espantara a los peces. Y el caso es que los peces ya debían de estar espantadísimos por otras causas, pues no hubo necesidad de tirarles piedras para que se abstuvieran de picar.

Puede que al ver desde el fondo de la poza la fealdad del pescador, todos los barbos e incluso sus tocayos los lucios salieran huyendo despavoridos.

Hasta que el ventarrón no sopló con verdadera furia, don Lucio se mantuvo en pie. Gracias probablemente a que estaba agarrado con fuerza a su caña de pescar, el viento no le tumbó. Pero al fin tuvo que reconocer, no sin cierta rabia, que allí no se podía parar ni un minuto más.

Regresamos a la cabaña, mohíno él y contenta yo. El viento, en nuestra ausencia, había estado batiendo una ventana que dejamos mal cerrada. Hasta que hizo añicos el cristal. Y aunque tapamos el hueco con periódicos, entraba tanto frío por todas las rendijas que yo insinué la posibilidad de dar por terminada la excursión y volver a Madrid.

—¿Comprendes ahora por qué me entusiasmo pasar el «viquénd» en el campo? —tuvo la osadía de decirme el fulano cuando estábamos dentro del coche, en camino hacia la civilización.

Y yo, por el aquel de la buena educación que no tengo pero me gusta aparentar, dije que sí lo comprendía. Pero mentí como una bellaca.

—Ya verás —concluyó él—, cómo no olvidas fácilmente estas horas que has pasado oxigenándote y respirando aire puro.

En eso el tío no se equivocó, pues durante más de una semana las estuve recordando y maldiciendo. Porque si él no pudo pescar ni un mísero barbo, yo pesqué en cambio un catarrazo con toda la barba.

PEDAZO 36

AQUEL CATARRAZO no degeneró en pleuresía debido a que le puse una vela a una santita, no sólo de mi devoción, sino también de mi invención:

Santa Tosferina, patrona de los que tosen.

Y lo que me dio más rabia fue que la vela tuve que pagarla de mi bolsillo, pues el rácano de don Lucio no me dio ni un duro. A ese tío no debieron ponerle en la pila bautismal nombre de pez, sino de guarro.

Un novio que tuve la otra noche, que parecería un filósofo chino si no fuera porque es bastante negro, me dijo en el descanso entre dos *rounds* amorosos:

—Si analizas tus dolores y los estudias con interés, transformándolos en lecciones que te da la vida para enriquecer tu experiencia, dejarán de dolerte e incluso llegarán a apasionarte.

Mi primera reacción fue soltarle un «¡jolín!», seguido de un admirativo «¡vaya pedazo de sabiduría que acabas de soltar!». Pero luego, meditando sus palabras hasta sacarles todo el tuétano, comprendí que aquello chorreaba filosofía de la buena.

No sólo buena, sino práctica también, porque puede aplicarse para mitigar toda clase de sufrimientos. Tanto si te escuece un juanete como si te ponen los cuernos, tú piensas en el dolor que sientes como si lo estuvieras estudiando en un microscopio.

—¡Qué interesante! —vas diciéndote para tu capote a medida que haces el análisis—. El dolor me sube por los nervios de la pierna (o me baja por los cuernos de la frente), produciéndome deseos de gritar o de llorar. Es curioso, e incluso apasionante, observar las reacciones de mis células y de mi sensibilidad ante este choque violento. Tan curioso que el interés por estos fenómenos dolorosos que estoy experimentando en mi propia carne, me hace no sólo superar el dolor, sino sentir cierta alegría por haber vivido y aprendido una emoción nueva.

¡Estupenda filosofía, rediez!

Si se asimila bien, cualquiera puede librarse gracias a ella de todos sus berrinches. ¡Lástima no haber sabido antes esta teoría de gimnasia espiritual! Concretamente entonces, cuando tuve en el bar del «Hotel Palaciego» tanto ajeteo propio de mi sexo.

Porque no todo fue miel sobre hojuelas. Hubo también mucha hiel, de la que el «viquénd» con el feote sólo ha sido una gota de muestra. Y por si la muestra no bastó, dejaré caer a continuación algunas gotas más.

Un fulano amarillento, que hablaba el español diciendo los verbos en infinitivo porque aún no había tenido tiempo de aprender a conjugarlos, me contrató en cierta ocasión para «noche tu-comprí». (Las veteranas del bar cuya jubilación yo provoqué, que no eran finas solamente por lo flacas sino también por lo cultas, llamaban así a la tarifa nocturna «todo comprendido». De este modo la llaman las «cocotas» francesas,

que son las que más teatro saben echarle a este negocio. No necesito aclarar que el «tu-comprí» significa el compromiso de permanecer junto al cliente que efectúa la contratación durante toda la noche, desde la hora de la cena hasta la del desayuno).

—Yo ser diplomático y pagar en divisas —me chapurreó sacando del bolsillo un fajo de billetes verdes.

—¿Dólares? —dije con fingida indiferencia, desmentida por una apertura de ojos al tamaño de platos.

—No —me aclaró él—: frégolis.

Y me acercó a la cara el fajo. Y yo lo devoré, no sólo con la vista, sino también con las orejas y las narices. Porque los billetes, aparte de su apetitoso color de lechuga, exhalaban ese perfume embriagador que sólo tienen las tintas para imprimir dinero y emitían ese crujido inconfundible que sólo tiene el papel moneda.

—¿Y cómo dices que se llaman esas divisas? —le hice repetir, pues el nombre que me había dado no me sonaba.

—Frégolis —dijo él, imperturbable—. Ser la moneda de mi país. Moneda fuerte. Un frégoli valer, al cambio oficial, siete pesetas. Yo pagarte dos mil frégolis por pasar noche contigo.

Y ya lo dice el refrán: que la avaricia rompe el saco. También a mí me lo rompió la posibilidad de ganar casi tres mil duros, por un trabajo que en general solía producirme alrededor de tres mil reales. Por eso acepté el trato sin pedir informes previos de la cotización del frégoli al Instituto de Moneda Extranjera.

No supe hasta la mañana siguiente, cuando el amarillento ya había desaparecido después de haberme pagado, que aquellos billetes tan flamantes valían menos aún que los recortes utilizados para dar «el timo de la estampita».

Tal cabreo me entró, con perdón, al comprobar que había sido timada, que estuve una semana sin ir a la peluquería. Y hasta se me pusieron pochos los intestinos durante un mes, por haber tenido que tragarme yo solita todas las bilis que la estafa me produjo.

Solita, sí, pues ¡cualquiera se atrevía a contar lo zopenca que fui creyéndome el cuento de aquel cerdo amarillo! ¡Menuda irrisión hubiera causado mi credulidad en los que podríamos llamar «círculos con putentes»!

Tardé mucho tiempo en superar aquella sensación de ridículo, que me hirió profundamente el amor propio. Y creo que nunca la superé del todo, pues me ha quedado un poco en el inconsciente. Este poso se manifiesta en una especie de alergia, que me pone la piel colorada en cuanto veo una piel amarilla.

—Mira —digo a la persona que está conmigo, sea la que sea—: allá va un frégoli.

—¿Un qué? —me pregunta la persona, extrañada.

—Yo me entiendo —replico misteriosamente, lanzando al achinado una mirada llena de odio.

Porque yo, desde entonces, llamo «frégolis» a todos esos hijos de Buda.

Otra gota de amarga hiel que cayó sobre mis dulces hojuelas, fue la charranada que me hicieron dos señoritingos con sendas pintas de afeminados: me invitaron a recorrer tascas tomando vasos de vino, hasta que perdí el conocimiento. Y cuando lo recobré al día siguiente, ellos habían desaparecido.

Desperté sola con mi resaca, en la habitación de un hotel que no era de lujo precisamente. Por la ventana, mal protegida de la luz por una cortina de tela delgaducha, entraba el sol.

Me levanté de la cama tan mareada como una noria y me fui disparada hacia una puertecilla interior que supuse sería la del cuarto de baño. Pero ¿qué baño ni qué coño?: en cuanto entré por aquella puerta volví a salir rebotada como una pelota de frontón, porque era un armario empotrado en la pared.

El golpazo frontal que recibí contribuyó a despabilarme un poco, gracias a lo cual pude encontrar un lavabo que había en un rincón, un espejito encima y una toalla al lado.

Con estos elementos y algunos otros que saqué de mi bolso (peine, lápiz de labios, polvera, maquillaje, «rímel», pestañas postizas, etcétera), me puse limpita, presentable y en condiciones de salir. Recogí mi bolso y uno solo de mis guantes (el otro cualquiera sabe en qué tasca lo perdí), y me asomé al pasillo.

No era muy largo. A él daban unas puertas numeradas del «1» al «10», lo que me hizo deducir que el hotel no era muy grande. Y al observar que la numeración de las puertas estaba pintada sobre la madera con números bastante toscos, deduje también que el hotel tenía muy pocas probabilidades de ser el Ritz.

—Pero ¿adónde me habrán traído esos mariconcetes? —me dije, tratando de perforar la barrera de vapores alcohólicos que me separaba de la noche anterior.

Y sin poder contestar a esta pregunta, avancé por el pasillo hasta una escalera que vi al fondo.

PEDAZO 37

BAJANDO POR AQUELLA ESCALERA, llegué a un vestíbulo más bien canijo. A un lado de ese vestíbulo había una especie de jaula, detrás de cuyos barrotes estaba una especie de gorila.

En un cartel colocado sobre la jaula, encima de una ventanilla abierta en los barrotes, no ponía a qué especie pertenecía el simio enjaulado, sino «Recepción».

Como ya entonces tenía yo bastante práctica de estos despertares imprevistos en camas insólitas, situadas en hoteles insospechados de barrios increíbles, no me amilané: me fui derechita a la jaula, y me detuve junto a la ventanilla. Allí, antes de decir ni una palabra, saqué del bolso una moneda de diez duros y la arrojé entre los barrotes como si fuera un cacahuete.

Una mano del enjaulado, como si la moneda fuera en efecto un cacahuete y él un gorila, la atrapó en el aire.

—Buenos días —le dije entonces con desparpajo—. Supongo que esos parientes míos con los que vine anoche, habrán pagado mi cuenta.

—Sí, señorita —me informó el conserje con una cara de choteo en la que leí que eso de los parientes no se lo había tragado.

«¡Menos mal! —pensé—. Porque hay cada gorrón que abusa y se aprovecha de la melopea para largarse sin apoquinar...»

Y después de pensar con tanta ordinariez, abrí el pico para decir con mucha finura:

—¿Quiere hacer el favor de avisarme a un taxi?

—¿A un qué? —me preguntó bastante perplejo.

—«Taxi» —repetí echándole a la «equis» la pronunciación adecuada, pronunciación de la que me jacto pues muchas compañeras mías dicen «tásis» y se quedan tan anchas.

—Eso no va a ser tan fácil —me confesó después de rascarse el cogote concienzudamente.

—¿Por qué no? A esta hora de la mañana, tiene que haber muchos libres.

—Muchos, ni hablar —negó él antes de seguir cavilando—. Que yo sepa, puede que haya uno. Pero no sé por dónde andará en este momento.

—Salga a la puerta y pare otro —sugerí.

—Por aquí no pasa ninguno.

—Pues llame por teléfono.

—¿A quién? —volvió a extrañarse.

—Al Servicio de Taxis a Domicilio.

—Yo no sé dónde está eso —me dijo mirándome con cierta sorna, como si empezara a sospechar que servidora aún estaba trompa—. ¿Y para qué quiere el taxi?

—Para ir a mi casa.

—¿Dónde vive usted?

—Cerca de la Gran Vía —respondí empezando a impacientarme.

—¿De qué Gran Vía?

—¿Pues de qué Gran Vía va a ser, hombre? —se me agudizó la impaciencia—.

De la única que hay.

—De la única que hay... ¿dónde?

—¿Cómo que dónde? —estallé, impacientada del todo—. ¡Pues en Madrid, cacho bolo! ¡En Madrid!

—¿Y quiere usted ir en taxi hasta allí? —exclamó el conserje, con los ojos redondeados por el asombro.

—¡Claro!

—Pues le va a costar una fortuna.

—¿Por qué? —quise saber—. ¿Tan lejos estamos del centro?

—Del de Madrid, sí.

—¿Sí?... ¿Pues dónde está este hotel?

—En un pueblo de la provincia de Zaragoza, que se llama La Almunia de Doña Godina.

Sentí que me cubría una ola de sorpresa, que acentuó mi mareo producido por la resaca. Empecé a tambalearme de tal modo, que tuve el tiempo justo de alcanzar con el pompis la silla más cercana. Lo cual me salvó de caer redonda al suelo, con el consiguiente mamporro.

—¡Así les metan por el culo a esos maricas sendos cohetes con cabeza atómica! —maldije a los señoritingos que me gastaron aquella broma.

A esa maldición añadí muchas más, hasta que se clarificaron un poco mis malos humores.

Supe entonces que aquel establecimiento no era un hotel, sino una fonda. Supe también que el hombre de la recepción no era sólo el conserje, sino también el dueño. Por él me enteré de que la noche anterior, muy poco antes de que amaneciera, se paró ante la puerta de la fonda un coche colorado que parecía de carreras. Del coche se bajaron los tipejos peludos y jovenzuelos, que parecían muy contentos. Le explicaron al fondista que iban a Barcelona en familia, pero que su hermana se había mareado y no podía seguir el viaje.

Su «hermana» era yo. Me sacaron entre los dos del asiento posterior, en el que yo iba durmiendo mi fenomenal borrachera, y me subieron a la habitación de la fonda en la que me había despertado. Luego pagaron al fondista, le dijeron que pasarían a recogerme cuando regresaran de Barcelona, y salieron zumbando en su bólido rojo. Zumbando y muriéndose de risa, supongo, por la broma que me habían gastado.

—¿Por qué no se queda usted hasta que pasen a recogerla sus hermanitos? —me

propuso el fondista, no sé si porque era tonto de verdad o porque lo disimulaba muy bien—. La Almunia de Doña Godina es un pueblo muy majete. Y muy sano también. Yo soy de aquí y fíjese qué colores tengo.

Al decir esto me acercó una mejilla, para que yo viera lo coloradita que la tenía. Y tuve que hacer un gran esfuerzo para no ponérsela más colorada aún de un bofetón.

—Vamos —le dije conteniéndome—: quite de ahí, lalmuniadedoñagodinense. Porque a los que nacen aquí, habrá que llamarlos así, ¿verdad?

—Supongo. Pero la gente, para abreviar, nos llama maños. Todo lo más, mañicos.

—Pues mire, señor mañico: aunque me cueste un ojo de la cara, va usted a conseguirme un taxi para volver a Madrid. ¿Entendido?

—Está bien. Pero puede que en lugar de un ojo —me advirtió—, le cueste también la yema del otro.

—¿Qué quiere usted decir? —le pedí que me aclarara.

—Que Perico cobra a ocho pesetas el kilómetro.

—¿Y quién es Perico?

—Otro mañico. Es el dueño del único taxi que se atreverá a llevarla hasta Madrid. Y hace falta echarle valor.

—¿Por qué?

—Porque usted no ha visto el taxi de Perico.

Poco después, cuando lo vi, comprendí que el fondista no había exagerado: para lanzarse a la carretera en aquel cacharro, había que ser un hombre de pelo no sólo en pecho, sino también en espalda. Como Perico. Del que no se podía decir que fuera un mañico, sino un mañazo. Porque arañaba los dos metros en todos los sentidos: en estatura, y en los perímetros torácico y abdominal.

Perico me dijo que el coche había pertenecido a un torero que lo empleó durante varias temporadas para trasladarse con su cuadrilla de una plaza a otra. No me dio el nombre del torero, pero yo deduje por la edad del vehículo que debió de ser «Lagartijo»; o quizá «Lagarto», que sin duda fue el antecesor de «Lagartijo». Vamos, creo yo.

—¿Y está usted seguro de que el torero sólo lo usó para viajar? —le pregunté al taxista—. Viendo los rasponazos y abollones que tiene la carrocería, cualquiera pensaría que entraba con él en el ruedo para torear.

Pero Perico, sin captar mi tono de chufra, me aseguró que no: que existía el toreo a caballo y el toreo a pie, pero que nunca había existido el toreo a motor de gasolina.

Después de jurarme por la gloria de su madre que me llevaría hasta Madrid, aunque tuviera que llevarme en brazos si el cacharro le fallaba, nos pusimos en marcha los tres: el mañazo, el coche y yo.

Nada más arrancar, me acurruqué en el asiento posterior y me dormí mecida por el oleaje de mi resaca. De manera que tanto a la ida con los maricas como a la vuelta

con el mañote, viajé como un paquete certificado: sin enterarme de los paisajes ni de los territorios que hay entre Madrid y La Almunia de esa doña.

De lo que sí me enteré es que esos territorios son vastísimos, cuando Perico me los midió a ocho pesetas el kilómetro. Y a pesar de que me hizo una rebaja de dos reales en los kilómetros cuesta abajo, pues los hizo sin motor y dejándose caer «a tumba abierta», el fondista lalmuniadedoñagodinense no se equivocó en sus cálculos: el viaje me costó un ojo de la cara, y la yema del otro.

Lo malo fue que nunca puede resarcirme de esa pérdida, pues los dos señoritingos que me dieron el bromazo no volvieron jamás de Barcelona: como iban medio trompas, se mataron contra un árbol antes de llegar.

—Así aprenderán —dije yo rencorosamente cuando me enteré.

Y a otra cosa, mariposa.

PEDAZO 38

COMO QUEDA DEMOSTRADO en los pedazos anteriores, esta vida que llaman fácil tiene también sus momentos difíciles. Y como las chicas que nos dedicamos a estos menesteres no somos precisamente licenciadas en Filosofía y Letras, carecemos de formación intelectual para pasar estas malas rachas con fórmulas filosóficas. Y las pasamos putas, que es lo que nos corresponde.

También lo pasé francamente mal cuando se estrenó la película «Armandina la Irascible», pues fue un exitazo fabuloso. Y como yo soy ibérica hasta las cachas (aunque vaya usted a saber en qué parte del cuerpo estarán las cachas esas), sentí una envidia tremenda de que la película triunfara sin estar yo dentro.

Cuando el director me echó del reparto después de la prueba que me hizo en los estudios, deseé con todo mi corazón que se diese el batacazo más fenomenal de toda su carrera. Y hasta recé un poco (no mucho, porque soy de poco rezar) para que el fracaso arruinara a la casa productora y al capitalista que la financió.

Dentro de mi armario, en algún oscuro recoveco de mis entresijos espirituales, me quedó escondido para siempre un trapo sucio. Un retal de decepción, manchado por el odio hacia todos aquellos que me llenaron la cabeza de pájaros para matarlos después de un solo tiro:

El gordo Vinuesa, que me dijo que yo podría ser «estrella».

El viscoso señor Pelota, que, después de apoyarme para que lo fuera, me abandonó cuando le dijeron que yo pondría en peligro sus dineros.

El redicho Octavio Relamido, con el cual fracasé porque no me probó como los hombres suelen probar a las mujeres...

A todos aquellos tipejos envolvía ese trapo sucio, conservado en mi armario por la naftalina del rencor. Y cuando anunciaron la película de la que me echaron, hice votos sinceros para que el público quemara el cine donde se estrenó.

Pero no sólo no lo quemaron, sino que a punto estuvieron de declararlo monumento nacional. Porque aquél fue el primer cine, desde que empezó a escribirse la Historia de España, ante el cual la gente hizo «cola» para ver una película española.

«Armandina la Irascible» se proyectó seis meses consecutivos en el mismo local, y hubo algunos heridos en las aglomeraciones que se formaban en las puertas para entrar a verla.

Octavio Relamido no se chupaba el dedo: el muy ladino había acumulado en el guión todos los elementos con los que nuestro cinema había obtenido hasta entonces éxitos parciales: «Armandina», la protagonista, era uña niña aflamencada que salía por peteneras en cuanto un adulto le tocaba la guitarra. Y ya se sabe que estas nenas vivarachas, que todo lo dicen cantando con voz de pito, son tan taquilleras como

cualquier pedorra francesa haciendo «striptís».

Junto a esta pequeña que encandilaba al público a base de garganta (de lo demás ni pun, pues era tan lisa como si tuviera espalda alrededor de todo el cuerpo), salían más cosas:

Una plaza de toros en la que trabajaba un torero, y una iglesia en la que trabajaba un cura. Estos personajes cantaban también, cada uno en su estilo: el primero por bulerías en andaluz, y el segundo por motetes en latín.

La trama de la película era muy sencilla, aunque ya no la recuerdo bien: «Armandina» venía a ser lo que se llama, dicho en fino, una hija del amor. Su madre, que también cantaba lo suyo, había tenido algo que ver con un batallón de zapadores que vivía enfrente de su casa. Y como todas las niñas de su colegio se burlaban de «Armandina» porque no tenía un padre fijo (el colegio era de monjas y las monjas sólo admiten un padre por barba), ella decidió averiguar quién cáscaras era su verdadero progenitor.

Esta búsqueda en casa de su vecino (o sea en el cuartel del batallón), llenaba la cinta de escenas emotivas. Porque nada emociona tanto al populacho como ver a una niña, rubia y repipi por añadidura, revolviendo a los guripas de un cuartel para encontrar a su papá.

Al final el director se las apañaba para que el comandante del batallón, en representación de todos sus hombres, se casara con la madre de «Armandina». Esto tranquilizaba los nervios de la vivaracha pequeñuela, la cual dejaba de ser irascible. Y de cantar, porque allí acababa la película.

Lo que no recuerdo bien es qué hacían en la trama el torero y el cura, y qué relación tenían con la pajolera niña. Puede que uno (el torero) fuese su novio, y otro (el cura) fuese su padre (espiritual). En todo caso la justificación de su presencia poco importa, pues un cura y un torero siempre hacen bonito en una película nacional. Aunque haya que meterlos por los pelos. Por los pelos de la coronilla y de la coleta, respectivamente.

El acierto de Octavio Relamido fue reformar de tal modo el guión original, que al final de las reformas no lo reconocía ni el viejecito que lo parió. De «La Armada Invencible», para cuyo rodaje concedió una subvención el negociado de Fondos sin Retorno, quedaron menos restos flotando en el guión que en el mar después de su naufragio. El único personaje que en «Armandina la Irascible» recordaba un poco la idea primitiva, era un vecino de la casa de la niña, que se llamaba Felipe y vivía en el segundo.

Aquel éxito que pude tener y no tuve, unido a todas las aventuras desgraciadas que en aquella época había padecido, provocaron una nueva visita a mi domicilio de esa tiparraca que acude a acompañarme en mis etapas de depresión: «la Neura».

Casi una semana encerradas en casa pasamos las tres: «la Neura», mi chacha y

yo. Aunque Dora se esforzaba en levantarme la moral a base de calditos con un huevo, y ponches con la yema del otro, no conseguía sacarme de mi marasmo.

—Vamos, señorita —trataba de animarme la muchacha—, póngase el abrigo y salga de su marasmo.

Ni ella ni yo sabíamos en realidad lo que quería decir «marasmo», pero las dos pensábamos que era el sitio en el que yo debía de estar metida. Porque «marasmo» suena a cosa desagradable, sucia y tristonera. Irse al marasmo tiene que ser como una especie de irse a la mierda para espíritus selectos.

Algo así al menos era la depresión que yo sentía: la de haberme ido a un sitio feo, del que ya no podría salir. Un marasmo denso, viscoso y pestilente me envolvía. Me pasaba horas y horas tumbada en la cama panza arriba, sin ganas de hacer nada.

—¡No hay que dejarse vencer por el abatimiento, señorita! —me gritaba Dora—. ¡Hay que ponerse en pie y luchar!

—¿Para qué? —decía yo con una vocecilla pequeña y raquílica, encogiéndome de hombros—. ¿Para volver a caer otra vez, vencida y fracasada? ¿Para seguir siendo un felpudo en el cual se frotran los hombres para limpiarse sus basuras?

«La Neura» me oprimía. Yo la notaba aferrada a mi teta izquierda, o sea a la del corazón.

—Usted lo que necesita es dejarse de paparruchas —insistía la criada— y volver a golpear. En cuanto salga otra vez y reanude el golfeo, se pondrá como una rosa. Porque a usted lo que le va es la golfería, créame. Usted tiene carita de golfa, y no de neurasténica.

—Ya lo sé, Dora —admití—. De niña fui una golfilla, ahora soy una golfa, y con el tiempo llegaré a ser una golfona. Pero no tiene ningún interés ir ascendiendo por los peldaños de un escalafón que no elegimos por gusto. Yo tenía vocación para muchas profesiones, pero te aseguro que en mi lista no estaba ésta.

—¿No? —me preguntó Dora con cierta extrañeza, pues ya dije que sentía mucha admiración por mí—. ¿Qué le hubiera gustado ser a la señorita?

—Una mujer activa, de esas que desarrollan una porción de actividades. Pero mis fracasos sucesivos me empujan siempre hacia este oficio, cuyo fundamento no es ponerse en pie para desarrollar alguna actividad, sino tumbarse en cuatro patas para soportarlo todo con absoluta pasividad. Otras mujeres en cambio, peor dotadas que yo en lo físico y en lo síquico, medran fácilmente en todo lo que intentan. Fíjate por ejemplo en esa Corina de la película, cuyo primer apellido es «Novales» y cuyo segundo merecería ser «Paranada». Pues ahí la tienes.

—¿Dónde? —preguntó Dora, mirando a su alrededor.

—En las carteleras del cine, haciendo un papel junto a la protagonista y anunciada con letras gordas. Fíjate también en todas las amigas de mi infancia: Tere está liada formalmente con un oso que tiene muchas perras, y Gaudencia con un

cabrito al que le saca muy buenas chuletas. Cada cual encontró a su animal. Y para ellas se acabó la vida mala, porque cada uno de ellos se ocupa de su cada cuala. Mírame en cambio a mí: ¿qué tengo yo?

—Usted —me animó Dora— tiene algo muy importante para conseguir lo mismo que ellas.

—¿El qué? —quise saber.

—Tiempo —me dijo—. Cuando se es joven aún como es la señorita...

Pero no me convenció. Era cierto que yo tenía mucha vida por delante, pero también iba dejando bastante vida por detrás. Y al volverme para echar una mirada a mi pasado, me entró una gran congoja.

Fue entonces, al ver las pequeñas guarrerías que fui dejando a lo largo de mi camino, cuando «la Neura» se adueñó de mí completamente. Y los ojos se me llenaron de lágrimas. Y esas lágrimas, que se me pusieron como cristalinos ante las pupilas, me deformaron todo lo que había a mi alrededor: mi casa, mi cama, mi criada... Incluso mi vida. Todo en aquel momento adquirió formas tan monstruosas, tan absurdas, que sentí miedo primero y risa después.

Pero me reí de un modo que a Dora no le hizo ninguna gracia.

—Cálmese, señorita —me dijo poniéndose muy seria.

—Pero ¡si estoy calmadísima! —repliqué sin parar de reírme, con una miaja de histerismo en mi risotada—. ¿Y sabes lo que te digo? Que me saques del armario mi traje más bonito. Ese de «côtel» verde pálido, con perlas en el corpiño y lazos en el pompis. Prepárame también los zapatos de raso, y el ligero francés con rositas de pitiminí.

—¿Para qué quiere que prepare esas cosas?

—Porque esta noche voy a salir.

Y al decirlo experimenté un gran alivio.

Lo que no dije a Dora, para no asustarla, fue esto: que yo había decidido salir, no sólo de casa, sino también del mundo.

Y aquella misma noche, con permiso de ustedes, me suicidé.

Lisboa, París, Londres, Dublín, Cuenca.
Segunda mitad de 1965



De Álvaro de Laiglesia (1922 - 1981), se dice que, a pesar de haber vendido centenares de miles de libros editados por Planeta, es un periodista y escritor humorístico hoy casi olvidado. Cierto. Pero añadimos por nuestra parte que es también uno de los clásicos del humor español del siglo xx, como lo son Ramón Gómez de la Serna, Enrique Jardiel Poncela, Wenceslao Fernández Flórez, Julio Camba y Noel Clarasó, compañeros suyos condenados igualmente, en mayor o menor grado, a la desaparición de su memoria por una única causa: la desinformación cultural española en lo que al más elevado de los géneros literarios se refiere.

Fue bautizado con los nombres de Álvaro María Eugenio Alejandro Sebastián, y debió disfrutar de un ambiente familiar culto y de posición desahogada, pues sus progenitores poseían un chalé («Villa Sorolla») en el Monte Igueldo de San Sebastián, donde pasaban los veranos. Su padre había compartido tiradas de pichón con el rey Alfonso XIII y su abuelo fue fundador del Banco Español de Crédito y gobernador del Hipotecario.

La familia, instalada en Madrid, debió pasar estrecheces económicas pues la primera infancia de nuestro autor transcurrió en medio de una serie de cambios de domicilio, cada vez a peor: Hermanos Bécquer, Hermosilla, Marqués del Riscal, Castellana, Miguel Ángel, Velázquez y Chamartín. Estudió en el elegante colegio del Pilar, pero sólo consiguió aprobar el ingreso y los dos primeros cursos de bachillerato. Sus padres lo matricularon entonces en la Academia Goya, donde aprobaría hasta el cuarto de bachiller.

Entonces estalló la guerra civil. Los vientos de guerra que soplaban en el verano del 36 impulsaron a su familia a dejar Madrid. Se organizaron dos expediciones: la primera, compuesta por él, su madre y sus dos hermanas, salió de la capital de España el 14 de julio; la segunda, con el padre y sus dos hermanos mayores, tenía previsto hacerlo ocho días después, pero ya le resultó imposible.

La familia, así, quedó rota. En San Sebastián conocían a Manuel Halcón, que lo presentó al Secretario Nacional de Prensa y Propaganda y este le impulsó a colaborar en Fotos, haciéndolo a continuación en otras revistas como San Sebastián, Flecha y Unidad. Atraído por la poesía política escribió encendidos versos firmados como «El Condestable Azul», que aparecerían en Flechas y Pelayos, semanario infantil donde llegó a subdirector a la edad de quince años. Con el fin de que se independizara económicamente los suyos lo emplearon en el Banco de España, pero allí aguantó únicamente cien días.

Fue a parar a La Ametralladora, donde Miguel Mihura lo nombró redactor jefe con dieciséis años, y aquello cambió su vida, convirtiéndole drásticamente al humor. Colaboró también en Domingo y hasta escribió una primera obra teatral que estrenó Isabelita Garcés en 1938.

Cerrada La Ametralladora, y de regreso en Madrid, Víctor de la Serna lo acogió en Informaciones, aunque muy pronto su carácter inquieto, comenzada la II Guerra Mundial, le hizo embarcarse en el «Magallanes», rumbo a La Habana, donde le aguardaba Pepín Rivero, director del Diario de la Marina, que había recibido una carta recomendándole, de Manuel Aznar, abuelo del ex presidente del Gobierno español.

Allí realizaba una columna diaria, a diez pesos semanales. Insatisfecho por el trabajo volvió a Madrid, donde Mihura le ofreció el puesto de redactor jefe de La Codorniz, apoyada por su antiguo benefactor Manuel Halcón, que iba a ser la continuadora de La Ametralladora. Aceptó encantado, aunque su desasosiego le llevó pronto a plantar a Mihura, enrolándose en la División Azul.

De vuelta a nuestro país, en 1943, recuperó su puesto de redactor jefe en La Codorniz. Y un año más tarde accedió a su dirección tras el abandono de Mihura. Ahí comienza su carrera más brillante, convirtiéndose en el director de medio de comunicación español que más años se mantendrá en el cargo —treinta y tres— hasta ser defenestrado tras una turbia maniobra empresarial.

Durante más de tres décadas Álvaro de Laiglesia capitaneó La Codorniz y la transformó en una leyenda de la prensa nacional. Al mismo tiempo se convirtió en autor de más de cuarenta libros que alcanzaban reediciones continuadas, pronunció conferencias por toda España que provocaban asistencias multitudinarias, intervino en televisión con series sonadas, y fue un personaje tan admirado por el gran público como envidiado por sus colegas.

Tras su destitución de La Codorniz ayudó a su sobrino Juan Carlos de Laiglesia (periodista de la movida madrileña, director de La Luna de Madrid) a establecerse, y planeó presentar batalla a la declinante Codorniz con otro semanario titulado La Nariz, cuya cabecera tenía registrada.

Un repentino infarto sufrido en Manchester, el 1 de agosto, dio al traste con sus proyectos y su vida.

Fuente: Equipo de Documentación de EPL.